



Robertson Davies
Una mezcla de flaquezas

Traducción de Concha Cardenoso

Lectulandia

La apertura del testamento de Louisa Bridgetower deja atónita a la ciudad de Salterton: su hijo Solly no herederá un centavo hasta que haya tenido un hijo y buena parte de su fortuna se deberá destinar a la educación de una joven artista. Los albaceas seleccionarán a Monica Gall, la solista de un peculiar conjunto de góspel local a la que enviarán a estudiar a Inglaterra.

El arte, el genio, la formación artística, la música, el amor, las relaciones paternofiliales, las peculiaridades canadienses, son temas recurrentes en la obra de Davies que aquí son tratados magistralmente a través de la figura de Monica Gall, la joven cantante de Salterton a la que la herencia de la señora Bridgetower cambiará hasta extremos que ella jamás hubiera imaginado.

Tercera entrega del ciclo de novelas independientes que se terminará conociendo como *Trilogía de Salterton*, la pluma de Davies logra en esta novela un vivo retrato del alma humana, que acaso no sea en verdad otra cosa que una mezcla de flaquezas.

Lectulandia

Robertson Davies

Una mezcla de flaquezas

Salterton - 3

ePub r1.0

Titivillus 31.01.16

Título original: *A Mixture of Frailties*
Robertson Davies, 1958
Traducción: Concha Cardeñoso Sanz de Miera
Diseño de cubierta: Enric Jardí, Fede Yankelevich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nada mejor que una mezcla de flaquezas para atemperar la arrogancia humana. Ellas nos dan la lección justa para que no nos ensañemos con el prójimo, porque muy a menudo somos nosotros quienes merecemos el castigo. Cuando, iracundos, condenamos, nos llaman suavemente la atención y nos aconsejan dulzura en voz baja.

HALIFAX

UNO

Fue oportuno que el entierro de la señora Bridgetower se celebrase un jueves, porque siempre había sido el día de recibir visitas en casa. De la misma forma que dominaba su salón, dominó la catedral de St. Nicholas el gélido 23 de diciembre en que se celebraron las exequias. Había planeado la ceremonia hasta el último detalle, como hacía en vida con sus deberes y prácticas sociales.

Por supuesto, el Libro de Oración dicta los aspectos formales del rito funerario anglicano y la señora Bridgetower no tenía nada que objetar. Cada celebración social se desarrolla en el marco que le es propio, pero es en la atención a los detalles donde la anfitriona excepcional se eleva por encima de la mediocridad. Apenas dos horas después de que el médico anunciara que había expirado, el señor Matthew Snelgrove, abogado de la señora, entregó a Solomon, hijo de esta, un sobre grueso en el que, con la letra grande y firme de su difunta madre, decía: «Instrucciones para mi funeral».

«¡Pobre Solly! —se compadeció Veronica, la nuera de la difunta—. ¡Qué mal lo ha pasado!». Lo más difícil de todo fue encontrar en tan poco tiempo un féretro que se pareciese lo más posible al del profesor Bridgetower, enterrado hacía dieciséis años. La señora Bridgetower especificaba el número y las características del modelo, pero las modas cambian y costó ímprobos esfuerzos encontrar a tiempo algo semejante. Por otra parte, la señora Bridgetower había hecho constar que no deseaba yacer en una cripta en espera de mejor tiempo, y como la tierra ya estaba helada en esa época del año, fue necesario utilizar sopletes y martillos neumáticos para cavar la fosa. No hubo que insistir mucho para que la señorita Laura Pottinger («mi querida Puss siempre ha tenido un gusto excepcional para esas cosas») se prestara a ocuparse de las flores de la iglesia, pero la anciana estaba tan afectada de aflicción y soberbia que discutió con todo el mundo y sacudió un bastonazo a un ayudante del director de Pompas Fúnebres. Por suerte, Veronica pudo evitar a Solly la mayor parte del trato con la señorita Puss. También se encargó de escribir y mandar doscientas invitaciones, pues, aunque la señora Bridgetower insistía en que fuese una ceremonia íntima, había dejado una larga lista de personas con cuya presencia deseaba contar en su funeral. Del mismo modo, había especificado el traje con el que debían vestirla, pero, como en el momento de su muerte ya no le cabía, Veronica tuvo que ensancharlo y ponérselo encima al cadáver... tarea que le resultó bastante desagradable. Además de vestirla, la peinó y la maquilló con delicadeza, tal como decían las *Instrucciones*, pues esa parte no debía hacerla un empleado varón bajo ningún concepto; la señorita Puss no se separó de su lado en toda la hora que duró la macabra operación ni dejó de darle consejos y hacer comentarios fastidiosos. En suma, Veronica hizo todo lo posible por evitar mayores disgustos a su marido, que ahora estaba sentado junto a ella, pálido y desencajado, pero no de dolor, sino de

temor, por si algo salía mal.

No era la ceremonia lo que lo preocupaba, pues ya estaba prevista y no dependía de él, sino el té que debían ofrecer cuando volvieran del cementerio. Iba a ser una tortura, pues estaban invitados todos los asistentes y seguro que ninguno se lo perdería. Por la mañana retiró de la sala el sillón de su madre pensando en la impresión que podía causar a sus amistades más antiguas. No obstante, la más antigua de todas, la señorita Pottinger, lo sorprendió in fraganti y lo tildó de despiadado. Entre lágrimas de rabia, dijo que el sillón de Louisa debía ocupar su lugar de siempre y que no consentiría de ninguna manera que una reliquia de un espíritu tan magnífico y dulce como el de la difunta fuera relegada al desván el mismo día de su entierro. Y para asegurarse de que, por ignorancia, nadie cometiera el sacrilegio de sentarse en él, pondría allí una corona de flores: el centro de rosas blancas de la Orden Imperial de Hijas del Imperio. Y así fue como el sillón, convertido en sagrario (y, para Solly, en augurio de la tortura que había de llegar), se quedó donde estaba.

La ceremonia iba cumpliéndose puntualmente. Obedeciendo las *Instrucciones*, se había reunido el coro completo, mejor dicho, tan completo como fue posible en un día laborable. Puesto que las escuelas estaban cerradas por vacaciones navideñas, de los veinte niños del coro de la catedral pudieron presentarse dieciocho, más ocho hombres. Cuarenta dólares para los hombres y treinta y seis para los niños, porque su madre así lo quería. Cantaron *Man That Is Born*, de Samuel Sebastian Wesley y, a continuación, *Thou Knowest, Lord*, de Purcell. Por fortuna, la selección complacía tanto a su madre como a Humphrey Cobbler, el organista de la catedral. Faltaba lo más arriesgado.

Lo más arriesgado era la contribución personal de la señora Bridgetower a las exequias. En su momento, ella había asistido a muchos entierros, pero no estaba conforme con lo que decía el Libro de Oración a propósito de la muerte, porque parecía que se dirigiera solo a los hombres. Siempre había sido feminista, aunque con clase, y como tal consideraba que al oficio fúnebre le faltaba un toque femenino y eso fue lo que quiso aportar al suyo: dejó dicho que debía cantarse una canción en concreto y que debía hacerlo una voz femenina. En la última carta a su hijo decía que admiraba la calidad del coro de niños y hombres con el que el señor Cobbler había sabido adornar St. Nicholas, pero que en su entierro quería que una mujer cantase *My Task*, en la deliciosa versión que E. L. Ashford había compuesto para el entrañable e inspirador poema de Maude Louise Ray.

Al deán no le gustó la idea, pero no se atrevió a vetarla, porque sabía que tendría que enfrentarse a la señorita Puss. En cambio, Humphrey Cobbler protestó; era amigo de Solly y se permitió hablar con total libertad.

—La música es como el vino, Bridgetower —le dijo—, cuanto menos gente la conozca, mejor sabe. No puedes consentir que se cante semejante empalago en el funeral de tu madre. Nos hundirá a todos en la miseria.

Sin embargo, tras una larga discusión, tuvo que ceder, e incluso se comprometió a

buscar a una cantante.

La cantante estaba a punto de comenzar. El deán dejó caer unas palabras que, en opinión de Solly, eran una forma disimulada de quitarse responsabilidades de encima.

—A continuación —dijo el deán—, por deseo expreso de nuestra difunta hermana, se cantarán en este oficio unos versos que le eran muy queridos.

Y tomó asiento en su sitial con una actitud completamente ajena a lo que allí pasaba... y completamente sorda.

«En realidad lo que le fastidia no es el poema —pensó Solly, enfurecido—, sino que vaya dedicado a mi madre. Bueno, así lo quería ella y así se hará. ¡A la mierda todo el mundo!».

La cantante estaba al lado del órgano con Cobbler, de manera que no se la veía desde la nave. Solo se oyó su voz limpia, pura y tierna.

*To love someone more dearly ev'ry day;
To help a wand'ring child to find his way;
To ponder o'er a noble thought, and pray;
And smile when ev'ning falls:
This is my task.*^[1]

«¿Se identificaba con eso? —pensó Veronica—. Seguro que no le parecía tan cargante como a nosotros. ¡Y sobre todo los seis últimos meses! ¿Y a eso lo llamaba “sonreír al caer la noche”? Pero lo intenté, lo intenté de verdad. Me sacrificué por ella como no lo hice jamás por mi madre. Me esforcé cuanto pude por demostrarle que Solly no se había equivocado casándose conmigo. ¿Conseguí conmoverla un poco alguna vez? Eso espero; ruego que así sea. Prefiero no pensar mal de ella».

Un desvaído sol de invierno entró por una ventana de la catedral. La voz argentina y serena, un poco resonante bajo la bóveda, seguía cantando.

«*To follow truth as blind men long for light*»^[2]. Veronica miró a su marido de reojo: lloraba en silencio. «A pesar de todo, la quería de verdad —pensó—. ¡Cuánto me gustaría creer que ella también lo quería!».

El convite tras las exequias fue mucho peor de lo que Solly temía. No es fácil organizar actos de esa clase y, desde el primer momento, las dos viejas criadas de su madre manifestaron que estaban demasiado conmovidas para ocuparse de ello, aunque eso no les impidió poner toda clase de trabas al restaurador que contrataron para organizarlo. No les pareció suficiente la selección de tres clases de sándwiches y otras tantas de pastelitos, más la tarta de fruta que propuso el hombre, porque, según ellas, los familiares de Montreal, los Hansen, esperarían fiambre y además, por ser fechas tan cercanas a la Navidad, no bastaría con tarta de fruta normal y corriente, sino que todos esperarían tarta de Navidad. La señora nunca habría escatimado esos detalles. Cuando la anciana Ethel, la cocinera, cayó en la cuenta de que era jueves, el día de recibir de la señora, tuvo otro acceso de llanto y dijo que, a pesar de todo, se encargaría de preparar el té del funeral aunque muriese en el intento. Solly se vio incapaz de resolver la situación y fue Veronica quien por fin logró poner más o menos de acuerdo a la cocinera, a Doris (la criada de la limpieza) y al restaurador.

Tampoco este era manco en lo tocante a orgullo profesional y tenía muy claro cómo debían hacerse las cosas. Respecto al apartado de la bebida, dijo que haría falta jerez para las señoras que solo probaban la bebida en los entierros, y que siempre había algún invitado del viejo continente que pediría oporto... sobre todo si se ofrecía fiambre. En cuanto al resto, casi todos preferirían bebidas fuertes y querrían tomar algo nada más llegar a la casa. Los entierros en invierno eran mortales, todo el mundo llegaba medio muerto del cementerio. Además, Solly tendría que ocuparse personalmente de ir a comprar los licores, porque la licencia de proveedor profesional de banquetes no cubría celebraciones funerarias. Lo que sí podía aportar eran copas y mezcladores. Aconsejó a Solly que encargase a un buen amigo el servicio de barra; desentonaría mucho contratar a un camarero profesional para un entierro, parecería demasiado calculado. Asimismo, era preferible retirar de la repostería la cobertura que decía «Feliz Navidad», pues resultaba demasiado alegre.

Solly cumplió: la víspera del entierro compró en la licorería un surtido de bebidas por valor de ciento cincuenta dólares y lo llevó a casa. En cuanto al amigo que supiera preparar y servir brebajes, a falta de otro mejor, pidió ayuda a Humphrey Cobbler, el organista de la catedral.

Entonces, cuando lloró mientras cantaban *My Task* en la iglesia, ¿era por su madre? Sí, era por su madre, pero también por Veronica, por lo mal que lo había pasado los tres últimos días. Le preocupaba que no hubiera comida suficiente para todos y le preocupaba que hubiera demasiada, porque tendría que comer sobras una semana seguida. Le preocupaba que Cobbler perdiera la compostura al verse dueño y señor de la barra. Le preocupaba que los Hansen se quedaran toda la tarde en casa

hablando de asuntos familiares, como solía hacer la parentela en los funerales, en vez de volver prudentemente a Montreal en el tren de las siete. Deseaba sobrevivir como fuera a las horas siguientes, prepararse un trago en condiciones e irse a la cama.

3

Solly y Veronica fueron al cementerio en la limusina de Pompas Fúnebres, acompañados por el tío George Hansen, hermano de la señora Bridgetower, y su esposa, que era estadounidense. Sin embargo, en cuanto terminó el entierro, acudieron enseguida al lugar en el que Solly había dejado su cochecito unas horas antes, para ayudar a recibir a la comitiva a medida que fuera llegando ansiosa por tomar algo fuerte, comer un poco y calentarse junto a las chimeneas.

—¿Crees que vendrán todos? —preguntó Veronica cuando salieron por la puerta del cementerio.

—Lo más seguro. ¿Has visto cuánta gente? Pensaba que no vendría más que un centenar al cementerio, pero me da la impresión de que no ha faltado nadie. ¿Crees que habrá comida suficiente para todos?

—No sé. Es la primera vez que tengo algo que ver con una cosa así.

—Como yo. Ronny, por si me vuelvo loco o algo antes de que termine el asunto del té, quiero que sepas que has estado maravillosa en todo. Dentro de una semana o así nos vamos de vacaciones a olvidarlo todo.

La casa parecía alegre cuando llegaron, festiva incluso. Estaban encendidas las chimeneas de la sala, el comedor y la biblioteca, donde se encontraba Cobbler dispuesto a servir bebidas detrás de una improvisada barra de bar. Al entrar Solly y su mujer se oyeron unas risitas y unas carreras, y Ethel y Doris se escabulleron en dirección a la cocina.

—Acabo de dar a las chicas un jerez con ginebra bien cargado, para reanimarlas un poco —dijo Cobbler—. Están muy afectadas y necesitan algo vigorizante. Bien, ¿qué queréis tomar?

—Dos chupitos de *whisky* de centeno —dijo Solly— y, por el amor de Dios, Humphrey, sé prudente.

—Ya me conoces —dijo Cobbler sirviendo bebida generosamente.

—Sí —contestó Solly—, por eso me preocupo. Lo único que te pido es que no hagas ninguna tontería en las dos próximas horas.

—Me ofendes —replicó el organista, intentando ponerse digno. Sin embargo, el traje le quedaba pequeño, el cuello de la camisa estaba raído y la corbata se le iba torciendo hacia la oreja izquierda. El rizado pelo negro se le había puesto de punta, como una escoba, y los negros ojos le brillaban con una calma desconcertante—. Insinúas que no tengo sentido del decoro; no te llevo la contraria; lo único que deseo es que se me permita cumplir con mi deber —dijo, y guiñó un ojo a Veronica con desparpajo.

«Es nuestro mejor amigo, desde que nos casamos, y es más bueno que el pan. ¡Si no fuera tan gamberro!», pensó ella, y le sonrió.

—Humphrey, por favor —le dijo.

Cobbler sonrió de nuevo, tiró al aire un terrón de azúcar y lo atrapó al vuelo con la boca.

—Confía en mí —dijo.

«¡Qué remedio!», pensó Veronica.

Empezaron a llegar los acompañantes del duelo y Solly fue a recibirlos. Se produjo un atasco en la puerta, pues unos se detenían a quitarse los chanclos y botas de goma, y otros, a limpiarse el barro del cementerio que traían pegado a los zapatos. Pasó media hora mientras subían arriba, se quitaban las prendas de abrigo, pasaban por el aseo y bajaban de nuevo a que Cobbler les preparase algo de beber.

El ambiente era festivo pero contenido, lo propio de esas ocasiones. Concluida la ceremonia en el cementerio, la gente se disponía a entrar de nuevo en contacto con la vida. Saludaban a Solly con medias sonrisas animándolo a sonreír a su vez; entre tanto, se oía un zumbido de conversaciones y alguna risa suave. Quien más, quien menos admiraba o apreciaba a la difunta, pero a nadie le había sorprendido que

muriese a los setenta y un años de edad y cada cual había expresado suficientemente en el funeral la pena que pudiera sentir por su pérdida. Jevon Knapp, el deán de St. Nicholas, se acercó afanosamente a Solly; había dejado arriba la casaca y la sobrepelliz y se había calzado unos zapatos secos y calientes que la señora Knapp le llevaba siempre a los funerales en una bolsa a propósito para ese fin; se había puesto polainas y tenía en la mano un vaso largo de *whisky* con soda.

—Siempre me ha parecido que esta sala era una de las más bonitas de Salterton —dijo.

Solly no tuvo tiempo de contestar. La señorita Puss Pottinger, inconsolable y gran amiga de la difunta, apareció a su lado.

—Es como le habría gustado verla a nuestra queridísima Louisa —dijo con voz agresiva y temblorosa—. Siempre recibía en casa los jueves, ¿sabe, señor deán?

—Creía que era los primeros jueves de mes —dijo el deán—, pero hoy es el tercero.

—No importa —contestó la señorita Puss perdiendo el control del gesto y de la voz—, para mí, hoy es el último jueves de Louisa.

—Lo siento mucho —dijo el deán—. No pretendía contrariarla. ¿Acepta un traguito...? —dijo, ofreciéndole su copa.

Tras unos momentos de vacilación, la señorita Pottinger susurró:

—Jerez, creo que prefiero un poquito de jerez.

El deán la acompañó y poco después ya estaba dando sorbitos a una copa de jerez marrón oscuro en la que Cobbler había mezclado a escondidas un generoso chorro de *brandy*.

Inmediatamente, el tío George Hansen y su mujer entablaron conversación con Solly. La señora Hansen era estadounidense y, como solo llevaba treinta y cinco años en Canadá, todavía le resultaban curiosas las costumbres del país y no perdía ocasión de comentarlo.

—Estas cosas me recuerdan más a Inglaterra que a mi tierra —dijo.

—Mi madre era muy conservadora —dijo Solly.

—Todo Salterton lo es —dijo el tío George—; ahora mismo estaba diciendo la anciana Puss Pottinger no sé qué de los jueves de Louisa. Creía que eso ya no se estilaba. Este debe de ser el último rincón del imperio británico en el que todavía se conserva la costumbre de los días de visita.

—La verdad es que mi madre era una de las pocas saltertonenses que todavía lo celebraban —dijo Solly.

—¿Ah, sí? Esta casa es antigua y bonita. ¿Vais a mantenerla tu mujer y tú?

—Todavía no he tenido tiempo de pensar en eso.

—No, claro, aunque supongo que ahora quedarás en muy buena posición, ¿no?

—No lo sé, señor.

—Seguro que sí. Tu madre nadaba en la abundancia y tú te quedarás con todo. Lo que sé positivamente es que a mí no me habrá dejado nada, seguro. ¡Ja, ja! Era un

genio con el dinero, desde pequeña. Yo siempre le decía que era muy agarrada. ¿Tu padre os dejó mucho?

—Murió de repente, señor, ya sabe. El testamento era antiguo, de antes de mi nacimiento y, naturalmente, fue todo para mi madre.

—¿Ajá? Bueno, ahora todo queda en las mismas manos, ¿eh?

—Solly, ¿te das cuenta de que no he conocido a tu mujer hasta esta tarde? —dijo la mujer del tío George—. Louisa no nos contó ni una palabra de tu boda hasta muchas semanas más tarde, cuando nos escribió. La muchacha era católica, ¿no es eso?

—No, tía Gussie. La católica es la madre, pero a Veronica la educó su padre en el agnosticismo. Mi madre y su padre nunca se entendieron bien y me temo que mi madre se llevó un disgusto el día de mi boda. Voy a buscar a Veronica.

—¿Por qué la llamas Veronica? —dijo el tío George—. Según nos contaba Louie en su carta, la muchacha se llamaba Pearl.

—Y se llama —dijo Solly—, pero también se llama Veronica, y ella prefiere que la llame así. Su padre es el profesor Vambrace, ya sabe.

—¡Ay, Dios, ese energúmeno! —exclamó el tío George, y su mujer le dio un puntapié en el tobillo—. ¡Gussie! ¿Por qué me das una patada?

En ese momento se acercó un primo Hansen apoyado en un bastón y los interrumpió.

—A ver, George, ahora que ha muerto Louisa, el mayor de los Hansen eres tú, ¿no es eso?

—Tengo sesenta y nueve años —dijo el tío George—, seguro que tú eres mayor, ¿no, Jim?

—Tengo sesenta y ocho —dijo Jim con una sonrisa burlona.

—Pareces más viejo —respondió el tío George de mal humor.

—También tú aparentarías más edad si hubieras estado en la batalla del Somme, como yo —dijo el primo Jim con el desparpajo de quien se ha ganado el derecho a ser cruel en el campo de batalla.

—A los canadienses os gusta mucho acaloraros —dijo la tía Gussie, y con razón, porque entre la calefacción y las tres chimeneas encendidas, la temperatura de las atestadas habitaciones era agobiante.

—Voy a ver si puedo remediarlo —dijo Solly, y se escabulló a otra parte.

Corrió escaleras arriba, a refugiarse en el único sitio al que tal vez no se atrevieran a subir los familiares de su madre. Al entrar en su cuarto de baño desde el vestidor, su mujer se coló también desde el dormitorio. Cerraron ambas puertas y se sentaron en el borde de la bañera a descansar.

—Se han puesto a discutir sobre quién es el mayor de la familia —dijo Solly.

—Varias personas me han insinuado que lo que ha matado a tu madre ha sido nuestra boda —dijo Veronica—. Necesitaba tomarme un respiro, la verdad.

—Seguro que mi madre lo ha repetido en cincuenta cartas.

—Ahora no te preocupes por eso, Solly.

—¿Qué tal lo está haciendo Humphrey?

—No se ha quejado nadie. ¿Siempre se bebe tanto en los entierros?

—No tengo ni idea. Es la primera vez que celebro un sarao de estas características.

Cuando Solly y su mujer bajaron de nuevo, la mayoría de los invitados había dejado de beber y se dedicaba a comer, excepto unos cuantos incorregibles que seguían merodeando por los alrededores de la barra. En general, el duelo se componía de personas mayores, que no estaban acostumbradas al aire fresco de la tarde, y la visita al cementerio les había abierto el apetito. El restaurador dirigía las operaciones desde la cocina mientras sus cuatro camareras iban y venían cargadas con bandejas. Ethel y Doris, como integrantes del duelo, fingían colaborar en la distribución de comida, pero en realidad se dedicaban a entablar largas conversaciones en tono apesadumbrado con los allegados a la familia; un par de ellos estaban preguntándoles por las posibilidades que tenían de cambiar de empleo, ahora que la señora Bridgetower había muerto (porque, en realidad, ¿qué falta le hacían dos criadas a una pareja joven y sana?). Se suponía que la señorita Puss serviría el té, pero prefirió renunciar a semejante honor después de desbordar tres tazas consecutivamente, y parecía muy abatida; la menuda señora Knapp la sustituyó en la fatigosa tarea y, después de haber servido unos cien té, la relevó la señora de Swithin Shillito. Las falsas vigas del techo parecían más bajas y opresivas a medida que los invitados iban apiñándose en el comedor a devorar con apetito jamón, pavo, sándwiches, queso, tarta de Navidad y pastelitos. Los que se encontraban inmovilizados alrededor de la mesa pasaban amablemente platos llenos por encima de las cabezas de los demás a quienes no podían acercarse a los víveres. Ya nadie se acordaba de bajar la voz respetuosamente, se oían risas e incluso carcajadas y de no haberse tratado de un té en honor de una difunta se habría podido decir que la fiesta era todo un éxito.

El duelo había llegado del cementerio a las cuatro y hasta las seis nadie pensó en volver a casa. Fueron los Hansen de Montreal quienes iniciaron la despedida al ponerse en marcha porque tenían que coger un tren.

—¡Adiós, Solly, y feliz Navidad! —dijo a voces el tío George, que había vuelto al bar nada más terminar la copiosa merienda. Su mujer le dio una patada en el tobillo otra vez y el hombre se puso serio—. Bueno, lo más feliz que sea posible, dadas las circunstancias —añadió, y se zambulló en busca de sus botas de goma en el barullo que se había formado a la entrada.

El primo Jim estaba sentado en las escaleras mientras su esposa, una mujer menuda, le ponía unos chanclos con paciencia y esfuerzo y se los abrochaba.

—Cuidado con la pierna mala —decía, irritado, a todo el que se acercaba.

La despedida de los Hansen llevó su tiempo; algunos, completamente equipados ya para salir a la calle, volvieron al salón a dar a Solly un apretón de manos o un beso en la mejilla. Cuando por fin se fueron todos, empezó el barullo de los saltertonenses, que buscaban sus abrigos y sus chanclos.

El señor Matthew Snelgrove, abogado y amigo de la señora Bridgetower desde hacía mucho tiempo, se acercó a Solly con complicidad. Era un hombre mayor, alto, tieso y rígido, con unas cejas muy prominentes.

—¿Le viene bien quedar mañana a las tres? —le dijo.

—¿Para qué, señor Snelgrove?

—Para abrir el testamento —dijo el abogado—. Tenemos que leerlo y aclararlo.

—Pero ¿es necesario? Creía que eso ya no se hacía. ¿No podemos quedar en su despacho cualquier día de la semana que viene?

—Creo que el deseo de su madre era que se abriera y leyera en presencia de todos los testamentarios.

—¿Todos los testamentarios? ¿Es que hay más? Pensaba que solo usted y yo...

—Hay otros dos, y el testamento es complicado. Sí, bastante complicado. Creo que es mejor que conozca su última voluntad cuanto antes.

—Bueno... si usted lo dice...

—Sí, es lo mejor. Informaré a los demás. Entonces, a las tres, ¿de acuerdo?

—Como guste.

Solly no tuvo tiempo de pensar más, porque varias personas estaban esperándolo para despedirse. Los últimos fueron el deán Knapp y su mujer, que se acercaron llevando a la señorita Puss Pottinger cada uno por un brazo; la anciana parecía un poco desaliñada, como si alguien, y no ella misma, hubiera tenido que ponerle las prendas de abrigo para salir a la calle. Llevaba uno de los chanclos mal encajado en el pie y andaba como a trompicones.

—Nos llevamos a la señorita Pottinger a su casa —dijo el deán sonriendo, pero sin soltar el brazo prisionero de la tía Puss.

—¡Solly, querido niño! —exclamó la anciana.

Se liberó de la mano del deán y, sollozando, se arrojó en brazos de Solly y le estrujó las solapas de la chaqueta. Era evidente que quería darle un beso. Solly se agachó y aceptó resignadamente el húmedo y lloroso ósculo; a continuación la agarró por los hombros y se la entregó de nuevo a la señora Knapp, pero entonces la anciana hipó con fuerza, se cayó y estuvo a punto de derribar también a la mujer del deán. Cuando la levantaron del suelo y se la llevaron, seguía gimiendo y murmurando: «Nunca olvidaré el último té de... la pobre Louisa...». Eran los últimos, por fin.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Cobbler al volver del vestíbulo, después de haber ayudado al deán a arrastrar a la tía Puss por la acera, que estaba bastante resbaladiza, hasta meterla en un coche—, ¡qué afectada estaba! ¡Qué pena!

—Estaba borracha —dijo Solly—. ¿Qué demonios le has dado de beber?

—La viejecita estaba tan apesadumbrada que necesitaba más que nada algo que la reanimase —dijo Cobbler—. Le preparé un jerez con un poquito de *brandy* y le sentó muy bien, pero ¿se conformó con uno? ¡Ah, no! Volvió varias veces a repostar. ¿Acaso debía negárselo yo? Una vez intenté que se lo tomase sin *brandy*, pero dijo: «Esto no es lo mismo», y me lo devolvió. El caso es que se tomó siete. No podía

prohibírsele, habría armado un follón. No sé qué tal se encontrará mañana, pero yo estoy completamente libre de culpa. Nunca digas que no a una mujer, es un principio de toda mi vida.

Estaba ayudando a Veronica a recoger. Había servilletas de papel por todas partes, el piano estaba enterrado bajo platos sucios y la alfombra sembrada de tarta pisoteada. El insensible del primo Jim había tirado el centro de rosas blancas debajo del sillón de la señora Bridgetower, porque quiso sentarse allí y no supo entender el simbolismo.

—¡Por el amor de Dios, deja eso! —dijo Solly—. Ya se ocuparán Ethel y Doris.

—Me temo que las chicas no están para estos trotes —dijo Cobbler—. Me dijeron que no les quedaba aliento más que para irse a la cama. Una forma muy curiosa de decirlo, dadas las circunstancias.

—Humphrey, ¿qué les hiciste? —preguntó Veronica.

—¿Yo? Nada de nada; a mi entender, me limité a cumplir con mi obligación. La gente no paraba de pedir bebida y yo se la servía. La verdad, Solly, es que esos parientes tuyos, los Hansen, se las traen... son insaciables, todos y cada uno.

—¿Ha habido suficiente?

—Por los pelos. ¿Te das cuenta de que han pasado doscientas cuarenta y siete personas por aquí y ninguna era abstemia? Siempre lo cuento todo, es automático. En la catedral, cuento los fieles que asisten a cada oficio; al deán le gusta informarse de los índices de audiencia. Te aseguro que lo de hoy dice mucho a favor de tu difunta madre, pero hemos estado a punto de agotar las reservas. Nos hemos librado por poco.

Se sentó al piano de cola y cantó con gran expresividad la melodía de una conocida balada, *Homing*^[3], con la siguiente letra:

*All things get drunk at eventide;
The birds go pickled to their snoozing;
Heaven's creatures share a mighty thirst...
Boozing... Bo-o-ozing.*^[4]

—¡Humphrey, basta! —dijo Veronica—. Si no tienes más que hacer, ¿por qué no me preparas un trago? Estoy completamente agotada.

Cobbler preparó bebida para todos; Solly y Veronica se sentaron al lado de la chimenea procurando olvidar las penas y los sinsabores de los últimos días y el organista se puso a tocar preludios de Bach en el viejo piano para aliviarles un poco el ánimo.

El señor Snelgrove terminó de leer el testamento de la señora Bridgetower en el momento en que el reloj de la biblioteca daba las cuatro. Se lo había pasado en grande. Ya no se leían los testamentos formalmente, pero a él le parecía una espléndida demostración del ejercicio de la abogacía. Cuando una persona que ha hecho testamento fallece, queda en manos de Dios; al menos así lo creía el señor Snelgrove, quien, entre otros cargos muy dignos, ostentaba el de consejero legal de la diócesis cuya sede era la catedral de St. Nicholas; sin embargo, los asuntos terrenales del difunto quedan en manos de su abogado. Ese papel requería una majestuosidad que le complacía en grado sumo adoptar. Se sonó la nariz y se quitó los quevedos para frotarse los cansados ojos.

El ambiente en el que se leyó el testamento de la señora Bridgetower reunía cuanto el leguleyo de opereta podía desear. En la calle nevaba un poco y el cielo estaba plomizo y oscuro. En la chimenea de la biblioteca ardía el fuego e iluminaba los vidrios emplomados de las anticuadas librerías que cubrían las paredes. La estancia, cómoda y oscura, resultaba agobiante y deprimente. Era el día de Nochebuena.

Los asistentes escuchaban impresionados, con la debida solemnidad. El deán Knapp, hundido en un sillón de piel, se rascaba las cejas pensativamente, como si no pudiera creer lo que oía. La señorita Pottinger se mantenía muy erguida en una silla, esforzándose por no ceder a un dolor de cabeza que parecía extenderse a todo su pequeño ser; de vez en cuando un ardor amargo le subía a la garganta, pero, como buena hija de soldado que era, lo obligaba a retroceder. Le molestaba muchísimo el humo de la pipa de Solly, que fumaba sentado en el brazo del sillón que ocupaba Veronica. Fue él quien habló primero.

—Creo que entiendo el significado del testamento, aunque no estoy seguro del todo —dijo—, ¿podría traducírnoslo a lenguaje llano?

El señor Snelgrove accedió encantado. Lo que más le gustaba de su profesión era interpretar la jerga legal para que la entendieran los legos en la materia.

—Tecnicismos aparte —dijo—, significa que su difunta madre ha dejado todo su patrimonio en fideicomiso a sus albaceas, que son: Solomon Bridgetower, hijo de la difunta, es decir, usted; Laura Pottinger, soltera; y usted, Jevon Knapp, en calidad de deán de la catedral de St. Nicholas. Tal como se especifica aquí, dicho patrimonio consta de la casa y todo lo que contiene, más una suma considerable en valores e inversiones. Usted, Solomon Bridgetower, seguirá viviendo en la casa, pues es su hogar desde siempre, pero la propiedad no será suya, sino del fideicomiso, y no podrá disponer de ella. Los réditos del patrimonio se dedicarán a un proyecto educativo tal como lo ha esbozado su difunta madre.

—Es decir, ¿no me ha dejado dinero? —inquirió Solly.

—Es usted beneficiario de un legado de cien dólares —respondió el abogado.

—Sí, pero me refiero... a las inversiones, a las rentas de mi madre y todo eso... es que no acabo de entenderlo...

—Todo ese dinero se invertirá en la educación o estudios de una mujer joven, vecina de esta ciudad de Salterton, que desee dedicarse a algún arte. Dicha joven debe ser elegida por ustedes, los albaceas, con la condición de que no sea mayor de veintiún años en el momento de la elección; ustedes sufragarán el mantenimiento y los estudios de la joven en las mejores condiciones posibles, hasta que cumpla la edad de veinticinco años. Cursará estudios en el extranjero con la intención de que vuelva a Canadá pertrechada con «tesoros intangibles de la tradición europea», en palabras de su madre. Naturalmente, esa cláusula anula por completo la posibilidad de que estudie en los Estados Unidos. En el caso de que las condiciones para la disolución del fideicomiso no se cumplan en el plazo estipulado, es decir, cuando la beneficiaria cumpla los veinticinco años, deberán ustedes elegir a otra y así sucesivamente.

—¿Y yo solo tengo derecho a cien dólares y a vivir en la casa?

—Usted no tiene derecho a nada si no se cumple la condición que dará por disuelto el fideicomiso. Si se cumple, desde el momento en que así sea, siempre y cuando continúe usted viviendo en la casa, percibirá algunos intereses vitalicios del patrimonio de su madre. Se estipulan sendos legados para las dos criadas, Ethel Colman y Doris Black, que se harán efectivos cuando se cumpla la condición, así como para Laura Pottinger, quien recibirá la vajilla de porcelana de Rockingham, y para la iglesia catedral de St. Nicholas, que será beneficiaria de todos los valores en cartera que la testamentaria poseía en acciones de telefonía y transporte.

»Este último legado está, a su vez, sujeto al cumplimiento de otra condición. Mientras la catedral no sea titular de las acciones de telefonía, en la festividad de St. Nicholas, el deán pronunciará siempre un sermón especial en torno al tema de la educación; estos sermones se denominarán “Sermones Conmemorativos de Louisa Hansen Bridgetower”. En caso de no cumplirse alguno de estos requisitos, el legado quedará sin efecto.

Solly seguía sin entender.

—¿Y todo eso depende...?

—Todo depende de que tenga usted un hijo, señor Bridgetower. Solo en el caso y a partir del momento en que su mujer, Pearl Veronica, Vambrace de soltera, y usted engendren un varón, al que bautizarán cumplidamente con el nombre de Solomon Hansen Bridgetower, se convertirá este en heredero universal del patrimonio de su abuela, a excepción de los legados antedichos. Habida cuenta de que será usted beneficiario de un interés vitalicio en el patrimonio, su hijo no entrará efectivamente en posesión de la herencia hasta el momento en que fallezca usted, señor Bridgetower.

—¿Y si tenemos una niña?

—El fideicomiso seguirá vigente.

—Es increíble.

—Poco común, sin duda.

—¿Cuándo lo hizo?

—He leído la fecha en voz alta. Su madre firmó este testamento hace menos de tres meses.

—En bonita situación nos deja a mi mujer y a mí, ¿no?

—No favorece a nadie, Solomon —replicó el señor Snelgrove—. ¿Se ha dado cuenta de lo que me ha hecho a mí? No me ha nombrado albacea, como sin duda era de esperar por la antigua amistad que nos unía y por el aprecio que pensaba que me profesaba; me ha nombrado exclusivamente abogado de los albaceas: puesto remunerado. Y con una condición. Si en el plazo de un año a partir de la fecha de defunción no he liquidado todos los asuntos de su madre, el patrimonio dejará de estar en mis manos y pasará a las de Gordon Balmer, abogado al que (su madre lo sabía perfectamente) no tengo en la menor estima. Tal vez haya pasado usted por alto el comentario de su madre según el cual mi «codicia natural» me impulsaría a ponerlo todo en marcha rápidamente. «Codicia natural» es una expresión de Derecho que aprendió de mí, y contra mí la ha vuelto. Su madre nos ha hecho probar el látigo a todos.

—¿Hay que dedicar esos sermones a su memoria —preguntó el deán— hasta que la catedral entre en posesión de la herencia? Pero ¿y si ese momento no llega nunca? ¿Y si no nace un varón? Conozco a muchas familias... numerosas... que solo tienen hijas.

—Tienen que pasar muchos años para que sea necesario buscar soluciones a esa situación, señor deán —respondió Snelgrove—; entre tanto los sermones deben pronunciarse, en espera y con esperanza. La menor omisión puede costar una suma considerable a la catedral.

Antes de hablar de nuevo, el deán se debatió en su fuero interno.

—¿Puede darme una idea de a cuánto ascendería? —preguntó finalmente.

—Entre siete mil y diez mil al año, calculo —dijo el abogado. Al oír la cantidad, a los presentes se les salieron los ojos de las órbitas.

—¿Tan rica era mi madre? —preguntó Solly—. Lo ignoraba por completo, ¿sabe? Nunca hablaba de esas cosas. Creía que simplemente se las arreglaba bien.

—Hay muchos niveles de riqueza —dijo Snelgrove—. En algunos ambientes, su madre no habría podido considerarse rica, pero vivía con holgura... con mucha holgura. Sepa que recibió una herencia cuantiosa de su familia y que el patrimonio que le dejó su marido era bastante superior a lo que se podía esperar de un profesor de Geología. En la época de prosperidad de la minería, señor Bridgetower, su padre tenía allí muy buenos contactos. Además, su madre siempre fue una sagaz inversora.

—¿De verdad? —dijo Solly—. No tenía la menor idea.

—¡Ah, sí, sí! —afirmó Snelgrove—. No me cabe la menor duda de que su madre

siguió la marcha de los mercados de Montreal y Toronto con mayor atención, durante más tiempo y con mejor provecho que nadie en esta ciudad. Fue una mujer notable.

—Notabilísima, en efecto —dijo el deán. Estaba pensando en los sermones, comparándolos con la adquisición de alfombras nuevas y la posibilidad de solicitar coadjutor.

Veronica no había dicho nada hasta el momento.

—¿Tomamos el té? —preguntó.

Lo tomaron en un espléndido servicio Rockingham. La señorita Puss, que no había dicho nada en toda la tarde, lo miró calculadoramente y Veronica se dio cuenta.

—Es suyo, señorita Puss —le dijo con una sonrisa.

—Mío —replicó la anciana en voz baja, sin sonreír—, cuando se cumpla todo, si es que se cumple.

—En el asilo de los pobres era Navidad...^[5] —recitó Humphrey Cobbler al tiempo que se separaba de la mesa del comedor de la difunta señora Bridgetower. Estaba expansivo después del banquete navideño con Solly y Veronica.

—Cierra la boca, Humphrey —dijo Molly, su mujer.

Era una mujer alta y fuerte, guapa y desaliñada, y siempre estaba tranquila y a gusto. Tiró a su marido una uva a la cabeza para hacerlo callar, pero acertó a dar en un centro que adornaba la mesilla auxiliar, el cual tintineó.

—No pretendía ofender —dijo Cobbler— ni creo que se haya ofendido nadie. Solo quería dar a entender a estos amigos nuestros, que han evitado sistemáticamente el tema del testamento de mamá durante todo el excelente festín, que conocemos el pavoroso secreto y estamos con ellos en la pobreza. Iba a hacerlo delicadamente, recurriendo a la divina poesía, aunque era de esperar que no lo apreciases, zopenca mía. Levantó la copa y volvió a recitar:

En el asilo de los pobres era Navidad,
el día más alegre y desenfrenado,
y a celebrar la gran festividad
todos los indigentes se presentaron.

Llegó entonces el señor de la casa,
ellos se arrinconaron contra las sucias paredes;
«Os deseo una feliz Navidad», les dijo;
los indigentes respondieron...

—¿Qué te han contado? —preguntó Solly—. No me digas que ya andan chismorreando por ahí.

—Chismorreando exactamente, no —dijo Cobbler—, más bien cuchicheando con más miedo que vergüenza. Esta mañana, justo antes de celebrar el nacimiento del Príncipe de la Paz con un coro de primera clase, me llegó el rumor de que el testamento de tu madre parece una broma de muy mal gusto y que te ha dejado sin blanca.

—Ya sabía yo que no tardaría en enterarse todo el mundo —dijo Solly—. ¿Quién lo dijo? Solo lo saben tres personas; podían haber tenido el detalle de callárselo unos días, al menos. ¿Quién fue?

—Tranquilízate, amigo mío —dijo Cobbler—. Tienes... a ver... sí, veintisiete años. La verdad es que deberías saber un poco más de gramática parda, ¿a quién se le ocurre que solo lo sepan tres personas? Lo sabéis Veronica y tú, el deán y su mujer, sin duda; Puss Pottinger, que es la reina de la insinuación, y Snelgrove, así como su

mujer, seguro, además de Ronnie Fitzalan y, probablemente, al menos las dos chicas de su despacho que hicieron las copias del testamento para los albaceas. No te quepa duda de que tus incomparables Ethel y Doris, puesto que esperan recibir algo, habrán pegado el oído a las puertas o se habrán escondido debajo de tu cama. Ya son doce personas. Lo que sé me lo dijo esta mañana un tenor del coro al que no conoces, pero que te conoce a ti. Lo oyó anoche, cuando fue a cantar villancicos al hospital. Se sabe que tu difunta madre era rica y todo el mundo pregunta quién se lleva el pastel.

—Pues yo no sabía que fuera rica —dijo Solly.

—Pareces tonto, pero te creo —dijo Cobbler—. Nunca tenemos ideas realistas sobre nuestros padres. Era muy rúcana contigo cuando necesitabas dinero; seguro que te decía que tenía poco y tú te lo creías, como los niños buenos. Se hacía la viuda pobre. No tenías los ojos abiertos. No reparabas en lo grande que es esta casa ni en la cantidad de cosas horrendas pero caras que tiene; no se te ocurrió pensar que tu madre vivía más que desahogadamente, con dos criadas, en una época en la que la mayoría no tiene ni una; no se te pasó por la cabeza que disfrutaba de todo eso sin trabajar ni te fijaste en lo caro que resulta mantener costumbres eduardianas en pleno siglo xx. No hay nada tan caro como vivir en el pasado. No, tú creías lo que te decía y te tragabas que todo esto era un cuchitril de pobretones normal y corriente. Sin embargo, en Salterton, todo el mundo sabía que tu madre nadaba en la abundancia y se morían por saber cómo lo repartiría cuando no estuviera.

—¿Y qué les importa a ellos?

—No seas cándido; los que solo meten las narices en sus propios asuntos se mueren de aburrimiento a los treinta años. ¿No crees que los hospitales podían esperar algo? Tu padre fue profesor de Waverley muchos años, ¿crees que la universidad no tendía la mano? También la catedral quería su parte. Pero no hay nada que hacer. Y dicen que a ti no te ha dejado ni un mísero centavo. ¿Quién se lo lleva todo? No lo pregunto por husmear, entiéndeme, pero es que me muero de curiosidad.

—¿Lo único que sabes es que las instituciones que esperaban algo no recibirán nada y que el heredero no soy yo?

—Exacto. ¿Vas a contarnos toda la verdad o prefieres que Molly y yo creamos que no confías en nosotros, ahora que somos igual de pobres?

—Supongo que dentro de unos días ya lo sabrá todo el mundo, así que no me importa contároslo ahora.

Solly relató las condiciones que pesaban sobre la herencia por voluntad de su madre. A los Cobbler se les pusieron los ojos como platos y Humphrey soltó un silbido, pero fue su mujer quien habló.

—Podríamos llamarlo imposición de Manos Muertas a los Vivos —dijo—. Supongo que, en cierto modo, es para sentirse orgulloso; en realidad, son pocos los que tienen el valor de utilizar el testamento para vengarse. Por lo general deseamos dejar un recuerdo entrañable, y pocas cosas lo son más que un millón de dólares. Porque calculo que es más de un millón, ¿no?

—No tengo la menor idea —dijo Solly—, pero estoy seguro de que lo de la venganza no es cierto. Es decir, mi madre era caprichosa e incluso muy obstinada, pero vengativa... no, no encaja con ella.

—Por lo que la conocí, a mí me encaja perfectamente —dijo Cobbler—. ¡A ver si maduras de una vez! ¿Me oyes? Tu madre te decía que te amaba y te lo creíste. Te encadenó con su dependencia y lo soportaste porque se hacía la inválida, te tiranizó con la excusa de que estaba enferma del corazón. Se cargaba a cualquier chica que te gustase, hasta que reuniste valor suficiente para casarte con Veronica... o ella para casarse contigo, nunca he sabido cuál de los dos fue. De eso hace poco más de un año. ¿Has vivido en paz, desde entonces? Os obligó a instalaros aquí con ella y la obedecisteis como corderitos, mientras que ella pregonó cuanto pudo el disgusto que le había dado tu matrimonio.

—Oye, que estás hablando de mi madre y solo hace dos días que la hemos enterrado. No espero que te comportes como los demás, pero no te pases. Sé mejor que nadie lo difícil que era tratar con ella, pero todo lo que hizo fue con buenas intenciones, aunque desde fuera no sean fáciles de entender. Hoy he repasado el testamento un par de veces; es muy completo y muy personal. Dice que deja el dinero fuera de mi alcance para ponerme a prueba... para saber lo que puedo hacer con mis solas fuerzas. Dice que comprende que va a ser muy difícil y me aconseja que siga el ejemplo de mi padre. Comprendo que... resulte raro, en comparación con las ideas modernas sobre esas cosas, pero es evidente que lo ha hecho de buena fe.

Los demás respondieron con un elocuente silencio.

—En fin, considéralo desde su punto de vista —continuó Solly, cuando el silencio empezó a aplastarlo—. Siempre supo que yo era más bien débil, ha sido el último esfuerzo que podía hacer para fortalecerme.

—De débil no tienes nada —dijo su mujer acariciándole la mano.

—Sí, soy débil. Es decir, no me esperaba un testamento así ni me parece justo, sinceramente, pero comprendo la intención de mi madre. Según tú, Humphrey, es por mi matrimonio, pero eso lo dices por puro desprecio. No es que Veronica le gustase, pero me consta que la respetaba y te aseguro que, en los últimos seis meses, Ronny se portó con ella mejor que una hija. No te casaste conmigo por dinero, ¿verdad? —preguntó a su mujer con una sonrisa.

—No creo que sea eso lo que Humphrey quería decir —dijo Veronica.

—Entonces, ¿qué?

—Querido, si no se te ha ocurrido ya, me va a resultar muy difícil explicártelo. Tu madre te lega su capital, es decir, las rentas que produzca, que viene a ser lo mismo, si tenemos un hijo. ¿Entonces? ¿Nos ponemos a ello con sangre fría y rogamos que sea varón? Y si es niña... ¿lo intentamos otra vez y cuantas sean necesarias? Ya sabes cómo es la gente. Pase lo que pase, lo interpretarán de la peor manera posible. Seremos motivo de chistes verdes durante años. ¿Es que no lo ves?

—¡Ah! Estoy seguro de que mi madre no pensaba en nada de ese estilo —

respondió Solly.

—Entonces, ¿por qué ha dejado ese testamento? —dijo Molly—. Ten en cuenta que era una mujer de su generación y que no se llevaba muy bien con la práctica sexual. Seguro que pensaba que el sexo os secaría los órganos de la reproducción a los dos. ¡Qué encanto! ¡Qué dulce y maternal!

—De verdad, tenéis que comprender que estáis hablando de mi madre —replicó Solly, un poco enfadado.

—Vamos a ver, Solly —dijo Cobbler—, ten un poco de sentido común. Desde que te conocí, cada vez que estabas deprimido, de lo único que hablabas era de la vida tan perra que te daba tu madre. Te he oído decir cosas de ella que me asombraron incluso a mí... y ya sabes que mi especialidad es nombrar lo innombrable. No la conviertas ahora en santa solo porque ha muerto.

—Cállate —dijo su mujer—. Solly necesita tiempo para acostumbrarse a la muerte de su madre. Recuerda cómo lo pasaste tú cuando murió la tuya. Estuviste muchos días bramando como un toro, aunque dudo que le dedicaras más de un cumplido las últimas veces que os visteis en vida de ella.

—Eran discrepancias musicales —dijo Cobbler—. Teníamos principios diferentes, pero eso solo demuestra que éramos tan compatibles que hasta podíamos discutir. Seguro que Solly nunca habló de cosas así con su madre.

—El testamento demuestra lo mucho que le importaban los principios artísticos, o la educación, al menos —dijo Solly.

—No se me ha olvidado que pidió *My Task* para sus exequias —dijo Cobbler—. Por cierto, la factura de ese antojo no es moco de pavo. Tuve que contratar a una chica en el último momento.

—Cantó muy bien —dijo Veronica.

—Tiene buena voz. Se llama Monica Gall y le debemos diez dólares.

—Inclúyelo en la factura que presentes a Snelgrove —dijo Solly—, con los gastos del coro y del organista.

—Yo toqué gratis.

—No, no. Manda la factura a Snelgrove. No quiero que mi madre te deba nada.

—¡Ay, por el amor de Dios! ¡No te pongas así porque te haya dicho lo que pienso! Si quieres que tus amigos te den la razón en todo y acaten tus insensateces, bórrame de la lista.

—¡Callaos los dos! —terció Molly—. Estáis discutiendo como críos. Escucha lo que te digo, Solly. Es fácil que Veronica y tú tengáis que afrontar una mala temporada, pero debéis tomar una decisión ahora y manteneros unidos; de lo contrario, ese testamento absurdo os amargará la existencia, sobre todo por las condiciones económicas en las que estáis.

—Las mismas de siempre —dijo Solly—. No he perdido mi puesto de trabajo, ¿sabes?

—De profesor auxiliar, bastante bueno para la edad que tienes, aunque el sueldo

es mísero en comparación con la vida de hombre culto y bien situado que te correspondería llevar. De todos modos, te aseguro que Humphrey y yo nos las arreglamos con mucho menos. Sin embargo, si no lo he entendido mal, una de las condiciones del testamento es que viváis en esta casa y la mantengáis con tu sueldo, pagando a Ethel y a Doris y pariendo hijos hasta que nazca un varón. Dicen que los hombres inteligentes suelen tener hijas, Solly, y me imagino que tú lo eres, aunque ahora mismo tu actitud parezca indicar lo contrario. —Lo dijo en un tono tan cariñoso que Solly no se ofendió—. Sin embargo, debes reconocer que tu madre os ha puesto encima las Manos Muertas en el sentido más amplio de la expresión; cuanto antes lo comprendas, mejor podrás afrontarlo.

—Y más vale que no empieces a recriminarme cosas —dijo Cobbler—. Vas a necesitar a todos los amigos con los que puedas contar, ahora que estás en las filas de los que vivimos con estrechez. Piensa en lo cruel que será ver cómo desaparece todo ese precioso dinero, que podía haber sido tuyo, en la manutención de no se sabe qué señorita y en sus estudios de arreglos florales en los Invernaderos Imperiales del Japón, y todo por cuenta del patrimonio de tu madre. Conque deja de saltar contra mí cada vez que abro la boca. Nunca he tenido nada en contra de tu madre; sencillamente, simbolizaba todos los poderes que me pisan la cabeza desde que tengo uso de razón. Y en prueba de buena fe, brindo por ella.

Se restablecieron las amistades y brindaron todos. Es posible que solo Molly y Veronica oyeran lo que murmuró Cobbler al levantar la copa: «*Toujours gai, le diable est mort*»^[6].

Dos

En circunstancias normales, el testamento de la señora Bridgetower no habría acaparado la atención del público hasta que se hubiera validado, pero, como puntualizó Cobbler, algunas instituciones de Salterton abrigaban esperanzas de recibir algo, entre ellas principalmente la Universidad de Waverley, y cuando corrió el rumor de que no recibiría nada se desataron las iras de la administración. Las universidades se caracterizan por una avaricia insaciable, si bien con fines nobles. Era intolerable que una adinerada viuda de un antiguo profesor (un miembro de la comunidad, por así decir) no se hubiera acordado del *alma mater* en su testamento (sobre todo siendo miembro de ella su hijo y supuesto heredero). Corría el rumor de que se instituiría un fideicomiso con fines educativos; de ser cierto, para Waverley sería una verdadera bofetada en la cara. Pero ¿lo era?

Husmear en asuntos ajenos no entra en las funciones de la universidad; eso es cosa de la prensa, y así fue como, después de recibir una discreta indirecta de la administración de Waverley, el *Evening Bellman* de Salterton tanteó a los fideicomisarios de uno en uno. La señorita Puss se negó rotundamente a hacer declaraciones. El deán, por no comprometerse, dijo que no podía hacer declaraciones sin el consenso de los otros albaceas. Fue Solly quien dijo que se instituiría un fideicomiso, de cuyos pormenores se encargaría el señor Snelgrove. El abogado era muy aficionado a los secretos y convocó a los albaceas a una reunión para instarlos a guardar silencio absoluto; nadie tenía derecho a recabar información de ninguna índole sobre el patrimonio de la señora Bridgetower hasta que se hubiera validado el testamento. Fue Solly quien puntualizó que eso era imposible.

No siempre van juntos el conocimiento profundo de la ley y el sentido común más elemental, y tuvo que ser Solly quien, con toda la delicadeza posible, explicara la situación al señor Snelgrove. Según el testamento, era preciso que la elegida como beneficiaria de la dotación de la señora Bridgetower hubiera iniciado ya sus estudios antes del cabo de año de la benefactora; también el señor Snelgrove debía haber completado el proceso de validación del testamento antes de esa fecha; de lo contrario, sufriría la humillación de quedarse sin el succulento bocado, que pasaría a manos de otro abogado. Así pues, tanto si el fideicomiso se constituía antes de la validación del testamento como si no, era preciso elegir a la beneficiaria en el plazo de un año, pero eso no podría hacerse sin dar a conocer algunos detalles del inminente fideicomiso al menos a cierto número de personas. Al señor Snelgrove le costó bastante entender la situación, aunque debería haberla previsto ya, puesto que había preparado el testamento de la señora Bridgetower personalmente. Estaba perplejo, entendía la cuestión intelectualmente, pero emocionalmente no la asimilaba y no dejaba de afirmar y asentir sin comprender nada.

Por otra parte, Solly estaba dispuesto a dar a conocer algunas particularidades del fideicomiso, pero sin que se supiera públicamente la ruindad con que lo había tratado su madre. Sostenía una actitud que es mucho más frecuente de lo que parece: aunque su madre le había amargado la vida, ahora que había muerto quería evitar a toda costa que pensarán mal de ella. Así pues, después de hablarlo con Veronica, fue a ver al señor Gloster Ridley, el editor del *Bellman*, le explicó la situación y le pidió ayuda para dar a conocer el asunto de la manera más favorable posible. Fue un golpe maestro de diplomacia, ejecutado a espaldas de los demás albaceas y de Snelgrove, que dio un resultado excelente. El *Bellman* publicó información suficiente sobre el fideicomiso y el fin al que se destinaría, aclaró que el proceso tardaría algún tiempo en ponerse en marcha y recordó con afecto el interés que siempre había mostrado la difunta señora Bridgetower por la educación de las mujeres, pero sin hacer la menor alusión al legado meramente simbólico que la anciana había dejado a su hijo ni a las curiosas condiciones que pesaban sobre el fideicomiso. Así fue como pudo publicarse una versión agradable de la verdad y se pudieron acallar provisionalmente las murmuraciones de Waverley.

Sin embargo, al señor Snelgrove y a la señorita Puss no les pareció bien, pues ambos eran muy partidarios de reservarse toda clase de información. Si fuera posible, la señorita Puss se compraría los zapatos sin revelar al dependiente el número que calzaba. Por ese motivo se convocó otra reunión, en la que Solly recibió un vapuleo por haber acudido a la prensa. La experiencia de albacea le estaba enseñando rápidamente lecciones útiles y dejó que Snelgrove y la señorita Puss se despacharan a gusto. A continuación, repitió una vez más sus argumentos y puso de manifiesto lo beneficioso que había sido el efecto del artículo del periódico, pues había logrado cambiar los rumores rencorosos por unos cuantos datos cuidadosamente elegidos. El deán Knapp se puso de su parte, cosa que no se esperaba. Sería exagerado decir que Solly aplacó a la señorita Puss y a Snelgrove, pero al menos los hizo callar de momento y se quedó con la agradable sensación de haberse hecho con las riendas del fideicomiso.

Por ejemplo, suya fue la idea de que las reuniones se celebraran siempre en la casa Bridgetower. Snelgrove había leído allí el testamento porque le había parecido el marco más espectacular; Solly arguyó que las reuniones debían seguir celebrándose allí puesto que la casa era propiedad del fideicomiso y los fideicomisarios debían utilizarla como sede para las deliberaciones oficiales. Con ello ganaba cierta ventaja, puesto que la casa además de formar parte del fideicomiso, era su vivienda, y le correspondía por tanto desempeñar el papel de anfitrión. La primera que entendió las implicaciones de esa decisión fue la señorita Puss, quien se vengó en la segunda reunión, cuando Snelgrove y ella estaban enfadados con Solly por haber publicado en la prensa información sobre el testamento de la señora Bridgetower.

Veronica salió a la puerta a recibirla.

—Querida, en mi opinión, sería mejor que no asistieras a las reuniones del

fideicomiso —le dijo la anciana.

—¡Ah! Ni se me ha pasado por la cabeza —dijo Veronica—. Solo estoy aquí para ayudarla a quitarse el abrigo.

—Estoy segura de que lo haces todo con la mejor intención, querida —contestó la señorita Puss—, pero debemos evitar cuanto pueda parecer falta de decoro. No lo digo solo como albacea, sino también como amiga. Seguro que te enterarás de las cosas a su debido tiempo.

Veronica se retiró a otra habitación completamente ruborizada y con la sensación de haberse propasado en una casa que, al parecer, aún era menos suya ahora que en vida de su suegra.

Casualmente Solly oyó la conversación y se enfureció. Aunque no tuviera sangre en las venas cuando se trataba de defenderse a sí mismo, por Veronica estaba dispuesto a enfrentarse a quien fuera. Se enfadó con la señorita Puss mucho más de lo necesario y se guardó la furia rencorosamente para utilizarla en el futuro a su conveniencia. Si la verdadera intención del testamento de su madre era hacer un hombre de él, surtía efecto rápidamente, porque se estaba convirtiendo en un hombre, sí... resentido y cruel. Laura Pottinger, como amiga más antigua de su madre, lo había tiranizado desde la infancia. Sin embargo, sabía perfectamente que la mujer había envejecido, mientras que él había crecido, y pensaba ponerla en su sitio tantas veces como fuera necesario hasta que aprendiese.

También tendría que parar los pies al señor Matthew Snelgrove; el abogado estaba convencido de que los tres albaceas necesitaban quien los guiase y, lógicamente, se había elegido a sí mismo para desempeñar dicha función. Cuando por fin le hicieron entender que no había ninguna posibilidad de retirar la información publicada en el *Bellman*, advirtió muy seriamente a los albaceas que no debían revelar ni una palabra más sobre el testamento.

—Tengo que comunicarles —dijo Solly— que Veronica y yo ya hemos hablado con Ethel Colman y Doris Black. Ambas están en la familia desde hace muchos años y tenían derecho a esperar algo. Como saben ustedes, mi madre les dejó algo... pero no pueden disponer de ello hasta que nazca un hijo mío. Nos pareció adecuado hacérselo saber.

—Es una irregularidad tremenda —dijo Snelgrove—. Pesa sobre mis hombros la difícilísima tarea de hacer la partición de un gran patrimonio en el plazo de un año; ¿cómo voy a hacerlo si se me arrebatan las prerrogativas, se revela información y se crean expectativas sin darme tiempo a empezar, siquiera?

—Todo es sumamente irregular —replicó Solly— y Veronica y yo pensamos que Ethel y Doris merecen toda la consideración que podamos ofrecerles. Tienen derecho a saber en qué situación quedan. No podemos mantenerlas a las dos, ni a una siquiera, con mi salario. Tienen derecho a ser libres de buscarse otro empleo. Además, le comunico que me he ofrecido a recaudar dinero personalmente para que puedan percibir lo suyo. Si no ¡a saber cuánto tendrán que esperar!

—Pero si les ha contado usted lo de las condiciones del testamento, hablarán, se lo aseguro —dijo Snelgrove—. Ya sabe cómo vuelan las noticias aunque nadie vaya corriendo a contárselas a la prensa.

—Lo que sé es que el día de Nochebuena nos leyó usted el testamento de mi madre a los cuatro y que en Navidad ya eran bastantes más las personas que sabían que me había excluido de la herencia —dijo Solly y, para su gran asombro, consiguió un triunfo: los otros tres se sonrojaron, cada uno a su manera—, y le aseguro que yo todavía no se lo había dicho a nadie.

—Podría ser contraproducente para la memoria de tu madre consentir que cualquier irresponsable vaya por ahí diciendo lo primero que se le ocurra —dijo la señorita Puss—. Deberías tenerlo muy presente.

—Y lo tengo —contestó Solly—, pero estará de acuerdo conmigo en que mi madre no nos ha facilitado la labor de impedir que se hable mal de ella. En Waverley, a algunos no les ha temblado la voz al decir que los ha engañado... que los indujo a pensar que les destinaría una cantidad generosa, pero que los ha dejado con las manos vacías. Debería saber, tía Puss, que cuando mi madre quería imponer su voluntad, no le importaba la opinión de nadie.

La señorita Puss cambió de táctica.

—Supongo que será inevitable, pero me gustaría que no mezclaras tanto a Veronica en estos asuntos. Me imagino que está de acuerdo en lo de las criadas sin ninguna consideración por lo que pueda afectar al recuerdo de nuestra querida Louisa.

—Veronica es mi mujer, señorita Puss —dijo Solly—. Mi madre parecía olvidarlo muchas veces, pero no tiene por qué olvidarlo nadie más. Ella está tan metida en todo esto como yo y le contaré lo que me parezca adecuado... es decir, absolutamente todo.

La pelea parecía inminente e intervino Snelgrove, pero no acertó en la elección del tema.

—Se ha ofrecido usted a pagar el legado a Ethel y a Doris, ¿de dónde va a sacar el dinero? ¿Tiene un seguro? ¿O ahorros? —sabía perfectamente que Solly no tenía nada.

—He hablado con el banco —respondió Solly con una sonrisa—. Son muy cordiales y están dispuestos a hacerme un préstamo con la garantía de mis previsiones.

—Tenga cuidado, no pida préstamos con ese aval —dijo Snelgrove—, podría ser su perdición. Imagínese si no llega a heredar.

—Discúlpeme que en este asunto sea más optimista que un hombre de más edad —dijo Solly—. Dije a los del banco que presentaría un certificado médico de... buena salud; me respondieron con mucha amabilidad que no era necesario. Mi mujer es joven y goza de buena salud y les aseguro, tía Puss y señor Snelgrove, que tengo intención de heredar lo antes posible.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el deán, y entonces se sonrojó al comprender el posible doble sentido de su intervención. Se quedó profundamente desazonado.

—Por lo visto, deseaba un nieto —dijo Solly—, y yo pienso hacer todo lo que esté en mi mano por complacerla.

Las reuniones de los albaceas siempre eran de ese tenor. Solly las convocaba cuando le parecía necesario. Convocó una para comunicar al deán, a la señorita Puss y a Snelgrove que Doris Black había decidido dejar el empleo en su casa y que Ethel Colman prefería quedarse a vivir en calidad de cocinera y con un salario menor. Ya cobraba una pensión de ancianidad y de todas formas tenía intención de retirarse dentro de uno o dos años a lo sumo. No quería buscar otro empleo a esas alturas de la vida. Las dos habían aceptado cobrar su legado en metálico por adelantado y firmarían un documento de renuncia a cualquier otra reclamación sobre el patrimonio. Snelgrove refunfuñó y protestó, pero recibió instrucciones de redactar dichos documentos y archivarlos debidamente firmados.

A medida que Solly se afianzaba en el primer puesto entre los albaceas, empezó a tomar gusto a las reuniones y a los planes. Los instó a iniciar cuanto antes la búsqueda de una beneficiaria del fideicomiso de la señora Bridgetower. Hizo caso omiso de las objeciones de Snelgrove y la señorita Puss y les recordó que la elección podía ser un proceso largo y difícil. Al final de la reunión, de tres horas y media salpicadas de rencor, insistió en someter la decisión a votación, con la consiguiente ofensa para Snelgrove, que tenía voz, pero no voto. El deán votó a favor de Solly y una semana más tarde apareció en el *Bellman* una discreta explicación sobre el cometido del fideicomiso, al tiempo que se pedía a las interesadas que remitiesen su solicitud por escrito a Matthew Snelgrove, abogado del Fideicomiso Bridgetower.

Fue una gran victoria, aunque no inmediata. A primeros de abril, cuando se publicó el anuncio, habían pasado ya tres meses del breve año de gracia.

A pesar de la meticulosidad con que los albaceas redactaron el anuncio, aún dio lugar a interpretaciones para todos los gustos. Se especificaba claramente que las candidatas a la munificencia de la señora Bridgetower debían ser residentes en la ciudad de Salterton, del sexo femenino, menores de veintiún años o, en cualquier caso, que no los hubieran cumplido en el mes de diciembre del año en curso. Aun así, presentaron solicitud cuatro jóvenes del sexo masculino; treinta y dos aspirantes sobrepasaban la edad requerida y, de estas, una declaró que tenía cuarenta y seis años; llovieron instancias de todos los rincones a los que llegaba el *Bellman*. Otra condición perfectamente estipulada era que las aspirantes debían ser estudiantes de alguna de las Bellas Artes, es decir, de pintura, escultura, música, literatura o arquitectura, así como de cualquiera de sus posibles ramas. Las solicitantes, que alcanzaron un total de ochenta y siete, interpretaron la palabra «posibles» en un sentido amplio y generoso.

Se presentaron alfareras que deseaban estudiar en Inglaterra y tejedoras que querían ir a Suecia; una joyera que no quería ser orfebre, pero que estaba «lanzadísima en diseño». Quien más se acercaba a la escultura era un joven que había hecho algunas cosas interesantes en jabón y que no veía motivos para cambiar un material tan útil y práctico por ningún otro. Había algunas pintoras de verdad y una auténtica especialista en grabado, además de varias instrumentistas, aunque estas últimas eran todas mayores de veintiún años. En cuanto a las escritoras, todas con aspiraciones poéticas, presentaron manuscritos de sus obras sucios, deprimentes y con faltas de ortografía. Una joven quería ser directora de animación social y pensaba que unos años de estancia en escuelas europeas de su especialidad serían tan enriquecedores para ella como para el viejo continente. Se presentaron cinco escritoras que en realidad eran becarias y querían dinero para invertirlo en proyectos de investigación; también bailarinas, entre ellas, una especializada en lo que ella llamaba «claqué y bailes de salón modernos». Una joven deseaba hacer estudios de perfeccionamiento de acordeón y guitarra eléctrica. Todas mostraron una ambición desmedida sin el menor recato y prometieron alcanzar grandes logros si resultaban elegidas.

Los albaceas tardaron tres semanas en reducir la lista de aspirantes a unos pocos nombres. Solly podía haberlo hecho en una noche, pero los demás consideraron frívolo su sistema de aullar de gusto o de desesperación a medida que iba leyendo las cartas e insistieron en que, para ser justos con todo el mundo y estar a la altura de la solemnidad de su función, debían leer en voz alta cada carta y comentarla a fondo. El proceso dio pie a la señorita Puss a reflexionar sobre las cualidades de la juventud actual, en comparación, siempre desfavorable, con las de su generación, a principios

de siglo. El señor Snelgrove creyó necesario dar su opinión sobre el tema, en el que tan bien sintonizaban los dos, y aunque se quejaba constantemente de lo largo que era el procedimiento, no podía contenerse e intervenía en todo. Solly le explicó que, puesto que no era albacea, no tenía obligación de asistir a las reuniones de selección, pero el abogado no quiso captar la indirecta. Estaba claro que le encantaba participar porque le daba sensación de importancia, aunque también empezó a hacerse evidente su voluntad de demostrar al espíritu de la señora Bridgetower que, puesto que había querido apretarle las tuercas, sabía llevarlo tan dignamente como cualquiera. Por otra parte, era una forma de engrosar sus honorarios.

Cuando por fin terminaron, la lista quedó verdaderamente muy reducida. Se componía de dos nombres: Nicole John, que quería ser arquitecta, y Birgitta Hetmansen, pintora.

La señorita John fue eliminada al cabo de una semana. La carta que recibió Snelgrove del padre de la joven, en respuesta a una solicitud de entrevista que el abogado le había enviado, decía que, por motivos de salud, su hija no podía aceptar la dotación de ninguna manera y dejaba constancia del enojo y la extrañeza que sentía por no haber sido consultado por los albaceas antes de pensar siquiera en llevarse a su hija de casa. No volvió a saberse más de la señorita John.

Con la señorita Hetmansen fue diferente. Se presentó con una carpeta grande de trabajos suyos y fotografías de cuadros que había vendido, junto con recortes de prensa de críticas favorables de algunos de sus dibujos y pinturas y una recomendación muy positiva de su maestro. Era una joven morena, bien parecida y callada, que agradó mucho a la señorita Puss por su comportamiento de auténtica señorita... bien, no como las de su juventud, pero lo máximo que podía esperarse en una época tan decadente como la actual.

Sabía lo que quería. Deseaba ir a París, conocía el nombre de los maestros con quienes deseaba estudiar y sabía dónde encontrarlos. Los albaceas se reunieron con ella tres veces en total; la última, asistió también su maestro, quien le dedicó grandes alabanzas. Los albaceas estaban encantados, pues parecía que habían encontrado al cisne que buscaban.

Sin embargo, un día, Solly recibió una llamada de la señorita Puss.

—Tenemos que reunirnos inmediatamente —le dijo—; hay malas noticias.

Unos días después, se reunieron y la anciana, con gran reticencia, dio a conocer las malas noticias. Sabía, por personas de total confianza, que la señorita Hetmansen no era virgen.

—¿Y eso qué importa? —dijo Solly.

—No debemos olvidar nunca que el fideicomiso Louisa Hansen Bridgetower existe por obra y gracia de una mujer que defendía los valores más elevados del estilo de vida canadiense —dijo la señorita Puss— y, por supuesto, no vamos a gastar ni un centavo de su dinero en una fresca.

—No es una fresca —replicó Solly—. Es encantadora, lo dijo usted desde el

principio.

—Cualquier muchacha de quien se pueda decir lo que acabo de decir, cuando no ha cumplido ni los veintiún años, es una fresca —contestó la señorita Puss; clavó en el deán una mirada verde, inyectada en sangre, y continuó amenazadoramente—. Y, en caso de que lo sometamos a votación, no vayan a creerse que por ser hombres podrán conmigo, porque si me obligan llevaré el caso a los tribunales y que lo decida un juez. Aunque ustedes no den importancia a estas cosas, yo sé mejor que nadie lo que pensaba Louisa. —Estaba dispuesta a luchar—. Si no se atreven a decir a esa chica los motivos por los que no podemos aceptarla, no tengo ningún inconveniente en hacerlo yo.

Sin embargo, convinieron en que no sería necesario. Devolvieron a la señorita Hetmansen las cartas y cuadros por correo, junto con una nota en la que le comunicaban que si en el plazo de siete días no tenía más noticias de los albaceas, considerase que su solicitud había sido denegada.

La señorita Hetmansen no era tonta. Sabía por qué la habían rechazado. Había sucumbido a la pertinaz insistencia de su maestro con frialdad, casi pensando en otra cosa, con una vaga sensación de que tal vez así mejorase en algo su comprensión del color. Vistos los resultados, lo único que había conseguido era perder mucho dinero e invalidar la valoración que de su trabajo pudiera hacer su maestro. En realidad no le importó. Confiaba plenamente en sus dotes e iría a París de todos modos. No era chismosa, pero hablando con algunas personas dijo que el fideicomiso Bridgetower, como empezaban a llamarlo, premiaba ante todo la conducta y era estrictamente para aficionados.

Y así fue como los albaceas se quedaron sin candidata... en el mes de junio.

Los canadienses creen supersticiosamente que en verano no se puede hacer nada importante. El sol se abate con el máximo rigor sobre la naturaleza y se diría que entumece la actividad humana. Por ejemplo, Matthew Snelgrove afirmaba que estaba dándose mucha prisa con los trámites de la partición del patrimonio de la señora Bridgetower, aunque lo cierto es que no iba al despacho hasta media mañana, por la tarde se marchaba antes y de noche no se podía contar con él prácticamente para nada. Se fue de vacaciones con su mujer todo el mes de agosto, a la casa natal de la señora Snelgrove, en Nueva Escocia, y allí, en actitud reprobatoria, se dio a la contemplación de la triste e ingobernable conducta del mar. La señorita Puss Pottinger no faltó a su costumbre de ir a tomar las aguas dos semanas del mes de junio a Preston Springs, y después, muy tonificada, se trasladó a Muskoka, a un lugar de veraneo estrictamente anglicano situado a la orilla de un lago, donde podía codearse con las Hermanas de San Juan, que tenían una misión en las cercanías. Solly y Veronica hicieron un modesto viaje de placer en coche, con la esperanza de que el cambio de aires propiciase la deseada concepción, tan esquiva hasta el momento. Necesitaban perder de vista unos días a Ethel, la bienintencionada pero importuna cocinera que se había quedado con ellos cobrando menos que hasta entonces y que se lo recordaba a todas horas; así fue como descubrieron que la fidelidad de los criados de toda la vida era un arma de doble filo. El deán se fue a su casita de verano, se quitó el alzacuellos y se dedicó a pescar por el día y a leer novelas de detectives por la noche. Fue un alivio para todos aparcar una temporada el fideicomiso Bridgetower.

Aun así, a primeros de septiembre, Solly se despertó una mañana con una desagradable sensación de apremio, pues solo quedaban tres meses para encontrar a la beneficiaria.

—Tenemos que ponernos manos a la obra inmediatamente —dijo a Veronica.

—¿De verdad corre tanta prisa? —respondió ella. Las vacaciones le habían sentado estupendamente; tumbada en la anticuada cama matrimonial, tan morena y tan seria, estaba muy atractiva—. ¿Tanto importan unos meses de más o de menos?

—El testamento dice: «en el plazo de un año a partir de la fecha de mi defunción». Supongo que nadie protestaría si se alargara un poco, pero prefiero que se haga todo al pie de la letra. Por otra parte, me apetece asustar al viejo Snelgrove. Tiene muy mala opinión de mí, igual que Puss. Pues se van a enterar. Si no hay más remedio, mandaremos al extranjero a una acordeonista o a un artista de la escultura en jabón, pero lo haremos de la forma prescrita y dentro del plazo.

—¡Qué enérgico te pones!

—Ya lo creo.

—Si tanto empeño tienes en encontrar a quien sea para dilapidar la fortuna de tu madre, ¿por qué no echas un vistazo a Monny Gall? —dijo Cobbler a Solly.

Por no faltar a la verdad, hay que decir que Solly no había contado a su amigo la creciente preocupación de los fideicomisarios; desde el día de Navidad, cuando Cobbler oyó hablar por primera vez del fideicomiso Bridgetower, una curiosidad insaciable lo impulsaba a sonsacar toda la información posible a Solly y a Veronica cada vez que se le presentaba la oportunidad. Según decía él, era fascinante que pudiera haber una cantidad tan grande de dinero esperando a que apareciese alguien en quien gastarlo.

—¿Quién es Monny Gall?

—Si oyeras más la emisora de la ciudad, lo sabrías. Es la soprano del cuarteto de góspel Esperanza y Corazón, que actúa en la radio en nombre del Salón del Decimotercer Apóstol, cinco mañanas a la semana, de nueve y media a diez menos cuarto. Desayuno un poco más tarde que vosotros, los proletarios, y nunca me pierdo el recital.

—¿Tan bueno es?

—Buenísimo... en su estilo. Es decir, promueve lo que es la religión para muchos creyentes, sobre todo amas de casa: un dulce sentimiento de autocompasión mezclado con trémulos remordimientos y un profundo sentimiento de victimismo. Lo lleva un gorila empalagoso que atiende por el nombre de pastor Sidney Beamis; dispensa esperanza en forma de oraciones breves y moderadamente repugnantes en las que dice a Dios que todos somos muy malos, pero que los fieles del Decimotercer Apóstol intentan alcanzar la santidad. En cuanto al corazón, eso lo pone el cuarteto, formado por su propia familia y Monny Gall. El pastor Beamis es el bajo, con su voz cavernosa y visceral, a la que se contrapone la de tenor capón de Wesley, su hijo, toda en falsete y trémolos; Ma Beamis es la contralto, aunque suena a mugidos de vaca en un túnel ferroviario; en cuanto a Monny Gall, tiene una voz de soprano muy bonita, dulce y pura, y canta con mucha naturalidad. Tendrías que oír su versión de *Eden Must Have Been Like Granny's Garden* o *Ten Baby Fingers and Ten Baby Toes, That Was My Mother's Rosary*^[7].

—Horrísono.

—Lo es, me produce un placer perverso, pero Monny se merece que la rediman de ese infierno musical. Sin sombra de duda, tiene la voz más prometedora que he oído en mi vida en una cantante sin escuela.

—Entonces, ¿por qué está en Esperanza y Corazón?

—¿Y por qué no? Su madre, que es de armas tomar, es uno de los pilares del Salón del Decimotercer Apóstol. Si dice a Monny que cante con Beamis, la niña obedece. Y lo hace gratis, encima, para mayor gloria del pastor.

—Pero, si sirve para la música, ¿por qué canta *Granny's Toes* y cosas así?

—No he dicho que sirva para la música, sino que tiene una voz muy bonita. Caes en un error muy común, el de dar por sentado que los cantantes son músicos. Mi querido Bridgetower, algunos cantan porque así los ha hecho Dios pero, en general, no tienen gusto musical, cantan lo que sea con tal de abrir la boca y largar. Monny tiene ese don. Joven como es, si se la educa bien, podría llegar a alturas inimaginables.

—Da la impresión de que tienes mucho interés en ella.

—Así es.

—¿Es guapa, además de tonta?

—¡Bridgetower, me ofendes! No es guapa ni fea, no es más que una niña, pero tiene una voz extraordinaria y Beamis se la está echando a perder. Seguro que te acuerdas de ella, es la chica que cantó *My Task* en el entierro de tu madre.

—No la recuerdo en absoluto.

—Yo sí —dijo Veronica, aunque por lo general guardaba silencio cuando Solly y Cobbler se enzarzaban en largas divagaciones que a menudo terminaban en una discusión—. Me pareció que tenía una voz preciosa, dulce y pura... y lejana.

—Exacto. Monny sabe limar las asperezas de *My Task*, es un don natural, porque no tiene ni idea de lo que hace. Sin embargo, su voz inspira belleza, serenidad e incluso raciocinio aunque cante basura pura.

—No ha mandado la solicitud al fideicomiso.

—Ni se le habrá pasado por la cabeza. No es ambiciosa. Su madre la enseña a ser modesta.

—¿Insinúas que se lo propongamos nosotros? ¡A Snelgrove le da un soponcio!

—Sí, y si sospechan que el instigador he sido yo, a Puss le da un patatús. Me aborrece con toda la fuerza de la única pasión pura que ha tenido en su vida; no piensa más que en echarme de mi empleo porque no encajo con la idea que tiene de un organista catedralicio. Pero puedo encargarme de ir a ver a Monny y decirle que lo intente, si te parece.

—Tenemos que encontrar a alguien; me importa un pito quién sea.

—¡Vamos, Bridgetower, estamos hablando de dinero! ¡No te amargues de esa forma!

—¿Por qué no? No soy codicioso, bien lo sabe Dios, pero tampoco soy de piedra. Los réditos de más de un millón de dólares, que podían haber sido míos, serán para una desconocida. No me habría importado nada que mi madre no hubiese dejado ni un centavo ni que lo hubiese donado todo para obras de caridad; pero lo ha hecho de esta forma adrede, para fastidiarme, para protestar por última vez por mi matrimonio. ¡Dios! ¡Como si Veronica tuviera la lepra! ¡Y solo porque es la hija de un hombre con el que discutieron mi padre y ella hace veinte años! Ha hecho todo lo que podía hacer con el testamento para humillarme y flagelarme. Seguro que me dejó esos cien dólares solo para que fuera más difícil revocarlo. Le estaría bien empleado que el

dinero se malgastara en una desgraciada berreadora de góspel. ¡Cuánto me alegraría que su alma putrefacta se removiera de indignación en su altivo cielo anglicano!

—¡Ay, Solly, querido! Te vas a poner malo tú solo —dijo Veronica.

—Deja que se desahogue —dijo Cobbler—. Reprimir el rencor y el odio da úlcera y artritis y dispara la tensión. Está demostrado. Lo pone en todos los manuales de medicina. Es mejor sacarlo todo por la boca. La gente que tiene dificultad para expresarse y no es capaz de clamar contra el destino contrae enfermedades horribles. ¡Ten un buen berrinche, Bridgetower! ¿Quieres pegar a alguien? Si crees que te va a servir de algo, puedes darme un puñetazo no muy fuerte. Imagínate que soy tu madre.

—No te lo tomes a broma —dijo Solly—. ¿No ves que tenemos que mantener esta maldita mansión con mi salario, que no da más que para una cabaña? ¿Y que nuestra querida Ethel se nos ha pegado como una lapa, nos compadece y nos chulea porque somos pobres y nos hace el favor de quedarse aquí, cuando preferiríamos mil veces que se largara? ¡Si quieres llevarte un buen disgusto, intenta enseñar algo de economía a una cocinera vieja y extravagante! Y no paramos de recibir cartas pidiéndonos dinero; la gente se cree que el maldito fideicomiso Bridgetower es el país de Jauja de cualquier buena causa. Y cuando decimos que no, nos piden una contribución personal. ¿Qué podemos dar? Los impuestos de la casa van por cuenta del patrimonio, pero, por lo visto, no está obligado a cubrir los gastos de mantenimiento sin una reunión extraordinaria de los albaceas. La semana pasada se atascó el desagüe de abajo y tuve que mendigar dinero al deán y a Puss para pagar al fontanero. ¡Nos costó una hora y media de objeciones y preguntas! Y no paraban de decir que probase con un líquido desatascador. Ya ves el futuro que me espera. Encantador, ¿verdad?

—Como dijo Molly, Manos Muertas —contestó Cobbler.

—¡Manos Muertas! —exclamó Solly dando un puñetazo en la mesa—. Pues las vivas, ni te cuento. Esta casa forma parte de un fideicomiso. En verano, Veronica retiró unos cuantos adornos y fruslerías de las repisas de las chimeneas, que estaban a rebosar de quincalla. La semana pasada, cuando vino Puss, se dio cuenta inmediatamente y dijo que las volviéramos a poner. Nos quedamos pasmados, pero ella no perdió un minuto en conseguir que Snelgrove nos llamara por teléfono para decirnos que, legalmente, teníamos la obligación de mantener la casa tal como estaba cuando entró a formar parte del fideicomiso. Una situación muy cómoda, ¿verdad que sí? Insinuó que retirásemos el servicio de té Rockingham, pero pienso usarlo a diario solo para fastidiarla. Será el comedero del gato; tengo derecho a hacerlo y lo haré.

—Tu difunta madre era de rompe y rasga, la verdad —dijo Cobbler—. A muchos les gustaría que todo lo que dejan al morir se quedase igual para siempre, pero es que ella encontró la forma de conseguirlo. Claro que tuvo la inmensa suerte de contar con un bicho como Puss por amiga íntima.

—Bien, eso es lo que hay —dijo Solly—. Estoy atado de pies y manos y Veronica ha quedado en una situación totalmente humillante. ¿Qué podemos hacer? Solo una

cosa: no perder la dignidad, dentro de lo posible, y procurar que todos, y no solo nosotros dos, se atengan estrictamente a las condiciones del testamento. Por eso insisto en que se elija a cualquiera y se la mande al extranjero dentro del plazo, y me importa un pimiento quién sea y lo que quiera estudiar y me da igual la cólera, la desesperación o la desgracia que pueda salir de ahí. Terminaré lo que empezó mi madre y nada se interpondrá en mi camino.

—De acuerdo —dijo Cobbler—, hablaré con Monny Gall.

Monica Gall no se entrevistó con los albaceas hasta mediados de octubre. Animada por Cobbler, les mandó una solicitud en la que solo decía que le gustaba cantar y que quería aprender más y, para demostrar que se lo tomaba en serio y que ya había actuado en público, dijo que formaba parte del cuarteto Esperanza y Corazón; como referencia, les dio el nombre del pastor Sidney Beamis.

La señorita Puss Pottinger la habría rechazado nada más leer la carta. No conocía de nada al pastor Beamis y jamás había pisado el Salón del Decimotercer Apóstol, despreciaba rotundamente lo que ella denominaba «religión de bajos fondos». Literalmente el calificativo era injusto, porque el tabernáculo del señor Beamis se encontraba en un local de una calle comercial, pero es que ella se refería a los bajos fondos de la vida religiosa. El Padre tenía muchas moradas, pero algunas se encontraban en mejores zonas de la Ciudad Santa que otras y, evidentemente, la del Decimotercer Apóstol estaba en los arrabales del espíritu.

Al reverendísimo Jevon Knapp tampoco le convenía la candidata, pero su opinión tenía un mayor conocimiento de causa. Sentía una aversión dieciochesca por el entusiasmo en materia de religión y no dudaba en defender su postura tanto en el terreno teológico como en el filosófico. Detestaba la falta de sistema de las creencias de los decimoterceros, como solían llamarlos. Se trataba de una secta fundada en los Estados Unidos por un tal Myron Coffey, un vendedor de espacio publicitario que en 1919, a los cuarenta y cinco años de edad, comprendió que no estaba prosperando en la vida. Fue el mismo año en que el señor Henry Ford, actuando de testigo en Chicago, hizo la gran declaración de que «la historia son bobadas». El apocalíptico mensaje fue el detonante para Coffey. Por supuesto que la historia eran bobadas; la aparente división de la historia en años y épocas era una ilusión; todo el mundo de los sentidos era una ilusión, creada sin duda por el demonio. Todos los seres humanos de los que teníamos noticia eran en verdad coetáneos nuestros en el reino espiritual, que era el único verdadero. Jesucristo, Moisés, Jeremías... todos estaban aquí, a nuestro lado, vivitos y coleando; solo hacía falta «ponerse en contacto» con ellos, lo cual se conseguía mediante la oración, el estudio de las Escrituras y una vida buena. Según Coffey, la vida buena era la que él creía que había llevado su madre: entrega al servicio del prójimo, piedad simple, desconfianza del placer y abstinencia de pensamiento y educación, excepto la estrictamente necesaria para leer las Sagradas Escrituras. Coffey descubrió todas esas maravillas en una sola semana, que culminó con una revelación: él era el decimotercer apóstol, y su destino, llevar la buena nueva a toda la humanidad. La buena nueva era que la Nueva Jerusalén estaba aquí, que solo hacía falta un número suficiente de creyentes para poder «entrar en contacto». Dios estaba aquí: Jesucristo vivía ahora. Renunció a la idea de que tal vez el

verdadero apóstol decimotercero fuera el señor Ford y se puso en marcha. Al cabo de treinta y tantos años, unos millares de decimoterceros continuaban su misión en doscientas o trescientas ciudades de los Estados Unidos y Canadá.

El deán Knapp sabía esas cosas y no tenía muy buena opinión de ellas, como tampoco del pastor de los decimoterceros de Salterton. Lo conocía personalmente y le parecía un ignorante e incluso posiblemente un granuja. Por su profesión, tenía el deber de pensar lo mejor posible de todo el mundo, pero a su mujer le dijo en confianza que las Escrituras le daban la razón en cuanto a Beamis, porque en Levítico 21,18 se prohibía el sacerdocio expresamente a los que «tuvieren la nariz hendida» y Beamis tenía la típica nariz chata y rota de los que habían sido púgiles. La señora Knapp le recomendó que se abstuviera de decir semejantes frivolidades a quienes tal vez no lo entendieran; no sería la primera vez que se metía en un aprieto por causa de esa afición suya a los chistes bíblicos. No obstante, entendía muy bien lo que quería decir su marido; Beamis era demasiado peludo o torpe, su aspecto físico tenía algo que resultaba impropio de un guía espiritual. Los judíos del Antiguo Testamento habían acertado al prohibir el sacerdocio a los tipos grotescos.

Solly se permitió la gran satisfacción de hacer caso omiso de la señorita Puss y del deán. Dijo que no rechazarían a Monica Gall porque perteneciese a una secta que ellos despreciaban farisaicamente, cosa que ofendió al deán, pues no estaba acostumbrado a que un jovencito de veintisiete años lo llamase fariseo. Tuvo que tragárselo y, después de una larga discusión, se decidió hacer una entrevista a la aspirante.

El deán preguntó si no sería conveniente contar con la opinión de un experto. Para valorar el trabajo de la señorita Hetmansen habían pedido consejo a personas ajenas al fideicomiso. ¿Podían juzgar ellos solos a una cantante? Con algunos malabarismos, Solly consiguió que fuese el deán quien propusiera a Humphrey Cobbler como consejero de los albaceas en cuestiones musicales; a la señorita Puss no le gustó, pero no se opuso, como sin duda lo habría hecho si lo hubiera propuesto Solly. Se conformó con decir que probablemente Cobbler fuera un músico competente, aunque fuese un hombre tan detestable.

Y así, a mediados de octubre, un jueves por la noche se reunieron los albaceas y la aspirante en el salón de la casa Bridgetower; recibieron al señor Alfred Gall y señora, a su hija, Monica, y al pastor Sidney Beamis.

Al pastor no lo habían invitado, pero fue el primero que entró en el salón.

—¡Vaya, vaya! ¡Cuánto bueno por aquí, reverendo Knapp! —exclamó, al tiempo que apretaba la mano al deán con la suya, grandota, pegajosa y gordezuela—. ¡Es maravilloso que la gente fina haya pensado en nuestra pequeña para una cosa tan providencial! Sí, y teniendo en cuenta que son todos ustedes anglicanos, demuestra además un grado de hermandad entre iglesias de lo más reconfortante. Bueno, sé que no me esperaban y no voy a meterme en el asunto, pero como conozco a Monny desde que era una cría desgarbada y la he visto convertirse en una muchacha adorable

como quien dice, y ya que puedo decir, me parece, que Dios mediante he tenido el honor de haber alentado humildemente su talento, pues tenía que venir. —Bajó la voz y, hablando de sacerdote a sacerdote, susurró a Knapp—: Sus padres no son muy comunicativos, pero puedo ayudarles a soltar la lengua un poco.

Dedicó al deán una mueca de complicidad y le dio unas palmaditas en la espalda. El deán retiró la mano y se la limpió con un pañuelo.

El pastor Beamis era tan acaparador que al principio arrinconó a los Gall. Llevaba puestos todos los atributos de chamán de la congregación del Decimotercer Apóstol. El traje era gris, de franela, y le hacía falta un buen planchado; llevaba cuello de puntas y un pañuelo de sacerdote verde chillón; completaban el conjunto unas zapatillas deportivas marrones y blancas con calcetines de rombos. El cuerpo que envolvían esos ropajes le había valido al pastor el sobrenombre de Chimp en su época de boxeador; tenía la cara grande, con bolsas, y una expresión inequívoca de esperanza, alegría y perdón infinito.

A Solly le pareció que los Gall podrían servir de modelo para una viñeta de Jack Sprat y señora: Alfred Gall era delgadísimo, cadavérico incluso, encogido, pálido e insignificante. En cuanto a su mujer, una capa suelta de grasa líquida, que parecía moverse y escurrirse por debajo de la piel, le rodeaba todo el cuerpo, y el corsé le quedaba tan ajustado que la pobre resollaba al menor esfuerzo. Tenía una expresión bondadosa e inquieta y cada dos por tres se aflojaba la dentadura falsa, pues por lo visto le molestaba, hasta el punto de que al cabo de un rato empezó a aspirar ruidosamente, como si le ardiera la boca.

Tal como había dicho Cobbler, Monica no era ni guapa ni fea, aunque tenía buen tipo. Vestía con sencillez, de acuerdo con los preceptos de los decimoterceros; la señorita Pottinger la radiografió con la mirada y supo que no podría descalificarla por el mismo defecto que a Birgitta Hetmansen.

La conversación se desarrollaba con dificultad. En primer lugar, fue necesario decir muy claro al pastor Beamis que no habían citado a Monica para entregarle una gran cantidad de dinero; esa tarea le correspondió a Snelgrove y no le desagradó. Después explicó a los Gall el funcionamiento del fideicomiso.

—De ser elegida como beneficiaria, su hija tendrá una oportunidad extraordinaria de hacer estudios musicales —dijo el deán.

—Sí, comprendo —dijo la señora Gall, y se puso a jugar con el asa del bolso aspirando trabajosamente—, pero tendrá que irse de casa.

Se había sentado en un sofá bajo y daba la impresión de estar muy incómoda con el corsé, que se le había subido.

—A mí nunca me dieron ninguna oportunidad —dijo Alfred Gall—. Empecé a trabajar a los dieciséis. Se puede decir que no he hecho otra cosa en la vida.

Soltó una risita breve y profunda, como tomándose a broma una enfermedad incurable.

El pastor Beamis tenía razón, los Gall no eran muy habladores ni, como pudo

verse enseguida, se lanzaban con entusiasmo en brazos de la buena suerte. Les parecía bien que su hija pudiera ir al extranjero a estudiar música, pero en el fondo les era totalmente indiferente. Fue el pastor quien se entusiasmó. Se explayó hablando de la gran oportunidad que tenían los cantantes de hacer la obra de Dios elevando a la gente e inspirándola para lo mejor de la vida; a lo largo de su carrera había observado que mediante el ministerio de la música se podían recoger cosechas espléndidas de almas. Rogó con elocuencia a los Gall que no negasen a su hija la ocasión que se le ofrecía de ser instrumento del bien en el mundo. Fue entonces cuando a Solly le pareció necesario corregir el equilibrio de poder.

—Verá, señor Gall, todavía no hemos tomado una decisión —dijo—. Hemos considerado la solicitud de su hija con todo detalle y esta entrevista es solo para conocerla un poco mejor. No la hemos oído cantar y no sabemos si es la persona adecuada.

—¿No la han oído con el cuarteto? —dijo Beamis con alegría—. Se levantan ustedes tarde. ¡Los hay con suerte! Sepan que nuestro programa matutino goza de una gran audiencia en la ciudad. Grabamos y emitimos para otras siete emisoras, además de la nuestra, que es la mayor de las religiosas independientes de la provincia, exceptuando las metropolitanas, claro está. La voz de Monny cuenta con unos veinte mil radioyentes diarios, que además la aman, como puede comprobarse en las cartas que recibimos.

—¿Cuánto le pagan por ese trabajo? —preguntó la señorita Puss.

—Esperanza y Corazón actúa sin ánimo de lucro. En la radio decimos que lo hacemos gratis, pero los oyentes nos mandan contribuciones voluntarias por correo: monedas de plata (¡ay, cómo llegan algunas al alma!) y billetes de un dólar, y alguno que otro de cinco o de diez. De acuerdo con la ley, nos está prohibido pedir dinero por radio, pero aun así nos lo mandan; va todo para el fondo de nuestra Iglesia, hasta el último centavo.

—¿Es usted el tesorero? —preguntó el deán sin poderse reprimir.

—Me ocupo de la parte económica y, por supuesto, los libros de contabilidad están a disposición de todos nuestros fieles en todo momento.

El pastor Beamis miró fijamente al deán con una expresión de lástima, amor fraternal y honradez transparente, todo mezclado.

—Entonces, ¿trabaja usted en alguna otra cosa? —preguntó Solly a Monica.

—Trabaja de secretaria en la misma fábrica que su padre —respondió Beamis—, en la sección de presupuestos. En secundaria, Monny sacó muy buenas notas en Secretariado. Sin embargo, se equivoca usted al decir que no la ha oído cantar, porque lo hizo en el funeral de su madre. Cantó un clásico adorable, *My Task*, delicioso. ¿Y sabía que Monny no conocía la canción de nada? ¡La vio por primera vez dieciocho horas antes de salir en las ondas! Digo, en la triste ocasión. Se la llevó el señor Cobbler la víspera del funeral, la leyeron juntos un par de veces y al día siguiente por la tarde la cantó a la perfección. Monny es toda una profesional; se le puede dar

cualquier cosa de un día para otro y lo canta estupendamente. Pocos serían capaces de hacer lo mismo. Usted la oyó ¡y ni siquiera se dio cuenta! —exclamó con una carcajada recriminatoria.

—Teníamos la cabeza en otra parte —dijo la señorita Puss, y el pastor cambió inmediatamente a una expresión de comprensión y condolencia, pero no logró avergonzarlo, que era lo que quería.

—Creo que ha llegado el momento de oír a la señorita Gall —dijo Solly—. Voy a buscar al señor Cobbler.

—¿Y bien? —preguntó Solly a los albaceas, cuando por fin Beamis se marchó de la casa con sus protegidos y se alejó por la acera sin dejar de hablar—. ¿Qué les ha parecido?

—No me cabe la menor duda de que es una muchacha muy agradable —dijo el deán—. Me ha dado la impresión de que sabe comportarse con modestia y dignidad en situaciones difíciles. Sin embargo, está por ver si es la persona que necesitamos. Ni sus padres ni ese hombre que tanta influencia parece ejercer en su vida me han causado una gran impresión, si me permite la observación sin que me tilde de fariseo —añadió al tiempo que guiñaba un ojo a Solly.

—Supongo que, más que la personalidad, nos interesan las dotes que pueda tener para el arte —replicó Solly dirigiéndose a Snelgrove para esquivar la mirada del deán.

—¿Es que no van siempre unidas las dos cosas? —dijo el abogado.

—Entre los artistas no es frecuente, según tengo entendido. No creo que debamos considerar si sus padres son imbéciles y se dejan dominar por un evangelista charlatán o no. A mí me ha parecido una muchacha inteligente y agradable. ¿Acaso lo más importante no es que de verdad saque provecho de los estudios que podemos proporcionarle? Mejor dicho, de los estudios que podemos pagarle.

—Son cosas que también hay que tener en cuenta, a menos que, contra toda probabilidad, se trate de un auténtico genio —replicó el deán—. Se le puede dar una educación que la sitúe muy por encima de sus padres, hasta el punto de que estos dejen de reconocerla, pero en realidad no conseguiremos elevarla mucho. Por más que se pule un guijarro y luego se engarce, no dejará de ser lo que es. No se lo reprocho a ella, puesto que la conozco tan poco como todos ustedes, pero evidentemente ese tal Beamis la explota; canta en su cuarteto, formado exclusivamente por su propia familia, que resulta que se está haciendo de oro, por lo que sé. Si la joven tuviera más personalidad, más que sus padres, por ejemplo, ¿creen que lo soportaría?

—Solo tiene veinte años, señor deán —dijo Solly—, y exceptuando a su reverencia a los jóvenes no les es nada fácil rebelarse contra un clérigo que cuenta con el apoyo incondicional de los padres. Según mi parecer, el verdadero quid de la cuestión es su voz. ¿Qué le ha parecido su voz?

—No sé qué decir, la verdad —respondió el deán—; el repertorio me ha parecido penoso. No es que presuma yo de un gusto musical profundamente cultivado, pero ¡la verdad...!

—No estoy muy de acuerdo —dijo la señorita Puss, que había estado inusitadamente callada desde la partida de los Gall—. Me conmovió mucho la canción de Tosti, *Good-Bye!*, hacía muchos años que no la oía. Seguro que soy la única de los aquí presentes que sabe que era la balada predilecta de la Reina Victoria.

Aunque ahora no esté de moda, es emocionante de verdad. Hace muchos años se la oí cantar a Melba en una ocasión. ¿Y saben una cosa? La joven me recuerda muchísimo a ella. ¿No les parece?

Dirigió la pregunta a Snelgrove. Él nunca había oído a la famosa cantante, pero sabía que había demostrado un gran patriotismo en la primera guerra mundial y, por lo tanto, era una artista de primera fila; y así, frunciendo el ceño críticamente, respondió:

—A Melba exactamente, no; aunque tal vez sí un poco a Clara Butt.

A raíz del comentario, la señorita Puss y el abogado iniciaron una competición para ver cuál de los dos recordaba más nombres de grandes cantantes pero, como ninguno de los dos tenía gran experiencia, terminaron enseguida con la lista de las más famosas, a las que iban nombrando con aparente naturalidad: no decían que hubieran oído cantar a las reinas de la canción, pero no les importaba darlo a entender; caritativamente podía suponerse que habían oído algún disco de ellas. Nombraron con familiaridad a Emma Eames, Amelita Galli-Curci, Geraldine Farrar, Louise Homer, Louise Tetrazzini y Ernestine Schumann-Heink y establecieron comparaciones inusitadas sin tener en cuenta si habían sido sopranos o contraltos. Tan culto debate contribuyó a alegrar los ánimos a la señorita Puss y al señor Snelgrove, y por primera vez tuvieron la sensación de ser mecenas del arte y manantial de cultura. Cuando el abogado se apuntó muchos tantos sacando a colación a «nuestra gran diva canadiense, *Madame Albani*, a quien tuve la fortuna de oír en Montreal», a Solly le pareció excesivo.

—Deberíamos volver al presente y pedir la opinión del único experto que hay entre nosotros sobre la voz de Monica Gall —dijo.

Cobbler, que no se había movido del piano, se metió los dedos entre el pelo enérgicamente hasta dejárselo de punta, como las lanas de un hotentote. A continuación miró fijamente a los albaceas con sus brillantes ojos negros.

—La voz es bonita —dijo—, el tono también, lo tiene bien localizado, en realidad, habida cuenta de que no ha recibido educación de ninguna clase. Sin embargo, ese es precisamente el inconveniente, porque tal vez no haya más que lo que hemos oído. Tal vez no pueda mejorar por mucho que practique. Bueno, eso no es del todo cierto, seguro que puede mejorar un poquito, pero no podemos saber hasta qué punto. Es fácil que prometa, pero ¿cómo saberlo? En realidad no la hemos oído lo suficiente.

—Entonces, ¿por qué no le pidió que cantase más? —dijo Snelgrove. Esperaba que los expertos se comportaran como tales y se dejaran de ambigüedades.

—Aunque la hubiésemos oído otra hora no habríamos descubierto nada más. El repertorio era tremendo. Supe lo que pasaría en cuanto abrió la carpeta; la traía llena de musiquilla horrible impresa en papel gris. Nada más que basura. La canción más lucida era *Good-Bye!* Seguro que Beamis la considera una pieza clásica y, en efecto, lo es en ese infierno musical en el que habita el cuarteto Esperanza y Corazón. Para

averiguar cómo es su voz verdaderamente hay que trabajar unos meses con ella: aumentar su registro, darle canciones con las que pueda demostrar su valía y tantear sus posibilidades en general.

—Eso nos sirve de poco —dijo la señorita Puss.

—Eso me temo, pero es la verdad. Se puede decir una cosa a favor de la chica: se ha resistido a influencias musicales pésimas; tengo entendido que la única profesora que ha tenido es una tía suya que toca un poco el piano, pero la relación con Beamis es abominable, no me imagino nada más eficaz para echar a perder una voz y corromper el gusto de un cantante. Aun así, la chica canta con muy buen gusto y con la emoción justa en cada palabra, a pesar de la calidad del repertorio. Seguro que son cualidades innatas, aunque no sé de dónde le vendrán. Tiene usted toda la razón, señorita Pottinger: ha despachado la antigua *Good-Bye!* con mucho estilo, y no es la canción más fácil del mundo. Es posible que tenga verdadero talento, si se molestan ustedes en sacarlo a flote.

—No puede ser —dijo Solly—; el tiempo apremia. Antes del 23 de diciembre tenemos que empezar a gastar en quien sea los réditos de un millón de dólares, más o menos. ¿No nos puedes decir nada más concluyente?

—Yo no —dijo Cobbler—. La honradez profesional me impide decir sí o no rotundamente. Si dijera que la chica no vale, no sería sincero ni con ella ni con ustedes, pero si dijera que es una joya pasaría exactamente lo mismo. A decir verdad, si pudiera decidir simplemente dándole yo unas clases, diría que adelante. Aceptaría con mucho gusto una alumna como ella, pero teniendo en cuenta la cantidad tan elevada de dinero que van a invertir solo se justificaría con unos resultados excelentes; de lo contrario, quedarían ustedes como idiotas. Si quieren otra opinión, sé a quién pueden acudir.

—¿A quién?

—El mes que viene, *sir* Benedict Domdaniel termina su gira por Australia y los Estados Unidos dirigiendo dos conciertos en Toronto. Estará ensayando en la ciudad unos diez días. Si lo desean, escribo a su agente y le pregunto si podría oír a la chica y darles a ustedes su opinión.

Para la señorita Puss y Snelgrove, la propuesta fue un incentivo aún mayor que hablar de Melba. ¡Eso sí que era cultura de la auténtica! ¡Contar con la opinión de uno de los directores más importantes del mundo que, además (y eso sí que era imponente), tenía el título de caballero inglés! ¿Por qué perder el tiempo con un organista de catedral cuando tenían a tan distinguida persona al alcance de la mano? Y así, como personas acostumbradas a codearse con insignes caballeros, se dignaron a pedir a Cobbler que iniciase las diligencias necesarias y, por supuesto, que indagara con discreción cuánto cobraría *sir* Benedict por hacer la entrevista a la chica.

Ni se les pasó por la cabeza ofrecer remuneración alguna a Cobbler.

La forma en que debía funcionar el fideicomiso Bridgetower se fijó por sí sola incluso antes de su institución oficial, cuando Snelgrove explicó a los fideicomisarios palabra por palabra que no dispondrían de fondos hasta que se validase el testamento, y un fideicomiso sin fondos era una patochada. El funcionamiento era sencillo: no se podía hacer nada sin largas discusiones previas, que indefectiblemente enfrentaban a la señorita Puss y a Solly, mientras el deán intentaba limar asperezas entre ellos y abogar por el sentido común y, como perito influyente que era, Snelgrove se dedicaba a poner toda clase de trabas, aunque no tenía derecho a voto. En sus manos, el sencillo plan de mandar a Monica Gall a Toronto para la entrevista con *sir* Benedict Domdaniel se convirtió en una maniobra complicada y enojosa.

En opinión del deán, el fideicomiso debía pagarle el billete de tren, pero no tenía obligación de cubrir los demás gastos del viaje. Snelgrove dijo que no podían pagar nada porque no disponían de fondos. Solly les recordó que ya habían gastado algo, el adelanto firmado por el propio abogado para la reparación de los desagües de la casa Bridgetower. Snelgrove replicó que ese gasto podía justificarse ante un tribunal, pero que no era el caso con dinero que se emplease en una candidata que tal vez no fuera elegida finalmente. A la señorita Puss le parecía que si pagaban el viaje a Monica alentarían en ella falsas esperanzas de que le concederían la dotación, y eso no estaba bien, pero que debían correr con los gastos de una mujer mayor que la acompañase a Toronto. Destacó que el fideicomiso se ganaría muy mala fama si la mandaban sola a la gran ciudad y luego le sucedía cualquier cosa. Se ofreció a acompañarla ella misma y a asistir, incluso, a la entrevista con el gran hombre; todos habían visto que la joven no dominaba el arte de la conversación y, por tanto, para que no perdiese la oportunidad por pura ineptitud social, debía contar con la presencia de alguien a quien no le impresionase la grandeza. Solly aceptó solo por fastidiar, pero puntualizó que si iba alguien con Monica, tendría que ser una persona que pudiese acompañarla al piano, para lo cual recomendaba a Cobbler; Veronica se ofrecería a llevar a los dos a Toronto en coche y, de paso, haría de carabina para cubrir el aspecto moral de las apariencias; el fideicomiso podría sufragar los gastos del viaje en coche, también en concepto de adelanto. El tira y afloja duró toda la tarde y al final el asunto quedó en punto muerto.

Otra reunión se fue en el regateo por los emolumentos de *sir* Benedict Domdaniel, cuyo agente había respondido a Cobbler diciendo que el gran hombre podría ver a la señorita Gall y que mandaría su opinión por escrito al fideicomiso, y que la tarifa de la audición sería de doscientos cincuenta dólares. La señorita Puss se escandalizó y descargó contra Cobbler como si hubiera pedido él tan desorbitada cantidad; el organista respondió briosamente que los profesionales como Domdaniel

cobraban tarifas muy altas por las audiciones por un motivo muy sencillo: evitar que los importunara cualquier cantamañanas que no se lo tomase en serio; sin pensarlo mucho, añadió de su cosecha unas palabras en contra de los aficionados que ofendieron a algunos. Snelgrove se negó en redondo a adelantar dinero para ese fin y, después de una discusión muy larga y acalorada, se decidió que fuera la propia Monica quien lo sufragara, si es que podía reunir lo suficiente para pagar a Domdaniel y cubrir sus propios gastos, y que iría bajo su propia responsabilidad. El fideicomiso pidió a Cobbler que se lo propusiera a la chica, pero este se negó rotundamente y dijo que si el fideicomiso pretendía hacer las cosas de una forma tan rastrera, no contarán con él para ser el chivo expiatorio. Finalmente, sería Snelgrove quien se encargaría de ofrecer por escrito a la joven esa oportunidad única de invertir en su propio futuro.

Para gran asombro de los albaceas, la respuesta llegó a vuelta de correo; Monica decía que se pagaría ella los gastos con mucho gusto y les daba las gracias por la oportunidad que le ofrecían. La carta estaba muy bien escrita, mecanografiada y redactada con seco estilo comercial, y Solly y el deán (al menos) se quedaron con la impresión de que Monica no había dado lo mejor de sí en la primera entrevista.

La sesión con sir Benedict Domdaniel se fijó para el primero de noviembre. El día cinco del mismo mes, Cobbler recibió una carta y la leyó en voz alta esa misma noche en la reunión de los fideicomisarios.

Querido Humphrey Cobbler:

Ha sido un placer recibir noticias tuyas. Guardo un grato recuerdo del trabajo que hicimos juntos en el festival Tres Coros de 1937 y espero que te encuentres bien.

En cuanto a tu protegida, la señorita Gall, tenía intención de pasar con ella una hora a lo sumo, pero, como seguramente te habrá dicho ya, estuvimos casi tres. Me costó lo mío que se abriera un poco espontáneamente, porque le habían llenado la cabeza de tonterías sobre cómo debía comportarse conmigo... Creo que dijo que fue una de las señoras del fideicomiso. Cantó en primer lugar las dos canciones de Händel que había preparado apresuradamente contigo, aunque lógicamente saqué poco en limpio. Después, *Good-Bye!*, de Tosti; sinceramente nunca pensé que volvería a oír esa canción cantada en serio, y la verdad es que lo hizo muy bien. Por gastarle una broma, le pregunté si sabía *The Last Chord*, pero me llevé un chasco, porque sacó de la mochila una vieja partitura y la cantó de verdad y muy bien. Luego cantó una sarta de tonterías que, por lo visto, forman parte de su repertorio radiofónico.

Después charlamos un poco y me impresionó mucho su sinceridad, así como su absoluta sencillez. Dice que canta porque siempre lo ha hecho y porque le gusta, aunque nunca se le había ocurrido dedicarse a ello. A esas alturas, ya nos entendíamos bastante bien y me contó muchas cosas de su casa y de su trabajo; entonces me quitó la chaqueta, ella se descalzó porque le apretaban los zapatos e hicimos escalas y unos ejercicios, y descubrí que, con un poco de estímulo, sacaba el doble de voz de la que había usado antes... ¡y promete mucha más!

Lo más asombroso es lo bien que toca el piano, con facilidad y muy buen gusto natural, pero la selección de temas es horrenda. Por lo visto la ha enseñado una tía suya. Tocó una pieza a la que llamó *Dance Micawber*, pero, en vez de ser un popurrí dickensiano de algún Percy Grainger de segunda, era la *Danse Macabre* de Saint-Saëns. Cuando nombré a Bach empezó a hacer remilgos: sospecho que se debe a la influencia de alguna secta rara, de esas que consideran papistas o arrogantes a los clásicos de la música religiosa. Creo

que ese es el punto crucial del caso: unas buenas dotes naturales culturalmente desnutridas e incrustadas en un seno familiar aniquilador.

En mi opinión, vale la pena que ese fideicomiso tuyo o lo que sea invierta en ella. Tiene buena voz, suficiente para merecer la educación adecuada, aunque, como bien sabes, la verdadera personalidad de la voz no emerge hasta al cabo de un año o año y medio y solo entonces se puede pensar en serio en la carrera. De todos modos, en el caso de que esta joven no fuera cantante, tiene cualidades innegables para la música; ha logrado mucho en unas condiciones que parecen haber sido muy adversas. Insisto: el único fallo que le encuentro, desde el punto de vista de la posible dedicación al canto, es que no solo ha vivido veinte años en unas circunstancias nada favorables al arte (caso muy frecuente), sino, sobre todo, en un ambiente en el que ni siquiera existe la menor intuición artística; eso, entiéndase, sin tener en cuenta la bazofia pseudorreliosa a la que ha estado sometida: música al servicio de la hipocresía. Da la impresión de haber pasado por todo eso sin sufrir daños irreparables, aunque lo cierto es que está en la inopia más descorazonadora.

Si estás en condiciones de procurarle tres o cuatro años de estudios, más o menos, hazlo como sea. Si la mandas a Inglaterra, que venga a verme; con mucho gusto la aconsejaré y supervisaré sus progresos en la medida en que pueda.

Al final te casaste con aquella *mezzo* tan guapa de Presteigne, ¿verdad? Molly Ellis, ¿no? Tengo un recuerdo gratísimo de ella en *Gerontius*. Dale un abrazo de mi parte.

Con toda cordialidad,

BENEDICT DOMDANIEL

—Gracias a Dios —dijo Solly al final—; creo que con esto queda resuelta la cuestión. Hemos encontrado a nuestra ave fénix.

TRES

Monica retrasó el momento de invitar a George Medwall a su fiesta de despedida hasta la misma víspera. Como en tantas otras cosas de la vida, lo que pretendía era hacer una tortilla sin cascar los huevos. Hacerla significaba invitar al joven que más le gustaba de entre todos sus conocidos; no cascar los huevos era engañarse pensando que, a fin de cuentas, podía no invitarlo y así demostraría fidelidad total a Ma y a los decimoterceros. Así pues, no es de extrañar que se le atragantara la tortilla y que, cuando por fin se decidió a invitarlo, lo hiciera fríamente, como quien no quiere la cosa.

A George no pareció importarle. Era realista y sabía que una fiesta dominada por Ma Gall, en la que la mayoría de los asistentes serían jóvenes decimoterceros, no tenía para él más interés que la presencia de la propia Monny. Sentía por ella una gran atracción. Ambos trabajaban en Adhesivos y Abrasivos Consolidados (AAC), la mayor industria de Salterton, aunque quienes todavía recordaban sus humildes comienzos seguían llamándola la fábrica de pegamento. George era capataz de su sección y Monica mecanógrafa de la de presupuestos, que se encontraba en otro edificio, a unos quinientos metros del de George, aunque él se las arreglaba todos los días para verla, incluso para hablar con ella. Si Monica iba a estar unos años fuera de Salterton, él tenía intención de verla siempre que pudiera y en las circunstancias que fuese.

Ya habían almorzado los dos cuando ella se le acercó en la cantina.

—Claro que pienso ir —dijo George—. Todavía nos queda un cuarto de hora, hasta la una. Vamos a dar un paseo.

Bien abrigados contra el crudo tiempo de diciembre y bajo un cielo plomizo, pasearon junto a la pared gris de un edificio que albergaba las cubas de hervido. No era exactamente un paseo romántico, pero estaban juntos.

—Siento decírtelo con tan poca antelación —se disculpó Monica, avergonzada de haberlo invitado con tanta indiferencia.

—No pasa nada —dijo George—; seguro que te ha costado bastante tomar la decisión.

—Bueno... ya sabes lo que pasa.

—Claro. No creas que me preocupa. Me alegro mucho de que puedas salir de todo eso, Monny.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes, a Beamis, a Esperanza y Corazón y todo ese rollo.

—Se han portado muy bien conmigo. Si no hubiera hecho el programa de radio con ellos, nunca se me habría presentado esta oportunidad.

—Ya, pero ahora vas a jugar en una liga más importante, y ya era hora. Se te ha

presentado la ocasión de estudiar en los mejores sitios. No tiene nada que ver.

—No pienso ponerme en contra de quienes me han tratado de maravilla, si te refieres a eso.

—Eso no sucederá nunca, Monny, tú no eres de esas, pero entiendes lo que quiero decir, ¿verdad? Te vas a ir muy lejos, y sola. Ya no tendrás tanta influencia de casa ni tanta religión. Te vas a un mundo más ancho.

—¡Ah, vaya! Conque esas tenemos, ¿eh? La influencia de mi casa no está a tu altura, ¿verdad?

—A ver, Monny, no me malinterpretes. Nunca he dicho una palabra en contra de los tuyos, pero tienes que entender que ahora todo eso va a cambiar.

—Más te vale no decir nada en contra de los míos.

—No, no; solo intento ver lo que ha pasado con realismo.

—¡Ah, el realismo! Tú siempre quieres ser realista, siempre tienes esa palabra en la boca.

—Supongo que sí; intento ser realista con mi propia vida; es lógico, nada más.

—Lo sé, por eso eres el capataz más joven de la fábrica, aunque no el más querido, por si no lo sabías.

—Es inevitable.

—Podrías remediarlo, si quisieras. No hacía ni seis semanas que eras capataz y ya te lanzaste como una tonelada de ladrillos sobre obreros de más edad que llevaban aquí desde mucho antes de que se supiera algo de ti. Les dijiste cosas que jamás olvidarán ni te perdonarán. Supongo que a eso lo llamas realismo.

—Pues resulta que sí, ya ves. Pero dejemos eso, ahora no quiero hablar de esos viejos acabados.

—No estaban acabados.

—Vamos, Monny, eso fue mucho antes de que llegaras a la fábrica. ¿Cómo lo sabes?

—Porque algunos eran amigos de mi padre, para que te enteres.

—A ver si lo entiendes, ¿puedo llevar bien las cosas en mi sección si dejo que unos cuantos hagan de su capa un sayo, solo porque a lo mejor son amigos de alguien de otra sección que tal vez tenga una hija a la que llegaré a conocer un día? Porque, a ver, en aquella época ni siquiera conocía a tu padre. De todos modos, aunque lo hubiera conocido, habría hecho lo mismo.

—¿Ah, sí? Entonces, supongo que mi padre también es un viejo acabado, ¿no?

—Pero, a ver, ¿por qué discutimos ahora?

—Esto no es discutir, pero es que no soporto que descalifiques a cualquiera que no haya ascendido tan deprisa como tú. También son seres humanos, ¿sabes? Yo los conozco y mi padre es uno de ellos. No han tenido las mismas oportunidades que tú; mi padre empezó a trabajar a los dieciséis años y desde entonces no ha hecho otra cosa...

—Ya; me lo ha contado él.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Siempre dice lo mismo: «Empecé a trabajar a los dieciséis. No he hecho otra cosa desde entonces. Lo único que he hecho ha sido trabajar». Supongo que eso lo justifica todo.

—¿Qué es lo que justifica, si se me permite la pregunta?

—Nada, nada. Olvídalo.

—No, no quiero. A ver, George, ¿qué es lo que justifica? No puedes insinuar cosas de mi padre y luego dejarlo correr... ¿De qué te ríes?

—De ti, Monny. ¿Quieres que te diga una cosa? Seguro que te conviertes en una gran cantante. ¡Menudo temperamento tienes!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eres toda una romántica. Ves las cosas a todo color todo el rato. Los sentimientos antes que los hechos, así es tu manera de ser. Pero ya es hora de que alguien te meta un poco de sentido común en la cabeza.

—Adelante.

—Te tragas todo ese rollo sobre tu padre. Bien. Los hijos creen lo que les cuentan sus padres, como tiene que ser, pero también tiene que llegar el día en que se formen su propia opinión. Creo que tu padre está bien, aunque no lo conozco tanto, pero el único motivo por el que no ha dejado de empuñar la escoba aquí en la fábrica es que no sabe hacer otra cosa. Y eso no tiene nada de malo, pero tampoco puede echar la culpa a las injusticias de la vida, ¿no crees? Ha hecho en la vida lo que podía hacer mejor. Otros muchos empezaron al mismo tiempo que él, como Thurston, por ejemplo, el director de la fábrica...

—El que se abrió camino hasta la cima con uñas y dientes, dando coba y asesinando por la espalda. Tu héroe, claro. Un tipo realista.

—Monny, no vengas ahora con eso de que todo el que triunfa es un cabrón. Que lo diga a los sesenta quien ha fracasado, pase, pero no una cría de veinte.

—George Medwall, mi padre no ha fracasado.

—Monny, estás loca. Yo no me refería a tu padre, pero tendré que referirme, porque parece que lo tienes entre ceja y ceja. Si tu padre y tu madre son tus ídolos en la vida, no aceptes el dinero que te han ofrecido para ir a estudiar al extranjero, quédate donde estás. Tienes todo lo que deseas: no lo dejes.

—¡No metas a mi familia en esto! Hablas igual que esa vieja horrible, la señorita Pottinger, ¡como si me hubiera sacado congelada de un cubo de basura después de todo el invierno! Estoy orgullosa de mi familia. ¡Orgullosa!

—Claro, claro.

—Y no me des la razón como a los tontos, no me hables en ese tono para aplacarme. Me ponen mala esos aires de superioridad. ¿En qué te crees más que nadie?

—Monny, esto es absurdo.

—No, no lo es. Mira, George, te digo una cosa, y grábatela bien porque es

completamente en serio: lo único que aborrezco en esta vida es la ingratitud y la deslealtad y yo no voy a caer en ninguna de las dos por nada del mundo. No voy a perder la cabeza por haber tenido este golpe de suerte.

—Tú no perderías la cabeza por nada, Monny, pero no lo llames golpe de suerte. A la gente solo se le presentan ocasiones cuando está preparada para aceptarlas. No es cuestión de suerte, sino de carácter.

—La lealtad es carácter, y también la honradez, conque no me hables de realismo si lo único que significa es despreciar a mi familia y a mis amigos. Los conozco mucho mejor que a ti. ¿Con qué derecho me hablas de esa forma?

Le había servido la respuesta en bandeja de plata, pero el realismo de George no llegaba tan lejos y no supo verla, de manera que se lo tomó como un reproche y siguieron andando hasta el final del edificio en un silencio incómodo. George no sabía qué hacer, pero le pareció que tal vez mejorasen las cosas si se mostraba un poco avergonzado... un poquito solamente.

—Creo que he hablado más de la cuenta. Monny, si quieres retirarme la invitación a tu fiesta, hazlo.

—Sería lo mejor, si tanto te molesta mi familia —dijo Monica, deseando furiosamente que insistiera para aflojar.

Sin embargo, George tenía la terrible manía de creer que la gente siempre decía lo que quería decir. En ese desafortunado momento sonó la sirena de la una.

—En tal caso, es mejor que me despida ahora —dijo George—, porque no te veré mañana por la noche.

—Adiós, George —dijo Monica al tiempo que le tendía la mano—, y que tengas mucha suerte.

Y así se despidió del único hombre en el que había pensado como posible candidato a pretendiente. A pesar del disgusto, George cumplió con su trabajo de la tarde con la misma meticulosidad de siempre, pero Monica echó a perder unas cuantas hojas de cálculo importantes y, si no hubiera estado a punto de dejar el trabajo, su jefe se lo habría recriminado con severidad.

Esa noche, a la hora de la cena, la señora Gall preguntó a Monica «a bocajarro», como habría dicho ella misma, si George Medwell iba a asistir a la fiesta de despedida. Cuando Monica le dijo que no, pero dando a entender que había preferido no invitarlo, Ma Gall se puso muy contenta.

—Me alegro de que al fin tengas un poco de sensatez —le dijo—. Ahora que vas a marcharte, es un buen momento para romper con él. De todas maneras, no me importaba nada y creo que tu padre estará de acuerdo conmigo.

—Capataz a los veintiocho años —dijo el señor Gall—. Ha ascendido como un cohete; caerá como una piedra.

Siguieron hablando de George un rato y felicitaron a su hija por haber sabido ver quién era en realidad: un tipo que faltaba al respeto a hombres tan mayores que podrían ser su padre y que por haber aceptado el puesto de capataz se había borrado del sindicato. El señor Gall era sindicalista acérrimo, de un sindicato muy discreto y conservador que funcionaba en AAC, aunque a él le parecía un baluarte defensivo contra tiranías inimaginables. Por supuesto, como George se había dado de baja, no se podía confiar en él; ahora estaba del lado de los jefes. El señor Gall conocía personalmente a todos esos jefes y ellos lo conocían a él; en el plano humano, por así decir, se llevaba bien con ellos e incluso los apreciaba; sin embargo, en otro rincón de su mente, eran tiranos anónimos, despiadados y opresores, y tenía el compromiso de fastidiarlos de todas las formas posibles. George se había ido al bando de los malos.

Para la señora Gall, George era el compendio de lo que más temía en un joven que podría llegar a ser su yerno. No pertenecía a su secta, ni siquiera iba a la iglesia y no se avergonzaba de ello. No bebía y era ahorrador y atento, eso había que reconocerlo, pero se le notaba una ambición que la inquietaba y le impedía tomarle cariño. Por si fuera poco, las dos o tres veces que había ido a casa de visita había dejado muy claro que a ella solo la consideraba la madre de Monica, pero la señora Gall se consideraba todo un Personaje, con mayúscula, y así le gustaba que la conocieran el mundo y, sobre todo, los jóvenes.

Cuando terminaron de cenar, Monica estaba tan harta de oír los defectos de George que enseguida se puso a fregar los cacharros (le tocaba a ella) y salió de casa con la excusa de ir un rato a la de su tía Ellen. No paró de reprocharse durante todo el camino lo mal que había llevado la conversación con George y pensó en respuestas inteligentes que podía haber dado a sus padres para defenderlo un poco... si se hubiera atrevido. Pero a los hijos nunca les resulta fácil defender a los amigos que no agradan a sus padres.

¿Por qué la había tomado con George y había interpretado tan mal todo lo que

decía? No había sido una pelea de novios, porque no eran novios, desde luego. No la había besado todavía, aunque había estado a punto una o dos veces. Lo que no sabía ella era que, según el realismo de George, un hombre no besa a una chica si no va en serio, y que la seriedad significa compromiso matrimonial, y que él no se comprometería hasta haber ahorrado dinero suficiente para casarse; besar a una chica a la que no pudiese ofrecer el matrimonio sería jugar con ella, no solo emocional, sino también económicamente, y el sistema moral de George se basaba por completo en su idea de la economía. Sin embargo, George y Monica se comportaban como auténticos novios; más de una vez había notado en sus palabras matices de crítica a su familia, y no estaba dispuesta a tolerarlo.

Era lo de siempre, su manía de querer hacer la tortilla sin cascar los huevos. En su fuero interno, también ella criticaba (y se avergonzaba de ello) a su padre y a su madre, a Alice, su hermana mayor, al pastor, a la señora Beamis, a Wesley, su hijo, y a toda la congregación del Decimotercer Apóstol, porque todo lo que tenía que ver con ellos se contradecía con el gran sueño de su vida; mientras el sueño era imposible de alcanzar podía acallar la voz crítica. Había pedido fortaleza para resistirse y parecía que de vez en cuando la Providencia escuchaba sus plegarias, pero la sorpresa del fideicomiso Bridgetower acababa de dar un vuelco a su vida. Había rescatado el sueño del reino de lo absolutamente imposible y lo había acercado al de lo remotamente posible. La tarde con sir Benedict Domdaniel había sido el momento más enaltecedor y liberador de su vida y, al mismo tiempo, el descalabro completo del equilibrio que había logrado entre el sueño y la realidad. Desde ese día, la voz crítica no paraba de atacar a su familia y sus circunstancias, y cuando George aludió indirectamente al torbellino que tanto la desasosegaba, fue incapaz de controlarse. Era como si le hubiera leído esos pensamientos intolerables e inadmisibles y tuvo miedo de confiárselos a él.

Pediría consejo a su tía Ellen. Al fin y al cabo, a su influencia debía casi todos los conflictos por los que estaba pasando.

La tía Ellen no estaba en casa y Monny entró en la pequeña vivienda estucada con la llave que le había dado su tía hacía mucho tiempo, cuando tenía doce años. La salita estaba tan ordenada como era posible, tratándose de una habitación tan reducida y llena de cosas. Encendió la lámpara de la pantalla plisada de seda rosa, se dirigió inmediatamente a los estantes de libros y sacó uno grande y viejo, con el que se sentó en el sofá.

La casa era un reflejo fiel de la señorita Ellen Gall incluso para cualquiera que no estuviera tan familiarizado con ella como Monica. Era la hermana mayor del señor Gall y en su juventud había tenido fama de «gran promesa» entre sus conocidos. Al final de la época en que el oficio de sombrerera se hacía en talleres particulares, ella lo ejercía en Ogilvie's, que en aquellos años era una tienda importante de Salterton, de *prêt-à-porter* de señora. Todavía vendía sombreros allí, aunque ya no los confeccionaba; durante muchos años fue la jefa de la sección de sombreros de

Ogilvie's. De niña era bonita y se convirtió en una mujer guapa; ahora era casi una anciana, pero se conservaba suave y agradable, con la sonrisa pronta. Su casa, con todos los cachivaches que contenía, era el hogar de una mujer guapa.

Sin embargo, aunque se había volcado en la sombrerería, no le faltaron aspiraciones en otros terrenos. Tenía facilidad para el piano y, puesto que los Gall eran baptistas antes de que el señor Gall se uniera a la congregación del Decimotercer Apóstol, Ellen llegó a ser organista y directora del coro del templo baptista más pequeño y menos importante de Salterton. Nunca dominó por completo el instrumento y todavía usaba los pedales esporádicamente y con inseguridad, pero tocó el órgano casi todos los domingos durante veinticinco años. Interpretaba piezas de piano que le parecían adecuadas para momentos solemnes y, con algún que otro toque suave de pedales en la tónica o en la dominante, cumplía su cometido a entera satisfacción de la parroquia que, por cierto, no le pagaba nada por el servicio. En algunas ocasiones dio clases de piano a cincuenta centavos la media hora, pero en los últimos tiempos, cuando llegó la moda de ir a examinarse al Conservatorio y se perdió el interés por la dulce y agradable música de salón que le gustaba a ella, se quedó sin alumnos.

Hay grandes músicos en el mundo cuyas habitaciones no reflejan una vida de entrega a la música tan rotundamente como la sala de estar de la señorita Ellen Gall. No tenía un solo cuadro que no fuera de tema musical. Por encima del piano, colgaba en la pared una imagen en colotipia de una niña extremadamente artística, con la melena recogida como un nido sobre la cabeza, tocando el chelo ante un hombre de barba blanca que la escuchaba arrobado; se titulaba *Träumerei*. En la pared de la biblioteca había un cuadro de Beethoven, mucho más favorecido que en la realidad, dirigiendo el cuarteto Rasumovsky con gran brío. Sobre la tapa del piano de pared descansaba un pequeño busto de escayola con la nariz rota que representaba a Mendelssohn. Las paredes estaban cubiertas de imágenes pequeñas de cantantes de ópera, recortadas de periódicos y enmarcadas.

Había en la sala una única fotografía que no aludía a la música; era de un hombre maduro, un poco calvo y con unos quevedos sin montura: el difunto novio de Ellen, profesor de secundaria y hombre muy culto, pues una vez le habían publicado un poema en *Saturday Night*. El noviazgo se alargó muchos años en espera de la defunción de la madre de él; estaban ambos de acuerdo en que una boda sería un golpe demasiado fuerte para la anciana señora y preferían ahorrárselo. Sin embargo, unas semanas después del fallecimiento de la anciana, el profesor contrajo un resfriado y esa misma primavera se lo llevó la tisis. Nombró heredera a Ellen y ella se trasladó a la casita con sus libros y muebles. De todas maneras, le legó una cosa mucho más importante: la conciencia de haber sido amada profunda y agradecidamente (ya que no con gran ventura), y el idilio le había endulzado la vida como no lo consiguen muchos matrimonios. Vivía en su casita, anticuada y abarrotada, con su música y sus recuerdos, que la compensaban incluso del evidente

declive de Ogilvie's.

El libro que sacó Monica se titulaba *The Victor Book of the Opera* y lo había publicado la empresa discográfica Victor en 1917 para dar a conocer las maravillas de la ópera a un público que apenas conocía esa forma de arte... y para hacer publicidad de sus discos. Muchos de los artistas que aparecían en el libro, con complicados peinados o grandes mostachos, ya no estaban en este mundo; según el gusto moderno, los trajes que lucían podían resultar curiosos y poco apropiados, pero tanto para Monica como para su tía Ellen, el libro era la Biblia de un gran arte con el que no tenían contacto directo y que solo se imaginaban vagamente. Los sábados por la tarde oían la emisión desde el Metropolitan, por supuesto, pero ellas se imaginaban un teatro en el que actuaban esos artistas muertos: Nordica, Emma Eames, Scotti, Caruso y los hermanos de Reske... La voz pastosa que presentaba las emisiones hablaba de otros cantantes y de trajes y escenarios nuevos, pero para ellas las imágenes del libro eran mucho más reales. Eran la llave de un mundo desconocido de gloria y grandeza, pero no servía para abrir la puerta, sino solo como una mirilla por donde atisbar. Y de pronto, portentosamente, el fideicomiso Bridgetower parecía habérsela abierto de par en par.

Era muy parecido, bueno, casi igual que otro libro de la biblioteca de su tía Ellen, uno que habían leído las dos varias veces y que les proporcionaba gran placer. Se trataba de *El primer violín*, una novela de Jessie Fothergill en la que una humilde muchacha inglesa que tenía una voz muy bonita se convertía en dama de compañía de una anciana adinerada, la cual la llevaba a estudiar a Alemania; allí, la muchacha aprendía a cantar con von Francius, un maestro demoníaco y sardónico que poseía un gran magnetismo, e iniciaba un idilio largo y dulcemente tormentoso con un tal Courvoisier, que era el primer violín de la orquesta, un hombre misterioso que al final (la novela era inglesa y no podía tener otro desenlace) resultaba ser un noble alemán que se había disfrazado de músico por motivos que lo ennoblecían a él y envilecían a todos los demás. La acción se desarrollaba en Alemania, claro está, la de verdad, la de antes del cambio de siglo, cuando los alemanes eran los mejores músicos, los más cultos, y más románticos incluso que los franceses. Domdaniel podía ser perfectamente von Francius, aunque era demasiado afable para ser un verdadero genio demoníaco y, cuando se quitaba la chaqueta, se le veían unos tirantes bastante normales. ¿Quién sería el primer violín? ¿Quién sería Courvoisier?

Era horrible imaginárselo siquiera, pero sería imposible llevar a Courvoisier a casa y presentarle a su madre. En el libro parecía que fuese católico. ¿No decía que había una capilla en el Schloss, la casa solariega de sus antepasados? Ningún protestante metería en su casa una capilla... ¡ni católica, ni anglicana, ni nada! Su madre se subiría por las paredes solo de pensarlo, puede que incluso recibiera a Courvoisier cantándole una de esas canciones de Orange, de cuando era niña:

Escaleras arriba,

por la cuerda abajo.
¡Viva el rey Billy!
¡Al cuerno el papado!

Su madre siempre enarcaba las cejas cuando cantaba «al cuerno», porque los decimoterceros no decían esas cosas; pero con ese gesto aún lo empeoraba, si cabe. Su madre y su padre eran maravillosos, desde luego. Le habían dado todo, menos la música. Eso venía de la tía Ellen. Los Gall no podían permitirse un piano, pero habían tenido una larga serie de coches de segunda mano; en cambio, como Ellen tenía un piano y evidentemente no necesitaba coche, lo más normal era que si Monny quería tocar, fuera a casa de su tía. Se lo debía todo a su padre y a su madre, y, si de repente el fideicomiso Bridgetower no le hubiera desorganizado la vida, no se habría visto en la incómoda situación de tener que presentarles a Courvoisier y viceversa. Sin embargo, ahora tenía ese problema y todo lo que conllevaba, y por eso había discutido con George, que era lo único parecido a Courvoisier, aunque muy remotamente, que había en el horizonte.

En las novelas no salían los padres de las protagonistas, solo si servían de algo en la trama, y siempre eran pintorescos o graciosos. Los Gall no eran ni lo uno ni lo otro, sino una realidad aplastante y polifacética. La protagonista de *El primer violín* era hija de un párroco al que los demás personajes de la novela consideraban muy humilde, pero más humilde era ser hija de un empleado de la limpieza de la fábrica de pegamento. La única persona conocida que se pudiera parecer un poco a un párroco era el deán Knapp, y le había tomado ojeriza irracionalmente, no porque hubiera dicho o hecho algo molesto, sino porque la señorita Pottinger le había advertido de que lo llamase «señor deán», en vez de «reverendo Knapp», como le parecía a ella que debía llamarlo. La hija del párroco habría sabido esas cosas. Además, el párroco y su mujer eran tan sensatos que no se entrometían en la novela.

Pensando en el libro, que no había leído desde hacía dos o tres años, se puso a buscarlo. ¡Cuánta música tenía por todas partes! Los capítulos no empezaban con unos versos poéticos, al estilo de Francis Marion Crawford, muchos de cuyos relatos había leído en los libros que había heredado su tía del difunto profesor de secundaria, sino con citas musicales. Las había tocado todas al piano, pero eran tan cortas que en realidad no le decían gran cosa. Una se titulaba *Träumerei*, como el cuadro de la pared del piano. Buscó los compases otra vez, pero los encontró tan impenetrables como siempre. Dejó el libro y se puso a tocar. «Cuando estés triste, refúgiate en la música, querida»; eso era lo que le aconsejaba a menudo su tía Ellen.

Tocó *Danse Macabre* porque le recordaba a Domdaniel y además era una composición bonita y melancólica que encajaba muy bien con el torbellino romántico en el que se encontraba. Tocó con mucha fuerza el motivo que, según su tía, era ruido de huesos de hombres muertos. Se animó mucho y a continuación tocó la dulce *Canción de la flor*, de Gustave Lange, una de las predilectas de su tía. Mientras la

tocaba, llegó la señorita Gall.

Siempre era fácil hablar con su tía. No tenía que darle tantas explicaciones como a su madre ni se burlaba de ella cuando no estaba de acuerdo, cosa que también hacía su madre. Por otra parte, Ellen era especialista en amores y sueños y parecía que para ella no hubiera nada imposible. Cuando llegó la fantástica noticia del fideicomiso Bridgetower, la tía Ellen, adelantándose a Monica, fue la primera en decir que tal vez se le hubiera abierto la puerta del mundo de la ópera y en ponerse a soñar con las maravillas que podrían sucederle. No tenía que ocultarle ningún sueño por temor a que se burlara; al contrario, Ellen deseaba que se los contara y preparaba taza tras taza de un dulce té con leche, que a ambas les parecía un gran estimulante de sueños. Sin embargo, respecto a la familia... en fin, quizá no entendiese lo que le pasaba. Por lo tanto, prefirió curarse en salud enfocando la cuestión de otra manera.

—Tíita, ese chico del que te he hablado alguna vez, George Medwall, me ha dicho hoy una cosa que me ha sacado de quicio.

Y le contó una versión de lo poco que había dicho George que, si la hubiera oído él, lo habría asombrado mucho. Monica no tenía intención de faltar a la verdad, sencillamente contó lo que había significado para ella en aquel momento, más alguna cosa que había sacado en conclusión desde entonces.

—A partir de ahora todo cambiará por completo, querida, es lógico —dijo la señorita Gall—; y digo más: vas a disfrutar de una vida muy distinta. Sin embargo, hiciste muy bien en no consentir que dijera una palabra en contra de los tuyos. El quinto mandamiento es sagrado: honrarás a tu padre y a tu madre. Y, cuanto mayores nos hacemos, más justo nos parece. Tus padres han sido muy buenos contigo. —Mientras hablaba, la señorita Gall rebuscaba en la memoria ejemplos concretos de ese buen comportamiento, pero no encontró ninguno suficientemente ejemplar—. En realidad, nunca llegamos a comprender del todo lo que nuestros padres hacen por nosotros —dijo con imprecisión y añadió, pisando terreno más seguro—: sé que mi padre y mi madre fueron buenísimos conmigo y creo que no pasa un día sin que me acuerde de ellos y renueve el cariño que recibí y el que les profeso. —Sonrió, había superado el escollo muy limpiamente.

—Sí, lo sé, tíita, pero no parece que les haga ilusión que me vaya a estudiar al extranjero. Para ellos, la música no es tan real como para ti y para mí. Mi madre nunca habla de ella más que para burlarse.

—¡Ah! ¡No hagas caso! —dijo la señorita Gall—. Tu madre siempre ha sido así. De pequeña era muy alegre y, con los años, lo es más todavía. Eso es estupendo, querida mía. ¡Hay tanta gente que pierde la alegría al hacerse mayor! Siempre hemos creído que esa alegría suya es lo que atrajo a Alfred.

—¿Estaban muy enamorados? —preguntó Monica.

—Pues no sabría decirte, la verdad. Supongo que sí. Alfred estaba empeñado en casarse con ella.

—¿Mi padre era ambicioso de joven?

—¡Ay, sí! Creo que sí, desde luego. Por eso dejó los estudios tan pronto. Quería ser independiente y comprarse un coche.

—¿No tuvo que dejar los estudios por otro motivo?

—¡No, por Dios! Mi padre le rogó que siguiera estudiando. No, no tuvo que dejarlo por obligación; a mi padre le iban bien las cosas, ¿sabes? Pero Alfred se salió con la suya. Y también en lo de casarse. Y así fue, claro.

—Es decir, que ¿vuestros padres no querían que se casase con mi madre?

—Conmigo nunca lo hablaron, querida, pero claro, era inevitable que me enterase un poco de lo que pasaba. Fue todo muy deprisa y creo que hubo algunas discusiones, y la familia de tu madre...

—¿Qué? ¡Sigue, tía! ¿Qué ibas a decir?

—Nada, en realidad, hijita. Solo que eran unas personas muy raras y no querían que ella se casara con nadie.

—¿Les parecía que mi padre no era suficiente para ella? ¿Era eso?

—No; en todo caso, eso habría sido por parte de los Gall. Además, claro, a mis padres les inquietaba que tu madre fuese algo mayor que Alfred. Pero la familia de ella era... bueno, que esa palabra lo resume todo: eran raros.

—Y el abuelo Gall no quería que mi padre se casara con una chica de una familia tan rara, ¿verdad?

—Pues, hijita, es que, por lo general, los padres no ven las cosas igual que los jóvenes. De todos modos, ha funcionado muy bien, conque no hay por qué darle más vueltas, ¿no te parece? No sirve de nada criticar a la gente ni pensar en lo que habría pasado si todo hubiera sido de otra forma. De lo que tenemos que preocuparnos es de hacer siempre lo correcto, ¿no crees? ¡Y ya es bastante trabajo!

—Pero ¿no te parece que lo de George Medwall fue horrible? Es que insinuó que la influencia de casa no me dejaría crecer y todo eso. Es horrible decir esas cosas a la gente, ¿verdad?

—Supongo que en realidad no lo entiende. Desde luego, tu vida cambiará y también tu forma de pensar en muchos aspectos, pero estoy segura de que no habrá nada que tu padre o tu madre desapruében. Mira, querida, hemos hablado de ello muchas veces: dedicar la vida a la música es una cosa maravillosa. Vivir para un arte excelso, conocer a personas maravillosas y cultas y estar siempre en contacto con cosas bonitas... te hará cambiar. Te aseguro que te elevarás muy por encima de nosotros.

—¡Ay, no! —dijo Monica—. No quiero ser así y nunca seré superior a ti, tía, jamás, aunque llegue a ser la primera soprano del Metropolitan. No podría, de ninguna manera. Tú me has enseñado todo lo que sé de música, a leer, a tocar el piano, la armonía y la teoría, a acompañarme... ¡todo! De no ser por ti, no habría música para mí. ¡Te debo esta oportunidad! El fideicomiso Bridgetower es tuyo, en realidad, eso tienes que saberlo. ¡No podría pagártelo ni en mil años, ni aunque llegara a ser la mejor cantante del mundo!

—Págamelo convirtiéndote en una gran artista, querida mía. Y no olvides que una gran artista es siempre una gran persona. Las verdaderamente grandes siempre han sido sencillas y bondadosas y han amado todas las cosas buenas de la vida, Monny, y tampoco olvides que todos los dones que puedas tener en realidad son de Dios. Si haces todo eso, no tendrás que preocuparte por mí. Estaré orgullosísima de ti, todos los días, a todas horas. Y no te preocupes por tus padres, ellos también estarán muy orgullosos. Lo que pasa es que son tan tímidos que no se atreven a decírtelo. Y sé que siempre los complacerás.

La señorita Gall podía hablar largo y tendido de esas cosas, y también Monica, de manera que la conversación fue larga, repetitiva y tremendamente reconfortante. Cuando por fin Monica volvió a casa, estaba convencida de que, cuando llegase el momento, podría reconciliar felizmente a Courvoisier y a su madre. Solo era cuestión de no perder de vista los objetivos ni los grandes ideales.

Hacía ya unos días que Monica y Alice, su hermana, sabían perfectamente que la fiesta de despedida iba a ser una de las típicas «noches» de su madre. La apatía y la baja moral habituales de la señora Gall experimentaban de vez en cuando breves estallidos de júbilo intenso. Se pasaba muchas semanas diciendo que no tenía ganas de ver a nadie, que no lo necesitaba para nada y que no quería que se le llenase la casa de gente; estaba malhumorada, iba desaliñada e incluso con el vestido sucio; no se quitaba los rulos de la cabeza, solo se ponía la dentadura postiza para comer y — las niñas lo sabían, pero ni siquiera lo hablaban entre ellas— se lavaba poco. De pronto, sin más ni más, se disipaba el nubarrón: se quitaba los rulos, sacaba la dentadura del bolsillo del jersey, donde la escondía, aunque a veces hacía un ruido delator, y la señora Gall «se emperifollaba», como decía ella, y preguntaba a las niñas burlonamente que por qué nunca invitaban a nadie a casa y si querían que se volviera loca por falta de compañía. Entonces se ponía a cocinar y a los pocos días celebraba una fiesta, que consistía principalmente en un festín pantagruélico del que ella era ama y señora. Luego estaba jubilosa uno o dos días más, estallaba de pronto en carcajadas al acordarse de lo estupendamente que lo había pasado y, dos horas después, se hundía en un pozo de melancolía del que no podían rescatarla ni los más ímprobos esfuerzos del pastor Beamis.

Sabía que eran ciclos que se repetían y los atribuía a su mediocre estado de salud. Decía que todo lo que comía se le convertía en grasa. Era un peso para sí misma; respiraba entrecortadamente y sospechaba lo peor de su corazón. De vez en cuando intentaba rebajar grasas y estaba unos días picoteando del plato a las horas de comer, hasta que se deprimía tanto que le daba un ataque de llanto y, para curarse, se comía una porción de tarta. Un médico le había dicho una vez que el azúcar era estimulante y, desde luego, para ella lo era; recurría al azúcar como una inválida más rica y sofisticada a una medicina cara.

La manifestación más curiosa de su depresión tal vez fuera que, mientras le duraba, no quería ir a los oficios ni a las plegarias comunes del salón del Decimotercer Apóstol. Argumentaba que tenía tanta fe como siempre, pero que no quería ver a nadie; sencillamente, no podía con ello. No soportaba a la gente, a excepción de la familia, pero siempre estaba refunfuñona y exigente, se ponía «cabezota», como decía Alice. Era la oveja del rebaño a la que más visitas hacía el pastor Beamis por motivos de salud.

A juzgar por la cantidad y la complicación de los platos que preparó para la fiesta de despedida, la señora Gall tenía más ganas de juerga que nunca. Calculó que asistirían a lo sumo unos veinte invitados y preparó diez flanes grandes de gelatina, cuatro tartas de pisos, una de fruta, seis docenas de tartaletas y un sinnúmero de

galletas; además asó un jamón y un pavo, hizo una montaña de ensalada de patata y desvalijó la alacena de las conservas, de la que sacó salsa picante y toda clase de encurtidos: de mostaza, de remolacha, de corteza de sandía, de manzanas silvestres, de maíz y de cebolla. Tomó prestado del salón de los decimoterceros un cazo enorme para el café, y además serviría ponche de té helado, mosto y *ginger ale* con mucho azúcar para que tuviera efervescencia.

—No quiero que nadie «me se quede» con hambre en mi casa —dijo mientras revisaba las provisiones la tarde anterior a la gran celebración.

Ma Gall vio estremecerse a Monica con el rabillo del ojo y eso le dio una gran satisfacción. Estaba completamente convencida de que hablar mal era un poco picante, honrado y saludable, aunque no habría sabido formularlo así; era una forma de frenar la tendencia de las niñas al engreimiento. Si quería, podía hablar con tanta elegancia como la que más, pero no quería ser complaciente con sus hijas. Creía de verdad (aunque tampoco en este caso llegó nunca a formularse con claridad) que todo el mundo, en sus más íntimos pensamientos, se expresaba incorrectamente, pero que cuando hablaba los traducía en palabras elegantes, es decir, afectadas. Pues ella, no. ¡No, señor! ¡Y punto!

—¿Qué van a hacer, además de ponerse las botas? —preguntó su hija Alice.

—¡Bah! Se les ocurrirá de todo. Siempre hay alguien que sabe algún juego o cualquier cosa —dijo la señora Gall—. ¿Por qué no piensas en algo en vez de cargarme a mí con todo?

—¿Qué se puede hacer que guste a todo el mundo y que la señora Beamis vea con buenos ojos? —dijo Alice.

—Ya verás como Alex y Kevin traen pensadas muchas cosas —dijo la señora Gall—. ¡Se les ocurre cada una a esos dos! ¡Qué risa! ¿No te acuerdas de aquel día, cuando se escabulleron escaleras arriba y se pusieron un montón de ropa tuya y se presentaron vestidos de chicas?

La señora Gall se reía tanto que resollaba; se puso de un color rojo sucio y tosió con tos profunda y ventrílocua, como un toro mugiendo en una pradera lejana.

—Sí, y reventaron dos vestidos por debajo de los brazos —dijo Alice de mal humor—. ¡Qué mariquitas! Les pareció emocionante vestirse de chicas y ponerse a hacer el tonto.

—¡Bah! Son unos chicos estupendos —dijo la señora Gall—, llenos de vitalidad, como me gusta a mí. No se pasan el día martirizándose hasta que se les queda todo tan encogido que pierden la alegría. —Como quien no quiere la cosa, volvió a mirar a Monica, quien, a pesar de ser supuestamente la homenajeadada, no demostraba ningún entusiasmo por la inminente fiesta.

Cayó la tarde y llegaron los invitados. Monica y Alice se vistieron en el pequeño dormitorio compartido y se las arreglaron bien para hacerse todo lo necesario en el pasillo de medio metro que quedaba entre la cama de matrimonio, la cómoda y la única silla del cuarto. Alice no dejaba de predecir las catástrofes a que daría lugar la

fiesta, hasta que Monica se deprimió. Alice, la mayor, era la rebelde; estaba harta de la congregación del Decimotercer Apóstol y de Ma. También de Monica, y, desde el asunto del fideicomiso Bridgetower, todavía le fastidiaban más las aspiraciones culturales de su hermana. Era activamente antiintelectual, aunque no sabía con claridad a qué se oponía. Estaba convencida de que la música y todo eso no era más que un sarta de tonterías y no había más que hablar. Era empleada de banca y tenía intenciones de prosperar. El primer paso hacia la prosperidad, de nombre Chuck Proby, estaba invitado a la fiesta. Trabajaba en el mismo banco que ella.

—Chuck dice que esta religión es una mierda —dijo Alice con el lenguaje más suelto del que, en su opinión, consentiría su madre sin escandalizarse demasiado.

—Si te oye Ma decir esas palabras, te lava la boca con jabón —respondió Monica, que estaba dándose bálsamo italiano en las manos.

—Ma no es quién para decir nada del lenguaje de los demás. ¿No oíste lo que dijo cuando terminó de poner la mesa esta tarde? «¡Hala, que jalen hasta reventar, qué córcholis!», eso fue lo que dijo. En cambio, el otro día, cuando se me rompió el tacón y dije «¡Maldita sea!», se pasó media hora riñéndome. Nada de palabrotas, qué va, pero luego ella habla tan mal como le da la gana. De todos modos, Chuck dice que todo eso de la religión es una mierda. Dice que él es «probyita». Significa que cree en sí mismo. Por eso me vuelve loca. Hará lo que sea en la vida, no como Pa.

—Pa no ha tenido oportunidades, Alice. Empezó a trabajar a los dieciséis años... —Monica no terminó la frase porque se acordó de lo que le habían dicho George y su tía Ellen: todas esas cosas tan inquietantes que minaban la escasa leyenda personal de su padre. Alice se rio.

—¡Mierda! —dijo—. ¡Requetemierda!

Hacia las nueve, la fiesta empezaba a animarse. Había empezado mal, porque los primeros en llegar fueron los doce jóvenes de la congregación, el grupo que, con un total de trece contando a Monica, habían entrado en el rebaño de Beamis en la pubertad. La proporción entre chicos y chicas estaba equilibrada y había entre ellos tres parejas que parecían atraerse. Sin embargo, la vitalidad no se contaba entre las características de los jóvenes de la congregación, y se quedaron en silencio, casi acobardados, ante la perspectiva de la diversión. Pegados a las paredes, decían «Sí, gracias» y «No, gracias» cuando les dirigían la palabra y tenían una tendencia irritante a hablar entre ellos en susurros. La señorita Ellen Gall llegó antes de la hora, pero no era de las que saben poner una fiesta en marcha, de manera que todo el peso recayó en la señora Gall. Ella derrochaba energía por todos y, a medida que iban llegando, les ponía en las manos ponche dulce y galletas; iba dando vueltas por la sala, aspirando aire entre los dientes postizos y gritando en un tono que prohibía tajantemente el aburrimiento: «¿Os divertís? ¡Muy bien! ¡Pasadlo bien!». El grupo de jóvenes se animó un poco al cabo de diez minutos, con la llegada de Chuck Proby, con sus aires de hombre de mundo, y la de los predilectos de la señora Gall, Alex Graham y Kevin Boyle.

Alex y Kevin eran amigos íntimos. Vivían en la misma pensión e incluso a veces dormían en la misma cama, se aconsejaban sobre el vestuario y se ayudaban mutuamente en la difícil tarea de peinarse de la forma más favorecedora. Huelga decir que la señora Gall no sabía nada de esas intimidades y no entendía las claras indirectas de Alice; para ella no eran más que dos muchachos llenos de vitalidad que siempre estaban dispuestos a pasarlo bien, nunca hablaban mal de nadie y la halagaban a menudo. No pertenecían a la congregación, pero su actitud ante la religión era solemne y complaciente y de vez en cuando se atrevían a soltar alguna reflexión filosófica a propósito de la cantidad de cosas inexplicables que había todavía en el universo, que lógicamente nos inducían a pensar en la existencia de Algo que moviera los hilos del maravilloso mundo que nos rodeaba. En el ambiente en el que se movían los Gall no se entendía la subdivisión de la humanidad a la que pertenecían Alex y Kevin y, en el caso remoto de reconocer que existiera, solo lo creían posible entre gente corrompida por la riqueza o por un interés malsano en el arte; era verdad que parecían un poquito afeminados, pero en opinión de la señora Gall eso se solucionaba con una buena mujer para cada uno, por eso estaba siempre atenta a las posibilidades que se les pudieran presentar. La habría complacido mucho que las elegidas hubieran sido sus propias hijas. Esos muchachos le hacían las mejores «bromas» y a los buenos bromistas se les disculpaba todo. Entraron bromeando.

—*Madame* —dijo Alex; le tomó la mano y se la besó apasionadamente—. Asistir a su *soirée* es un gran honor para el conde y para mí. —Sacó un ramillete de flores de papel que llevaba escondido a la espalda y se lo entregó a la anfitriona—. ¡Mío corazón desbordado es!

La señora Gall se rio, resolló y rugió cavernosamente.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó, cuando pudo decir algo—. Sabía que andabais preparando alguna. Vamos, venid a comer algo y parad quietos. No olvidéis que tengo el corazón débil.

—Imposible olvidarlo —dijo Kevin—. Es el corazón más grande de Salterton, y es mío... ¡solo mío! —declamó con fingido arrobó.

Los jóvenes decimoterceros se rieron nerviosamente dando a entender que les gustaba la broma, pero temerosos de atraer la atención y verse obligados a participar, puesto que no se creían nada graciosos. Alex y Kevin saludaron a todos sin salirse de los personajes de forasteros nobles; sin embargo, cuando le tocó el turno a Monica, se pusieron de rodillas, como musulmanes, y dieron unas cabezadas en el suelo.

—Con todos los respetos debidos a un gran talento —musitaron.

Después, la señora Gall se los llevó y empezó a ofrecerles dulces en estado sólido y líquido.

Chuck Proby fue el único que no reaccionó con la broma. No fingía su actitud de joven con futuro que se cree superior a los demás.

Alex y Kevin no tardarían en dejar de ser el centro de la reunión. Muy poco después que ellos llegó el pastor Beamis, acompañado por su mujer (que parecía tallada en madera de teca, aunque no por manos paganas) y Weasly, su hijo, que era bajito y delgado y tenía mal aliento, aunque procuraba contrarrestar esos defectos con una gran vitalidad, dentro de los límites de la congregación del Decimotercer Apóstol. Sin embargo, quien puso el broche de oro a la fiesta fue la gran personalidad que llegó con ellos, que no era otro que Gus Hoole, el locutor de radio y director del programa Esperanza y Corazón.

El mundo internacional del espectáculo no sabía nada de Gus Hoole ni es probable que llegara a saberlo nunca. Sin embargo, para unos millares de personas de Salterton y alrededores era el emperador de un mundo jubiloso y el motor de toda actividad que les animara la vida. Era el jefe de los presentadores de la radio y la televisión locales y no había convocatoria por una buena causa, entrevista con cualquier personalidad que llegara a la ciudad ni función ciudadana multitudinaria en la que no participase. Sabía las réplicas agudas más recientes, siempre tenía palabras animosas que decir y poseía un instinto indefectible para poner en marcha cualquier cosa. Sin duda era un hombre bueno y generoso que disfrutaba haciendo feliz a la gente, ayudando a los niños lisiados, a los ancianos, a los ciegos, a los tuberculosos, a los cancerosos, a los mancos o cojos, a los retrasados mentales y, en general, a todos los disminuidos que nuestra época acoge con racional benevolencia en uno de los departamentos de su inmenso corazón. Pero había aireado tanto sus buenos instintos

por radio que se le habían vuelto burdos e inflamados y ya no convencían. Entró en la atestada casita e hizo exactamente lo mismo que si fuera un teatro inmenso lleno de gente a la que debía convencer de que renunciase a sus bienes en nombre de la caridad o el patriotismo. No es que hablara a voz en grito, en la televisión no hace falta gritar, solo tronaba en el tono pseudomasculino y empalagosamente sincero de los locutores populares.

—Quería venir, no me lo habría perdido por nada del mundo —dijo a la señora Gall, que, aturdida y desbordada, lo acababa de recibir—. Es lo menos que podía hacer por nuestra querida Monny, a quien pronto perderemos porque se la quedará la BBC. Pero lamento decir que no puedo estar aquí mucho tiempo. De todos modos, quería venir y me alargaré todo lo que pueda.

Y con esas palabras se adueñó de la fiesta. Como profesional no le faltaba tacto, y sabía que la congregación del Decimotercer Apóstol pertenecía a la categoría de religiones «estrictas moderadas», según sus propios adeptos. Por lo tanto, nada de bailes ni de chistes de borrachos ni de sexo. Sin embargo, los chistes sobre funciones excretoras podían pasar y contó un par de ellos, que fueron acogidos con grandes risas, sobre todo las de la señora Gall. Los hizo cantar, porque era adicto a las canciones con trabalenguas, como la de «el perro de Roque no tiene rabo porque otro perro se lo ha robado». Dirigió una canción en la que los chicos tenían que competir oralmente con las chicas cantando en falsete. Sabía muchas adivinanzas y juegos de palabras. Juntó suficientes sombreros para un juego que consistía en ponerse y quitarse rápidamente sombreros grotescos, y el pastor Beamis ganó a todos en esto con gran ventaja. La fiesta empezó a animarse... tanto que a Gus Hoole le pareció oportuno contar un chiste de borrachos y así lo hizo. Nadie se rio, salvo el pastor Beamis.

—¡Ese sí que es subido de tono! —dijo al fin, secándose los ojos—. Aunque el asunto no es para tomárselo a broma, desde luego. Como puedes ver aquí mismo, Gus, un grupo de buenos muchachos puede pasárselo muy bien sin necesidad de recurrir a eso. Su propia alegría los embriaga de manera natural.

—Aunque eso no va por ti, Ma —dijo Kevin, señalando a la señora Gall—. No creas que no he visto la botella que escondes debajo de la cama.

La mujer chilló y la risa se le atascó en la garganta de tal modo que parecía que le fuera a dar un síncope. Kevin le dio un golpecito en la espalda al tiempo que le ofrecía con insistencia un vaso de ponche dulce.

—Estás borracha de azúcar, Ma, eso es lo que te pasa —le dijo.

La señora Gall soltó otra carcajada tan brutal, tan exagerada y tan aguda que Alice creyó que vomitaría allí mismo, encima de la alfombra.

Sin la menor duda, Gus Hoole fue el artífice de la fiesta de despedida de Monica. Así lo reconoció ella y procuró pasarlo bien, pero, por algún motivo, no sentía verdadera alegría, por más que lo procurase riéndose mucho. La tía Ellen se divirtió. Su ambiente no era el de Gus, pero era una mujer sencilla, la impresionaba la gente

famosa y no le importaba admitir la superioridad del locutor en esos asuntos. Y, evidentemente, Gus se había volcado en la fiesta.

Incluso había pensado para la ocasión en lo que él profesionalmente llamaba «una broma recurrente». Tenía que estar en el hotel más grande de Salterton a las diez y media para supervisar una rifa con fines benéficos. Por eso llevaba esmoquin (se había disculpado cómicamente por acudir a la fiesta con «la ropa de trabajo»). De vez en cuando miraba el reloj y, en voz suficientemente alta para que lo oyeran, murmuraba: «No puedo llegar tarde, en el centro me pagan a diez dólares el minuto por asistir a esos actos». Esa cómica demostración de avaricia del por todos conocido Profesional de la Generosidad hacía reír estruendosamente a todos. Hasta los jóvenes de la congregación se dejaron llevar y se reían disimuladamente, como si relincharan de gusto. Gus tuvo entonces uno de sus famosos cambios de humor repentinos y se puso serio.

—Tengo que irme, chicos —dijo—, y cuando uno tiene que irse, tiene que irse. —Ma Gall soltó un alarido, porque lo interpretó como otra alusión escatológica—. Aunque, de verdad, me encantaría quedarme aquí en tan excelente compañía y seguir animando esta fiesta hasta el amanecer. Pero dentro de quince minutos Mater Dee me estará buscando en el baile de los parapléjicos y ahora tengo que despedirme. Pero antes, Syd —dijo, dirigiéndose al pastor Beamis como un niño—, ¿sería mucho pedir que Esperanza y Corazón nos cantara algo solo una vez más?

El pastor le dio unas palmaditas en la espalda como si no pudiese hablar de pura satisfacción. Enseguida llamó a su lado a la señora Beamis y a Wesley y luego hizo una seña a Monica, que se reunió con ellos muy ruborizada.

—*Do* —susurró Beamis, y su mujer emitió un mugido grave sobre el que los demás cantaron un acorde—. Granny —murmuró de nuevo, y lentamente, con inmensa expresividad, el cuarteto cantó *Eden Must Have Been Like Granny's Garden*, lo más conocido en el apartado semisacro de su repertorio.

Sería cinismo insinuar que durante la actuación alguien les disputaba el foco, pero de haber sido posible ciertamente se lo habría llevado todo Gus Hoole. Estuvo inmóvil durante los cuatros versos y llamó la atención de todos, como suele suceder con el actor que, en escena, no se mueve. Cuando el cuarteto terminó la canción, algunos de los más bisoños empezaron a aplaudir, pero Gus evitó inmediatamente semejante falta de decoro con un gesto. Se adelantó y, permitiéndose la licencia que se concede en el mundo del espectáculo, besó a Monica suavemente en la mejilla y, susurrando emotiva y audiblemente, dijo:

—Hasta siempre, chiquilla; vuelve alguna vez —y se marchó con la cabeza gacha.

Fue una salida espléndida.

Por extraño que pudiera parecer, no todos lamentaron su partida. A Alex y Kevin les molestó la intrusión del profesional en su coto particular de animadores de la fiesta. Aunque la visita había sido un honor para la señora Gall, también le impidió

ejercer su papel de deidad de la Tierra, Gran Madre Munificente de los Muchos Pechos, dispensadora de alimento y bebida. Por eso, tan pronto como Gus se hubo marchado, llamó a todos a cenar gritando: «¡El rancho! ¡El rancho!», y se los llevó de nuevo a la sala (o comedor), donde estaba puesta la mesa. El señor Gall se encargó de trinchar el pavo; el pastor Beamis se puso a cortar el jamón con cierta torpeza. Los jóvenes de la congregación comieron asombrosamente, habida cuenta de su general falta de vitalidad, hasta el punto de que dos de ellos iniciaron una competición a ver quién comía más, e incitados por las muchachas se lo tomaron muy a pecho. Jamón, pavo, ensalada, encurtidos... los comensales dieron buena cuenta de todo rápidamente y después continuaron con los dulces. Puesto que no faltaba mucho para Navidad, hubo también paquetitos sorpresa y gorros de papel. El único que no se lo puso fue Chuck Proby; cuando la señora Gall le instó a ponérselo, le dijo:

—Verá, en la banca debemos tener mucho cuidado —y se libró tan dignamente.

Cuando terminaron de comer (no todo, puesto que habría sido imposible sin la ayuda de algún artilugio de alimentación forzosa, pero sí tanto cuanto pudieron soportar los estómagos) la señora Gall se fue a la cocina y volvió casi al momento con el colofón del banquete: una bandeja enorme de empanadillas pequeñas de carne picada. Según la receta, antes de comerlas había que regar cada una con una cucharada de *brandy*, pero como la señora Gall no lo utilizaba nunca, lo sustituyó (como manda el ingenio de la cocinera nata) por dos botellas de licor de guindas.

—¡Bueno, vamos a ver! —exclamó—. Cada una que comáis vale por un buen mes del año que viene. ¿No es eso, pastor?

Y así, aunque se quejaron mucho de que no podían más, todos siguieron comiendo carne picada empapada en licor de guindas, hasta que los jóvenes empezaron a gruñir frotándose el estómago teatralmente y las muchachas aseguraban que el último bocado no les pasaba de la garganta, que les salía comida por las orejas y todas esas cosas desenfadas que se suelen decir para halagar a una anfitriona tan espléndida como la señora Gall. El premio por comer más empanadillas se lo llevó el pastor Beamis (fueron nueve) y, cuando lo desenvolvió, vio que era un juego de gaitas de juguete. Se puso a bailotear por la habitación al tiempo que tocaba las gaitas y hasta el señor Gall se rio un poquito y dijo que el pastor tenía mucho salero. Después, volvieron a sentarse todos para «terminar» con café y galletitas de mantequilla.

Fue entonces cuando Alex y Kevin se escabulleron del comedor y volvieron unos minutos después con un bombín en la cabeza, polainas en las piernas y un bastón en la mano; como buenamente podían, cada uno sujetaba una lupa en un ojo a modo de monóculo. Para hacer reír a los ahítos invitados (algunos ya empezaban a dar señales de empacho o de resaca de tarta), representaron un breve diálogo de su invención, en el que decían que provenían de la «alegre ciudad de Londres, por Júpiter», y que esperaban con impaciencia la llegada de la señorita Monica Gall, el ruiñeñor de Salterton, «sepan ustedes», que se había desplazado a Blighty^[8] para demostrarles lo

que era cantar de verdad, «ahí queda eso». Lo dijeron con un acento británico no muy logrado; la jerga coloquial la habían sacado de oír hablar de Wodehouse a personas que habían leído sus novelas y, en general, el número no parecía tener comienzo ni final ni objetivo claro, pero el público lo recibió con entusiasmo y la señora Gall se moría de risa solo de ver lo graciosos que estaban.

—Sí, así hablará ella cuando vuelva —dijo Ma, mirando a Monica—. Hija mía, ten mucho cuidado de no contagiarte demasiado cuando estés allí, rodeada de petimetres. Ten siempre los pies en la tierra y procura no cambiar tanto que luego no te entendamos una palabra.

—Monny se codeará directamente con los mandamases cuando vaya a clase con *sir* Empingorotado —dijo Wes Beamis.

—Bueno, por su bien, solo espero que sean más generosos en Inglaterra que lo que lo han sido aquí —dijo la señora Gall—. Porque, mira que invitarnos para hablar del futuro de Monica ¡y no ofrecernos ni un café...!

—A Monny van a darle los intereses de muchísimo dinero —dijo el señor Gall—, no lo olvides.

—¡No se habrían muerto por un café! —insistió su mujer—. Pues, ya veis, se quedaron allí plantados como árboles, mirándonos como si tuviéramos la lepra.

—Deja que sigan los chicos, Ma —dijo Monica.

El número de Alex y Kevin no concluyó con lo que podría llamarse un final al uso y el ambiente volvió a ponerse serio de repente, como cuando Gus Hoole se estaba despidiendo. El pastor se refirió a la gran pérdida que la buena suerte de Monica acarrearía a la congregación del Decimotercer Apóstol. Habló con sentimiento del duro golpe que tendría que soportar el cuarteto Esperanza y Corazón. La señora Beamis, Wes y él deseaban que no los olvidase cuando estuviera lejos, ni olvidase el repertorio, y así, de vez en cuando podría cantar las canciones del Señor en una tierra extraña. Y, para que no los olvidara, le pidió que aceptase un regalo.

Wesley Beamis fue al vestíbulo a buscarlo y se lo entregó, Monica lo desenvolvió delante de todos. Era un maletín de viaje con espejo, cepillos, frascos y perchas para doblar la ropa. Monica tenía dolor de cabeza, pero se emocionó y lloró un poquito, aunque enseguida se sobrepuso y pronunció un discurso.

—Nunca podré agradecerérselo bastante —dijo—, no lo digo solo por este regalo, que es tan bonito, sino por lo bien que lo hemos pasado siempre y la bondad con que me han tratado. Por favor, no crean que voy a olvidarlos, no podría y, aunque pudiera, no lo haría. Siempre llevaré esto conmigo, pase lo que pase; por mucho tiempo que esté fuera o me ocurra lo que me ocurra... —No pudo decir más.

El pastor Beamis empezó a cantar *God Be With You Till We Meet Againy* todos lo secundaron fervorosamente, con un cariño que a Monica le resultó dolorosamente tierno y envolvente. Allí, rodeada por todos, lloró en parte por la vergüenza que sentía en el fondo de su ser por haber creído alguna vez que ese ambiente la ahogaba y le cortaba las alas, y por haber deseado alejarse. En la sala de atrás, entre los restos

del festín, la señorita Ellen Gall también lloraba.

Los invitados se marcharon y cada uno le dijo algo amable; Wesley Beamis, envalentonado por el ejemplo de Gus Hoole, al marcharse le plantó en la mejilla un beso teñido de licor de guindas. Siempre había tenido esperanzas respecto a Monica, pero ahora ya no podría ser.

Cuando los Gall se quedaron solos, Ma se dejó caer, baldada, en una silla, con la cara roja de congestión, completamente exhausta. Sin embargo, se sobrepuso, se metió un trozo de tarta de fruta en la boca y se levantó.

—¡Hala! —dijo—. Vamos a recoger todo esto antes de irnos a la cama. No quiero ver la casa hecha un asco.

Se quitó los zapatos de una sacudida, se quitó la dentadura postiza y se fue a la cocina.

Allí descubrió que Alex y Kevin estaban terminando de fregar la primera tanda de platos. «Buenos chicos, ¡qué considerados! Serán unos maridos estupendos».

CUATRO

Nochebuena. Monica yacía en su litera a bordo del *Duchess of Richmond*, con el estómago revuelto y malestar general. Estaba empapada en sudor frío a pesar de las mantas y la calefacción de vapor, que funcionaba sin parar. El barco (no, el médico había dicho que siempre lo llamara «buque») se levantaba con gran esfuerzo, como si quisiera llegar al cielo, y se quedaba unos momentos horrorosamente suspendido en la cresta de la ola; con las hélices al aire, toda la nave crujía pavorosamente y caía de nuevo, bamboleándose, en las profundidades. En el camarote todo tintineaba y se movía; el cubo de vomitar, colgado ingeniosamente a un lado de la litera, hacía un ruido metálico. Por entre las láminas de los ventanucos de ventilación se oyó el estrépito de una bandeja cargada que cayó al suelo en el extremo opuesto del pasillo.

La luz central del camarote se encendió con un chasquido y apareció la camarera Rose Glebe, con los labios muy pintados y rebosante de salud.

—Bien, bien, ¿qué tal se encuentra ahora la niñita solitaria? —canturreó—, ¿seguimos un poquito mareaditas? No se preocupe, querida, no es usted la única. Esta noche solo había seis comensales en el comedor de primera.

Sujetando firmemente a Monica con un brazo, la camarera propinó unos cuantos puñetazos a la almohada. Monica tuvo unas arcadas muy fuertes, pero no sacó nada.

—¡Pobrecita! —dijo el ángel de la luz al tiempo que la reclinaba otra vez contra la almohada; después le estiró las mantas—. No tiene nada dentro, ¿verdad? Eso no es bueno; debe comer algo, querida, de lo contrario echará el estómago por la boca con tanto esfuerzo. Vamos a ver, le he traído una manzana preciosa, bien cortadita, y *ginger ale*. Tómese lo aunque no pueda retenerlo mucho tiempo. Necesita tener algo en el estómago porque si no se hará mucho daño. Son órdenes del médico. Volveré antes de terminar mi turno, la acompañaré al retrete y le arreglaré la cama para que se acueste otra vez. ¡Vamos, vamos! ¡No se lamente tanto! Podría ser mucho peor, se lo aseguro. Aunque es una lástima, siendo hoy Nochebuena.

—¿Peor que esto? —preguntó Monica lánguidamente.

—El viaje anterior fue mucho peor —dijo la camarera Glebe—. ¡Eso sí que fue una travesía, se lo aseguro! El Atlántico Norte no es una balsa de aceite en invierno.

Con una gran sonrisa de ánimo desapareció por la puerta. Monica se quedó tumbada unos minutos con los ojos cerrados, haciendo acopio de valor. Después, con extrema precaución, tomó un sorbo de *ginger ale* e inmediatamente se encontró mejor. Mordisqueó la manzana y se dio cuenta de que tenía mucha hambre. No tardó en poder levantarse, lavarse la cara y apagar la luz general; encendió la lámpara de lectura de la litera y se quedó tumbada, lo más quieta que el bamboleo del barco le permitía, comiendo la manzana con persistencia.

¡Cuánto ruido hacía el barco! ¡Qué manera de estremecerse y rechinar día y

noche! ¡Y qué vacío! Pero, claro, como le había dicho un pasajero, ¿quién iba a cruzar el Atlántico la semana de Navidad, a menos que fuera inevitable? En total, solo había veintidós pasajeros en primera clase, y de ellos, diecisiete eran hombres... maduros y sosos; evidentemente, iban en viaje de negocios. Uno de ellos, con quien había tenido una breve conversación, era representante de manzanas de la Columbia Británica. Monica se había hecho ilusiones de que el viaje por mar fuera el comienzo emocionante e incluso romántico, quizá, de una vida nueva. Sin embargo, cuando se vio sentada a una mesa del comedor con una viuda que iba a esparcir las cenizas de su difunto marido a su Escocia natal y con una comandante del Ejército de Salvación, tuvo que cambiar de idea. Tampoco pudo pasear por el barco para conocerlo un poco, porque habían zarpado de St. John con muy mal tiempo y Monica no salía de la litera desde el segundo día; ya estaban en el cuarto y la tormenta parecía arreciar, aunque ni el médico ni la camarera Glebe lo reconocerían jamás.

A pesar del malestar, no perdió el ánimo. Le hacía mucha ilusión viajar en primera clase, aunque no sabía nada del acalorado debate a que había dado lugar tal dispendio entre los albaceas del fideicomiso Bridgetower. La señorita Pottinger y el deán opinaban que lo apropiado era la clase turista, pero una vez más Solly cometió la indiscreción de hablar con el periódico, y el *Bellman* anunció que acudiría al muelle a despedir a Monica con un gran ramo de flores, con el que la fotografiarían. Se consideró que resultaría impropio fotografiar a la protegida de la difunta Louisa Hansen Bridgetower en un camarote que no fuera de primera clase, y por ese motivo, a pesar de la oposición del señor Snelgrove, decidieron sufragárselo. El ramo del *Bellman*, firmemente sujeto en una caja, recrujía y se agitaba en un rincón del camarote.

La preparación del viaje había creado mucha tensión mental. Los Gall no eran viajeros y, poco a poco, aunque nadie decía nada, todos se convencieron de que, desde el momento en que Monica se marchara, no volverían a verle el pelo nunca más. Era cierto que mucha gente emprendía viajes por el mundo y regresaba a casa, incluso después de una ausencia de muchos años, pero los Gall estaban convencidos de que con su hija no sería así. Seguro que la travesía terminaba en naufragio; cuanto más pensaba en ello la señora Gall, más seguro le parecía. Desde luego, no se lo dijo a su hija con palabras, pero la miraba de una forma tan elocuente, deshaciéndose en lágrimas silenciosas, que no hacía falta.

El señor Gall expresó su solicitud de otra forma. Aunque parecía que el porvenir de Monica nunca le había preocupado, se tomó muchas molestias para averiguar la clase de dentífrico que le gustaba y qué crema limpiadora prefería y le compró grandes provisiones de ambas para que se las llevara. Por lo visto, creía que en Inglaterra no encontraría lo necesario para la vida cotidiana y le hizo prometer muchas veces que, cuando se le terminaran, se lo diría, y él le mandaría más. Parecía que la aprovisionara para un viaje a la Isla de los Muertos.

Monica afrontó valientemente la despedida y quitó importancia a los posibles

peligros del mar, pero los días que pasó enferma en el camarote tuvo que sufrir también las inquietudes de una contradicción mental. Desde luego, le parecía imposible que una nave construida por el hombre fuera capaz de hacer lo que hacía el *Duchess of Richmond* sin irse a pique. Rezó, pero la fe de la congregación del Decimotercer Apóstol no la había preparado para trances tan malos; quiso creer lo que le había dicho el médico de a bordo, que nadie había muerto jamás de mareo (¡ja, ja!) y que lo mejor que podía hacer era dejar de pensar en sí misma y salir a cubierta; se sometió a la vejación de un enema de agua jabonosa que le administró la camarera Glebe so pretexto de que era un remedio infalible contra el mareo; en los momentos de mayor malestar, se quedaba dormida, o traspuesta, mejor dicho, y tuvo pesadillas horribles. Sin embargo, aunque por una parte pensaba que iba a morir sin remedio, por otra se deleitaba imaginándose con esperanza lo que haría cuando el barco llegase por fin a puerto. Animada ahora por la manzana y el *ginger ale*, se entregó a tan halagüeñas especulaciones.

Seguro que se lo pasaría bien en Inglaterra. Nunca había pensado mucho en Gran Bretaña ni se había informado especialmente sobre el viejo país, pero desde el momento en que supo que iría allí, le vino a la memoria todo lo que había oído alguna vez sobre Londres (y unos cuantos datos que ni siquiera recordaba haber oído) y con ello se había formado una idea que la convirtió, al menos en su ambiente, en una autoridad en la materia. Inglaterra sería pintoresca y sus habitantes, extremadamente educados (aunque no tan emprendedores y avanzados como los canadienses) y sinceros y pintorescos también. Los más pintorescos serían los *cockneys*, sobre todo por su ingenio, por su gran independencia y su valentía. Seguro que los domingos se pondrían trajes con muchos botones de perlas, como se veía en los folletos que mandaban las agencias de viajes británicas; habría soldados con uniformes espléndidos, como en los anuncios de *whisky*; probablemente, las personas con cargos oficiales llevarían peluca y seguro que, en general, tendrían costumbres pintorescas, como varezar las lindes, dar la vuelta a las tortas tirándolas al aire, chupar jamón y otras por el estilo, tal como se describen en la oficina británica de información; era de esperar que los niños hablasen como adultos; llovería casi siempre y se lo tomarían con enorme buen humor; el café sería horrible y se tomarían litros de té, y por doquier se notaría la cultura, el saber vivir y la típica moderación inglesa.

Así era el país que la transformaría. Estaba dispuesta a dejarse cambiar en muchos aspectos. La experiencia afectaría emocionalmente a la simple secretaria de la fábrica de pegamento (pues cada vez veía más claramente lo simple que había sido), la haría más profunda y madura y la convertiría en una diva internacional. Nunca olvidaría a su familia, seguro, ni, desde luego, se dedicaría a la vida disoluta, como habían hecho censurablemente algunas divas internacionales, pero se libraría de las cadenas de la congregación y de las costumbres sociales de Salterton. Monica Gall, la diva de fama internacional...

El nombre no acababa de convencerla, cuanto más lo repetía, menos apropiado le parecía, sobre todo el apellido. Era de origen irlandés, se lo había dicho su tía Ellen. ¿Sería mejor cambiárselo por Gallo? ¿Monique Gallo? Monique Gallo fue tomando cuerpo en su imaginación: sería distinguida y brillaría con una hermosa luz espiritual propia; sería elegante, pero sencilla en el trato, viviría exclusivamente por y para el arte, pero sería asidua de los mejores ambientes europeos. Monique Gallo vestida de Norma recibiendo la ovación de un público numeroso, delante del telón de un gran teatro de la ópera. Monique Gallo con vestido largo de terciopelo negro, animado solamente con unos pocos y refinados diamantes, haciendo una grácil reverencia al final de un recital, mientras su acompañante se enjugaba unas lágrimas de puro júbilo artístico. Monique Gallo triunfalmente escoltada a la luz de las antorchas por las calles de Praga, entre una multitud entusiasmada de estudiantes que le habían desenganchado los caballos del carruaje... ¿Cómo que caballos? ¿Cómo que carruaje? Ah, seguramente se debiera a una escasez pasajera de gasolina... Monique Gallo, que cantaba todos los estilos de música con intachable comprensión y terminaba su recital con alguna balada dulce y sencilla que empañaba los ojos a todo el público. Monique Gallo hablando con jóvenes (nada que ver con los capataces de la fábrica de pegamento) y diciéndoles que solo podía vivir para el arte... actitud que, a pesar de destrozarles el corazón, acrecentaba el amor que le profesaban.

Media hora después de terminar la manzana y la bebida, las imágenes empezaron a desvaírse. Ya no era Monique Gallo, sino la simple Monica Gall quien meditaba sobre las simples palabras que le dijo Humphrey Cobbler la última vez que se vieron: «Hay posibilidades de que tu voz sea mejor que muchas otras, solo se sabrá con la práctica; esto del asunto Bridgetower ha sido la lotería». Bueno, se arriesgaría. Siempre podría volver a casa y buscar empleo.

El *Duchess of Richmond* trepaba a mayores alturas, se estremecía más pavorosamente y caía en espiral a abismos más profundos. Monica se quedó helada, la cubrió un sudor frío y vomitó estrepitosamente en el ruidoso recipiente... Y otra vez... Y (¡ay, Dios!) otra más.

—¿La señorita Gall de Canadá? Vengo de parte de Jodrell y Stanhope. Tenga, mi tarjeta: Frederick Boykin. Voy a ocuparme de su equipaje. ¿Ha tenido buen viaje? Eso espero, aunque esta época del año suele ser un poco turbulenta. Sí, el tiempo está ligeramente brumoso, pero es normal en Londres, sí. ¡Ay, no, no! ¡Vaya! Esto no es la auténtica niebla londinense, sino solo un poco de bruma. ¡Taxi! Sí, tres maletas y un baúl. Bueno, ponga usted dos maletas en la baca, ¿no? Suba al coche, señorita Gall, me ocupo yo de esto... Bueno, ya está. No soportan los baúles, no sé por qué; cobran un buen suplemento por ellos. Bien, tengo instrucciones de llevarla a Marylebone Road, al Three Arts Club, de señoritas, muy respetable, y mañana irá a ver al señor Andrews. Es una lástima que no se pueda ver más por la ventanilla. Supongo que habrá visto una buena parte de Inglaterra desde el tren del puerto, ¿no? ¿Ha llovido durante todo el trayecto? ¿Pero ya se lo esperaba, dice usted? Bueno, claro, le parecerá raro, viniendo de la nieve y todo eso... ¿El olor? La verdad es que no noto nada. Bueno, un poco de humo, tal vez, pero es por la neblina, que no lo deja ascender... Ya hemos llegado; entre usted, me ocupo yo de todo esto. La están esperando.

Y así, un cuarto de hora después de llegar a Londres, Monica se encontró en una habitación muy pequeña y sin nada que hacer. No le disgustaba el señor Boykin; era fornido sin llegar a gordo, animoso como el típico *cockney* y sabía lo que hacía. La secretaria del club no le gustó tanto; era una mujer muy competente que la había recibido de una forma digna e impersonal que Monica no había visto nunca y que le pareció gélida. ¿Y qué debía hacer ahora?

Leer. A título de material intelectual para el viaje se había pertrechado con un ejemplar de *Guerra y paz* en un solo volumen gordo, que tenía mapas de la campaña rusa de Napoleón y una introducción informativa de un crítico famoso. En circunstancias normales, ni se le habría ocurrido llevarse semejante tocho culto, pero le pareció apropiado para la nueva vida que iba a empezar. Se lo había aconsejado su tía Ellen, porque su difunto prometido la consideraba la mejor novela de todos los tiempos. Su lectura solo podía dar lugar a la adquisición de un acervo cultural para toda la vida. Durante la travesía, el mareo constante se había interpuesto entre Tolstói y ella y en total solo había leído cuatro páginas sin entender gran cosa. Ahora se pondría a leer en serio.

Muchos viajeros han descubierto que el libro que les parece completamente apropiado en un país resulta pesadísimo en otro; las oficinas de objetos perdidos de los aeropuertos del mundo están atestadas de libros que viajan mal. No había leído ni diez minutos cuando Monica se dio cuenta de que la fiesta de Anna Pavlovna Scherer no era precisamente lo que necesitaba en ese momento (por muy culturalmente enriquecedora que fuera); se encontraba en la mayor ciudad del mundo y no quería perder el tiempo en una habitación pequeña, mal iluminada y que olía raro, leyendo

las aventuras de unos personajes que ni siquiera sabían su propio nombre. Se iría a dar un paseo.

En el vestíbulo se encontró con la digna secretaria, que aprovechó para advertirle que no se alejara mucho ni se perdiera y que, en tal caso, pidiera ayuda a un policía. Fue decepcionante, como también el olor de Marylebone Road, que era igual que el de su habitación, pero más intenso y húmedo.

Era un olor acre y pegajoso, impregnado de humedad, por supuesto, y cargado de humo de hulla, pero no era constante. A veces, el tufo de carbón era tan fuerte que se atragantaba un poco; al cabo de pocos metros cambió: un olor a colchones mojados le recordó un incendio que se había declarado una vez en un almacén de lana de Salterton; no era desagradable del todo, al contrario, fue como una caricia amiga, casi familiar, como si ya lo conociera de una época anterior de su vida y lo hubiera reencontrado. Sin embargo, a pesar de la engañosa familiaridad, ese olor fue la cosa más extraña con la que se encontró en Marylebone Road, calle que, por lo demás, no era tan diferente de Toronto.

Baker Street. ¿Había oído alguna vez algo de esa calle? No recordó nada, pero le sonaba. Le gustaban los nombres de las calles: Nottingham, Devonshire, Harley... ¿no sabía algo de Harley Street? ¡Qué curioso! Parecía que estuviera en un sueño o en una vida anterior en la que las cosas significaban algo, pero no se sabía qué.

Le habían advertido que no se alejara mucho y, a medida que la luz mermaba, parecía que la niebla se espesaba. Volvió al club sin dificultad, prestando atención por el camino a las extrañas voces que se oían... algunas muy ásperas y casi incomprensibles. Cuando pasó por delante de la puerta del despacho, la secretaria sonrió de una forma profesional, sin intención.

El olor del interior era más concentrado y un poco más cálido que antes, con más ambiente de comedor. Se tumbó en la cama hasta que sonó el gong que anunciaba la cena; pensó en Monique Gallo, que se encontraría como en casa en Londres y en todas las capitales del mundo.

El comedor del club, situado en el sótano, la asustó. No era muy grande, pero la alarmó la cantidad de chicas de mundo que había, y todas parecían estar en su salsa. En presencia de esas muchachas, con sus voces tan inglesas y seguras de sí mismas (que se entendían perfectamente y, sin embargo, precisamente por eso, el tono y la entonación resultaban más extranjeros e insólitos), tuvo miedo por primera vez desde que salió de su país. Sin embargo, la eficiente secretaria acudió en su ayuda.

—Señorita Stamper —dijo a una joven que ocupaba ella sola una mesa para dos—, le presento a la señorita Gall, de Canadá. Seguro que descubren que tienen muchas cosas en común.

La primera impresión que le causó la señorita Stamper fue que iba sucia. Tenía el pelo mate y el cutis, como lleno de porquería por debajo de la piel; los dedos eran gordos, cortos y muy oscuros; en cambio, su cara redondeada resultaba cordial.

—¿Por qué creerá que tenemos mucho en común? —dijo—. ¿También eres nueva aquí?

Terminada la sopa aguada, cuando empezaron a dar cuenta de un grasiento plato de cordero, ya se entendían perfectamente. Peggy Stamper era de Norwich y había ido a Londres a estudiar escultura. Había trabajado mucho con arcilla, cosa que justificaba e incluso excusaba la porquería que llevaba pegada. Todavía no había cumplido los diecinueve años, y en eso Monica la aventajaba, pero era inglesa y, por tanto, estaba mejor preparada para afrontar el ambiente predominantemente nacional del club. Según ella, el club era para jóvenes estudiantes de arte residentes en Londres, pero en realidad era una pensión barata para chicas que habían abandonado sus inclinaciones artísticas o que en realidad eran simples aficionadas y siempre habían vivido de otro trabajo. Ella estaba allí porque a una tía suya, que le sufragaba parte de los estudios, le parecía un lugar adecuado, pero tenía intención de cambiarse en cuanto pudiera.

Mientras comían un budín desconocido para Monica, que al parecer se llamaba «perro de manchas», habló de sí misma con su compañera, pero, para su sorpresa, se dio cuenta de que omitía algunos detalles: Peggy se enteró de muchas cosas de Monica, pero no llegó a saber nada de una fábrica de pegamento... solo que antes trabajaba en una oficina; tampoco oyó hablar del pastor Beamis ni de la congregación del Decimotercer Apóstol... solo de cierta experiencia general de cantante en la radio; en cuanto al fideicomiso Bridgetower, dijo que era el promotor de un gran concurso de selección de jóvenes con dotes artísticas, en el que la personalidad más importante era *sir* Benedict Domdaniel. No dijo una palabra con intención de engañar, pero en aquel comedor, donde podía oírlas cualquiera de las voces inglesas que lo llenaban, la verdad adquirió un aspecto diferente.

Tanto es así que, cuando Monica se fue a la cama, se asombró al recordar que todo lo que le había contado a Peggy era cierto, aunque, impulsada por un profundo instinto de cautela, lo había presentado de otra forma. ¿Era por culpa de Peggy? No, había sido muy amable con ella, aunque de una forma a la que no estaba acostumbrada... como dispuesta a escuchar de buen grado cualquier cosa que le contaran, pero sin intención de aprender nada nuevo, sin verdadero interés, tal vez. ¿Sería que en Inglaterra, por algún motivo, nunca se hablaba de la verdad verdadera ni se hacían auténticas revelaciones? ¿Tan grande era la línea que había trazado la horrible semana en el Atlántico entre el pasado y ella? Estuvo inquieta y confusa hasta que se durmió.

El señor Miles Peter Andrews era el joven caballero más elegante que Monica hubiera conocido jamás en carne y hueso, y, sin embargo no lo habría llamado moderno... nada que ver con Alex y Kevin, por supuesto. El alegre Frederick Boykin había ido a buscarla a Marylebone Road y la había llevado en taxi a Fetter Lane, cerca de Plough Court, donde se encontraba el bufete de Jodrell y Stanhope. Ahora estaba en el pequeño despacho privado del socio joven, quien la miraba con una expresión de cansancio y profesionalidad que parecía adivinarle los pensamientos.

Lo cierto es que el señor Andrews no sabía absolutamente nada de ella y solo pretendía orientarse. Era la joven canadiense que ponía a cargo de su bufete un tal... ¿cómo era? ¡Ah! Un bufete canadiense llamado Snelgrove, Martin y Fitzalan, de un lugar llamado Salterton. Los albaceas del fideicomiso Bridgetower se habrían quedado asombrados si hubieran adivinado lo poquísimo que sabía el señor Andrews de todo lo relacionado con su protegida. El señor Snelgrove, a quien se habían confiado todos los trámites, había hablado pomposamente de «nuestros homólogos en Londres: un bufete antiguo y de confianza», como si Jodrell y Stanhope estuvieran en contacto con él prácticamente a diario. Es posible que, en sentido amplio y general, el señor Snelgrove así lo creyera. Sin embargo, lo cierto era que Jodrell y Stanhope solo habían hecho alguna gestión en Londres en nombre de Snelgrove, Martin y Fitzalan en una ocasión, hacía ya muchos años, cuando Miles Peter Andrews estaba en Marlborough. Le habían encargado que se ocupase de Monica porque, siendo el socio más joven, le correspondían los casos raros, y tal vez también porque su mujer tenía por la música la afición moderada propia de las señoras bien educadas. El señor Andrews se acarició el hermoso bigote y parpadeó mirando a Monica con lástima.

—¿Es la primera vez que viene a Londres, señorita... ¡ah! Señorita Gall?

—Sí, señor. Desembarcamos en Liverpool ayer por la tarde.

Pensándolo bien, fue una lástima que Monica lo llamara «señor», aunque fuera con la mejor intención; le parecía que debía ser educada y el señor Andrews venía a ser para ella, más o menos, lo mismo que el jefe de la fábrica de pegamento cuando trabajaba allí: un hombre poderoso que está al otro lado de la mesa. Sin embargo, para el oído inglés del señor Andrews, esa palabra significaba una inmensidad de cosas... mentiras tal vez, pero una inmensidad a fin de cuentas. Bajó sus bonitos ojos a la carpeta que había dejado en la mesa el señor Boykin. No contenía gran cosa, pero una carta de un tal Matthew Snelgrove estipulaba con toda claridad que la señorita Monica Gall era beneficiada de un fideicomiso con poderes para pagar su educación musical. A pesar de la supuesta familiaridad en la relación con Jodrell y Stanhope, al señor Snelgrove no le pareció necesario decir que los fondos para financiar el proyecto ascendían a los intereses anuales de un millón de dólares canadienses. Por

ese motivo, cuando ella lo llamó «señor», él sacó sus propias conclusiones, así como de la forma de vestir de la joven, que sabía que no era ni cara ni elegante. Cuando volvió a hablar, lo hizo marcando una gran distancia, aunque con amabilidad.

—Bien, señorita Gall —dijo—, debemos procurar que esté lo más a gusto posible, ¿no es eso? El señor Boykin, nuestro secretario principal, le ha buscado acomodo en un lugar muy bueno... con una tal señora Merry, en Courtfield Gardens. La señora sabe que usted estudia música y tengo entendido que ha tomado medidas por el ruido que pueda hacer usted. Bien, en cuanto al dinero, hemos recibido poderes para pagar sus cuotas de enseñanza y todos los gastos importantes; puede remitírnoslas sin necesidad de mencionar su nombre expresamente. Por otra parte, necesitará dinero para gastos cotidianos. ¿Cuánto cree que podrá necesitar? Mensualmente, digamos.

—Ah... no sé, no tengo la menor idea —dijo Monica—. No sé cuánto puede costar la vida aquí. Todavía no conozco bien el dinero inglés. ¿Qué le parece a usted?

—Supongo que no tardará mucho en conocer a otros estudiantes, y, por lo general, los de música no nadan en la abundancia precisamente. No querrá usted sobresalir por encima ni por debajo de la media, me imagino. ¿Qué le parecen cinco libras a la semana? ¿O veinticinco al mes? Eso serían cien al año, claro; no está nada mal, teniendo en cuenta que los grandes gastos estarán pagados.

A Monica, que no sabía nada de gastos, le pareció bien, y también el señor Andrews lo consideró suficiente para una chica que le llamaba «señor».

—Bien, en cuanto a sus estudios —prosiguió—, veo que todo estará en manos de *sir* Benedict Domdaniel. Él le dirá lo que debe hacer y nosotros pagaremos los honorarios. Veo aquí que Boykin ha escrito hoy a *sir* Benedict para comunicarle la llegada de usted; seguro que enseguida tendrá noticias suyas. Bien, entonces, no nos queda nada por hablar, ¿no es eso? Salvo, naturalmente, que si precisa usted ayuda o cualquier otra cosa, no dude en ponerse en contacto con nosotros. Me ausento a menudo, de modo que es mejor que pregunte por Boykin.

El señor Andrews se levantó en toda su impresionante estatura y apagó la debilísima lucecita de afabilidad que hasta el momento iluminaba sus grandes ojos azules. El señor Boykin acompañó a Monica hasta la calle y le dijo que se ocuparía de su traslado a Courtfield Gardens esa misma tarde.

—Le van a hacer falta unas cuantas cosillas, ¿no? —dijo el señor Boykin.

Estaba sentado en el baúl de Monica (que acababan de subir a rastras por los tres pisos entre el remiso taxista y él) contemplando la estancia y recuperando el aliento.

—El anuncio decía «semiamueblado» —dijo la señora Merry. No es que estuviera a la defensiva, pero había algo en su voz que insinuaba que lo haría a la menor señal de hostilidad—. Naturalmente, suponía que la joven desearía tener sus propios muebles consigo. Tampoco se me dijo en ningún momento que procediese de los Dominios.

Con esa frase, la señora Merry daba a entender que, según su punto de vista, si un inquilino procedía de los Dominios, procuraría ocultarlo el mayor tiempo posible.

Sin duda, Monica necesitaría algunas cosas. No había ni alfombras ni cortinas en sus habitaciones. El único mobiliario del dormitorio consistía en una cama individual, un aguamanil con una jarra muy grande y una palangana y un pequeño armario ropero de estilo *art nouveau* con un trocito de espejo incrustado en la puerta. En la salita había un sofá cama, incómodo para sentarse y más incómodo aún para dormir, un *pouffe* muy grande y tristón, cubierto con una funda de cretona mugrienta, y un objeto pequeño, sucio y requemado que tal vez en algún momento hubiera podido llamarse «práctica mesilla auxiliar de fumador». Y nada más.

Las habitaciones eran pequeñas, con las paredes llenas de marcas y rozaduras de muchos inquilinos. Cubriendo las ventanas, a medio metro de los cristales, cruzaba la fachada de la casa una celosía decorativa, como una cerca de estacas bulbosas, que permitía mirar al cielo pero dificultaba mucho la vista de la calle.

—Las instalaciones permiten hacer un poco de vida doméstica, como puede ver —dijo la señora Merry al tiempo que abría la puerta de un armario pequeño en el que había un infiernillo de gas viejo y roñoso y algunos estantes. Les reveló semejante maravilla como si corroborase con ello la idoneidad del alojamiento—. ¿Y cuándo llegará el piano?

—Lo encargaré tan pronto como *sir* Benedict dé la orden —dijo el señor Boykin. La señora Merry se ablandó un poco al ensalmo del título.

—Tendrá usted que responsabilizarse de cualquier daño que pueda resultar de subir el instrumento —le dijo, y añadió en dirección a Monica—: Aquí arriba podrá hacer todo el ruido que quiera; durante el día no hay nadie en este piso y abajo, pocas veces.

—Será estupendo —dijo Monica, completamente desconcertada con la señora Merry y deseosa de aplacarla.

Si lo que quería la señora Merry era que hiciese ruido, lo haría; ¡faltaría más!

—Bien, la dejo aquí —dijo el señor Boykin—. Cualquier cosa que necesite, deme un telefonazo.

—Bueno, ¿qué hay de los muebles? —dijo Monica—. ¿Los compro yo y le

mando la factura o cómo?

El señor Boykin no lo tenía previsto; había dado por supuesto que los compraría Monica por su cuenta.

—Tengo que consultárselo al señor Andrews —dijo—. No haga nada hasta que me ponga en contacto con usted.

—¿Y qué hay de *sir* Benedict?

—Todo llegará; usted espere a que nos pongamos en contacto de nuevo.

—Sí... ¿y el dinero? ¿De dónde saco yo dinero para vivir?

—¿No tiene nada a mano?

—Muy poco.

Lo cierto era que tenía veinte libras en billetes de cinco que no quería tocar. Lo consideraba un seguro por si se torcía algo con el fideicomiso Bridgetower. Era joven, pero no hacía tonterías con el dinero.

—Pues todavía no me han dado instrucciones de ninguna clase, pero no se preocupe. Lo arreglaré todo en cuanto pueda hablar con el señor Andrews. Que tenga usted un próspero Año Nuevo, señorita Gall.

El señor Boykin se marchó pensando que la abogacía sería la mejor profesión del mundo si no fuera por esas necesidades raras y de poca importancia que surgían cuando se trataba con la gente; siempre querían cosas que, para una mentalidad jurídica, eran superfluas y quedaban fatal en los extractos de cuentas. De todos modos, la muchacha necesitaba muebles y hacía bien en comprárselos ella. Esa jovencita tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—¿Cómo funciona la calefacción? —preguntó Monica cuando el señor Boykin se hubo ido.

—La estufa de gas y el hornillo funcionan con el contador que hay encima de la puerta —dijo la señora Merry—. Le aconsejo que tenga siempre una reserva de chelines sueltos a mano; no venga a pedírmelos a mí, porque, sencillamente, no puedo ocuparme de tener cambio para todos los inquilinos. Me he visto obligada a imponer esa regla —dijo en tono de reproche, y dejó sola a Monica en todo su esplendor.

En efecto, para ella era esplendoroso, pues nunca había tenido habitación propia ni había vivido en una casa tan imponente. El establecimiento de la señora Merry se encontraba en South Kensington, era una casa adosada de estilo italiano, con un vestíbulo impresionante y una elegante escalinata. Era cierto que las habitaciones de Monica ocupaban lo que antaño era el piso de la servidumbre y que no tenían los techos altos y con molduras ornamentales de yeso como los apartamentos más bajos; cierto también que la estufa de gas era un cachivache ruidoso y poco adecuado y que el contador, situado en un sitio tan incómodo, pedía chelines con una frecuencia apabullante; cierto, asimismo, que el viaje hasta el cuarto de baño del piso inferior se hacía muy largo y que el aguamanil solo servía de adorno. No obstante, era su espacio y no tenía que compartirlo con Alice ni con nadie, y eso le daba esperanzas. Se dispuso a esperar noticias del señor Boykin.

La primera semana de espera mató el tiempo conociendo el barrio londinense en el que se encontraba. Paseó por Kensington Gardens y por Hyde Park. El Albert Memorial, con el que topó por sorpresa, le pareció hermosísimo, y la fachada del Albert Hall, espléndida. Recorrió el Museo de Historia Natural y el Victoria and Albert y se dijo que tenían un inmenso valor instructivo. Encontró Cheyne Walk y llegó al río. En Harrods llegaron a conocerla tanto que los vigilantes empezaron a no perderla de vista. Mientras estaba fuera, conociendo los alrededores, era fácil mantenerse animosa.

Sin embargo, cuando se encerraba en las habitaciones de Courtfield Gardens, la cosa cambiaba radicalmente. La señora Merry no era una alegre *cockney* ni nada de lo que Monica tuviera alguna referencia. Parecía bastante distinguida por su refinada manera de hablar, pues convertía todas las vocales en diptongos, y tenía una actitud de sufrimiento afrontado con entereza que a Monica le parecía muy distinguida. Si la señora Merry la hubiera animado un poquito, habría confiado totalmente en ella y le habría pedido consejo, pero la casera guardaba las distancias con sus inquilinos levantando una barrera de desdén perfectamente dosificado y particularmente frío con Monica. Y así, la muchacha pasaba las noches sola, sentada en el sofá cama hasta que no podía más y acostándose cuando se hartaba. Los primeros días intentó avanzar en la lectura de *Guerra y paz*, pero la deprimía y, a medida que pasaba el tiempo, empezó a tener la sensación de inutilidad que suele acometer a las personas sensibles que se ven rechazadas por un clásico. Leyó revistas y periódicos. Por lo visto, en Londres había muchos casos de violación.

Lo que más la preocupaba eran las comidas. ¿Dónde podía comer? Había muchos sitios que preparaban comida, eso sí, pero no le gustaban. Eran cuchitriles horribles, pequeños y sucios que prácticamente solo servían salchichas y col hervida. Los

restaurantes extranjeros la alarmaban porque no conocía los nombres de los platos ni la incomprensible letra morada con que los escribían y, además, era todo demasiado caro para disfrutarlo. En Chelsea había cafeterías, pero parecían terreno exclusivo de jóvenes que vestían de forma rara y tenía la impresión de estorbar y estar de sobra; de todos modos, la comida que ofrecían tampoco era gran cosa. Había también restaurantes a cargo de señoras muy refinadas que, como la señora Merry, transmitían una actitud dignísima de sufrimiento; eran ambientes extremadamente pintorescos y personales, con abundancia de jarras Toby, las que tienen forma de cabeza o de personaje conocido, y calentadores de cama, pero los platos eran asombrosamente escasos para el precio que cobraban. Y nada de lo que veía le apetecía. Unos días después, terminó por hacer la comida fuerte del día en Kardomah, en Brompton Road, a la hora del té, con predominio de pan y pastelitos.

En su habitación no podía cocinar nada porque no tenía cacharros... ni siquiera un hervidor de agua. Era una desagradable experiencia nueva tener que ir a un establecimiento público y elegir hasta el último bocado de lo que comiera, y enseguida empezó a temerlo. Intentó localizar a Peggy Stamper en el Three Arts Club, pero se había ido sin dejar dirección.

Al final de la segunda semana se resfrió y apenas podía reprimir el pánico por la cuestión del dinero. No sabía una palabra del señor Boykin. A partir del décimo día, todas las mañanas se proponía llamarlo por teléfono o ir a buscarlo a Plough Court, pero no lo hacía; sabía que en el fondo le daba miedo. Al fin y al cabo, ¿qué garantía tenía de que Jodrell y Stanhope harían algo por ella? Quizá hubiera habido algún cambio de situación en Canadá, quizá el fideicomiso Bridgetower se hubiera arruinado o hubiera cambiado de opinión; quizá, debido a algún embrollo entre dólares y libras esterlinas (de los que había oído hablar vagamente) hubiera sido imposible mandar dinero a Inglaterra para su manutención; o quizá, y entonces fue cuando el resfriado empeoró, se hubieran olvidado de ella o hubieran pensado que en realidad no les servía y, aunque fuese a verlos, negarían toda relación con ella.

Entre tanto, iba menguando de forma alarmante la reserva de veinte libras. Comer era carísimo y, para economizar, llevaba bolsas de alimentos a sus habitaciones y se los comía allí. Sin embargo, la dieta de manzanas y bollos no la aliviaba. El resfriado (febril y sañado, a pesar de la cantidad de chelines que desaparecían por las fauces del contador de gas), la cruda humedad del invierno londinense y el olor particular de la metrópoli le robaban la energía. Empezó a llorar por las noches. Entonces, a mediados de la tercera semana se lo prohibió, porque si se permitía perder el mínimo valor, caía en un abismo de soledad tan inmenso que no podía dormir, sino que pasaba las horas tumbada en la cama, temblando, con la mirada perdida en la oscuridad. El encanto de tener su propio espacio desapareció sin dejar rastro y sus dos habitaciones resonaban lóbregamente.

No rezaba, porque, igual que *Guerra y paz*, la religión del Decimotercer Apóstol había perdido la magia al cruzar el océano. Esa fe, descarnada y estrecha de miras, no

casaba con ninguna de las circunstancias en las que se encontraba; en esa tierra extraña nunca oyó una voz que recordara a la certidumbre agresiva del pastor Beamis.

Sin embargo, seguía escribiendo a su familia una vez a la semana, aunque no contaba nada de sus penas y temores. Decía que estaba esperando el comienzo de las clases y que, entre tanto, se dedicaba a ver un poco la ciudad.

¿De qué iba a servir contarles sus cuitas? ¿Qué podían hacer ellos? Además, ¿no dirían que eso era justo lo que pensaban que iba a pasarle? ¿Acaso no habían expresado hasta el último momento sus dudas respecto a la gran aventura y lo único que les había impedido despreciarla tajantemente había sido el respeto al dinero fácil que caía de la nada? Ahora estaba apartada de esa religión y de su familia. Pasara lo que pasase, tendría que afrontarlo sola.

Si a finales de esa semana no había novedades, buscaría un empleo. Tendría que ser fregando platos o algo parecido; tan fuerte era el sentimiento de marginación que tenía en esos momentos que ni siquiera pensó en buscar un trabajo de secretaria como el que hacía antes. Con el tiempo, al cabo de dos o tres años, tal vez lograra ahorrar lo suficiente para volver a casa, si no sucedía nada peor. Monica Gall, la engañada por el perverso fideicomiso Bridgetower... ¡la que había tenido el valor de creer que podía ser cantante!

El resfriado empeoró muchísimo y le salió una llaga horrible en el labio superior.

El martes de la cuarta semana la señora Merry alzó la voz refinadamente desde abajo y le dijo que la llamaban al teléfono. Era el señor Boykin.

—Bueno, señorita Gall, ¿qué tal van las cosas? —le dijo—. No habrá creído que nos habíamos olvidado de usted, ¿eh? ¡Ja, ja! Es que las respuestas de Canadá tardan en llegar. Pero ahora podemos seguir adelante con los muebles que le faltan y el señor Andrews dice que la acompañe a las tiendas de segunda mano de King's Road, a ver qué encontramos. ¿Le parece bien esta tarde? ¿Seguro que no tiene nada mejor en que ocuparse? Muy bien, tal vez podría hacer usted una lista orientativa de lo que necesita. ¡Ah! Y *sir* Benedict ya ha vuelto de Manchester y dice que mandemos el piano inmediatamente, porque le hará falta a usted. Puede verla el viernes que viene, a las tres y media, si no tiene usted otra cosa a esa hora. Vive en Westminster, en Dean's Yard. Le aconsejo que sea muy puntual, porque ha cancelado la visita de otra persona para recibirla a usted. Bien, hasta esta tarde.

—¿Por qué quieres ser cantante? —preguntó *sir* Benedict.

Monica se sonrojó y se llevó el pañuelo a la llaga que le había dejado el resfriado en el labio superior.

—Lamento hacerle perder el tiempo de esta forma —dijo ella—, pero tengo un resfriado tan fuerte que casi no puedo hablar. Lo siento muchísimo.

—¡Ah! No me refería a eso. Ya veo que estás pachucha; solo quería volver a oírte la voz. Lo que quiero decir es: ¿a qué viene todo esto? Has venido aquí porque unas personas de Canadá están dispuestas a gastar una fortuna en tu educación. ¿Es que tienes algo especial? ¿Por qué quieres cantar?

—Quiero ser artista.

—¿Por qué?

—Pues... porque es bonito.

—¿Por qué?

—Porque... porque te hace buena persona y se puede ayudar a los demás.

—¿En qué?

—Pues, dándoles buena música. Es como... enriquecerles la vida, y así ellos también serán mejores.

—¿Por qué quieres hacer eso?

—Para eso estamos aquí, ¿no?

—No lo sé, la verdad. ¿Lo sabes tú?

—Bueno, para eso sirve el arte, ¿no? Para hacer que la gente sea mejor. Es decir, si damos arte y el arte eleva y entonces se ven las cosas de otra forma y... bueno, es como si pudiéramos...

—No quiero hablar por ti, pero tal vez la palabra que buscas es «refinarlos».

—Sí, eso es.

—¿A ti te ha enriquecido y refinado?

—No lo sé.

—¿No estás segura?

—Todavía no lo hago muy bien.

—Pero ¿crees que lo harás bien si recibes instrucción?

—Sí. Es decir... bueno, sí.

—¿Por qué?

—Espero valer para cantar.

—¿Es que no lo sabes?

—No es cosa que pueda uno decir de sí mismo tan fácilmente.

—¿Por qué?

—Bueno... sería como darse uno mucha importancia.

—¿Y por qué no ibas a dártela?

—Porque no está bien.

—Es decir, que has viajado cinco mil kilómetros a costa de esos paisanos tuyos para estudiar canto bajo mi supervisión ¿y todavía te parece una falta de delicadeza decirme a mí, nada menos, que vales para cantar?

—Eso debe decirlo usted, en realidad, ¿no es así?

—En parte, pero también deberías saberlo tú.

—De acuerdo, en ese caso, creo que sí, que valgo para cantar. Y lo que más deseo en el mundo es cantar.

—Eso está mejor, aunque no sé si a los cincuenta años seguirás pensando lo mismo. Has de saber que es una vida de perros, incluso si las cosas funcionan bien. ¡Vaya! Ahora me has hecho decir una bobada, ya ves. No hay veterano que no diga a los bisoños que la vida de cantante es de perros. Pero no es verdad del todo. Si eres músico, la música lo llena todo, la vida real no existe fuera de ella. Bien, presta atención. No estaba agobiándote por gusto, solo quiero saber qué intenciones tienes. En estos momentos, lo único que sé es que tienes una vocecita bonita... como tantos centenares de personas. Lo que no sabemos es lo que se puede conseguir educándola. Sin embargo, si de verdad no sabes lo que tienes, creo que no conseguirás gran cosa. Lo único que está claro en este momento es que te parece que puedes valer para cantar y que te cohíbe reconocerlo; que quieres cantar en beneficio de la humanidad en general, por elevarla un poco por encima del lodo de la depravación total en la que Dios la ha sumido. ¿Y qué esperas de la música para ti misma?

—No lo he pensado mucho.

—¡Mentirosilla! Ahora, respóndeme con sinceridad: ¿no te has imaginado nunca como una gran cantante, aclamada y cortejada, rica y famosa... y seguramente rodeada de hombres atractivos que hacen lo imposible por meterse en tu cama?

Monica se ruborizó hasta las orejas y no dijo nada. En ninguna de sus ensoñaciones había habido nada de camas.

—¡Ahí lo tienes! He acertado. En el fondo, cantar te parece una forma de adquirir poder, y te aseguro que ese fondo tuyo tiene más sentido común que la lengüecilla locuaz con la que hablas. Es cierto, chiquilla: cantar es una forma de ganar poder... de diferentes clases. Se puede cantar para atraer sexualmente: no tiene nada de malo, es de lo más natural; no hay hombre auténtico que se resista a la mujer del maullido de oro, y toda mujer auténtica desea arrojar sobre el gallo tenor o el rugiente bajo. Todo forma parte del gran plan de la naturaleza. Sin embargo, el grito sexual también es una trampa. A los cincuenta años, el maullido de oro es una broma de mal gusto. ¿Y entonces, qué? ¿La enseñanza? Si no se es maestra nata (y pocas gatas lo son), es una vida de perros; la mayoría de los alumnos son imbéciles. ¿Lo que quieres... bueno, cuando hayas aprendido... es disfrutar de unos veinticinco años de esa clase de gloria? Porque has de saber que es la gloria, la auténtica gloria.

—No lo había pensado así.

—¿No te parece suficientemente refinado? Bueno, existe otra forma de cantar. La técnica es la misma, pero el fin es otro. Depende de lo que se tenga en la cabeza y en

la imaginación; es el estilo del bardo, que consiste en dar a conocer la vida que hay en la gran música y en la gran poesía. La voz se utiliza para deleitar, que era la utilidad antigua de la música, ya sabe: expresar la belleza y el gozo que descubrimos en la vida. Pero después vinieron los románticos y lo pusieron todo patas arriba; convirtieron la música en una forma de provocar emociones jamás sentidas hasta entonces. La música dejó de ser una forma de captar la esencia de la vida y para mucha gente se convirtió en la vida misma: el sustitutivo de un viaje por mar, de los éxtasis de la santidad, de ser violado por el rey de los caníbales o incluso de una hora con el psicoanalista o de un buen movimiento de tripas. Y surgió toda una clase de gente que se tenía por amante de la música, pero que en realidad era amante de las sensaciones. No es que me oponga radicalmente a los románticos... solo a los que creen que en música no puede haber otra cosa. Bien, en resumen, existen dos clases de canto. La cantante sexual es, en la práctica, superior en todos los aspectos, de la misma forma que un torrente es necesariamente una fuerza superior a la más bella de las fuentes: cuando canta ella, es una hechicera portentosa y la música no es más que la escoba en la que vuela. Con la cantante osiánica, la música es lo más importante; ella queda en segundo lugar, muy por detrás. Bien, ¿cuál de las dos te gusta más?

—¡Ah! La segunda, desde luego. La de los bardos.

—Si lo dices de verdad, pierdes mucho a mis ojos. Es mejor empezar pensando en la meta más alta y dejarse la piel por llegar a ser uno de los grandes torbellinos sexuales, adorados y seductores; insufla más vitalidad verdadera y más iniciativa propia. De todos modos, todavía no confío en que sepas lo que quieres. Pones demasiado empeño en complacer a los demás... no a mí, sino a tu familia, a tus maestros y a esas personas... las del fideicomiso no sé cuántos, las que pagan tus gastos. Esas personas jamás querrán que tengas grandes ambiciones ni pasiones desgarradoras. Quieren que seas refinada, es decir, predecible, estable, controlada, que elijas siempre la porción más pequeña de la fuente, que jamás se te oiga tirarte un pedo, que seas buena perdedora... en resumen, te quieren muerta. Reconozco que el mundo no funcionaría bien sin sus legiones de muertos vivientes encantadores, refinados y desapasionados, pero en el arte no hay sitio para ellos. Por lo tanto, esperemos a ver lo que eres dentro de unos meses, cuando hayas trabajado un poco. De momento no eres más que una niña buena con muchísimo dinero para gastar en aprendizaje, conque: ¡manos a la obra!

—Entonces, ¿voy a estudiar con usted?

—Todavía no. Cuando averigüemos qué política gastas.

—¿Política?

—¿Eres apolítica?

—Bueno, mi padre es sindicalista, claro, por lo tanto, siempre vota a los conservadores; dice que es de quienes más partido pueden sacar los obreros.

—Lo siento, ha sido una broma de mal gusto por mi parte. Permíteme unas breves palabras sobre política y después tendremos que despedirnos. En el mundo entero

solo existen dos partidos políticos importantes: el de los que están a favor de la vida y el de los que están en contra. La mayoría es de uno u otro desde el nacimiento, aunque de vez en cuando hay quien se cambia de chaqueta. ¿Sabes algo de eros y tánatos? No; lo suponía, en realidad. Bien, yo soy del partido de eros, como la mayoría de los que son buenos en algo, en el arte o en cualquier otra cosa. Sin embargo, los partidarios de tánatos están por todas partes, son la oposición permanente. Los peores son los que se disfrazan de seguidores de eros; a veces se los descubre fácilmente, son charlatanes que pregonan que el fin del arte es elevar a la gente del lodo, refinada y enseñarla a usar pañolitos de encaje... castrarla, en suma. Es evidente que has tenido contacto con muchos criptotanatoístas de esa clase y probablemente te hayan educado a su manera. Sin embargo, existe una posibilidad de que pertenezcas al partido de eros; de vez en cuando asoma algo en ti que parece insinuarlo.

Sir Benedict se había puesto de pie y estaba guardando papeles en un maletín. Revolvió entre las cosas que tenía encima del piano hasta que encontró una caja con batutas, y también la guardó en el maletín.

—Te llamaré de vez en cuando para ver qué tal van las cosas y saber si ha empezado a manifestarse tu color político. La primera gran dificultad a la que nos enfrentamos es que, por lo visto, no sabes nada, más que leer música y tocar el piano. Te buscaré clases de idiomas. También es necesario sacar a la luz toda tu voz. Estás completamente amordazada vocal y espiritualmente. Voy a mandarte unos meses con el mejor preparador vocal de todo Londres: mi querido Murtagh. Por cierto, es un auténtico artista, conque procura observarlo bien. ¡Él te desamordazará! Empiezas con Murtagh Molloy el próximo lunes, sí.

CINCO

1

—Tiene talle de cantante —dijo el señor Molloy pellizcando la cintura a Monica de una forma inconfundiblemente profesional, pero también muy juguetona.

Le había tocado el diafragma con sus achaparrados dedos, manchados de nicotina, sin dejar de echar acres nubes de humo de cigarrillo. De pronto le agarró los brazos y se los puso alrededor de su cintura.

—Toque esto —le dijo, y Monica tocó el abdomen abultado y gomoso, que se movió de súbito, cohibiéndola—. Esto es lo que hay que hacer —dijo Murtagh Molloy; le guiñó un ojo y encendió otro cigarrillo.

Monica pensó que le iba a costar un poco acostumbrarse a eso. *Sir Benedict* había dicho que Molloy era el mejor preparador de cantantes de todo Londres y ella esperaba encontrarse con alguien parecido a él; un hombre desconcertante, tal vez, pero distinguido. ¿Acaso no había dicho Domdaniel que era un artista, un partidario de eros? Sin embargo, allí, en el segundo piso de una casa de Coram Square, lo que había era un irlandés rechoncho, calvo y cincuentón, que le hacía tocarle el estómago y que hablaba de cantar como si fuera lucha libre. Murtagh Molloy no se parecía en nada al demoníaco Francius de *El primer violín*.

—Ben quiere que le saque a usted todo lo que pueda —dijo el señor Molloy—, y lo haré porque es un viejo amigo mío. Pero, sinceramente, si no veo lo que tengo que ver, adiós, muy buenas. No pienso perder el tiempo con inútiles y, además, yo no enseño a cualquiera. Tiene usted que ser *simpatico*... ¿entiende «*simpatico*»? Quiere decir que tenemos que entendernos. Cuando era joven, trabajé con diez o doce maestros, incluso me dio clases Frangcon-Davies en sus últimos años. Y, por supuesto, trabajé una temporada con William Shakespeare... ¡Ah! Me ha parecido que se le abrían mucho los ojos. No me refiero al poeta, claro está, sino al profesor de canto, que murió... ¡uf, hará más de veinte años! Pero el mejor de todos fue Harry Plunket Greene. ¿Le suena? ¿No? Iba a menudo a Canadá. Trabajé muchos años con él, aunque no seguidos. Bueno, la cuestión es que yo era *simpatico* con todos ellos, por eso pudieron enseñarme y por eso pude yo aprender de ellos. Si se es *simpatico*, se saca mucho provecho sin demasiada palabrería; las palabras duras no duelen y las alabanzas no hinchan..., sino que fomentan la humildad. Bueno, a ver qué tal canta. ¿Qué tiene ahí?

—Un resfriado muy fuerte —dijo Monica disculpándose.

—Eso ya lo veo. Sin embargo, Plunket Greene decía que para cantar solo se necesitan dos cosas: un par de dientes y un suspiro. ¿Lo entiende? Algo con lo que poder articular y una pizca de aliento. ¿Qué es eso? *Good-Bye!*, de Tosti. Bien, nos sirve.

Monica se impuso a sus temores lo mejor que supo y cantó. Para su gran asombro, lo hizo bastante bien. Molloy la acompañó arropándola con una delicadeza que no se esperaba, a juzgar por su forma seca y brusca de hablar, pero aún le

aguardaba una sorpresa mayor.

—¿Me creería si le dijera que una vez oí tocar al viejo Tosti acompañando a Melba en esta misma canción? —dijo Molloy—. Fue hace muchísimo tiempo, pero lo recuerdo perfectamente. Voy a darle una idea.

Cantó él la canción. No se parecía a nada que Monica hubiera oído hasta entonces, pues, aunque el hombre no tenía una calidad excepcional, ni exageraba ni dramatizaba, a medida que cantaba, la voz se iba haciendo más conmovedora y reveladora, hasta que la canción la invadió y la poseyó como nunca desde la primera vez que la había oído. Siguiendo las indicaciones de tía Ellen, ella la cantaba con un fraseo cuidadoso de emoción creciente, hasta alcanzar un punto culminante satisfactorio, le gustaba pensar, en las últimas palabras de despedida. Sin embargo, Molloy la interpretó de una forma que no parecía planificada y el fraseo apenas se notaba, pero aun así, desde el principio transmitía un lamento conmovedor que era la emoción más fuerte que había oído jamás en música. «Cuando la entiendes de verdad es insoportablemente triste», le había dicho tía Ellen pensando en su difunto amor, y Monica se había esforzado por recrear esa tristeza también; a veces lo conseguía, hasta que el llanto que le constreñía la garganta le llevaba el escozor de las lágrimas a los ojos y le atascaba la nariz de una forma que destrozaba la canción. Pero así era el verdadero sentimiento, ¿no? Y en eso se fundaba la auténtica música, ¿verdad? Sin embargo, ahí estaba Murtagh Molloy, que parecía más frío que un carámbano, haciéndole sentir una tristeza que trascendía todo lo que pudiera relacionar con su tía Ellen y su querido maestro difunto. Era la tristeza de la separación de todos los enamorados del mundo entero, de todos los otoños desde el comienzo de los tiempos, de la muerte y de la dulzura de la muerte. Monica se conmovió, pero no hasta las lágrimas, sino hasta un gozo profundo y solemne. Así, pues, esa era la forma osiánica de cantar a la que se refería Domdaniel.

—La he sorprendido, ¿verdad? —Molloy la miraba fijamente. Guiñó un ojo y cogió la colilla del cigarrillo del final del teclado—. Nada más verme, pensó usted que yo no sabía cantar porque mi aspecto no lo indica. Bueno, he tenido que estudiar mucho y, mientras estudiaba, la belleza se me fue. Entonces... ¿qué le ha parecido mi versión, en comparación con la suya?

...

—¡Ah, no! ¡No se sonroje! No tenía que habérselo preguntado. Pero ha visto la diferencia, ¿verdad? Usted metió el cubo en un pozo poco hondo y yo, en uno muy hondo. No, no, no me refiero a la experiencia. No he tenido más que la mayoría de los hombres, pero sé cómo utilizar la mía y sé cómo llegar a ella. Usted ha cantado poniendo mucha atención en los pequeños efectos. Bien, ha estado bien. Sin embargo, yo he logrado un efecto intenso, porque le he dado el *muhd* adecuado.

Monica ya se había acostumbrado lo suficiente a la forma de hablar de Molly para saber que se refería al *mood*, al «tono emocional».

—El *muhd* lo es todo. En cuanto se coge, lo demás viene por sí solo, pero si no,

no se llega a buen cantante ni con todas las *fiorituri* y ejercicios de agilidad ni con todos los *legato* del mundo. El *muhd* es el fundamento de todo, y eso es lo que enseño a los principiantes, a los avanzados y a algunos que han salido al mundo y se han hecho famosos, pero que vuelven una y otra vez a repasar un poco o a resolver alguna dificultad especial. Y la clave siempre está en el *muhd*.

»Y eso es lo que le voy a enseñar. Trabajaremos cinco días a la semana, al menos la primera temporada. Según Ben, en su caso no hay problema de dinero, ¡gracias a Dios! Creo que nos entenderemos... *simpatico*. Y verá las maravillas que es capaz de hacer en cuanto entienda el *muhd*. Tanto es así que hasta produce cambios físicos. Sé que incluso ha solucionado casos tremendos de halitosis prácticamente de un día para otro, aunque usted no tiene ese problema. Sin embargo, está más rígida que unas botas nuevas y tiene un feo acento canadiense, como supongo que sabrá. El *muhd* hace desaparecer por completo hasta los acentos regionales.

Mientras Monica corría escaleras abajo hacia Coram Square, no se le ocurrió pensar por qué conservaba Molloy su fuerte acento irlandés a pesar del *muhd*. En honor a la verdad, debe decirse que se le suavizaba muchísimo cuando cantaba. Lo único que sabía en ese momento era que estaba donde quería estar, en manos de un gran maestro. Dominaría los secretos del *muhd*. Sería una cantante del estilo de los bardos, como Murtagh Molloy. Y si para eso hacía falta que la abrazase por la cintura y que ella lo abrazase a su vez por el estómago, que así fuera.

Siguieron unos meses de trabajo intenso, pero Monica no perdía el entusiasmo. Ni siquiera las seis primeras semanas, durante las que Molloy no le permitió cantar nada que a ella le pareciera al menos una nota, desobedeció ni una sola vez. Pasaba una hora diaria, cinco días a la semana, delante de él, esforzándose por seguir sus instrucciones lo mejor posible.

—Los pies un poco separados. Deje caer el cuello hacia atrás todo lo posible... no, no lo mueva, solo piénselo y deje que actúe solo. Ahora, piense en adelantar la cabeza. Ahora está bien colocada. Respire el *muhd*, bien... hoy será de gozo. Piense en el gozo y siéntalo. Abra los pulmones, llénelos de gozo... ¡no, no inspire de esa forma, deje que el aire entre solo! Bien, ahora que ya lo tiene, diga «¡Ah!» con todo el gozo que siente. ¡Pardiez! ¿A eso lo llama gozo? Puede que lo sea para un ratón huérfano un lunes lluvioso, pero yo quiero el gozo verdadero y vivo de una joven fuerte y sana. Otra vez... ¡Ah, tiene la mandíbula tensa! ¡Suelte el cuello! Imagínese libre, y la cabeza hacia delante y alta, con la mandíbula suelta. Vamos, inténtelo de nuevo.

Era un método para aprender a dominar la emoción... o *muhd*, como prefería llamarlo Molloy. Monica descubrió que no tenía una gama emocional muy variada ni la menor facilidad para expresarla con sonidos, y eso la afligía, porque hasta entonces había creído que era rica en emociones... ¡tenía tantos sentimientos! Pero Molloy sabía ampliar la sensibilidad y la expresividad de sus alumnos.

—Tiene una musculatura emocional débil y rígida. ¿Va usted al teatro? Bien, pues debería. Es más, debe ir. Vaya al Old Vic, vaya a ver cualquier obra de Shakespeare... cualquier clásico. Observe a los actores. Los buenos trabajan como condenados. Trabajan el *muhd*, el *muhd* y nada más; cambios luminosos, sutilezas como la seda tornasolada, guiños y variación cromática a cada segundo... El trabajo los mataría si no dominaran el *muhd*. Y no los mata, al contrario, los hace superarse. Nunca enferman y viven hasta edades increíbles. ¿Por qué? Porque el *muhd* es vida, ¿qué le parece? ¿Sabe lo de las siete edades del hombre, de *Como gustéis*? Bien, llévese este libro y tráigalo leído mañana.

El trabajo con las siete edades, bajo la dirección entusiasta de Molloy, resultó una revolución de *muhd*.

—Empezamos con calma... en vena filosófica. —La cara de Molloy se iluminó con una expresión de pensamiento profundo y su cuerpo rechoncho adoptó la pose característica de las estatuas de estadistas decimonónicas típicas de los parques municipales, con un pie adelantado y una mano tendida, como acallando la ovación del público.

El mundo es un gran teatro,
y los hombres y mujeres son actores.
Todos hacen sus entradas y sus mutis
y diversos papeles en su vida.
Los actos, siete edades.^[9]

Entonces, Molloy sufrió una metamorfosis asombrosa; con las rodillas dobladas y balanceándose suavemente de un lado a otro, abrazó a un niño de pecho imaginario y lo estrechó contra su ceniciento chaleco.

Primero, la criatura,
hipando y vomitando en brazos de su ama.

—¡Ay, este pobre chiquito! —exclamó; de pronto el niño dejó de existir y Molloy puso una cara que recordaba a un chimpancé enfermo.

Después, el chiquillo quejicoso que, a desgana,
con cartera y radiante cara matinal,
cual caracol se arrastra hacia la escuela.

El chimpancé dio paso a un ser muy etéreo que tenía las manos cruzadas sobre el corazón.

Después, el amante, suspirando como un horno
y componiendo baladas dolientes
a la ceja de su amada.

Y siguiendo con los versos, Molloy respiró el *muhd* del soldado, el de la justicia, el de Pantaleón... con este último creó una imagen de viejo tembloroso con voz aflautada como jamás se habría intentado ni en la Comedie Française. Y su último retrato, el de la disolución:

Sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.

emparejó de tal manera la senilidad con los últimos estragos de la paresia que asustaba de verdad.

No fue una representación de actor de medio pelo, sino algo más alarmante. Molloy inyectaba tal carga de vitalidad en cada uno de esos manidos clichés de opereta que cobraban un realismo sobrecogedor. La vocalización fue potente, aunque

de mal gusto; físicamente, resultó grosero y grotesco, pero hizo palpable el significado. Para Monica fue una revelación; nunca había visto a nadie actuar de esa manera. Lo admiró y, dócil, se sobrepuso a la vergüenza que le daba. Sin embargo, estaba segura de que ella jamás lograría emularlo.

Semejante resistencia era para Molloy como la miel para las moscas. Una parte de su cometido profesional consistía en demostrar a los estudiantes que podían hacer aquello de lo que no se creían capaces. Puso a Monica a trabajar, la exhortaba, la amenazaba, se burlaba de ella... hasta que, al cabo de una o dos semanas, la alumna logró acunar al niño de pecho, suspirar, rugir, dogmatizar (acariciándose una barba imaginaria), temblar como Pantaleón y finalmente, con los ojos cerrados y las manos inertes como las patas de un perro envenenado, aguardar el hachazo de la muerte. En comparación con la proteica representación de Molloy, la de ella no fue más que una mera sombra, pero superó con creces hasta sus sueños más ambiciosos.

—Bien, parece que hemos dado un paso —dijo Molloy el día en que Monica se superó a la tercera repetición—. En confianza, los actores siempre andan detrás de mí, ¿sabe? Vienen muchos a tomar clases conmigo, y me dicen: «Murry, eres un director nato y ahora andamos escasos de directores; ¿qué te parece?». Pero yo les digo: «Chicos, si solo fuera cuestión de elocución, ahora mismo me ponía, pero no se me da bien la parte escénica del asunto. Tengo oído, pero me falta vista».

Tal era el proceso de desamordazamiento vocal y espiritual que, según sir Benedict Domdaniel, llevaría a cabo Murtagh Molloy con Monica. De las siete edades del hombre pasaron a la primera intervención del coro de *Enrique V* y, al principio de cada clase, Molloy decía: «Bien: ¡a por ello! “¡Ah, por una musa de lejos!”». Dócilmente, Monica separaba los pies, alzaba la cabeza, aspiraba el *muhd* correspondiente a la gloria militar inglesa y declamaba:

¡Ah, por una musa de fuego...!

Y así hasta el final del parlamento, pasando por caballos, monarcas y disculpas por la poca idoneidad del teatro isabelino; nada faltaba. Empezaba a estar satisfecha de sí misma, aunque dividida entre el orgullo de poder complacer a Molloy y el sentido del ridículo por tener que hacer tanto ruido y contonearse tanto para conseguirlo.

En los ejercicios de declamación la alumna tenía prohibido utilizar su acento propio y, al principio, con la ayuda de su fiel oído, Monica copió el de Molloy. Sin embargo, para su gran asombro, el maestro le decía que declamaba con un acento canadiense muy cerrado y le impuso el deber de adoptar una cadencia y una tonalidad en el habla que, desde luego, no eran las del inglés tal como lo hablaban la señora Merry ni las personas a las que había conocido por casualidad, sino las que aprendió a identificar en el teatro, en las representaciones de obras clásicas a las que el maestro la instaba a asistir machaconamente. No era el «acento inglés» de las bromas de

Kevin y Alex, el que su madre prohibía, pero tampoco era canadiense; era una forma de hablar que no habría extrañado mucho a Garrick^[10] y que Goldsmith^[11] habría aprobado.

Las primeras veces tuvo que ir sola al teatro, y no le gustó. En la escuela había estudiado un par de obras de Shakespeare, pero nunca las había asociado con la idea de espectáculo público. La primera vez que asistió al Old Vic tampoco fue felizmente memorable, pues la obra era *La comedia de los errores*, ingeniosamente transformada por un joven director con aspiraciones a la fama en una farsa semivictoriana en la que los dos Antífolos, con sombrero de copa y mostachos a lo lord Dundreary, y los dos Dromios, ataviados con libreas idénticas, subían y bajaban por un andamio en espiral llamado Éfeso, hasta que finalmente se encontraban con una tal Emilia y una tal Luciana, vestidas con miriñaque y con tirabuzones en el pelo. Varios críticos dijeron que el original tratamiento iluminaba la obra notablemente, pero a Monica le pareció un misterio deprimente. Salió más contenta unas semanas más tarde, cuando fue a ver *Romeo y Julieta*. Peggy Stamper, más sucia que antes, la había localizado y acudieron juntas al teatro. Después hablaron pormenorizadamente de la obra en un Corner House y Monica dijo que no le parecía nada bien lo que había hecho Fray Lorenzo; si no se hubiera pasado de listo, a lo mejor todo se hubiese aclarado al final y los enamorados habrían sido felices. Peggy respondió que, en ese caso, no habría habido tragedia, y que si no era mejor que *Romeo y Julieta* hubieran sido infelices y tremendos, en vez de felices como todo el mundo. Bajo ningún concepto, dijo Monica, porque todo el mundo debía tener sentido común, claro. Sin embargo, replicó Peggy, si todo el mundo fuera sensato, el arte desaparecería, porque el arte empezaba cuando desaparecía el sentido común. Tal vez a consecuencia del proceso de desamordazamiento de Molloy, Monica tuvo que darle la razón.

Aunque no llegaron a intimar mucho, siguieron viéndose a menudo y casi siempre iban juntas al teatro. Monica conoció a algunos amigos de Peggy, todos estudiantes de arte, no muy interesantes ni particularmente locuaces y aficionados a hablar de su trabajo, a la suciedad, a los pantalones de pana, a la cerveza y las fritangas. Sin embargo, con ellos fue a ver algunas galerías (pues Molloy insistía en que estudiase la expresión del *muhd* en la gestualidad y la postura corporal de la pintura y la escultura) y descubrió que no tenía formado el gusto y que seguramente nunca lo tendría. Peggy lo atribuyó amablemente a su interés por la música y Monica se conformó con tener oído pero nada de vista, como Molloy.

Esas amistades circunstanciales no eran suficientes para evitarle la soledad y el abatimiento que a menudo la dominaban. A excepción de las clases con Molloy, los días se le hacían largos y monótonos. Es cierto que iba todas las mañanas a clase de francés con *Madame Herber*, al mismo tiempo que dos jóvenes antipáticos que estaban preparando oposiciones a funcionario, y que todas las tardes, a las cinco en punto, tenía clase de alemán con el doctor Rudolph Schlesinger, a la que también asistía una niña pecosa que deseaba leer a Freud en su lengua original. Gran parte del

tiempo que pasaba en las habitaciones de Courtfield Gardens lo empleaba en el estudio de idiomas y en los deberes que le mandaba Molloy, pero aun así, las horas de soledad eran muchas. Sus habitaciones estaban ahora mejor acondicionadas, aunque sin lujo, gracias a unos pocos muebles que había comprado con el señor Boykin, y aprendió a alimentarse bien con poco presupuesto. Tampoco pasaba tanto frío como al principio, aunque el contador de gas pedía chelines implacablemente. Fue pasando el invierno y, al acercarse la primavera, empezó a descubrir aspectos bellos e irregulares de Londres. En cambio, la soledad no desaparecía y los domingos se le hacían eternos. Contraviniendo la costumbre de la congregación del Decimotercer Apóstol, empezó a ir al cine los domingos.

El resfriado se convirtió en catarro. Molloy se negaba a reconocerlo.

—Eso no es nada —le dijo un día, cuando Monica se disculpó por un ataque de tos—; no es más que el polvo del aire. Seguro que no se le pasa del todo hasta que haga un largo viaje por mar... y puede que ni así. Mucha gente vive toda la vida con una congestión como esa. Yo mismo, sin ir más lejos, todas las mañanas escupo una taza de flema hasta los bordes. Pero no voy a preocuparme por eso.

Y así, Monica dejó de preocuparse. Sin embargo, le causaba molestias, sobre todo de noche.

El trabajo con Molloy era lo único gratificante que había en su vida. Poco a poco, el maestro empezó a presumir de que su pupila había adquirido al fin una idea rudimentaria de lo que era el *muhd* y de que sabía manipularlo un poco a su antojo. De todas maneras, a Monica le resultaba muy difícil galantear con un sillón, cosa que él consideraba una prueba importante.

—Garrick lo hacía —le dijo— y asombraba a sus amigos una y otra vez. Todo el secreto está en el *muhd*. Para el artista, que es dueño de su imaginación y puede recurrir a su experiencia en la vida, galantear con un sillón es igual de factible (aunque tal vez no tan fácil ni placentero) que hacer la corte a una mujer bonita. Observe: voy a hacerle la corte a usted.

La expresión seria y formal que solía tener Molloy durante las sesiones se transformó de pronto en una alarmante sonrisa lasciva cuando se acercó a Monica con paso juvenil. Le cogió una mano y, con una rodilla en tierra, se la besó.

—Querida mía —dijo, y, levantándose, la estrechó contra sí y repitió el sencillo requiebro de mil formas distintas, como si no se le ocurriese otro.

Cuando parecía que solo le faltaba besarla en la boca, se separó bruscamente y la miró a los ojos con severidad.

—¿Lo ve? Así funciona con los seres vivos. Bien: ¿qué le parece?

Bruscamente dio media vuelta y se dirigió a un sillón, acarició la mugrienta tapicería, se arrodilló ante él, le suplicó que se le entregase, alabó su cabello, su tez, lo llamó su joya y juró que moriría si lo rechazaba. Monica no podía reírse, porque no había duda de que Molloy daba el *muhd* a la perfección y, por ridículos que fueran sus movimientos, la fuerza de la voz era innegable.

Tampoco podía pasar por alto la sensación de que al maestro le gustaba enseñarle a galantear. No perdía una ocasión de tocarle el diafragma o comprobar la expansión de las costillas por la espalda. En ese momento, durante los ejercicios con el sillón, no se podía saber qué haría a continuación. Dócil y con ganas de aprender, Monica se aplicó a derramar adoración de la mejor forma que supo sobre el cochambroso sillón de Molloy.

—Flojo —le dijo—. Bueno, ahora no me salga con que una chica como usted no sabe nada de galanteos, ¿eh? No se sonroje; si quiere ser artista, tiene que dominar los sentimientos. Trabájelo en casa y el próximo día veremos de lo que es capaz.

Entre otros motivos, Monica no sabía entrar de lleno en escenas apasionadas con el sillón porque le parecía que había alguien mirando, aparte de Molloy. La sala en la que daban las clases tenía dos puertas, una que comunicaba con el rellano de la escalera y otra, con un montante semicircular de cristal, que seguramente conducía a las habitaciones particulares; algunas veces, durante las sesiones, se oían unos crujidos y golpes suaves al otro lado de esta última puerta. Un día, cuando ya se marchaba, se encontró en el rellano con una mujer de baja estatura, pelo canoso y gafas de montura metálica que le lanzó una mirada penetrante; una mirada sorprendente, tratándose de una desconocida, desde luego. En cuanto la mujer desapareció en las habitaciones de Molloy, empezó a oírse una áspera discusión a voces, y Monica no dejó de oírla hasta que llegó a la calle.

Monica no fue a South Wimbledon a ver a Lorne y Meg McCorkill hasta finales de la primera primavera que pasó en Londres. No llegó a entender del todo cómo se habían enterado de su existencia, aunque se lo explicaron con pelos y señales; pero, como hablaban los dos a la vez, no pudo saber qué relación había entre un amigo saltertonense de los McCorkill que conocía a uno de la congregación que había pedido su dirección al pastor Beamis, el cual se la había dado en una carta (el amigo, claro)... no, no, la carta no era para los McCorkill, sino para otro saltertonense que ahora residía en Londres y que luego se la había dado a ellos... No pudo entenderlo. Sin embargo, un día precioso de primavera, cuando estaba pensando que era una lástima que las cartas de George Medwall no fueran más interesantes y que le contara tantas cosas de la política interna de la fábrica de pegamento, recibió otra escrita con una letra que no conocía, y en la que le decían lo siguiente:

Querida Monica:

No nos conoces, pero tenemos amigos comunes en Canadá que nos han hablado de ti, de manera que, hola y tal. Hace ya más de dos años que Lorne y yo estamos aquí, en la Gran Helada^[12], y sabemos lo solo que pude llegar a encontrarse un *canuck*^[13]. Hemos pensado que podrías venir a cenar con nosotros (auténtica comida canadiense) una noche de la semana que viene. ¿Qué tal el viernes? Estamos siempre en casa, de manera que si el viernes no te viene bien, elige tú otra noche cualquiera. Puedes coger el metro en Earl's Court hasta el final de la línea, sin transbordos. Desde allí, cualquiera sabrá indicarte. Es mejor que nos digas por carta cuándo vas a venir, porque solo Dios sabe lo que puede pasar en este país cuando quieres llamar por teléfono.

Hasta la vista,

MEG MCCORKILL

Beaver Lodge^[14]

Hubbard Road

Wimbledon, SW20

Y así, el viernes siguiente, poco después de la seis, Monica recorría Hubbard Road buscando Beaver Lodge. Fue fácil, porque había un letrero pintado en la verja con letras rústicas que imitaban palos de madera, y un animal (que sin duda era un castor) dibujado como si royera una de las letras. Las partes de madera de la casa adosada estaban recién pintadas y había un hombre subido a una escalera retocando con delicadeza el marco de una ventana del segundo piso. Vio llegar a Monica a la

verja, la saludó con una voz y bajó rápidamente a su encuentro.

—¡Me alegro de verte! —exclamó—. ¡Me alegro mucho! No te doy la mano porque estoy lleno de pintura; agárrame por la muñeca. ¡Eh, Meggsie! Soy Lorne McCorkill, pero llámame Lorne. Y esta es Meg. ¿Dónde está Diane? ¡Eh, Diane!

—Está jugando con esa tal Pamela y supongo que ahora nos hinchará la cabeza con todo lo que ha dicho la mamá de Pamela —dijo Meg, que se presentó con un delantal muy alegre e impoluto—. Hola, querida, me alegro muchísimo de verte. Ven, entra.

Animadamente, entraron con Monica en Beaver Lodge, que era un primor de casita, muy limpia y luminosa, tanto que Monica se asombró, acostumbrada como estaba a la lobreguez de la mansión de la señora Merry, a los enseres cómodos pero raídos de la sala de Molloy y a la sordidez sin paliativos de las habitaciones de Herber y Schlesinger.

—¡Qué maravilla! —exclamó Monica—. ¡Es como estar en casa!

—¡Ay, pobrecita mía! —dijo Meg McCorkill—. ¿Lo has oído, Lorne? ¡Ah! ¡Ha ido a cambiarse la ropa de pintor! ¡Lorne! —lo llamó con un chillido penetrante—. ¿Has oído lo que acaba de decir Monica? Nada más poner el pie en el umbral dijo que aquí se está como en casa. ¿Qué te parece, eh?

Lorne volvió; llevaba unas zapatillas de mocasín y llegó poniéndose todavía una camiseta con el nombre de una universidad del oeste de Canadá en la parte delantera.

—Estupendo —dijo—. Me parece estupendo. ¡Compensa el esfuerzo que hemos hecho para pintar todo esto! Porque, verás, chiquilla —prosiguió con rotundidad—, todas y cada una de las paredes y de las molduras y marcos de madera de esta casa están pintados con auténtica pintura al agua canadiense. Los barnices que se usan aquí no quiero ni verlos. La trajimos desde casa, tuvimos que pelearnos en la aduana y ahora ya está dada; al menos, sabemos que no se va a desconchar por culpa de la lluvia, porque ¡lo que sobra aquí es lluvia, boy! Bueno, ¿apetece un trago auténtico? ¿Cómo lo tomas, solo, con hielo o con agua?

La educación que había recibido Monica condenaba radicalmente el alcohol en todas sus formas, pero en compañía de los amigos de Peggy Stamper había aprendido a beber cerveza, aunque muy moderadamente. Meg vio que dudaba.

—Háznos un Canadian Lyric, Lornie —dijo—. Monica es muy joven para licores fuertes a palo seco.

Estaban en la cocina, una estancia reluciente con horno eléctrico y nevera canadienses; en un rincón, una lavadora canadiense de carga frontal los espiaba con su ojo de ciclope. Mientras Lorne trajinaba con el hielo y las botellas, Meg contaba que habían importado todos los electrodomésticos de Canadá porque era imposible arreglárselas con los ingleses, que eran de calidad muy inferior. ¡Y cuánto trabajo les había costado! Habían tenido que adaptar todos los aparatos al sistema eléctrico inglés. En cuanto a las reparaciones... ¡menos mal que Lorne era un manitas prácticamente en todo! En eso, era un auténtico *canuck*, porque, ¡Dios! (exclamó

Meg, que usaba lenguaje malsonante con total libertad, aunque sin ninguna malicia), desde luego, las mujeres inglesas tenían que soportar verdaderos crímenes en la cocina. Francamente, ella, en su lugar, ya habría soltado cuatro frescas a más de dos maridos ingleses. Aunque, claro, los muy ineptos no habían visto otra cosa en su vida, pobrecitos, ¿de qué iba a servir decirles nada? Parecía que nacieran cansados. ¡Y cómo vestían! ¿Había visto Monica alguna vez algo parecido a las cursiladas tan cómicas que se encontraba una solo con salir a la calle? En Medicine Hat (porque Lorne y ella eran del oeste de Canadá) los habría detenido la policía.

Después de mucho agitar y medir, Lorne terminó de preparar el Canadian Lyric, un cóctel de zumo de limón y jarabe de arce a partes iguales, mezclado con el doble de *whisky* de centeno y agitado con hielo picado.

—¡Y lo que nos costó encontrar auténtico jarabe de arce! —dijo Lorne—. Pero al final lo encontré en un cuchitril del Soho... una tienda de ultramarinos que vende toda clase de cosas de fuera, y aquí lo tengo, ¡con el auténtico sabor *canuck* de toda la vida! *Boys-o-boys!* ¡Échatelo gazzate abajo y piensa en casa! Por cierto, ¿dónde está Diane?

Seguramente Diane tuvo muy buena suerte al entrar en ese preciso momento. Era una niña guapa, de unos diez años, con la tez muy fresca.

—Siento llegar tarde, mama —dijo—. Estaba jugando con Pam y se me olvidó.

—¿Lo has oído? —dijo Meg a Monica, como si se refiriera a algún síntoma de enfermedad grave de su hija—. Nos pasamos el día luchando por lo mismo. Claro, lo oye en el colegio y es muy difícil ir en contra de eso. A ver, amiguita mía —dijo, dirigiéndose a Diane—, ¿cuántas veces te he dicho que me llames mamá, o incluso mami, pero no ese horrible «mama»? ¡Uf, me suena a vaca lechera!

—Lo siento, mamá —dijo la niña.

—Es que no soporto esa manera blandengue de hablar que tienen aquí —dijo Meg a Monica de nuevo—. Si vuelve a casa hablando así, será el hazmerreír.

Monica no supo qué decir y le dio la razón.

A medida que avanzaba la tarde, tuvo que dar la razón en otras muchas cosas, porque en Beaver Lodge no darla en cuestiones de crítica a Inglaterra equivalía a traicionar a Canadá. Por su parte, hasta ese momento, nunca había pensado mucho en la entidad llamada Canadá; era canadiense y, de haber sido necesario, habría dicho que estaba orgullosa de serlo, pero si hubiera tenido que justificarlo, no habría sabido qué decir. Sin embargo, en Beaver Lodge lo tenían muy claro: Inglaterra era una montaña hedionda de disparates, iniquidad e ineptitud. Un gran país... bueno, tal vez en el pasado, pero su grandeza se estaba terminando. ¿A qué posición de supremacía podía aspirar un país en el que se ponía el pescado a la venta en lajas de mármol, completamente expuesto al polvo y a la suciedad? En su opinión, el delito más grave de los ingleses era la falta de higiene.

Al parecer, el objetivo de la conversación era animar la comida, que consistió en zumo de tomate enlatado (recibían zumos de Canadá todos los meses) y auténtica

novilla del oeste de Canadá.

—La novilla de aquí no se puede ni tocar —dijo Lorne, al tiempo que cortaba un trozo—. Sería un crimen dársela a Diane. Te aseguro que en este país todas las vacas tienen T. B.

—¿Qué es T. B., papi? —preguntó Diana.

—Una enfermedad muy mala que se coge por medio de la suciedad, cariño —dijo Lorne—. Por eso papá siempre te dice que contengas la respiración cuando pasamos cerca de un desagüe de la calle y vemos que humea. Las vacas respiran porquería y enferman de T. B.

Después de la sana novilla canadiense, comieron tarta de crema de plátano, que en realidad fue una traición, porque, aunque la manteca de la masa era canadiense (y la harina, naturalmente), los plátanos los habían comprado en Inglaterra, procedentes de las islas Canarias, y por tanto no eran las grandes bananas que suelen comerse en Canadá. La cena terminó con café «al auténtico estilo canadiense de antes —según dijo Meg—, con cafetera eléctrica»; estaba muy rico y Monica lo agradeció.

Se arriesgó a preguntar cómo podían conseguir tantos alimentos de Canadá.

—Gracias al trabajo de Lorne —dijo Meg—. Si no fuera por eso, no sé lo que haría, la verdad. Trabaja en la Junta de Comercio, ¿sabes? Podemos hacer algunas cosas que, de otra forma, sería imposible. Y, sinceramente, si no pudiéramos traer de casa prácticamente de todo, me subiría por las paredes; no me arriesgaría a dar de comer a mi hija lo que comen aquí. Le he advertido que no acepte nada cuando va a jugar a casa de otros niños. Es una regla difícil de imponer, pero cuando una cría sabe exactamente los gérmenes que pueden invadir su cuerpo, tiene mucho cuidado.

Meg esperó a que Diane se fuera a dormir para confiarle una de sus principales preocupaciones.

—No había cumplido ni los ocho años cuando nos fuimos —dijo, señalando hacia arriba, hacia la niña, con la cabeza— y, para una cría tan pequeña, más de dos años es mucho tiempo. A pesar de nuestros esfuerzos, empieza a hablar como todos los niños de aquí; el otro día dijo: «Mamá, ¿cuándo vamos a volver a América?». ¡América! ¿Te das cuenta? Bueno, dejé de hacer lo que estaba haciendo y me pasé más de quince minutos hablando con ella de Canadá y diciéndole que siempre debe dejar muy claro a los de aquí que Canadá no tiene absolutamente nada que ver con los Estados Unidos. Pero ¿de dónde crees que ha podido sacar semejante expresión? ¡De la maestra, naturalmente! ¡Por favor! Parece que no sepan distinguir... es decir, se supone que saben que somos parte de la Commonwealth, ¿no te parece? Y que somos el granero del mundo, y que, cuando la guerra, éramos el Arsenal de la Democracia y todo eso, ¿no?

Meg casi lloraba al pensar en esos ejemplos de la indiferencia británica para con la individualidad de Canadá.

—Diane es joven —dijo Monica, buscando palabras de consuelo para los dos exiliados—, no tenéis que preocuparos por ella; es una niña encantadora, tiene la tez

más bonita que he visto en mi vida. Inglaterra le ha dado algo bueno; aquí, todos los niños tienen muy buen color.

—Sí, y a los treinta se les llena la cara de capilares rotos —dijo Meg, tan rotundamente resuelta a no dejarse consolar que Monica prefirió no volver a intentarlo.

Después de hablar con resentimiento del precio escandaloso que tenía la fruta en Inglaterra («¿Alguna vez has intentado comprar un melocotón en Fortnum and Mason? ¡Media corona la pieza y saben a papel mojado! Nosotros lo traemos todo de casa»), los McCorkill se centraron en las actividades de Monica en ese exasperante país. Fue asombroso que no le dijeran que en Canadá podía haber aprendido a cantar igual de bien; los impresionó cuando les contó cosas de sir Benedict Domdaniel y de Murtagh Molloy y de la importancia que ambos daban a que aprendiese a conjurar el recuerdo de cualquier emoción a voluntad (aunque no dijo nada de conquistar los favores de un sillón); le dijeron que era muy afortunada por tener la oportunidad de estudiar con tan insignes maestros. En lo que ignoraban, no les importaba reconocer la supremacía inglesa o europea: solo eran imposibles de complacer en las cosas relacionadas con la vida cotidiana. En medio de una perorata sobre la imposibilidad total de comer pan inglés (ellos se lo hacían en casa, aunque era una lata) fue cuando Monica se dio cuenta de que la aversión de los McCorkill por Inglaterra era producto únicamente del desarraigo, el temor y una añoranza irremediable. No es que fuera un descubrimiento de perspicacia excepcional, pero solo tenía veintiún años y no estaba acostumbrada a saber de los demás cosas que no hubieran reconocido ellos previa y totalmente, y eso le sirvió para recuperar un poco el amor propio que había perdido en los primeros cinco meses en Londres.

Lo cierto es que no estaba acostumbrada a pensar nada que se opusiera a la opinión de cualquier persona mayor con la que estuviera hablando; y fue con los McCorkill con quienes experimentó por primera vez ese lujo de adultos. Y así, cuando Lorne la acompañó hasta la estación de metro («Nunca deberías ir sola por la noche en esta ciudad. ¿Te has fijado en los periódicos dominicales? ¡Dios, qué cosas pasan! ¡Y hasta los curas, en algunos casos! ¡Qué bárbaro! ¿No te parece?»), estaba muy animada y muy satisfecha. Había disfrutado de la comida a la que estaba acostumbrada, de la limpieza y de la auténtica amabilidad y cordialidad con que la habían tratado Lorne y Meg, pero no tenía sensación de compromiso con ellos ni obligación de aceptar todas sus opiniones. Hasta ese momento, la influencia de la congregación del Decimotercer Apóstol le había negado los placeres de la hipocresía social, y ahora le sabían a gloria. Incluso, aunque se hizo el firme propósito de no volver a pasar una tarde hablando de lo sucios que eran los ingleses y lo incapaces de aprender a hacer buen café, dio a entender a los McCorkill que volverían a verse cualquier día en un club canadiense del que eran socios («Claro que es difícil mantenerlo en marcha; parece que la gente pierde interés o que se mezcla con los de aquí y ya no quiere seguir viéndose con sus compatriotas»). Tanto más a gloria le

supo la nueva libertad de decir una cosa y pensar otra cuanto que la cobraba tardíamente, y tanto más le agradaron los McCorkill cuanto que no tenía necesidad de estar sinceramente de acuerdo con ellos.

Durante el largo trayecto en metro hasta Earl's Court iba más contenta que nunca desde que salió de Canadá. El veloz tren subterráneo no le permitía gozar de la cálida noche de finales de primavera ni contemplar la belleza de la ciudad, pero llevaba ambas cosas en el corazón. Si Inglaterra y Canadá lucharan por el amor de Monica Gall, ganaría Inglaterra, lo sabía. Tenía tan presentes algunas de las canciones que había estudiado últimamente con Molloy que iba susurrándolas sin que los demás pasajeros pudieran oírla por el ruido del metro.

William Taylor era un garboso marinero
que cortejaba a una bella dama...

Seguro que William Taylor también había comido mucho pescado que había estado expuesto al aire en lajas de mármol, pero, por lo visto, eso no le había quitado la alegría de vivir.

Una mañana de mayo
salí de casa temprano
y vi a una doncella perdida
cuando despuntaba el día.

Seguro que la doncella tenía un cutis maravilloso del color de las fresas con nata, que se llenaría de capilares rotos en cuanto cumpliera los treinta años, pero en el momento que describía la canción, respiraba un espléndido *muhd* fresco, y eso era lo que importaba en realidad.

Fue paseando tranquilamente desde la estación de metro hasta Courtfield Gardens, contenta bajo la luz de la luna y sin pensar ni un segundo en los violadores de rigor que podían acechar en cada callejón.

Espléndido brilla el sol
y es una delicia el aire,
mayor solaz que el pecho de mi amor
no hallo en ninguna parte.

Así cantaba Monica y, cuando dos hombres que volvían de un *pub* le dijeron desde la otra acera: «Muy bonito», ella los saludó con la mano sin timidez ni temor. Era la primera vez, desde que estaba en Inglaterra, que cantaba de pura alegría, sin más. No pensaba en George Medwall. Se acordó de él un instante, pero enseguida lo

olvidó. Allí no encajaba. No era como los McCorkill, pero no encajaba en el nuevo mundo que iba a ser el suyo.

A finales de junio, Jodrell y Stanhope mandaron un informe a los fideicomisarios del patrimonio Bridgetower que decía:

Con referencia a la beneficiaria Bridgetower

Estimados señores y señora:

Tal como los informamos en nuestra carta de 3 de enero, la beneficiaria del fideicomiso Bridgetower, señorita Monica Gall, se encuentra cómodamente alojada en el número 23 de Courtfield Gardens, SW5. En respuesta a la pregunta específica de la señorita Laura Pottinger, todos los primeros de mes, siempre que sean laborables, la señorita Gall recibe la visita de nuestro representante, el señor Boykin, quien nos informa de que la patrona, la señora Merry, dice que en ningún momento ha recibido la señorita Gall en sus habitaciones a nadie más que a la señorita Margaret Stamper, alumna de la escuela de Bellas Artes Slade. Si consideran necesario contratar a un guardián de la moralidad para la señorita Gall, y puesto que esa clase de cometidos no es de nuestra incumbencia, recurriríamos a sir Benedict Domdaniel.

Se adjunta informe de sir Benedict Domdaniel sobre los estudios musicales de la señorita Gall (Anexo 1), así como un extracto de las cantidades desembolsadas en nombre de ustedes (Anexo 2).

Siempre a su entera disposición,

Suyo afectísimo,

MILES PETER ANDREWS

(en nombre de Jodrell y Stanhope,

Plough Court, Fetter Lane, Londres, EC4)

Vale la pena reproducir el primer anexo íntegramente:

A la atención del fideicomiso Bridgetower

Salterton (Ontario),

Canadá.

Señores:

Desde que su protegida, Monica Gall, llegó a Inglaterra a trabajar conmigo, la he visto dos veces. La primera fue para oírla cantar y, con franqueza, sus posibilidades no me impresionaron tan favorablemente como en Toronto. Tenía la voz ahogada y desvitalizada. Así pues, la mandé con un

preparador de primera categoría, el señor Murtagh Molloy, quien desde entonces trabaja con ella varios días a la semana y ha podido sacarle bastante partido. Volví a oírla la semana pasada y por fin empieza a asomar su verdadera voz.

Es una buena soprano y promete llegar a ser de lo mejor, pero en la parte de los graves tiene más de una octava velada o encubierta; el registro es muy completo, de *si z* a *sol* 4. (Humphrey Cobbler les explicará el significado de todos estos términos).

Sin embargo, como saben ustedes, para cantar hace falta algo más que una voz agradable y un registro amplio. La voz tiene que despertar interés, y eso depende de la inteligencia, del temperamento o de ambas cosas y, hasta el momento, la señorita Gall, a pesar de lo encantadora que es, no ha dado muestras de nada excepcional en ninguno de esos dos aspectos. Quizá la mayor traba que tenga, como creo que ya les dije en otra ocasión, es la falta absoluta de cultura general y, aunque parece poseer algo de imaginación, no ha tenido nada con que alimentarla.

Con vistas a paliar esta carencia, voy a mandarla con la señorita Amy Neilson, que reside en St. Cloud; se trata de una señora estadounidense que acoge en su casa a dos o tres muchachas y les enseña historia y literatura, las lleva de viaje a París, a ver monumentos, de compras y todo lo demás. Conozco a la señora Neilson desde hace muchos años y respondo por ella. Tres meses bajo su tutela obrarán maravillas en Monica; he escrito a Amy y le he pedido que preste atención especial a la educación musical de la muchacha, para lo cual le he enviado un ejemplar del *Diccionario de música y músicos* de Grove. En otoño, cuando regrese, veremos el resultado.

Murtagh Molloy, de cuyo criterio me fío por completo, dice que Monica es joven para la edad que tiene y que necesita espabilarse. Veremos lo que se puede hacer al respecto.

Suyo afectísimo,

BENEDICT DOMDANIEL

Dean's Yard, Westminster, SW1

Lo que revolucionó a los albaceas del fideicomiso Bridgetower, reunidos una calurosa tarde de julio para estudiar la misiva, fue el anexo 2.

—Hay que reconocer que tienen mucha manga ancha con el dinero —dijo Solly, que se las veía y se las deseaba para pagar las facturas y estaba resentido por la cuestión económica.

—Podemos confiar en Jodrell y Stanhope —dijo el señor Snelgrove saliendo en defensa de la profesión.

—Es posible, pero ¿qué me dice de Domdaniel? —replicó Solly. Dice que «va a mandarla» tres meses a Francia sin consultármelo siquiera. ¿Es que le hemos dado

toda la libertad del mundo?

—Sí, y fíjense en esto —dijo la señorita Puss, que se había apoderado del anexo 2 en cuanto Snelgrove lo dejó encima de la mesa—. El *Diccionario de música y músicos* de Grove, enviado a Francia por Bumpus (nueve tomos, veintisiete guineas), ¡ciento cincuenta dólares! ¡En libros, como quien no dice nada! ¿Es que no puede estudiar por menos?

—Ciento cincuenta dólares, no, señorita Pottinger —dijo Snelgrove—, no tiene usted en cuenta el cambio de moneda.

—Por lo que a mí respecta, un billete de cinco dólares es lo mismo que una libra esterlina —dijo la señorita Puss—. Si la libra pierde algo de valor, seguro que es solo temporalmente.

—Y vean los honorarios que cobra Domdaniel —dijo Solly—. La ha visto dos veces y nos chupa diez guineas por vez. Y ese tal Molloy... ¡cinco clases semanales a tres guineas cada una! Svengali habría sido feliz con esa tarifa. Tenemos que protestar. Esto es ridículo.

—Estamos dando muchas ínfulas a esa chica —dijo la señorita Puss—, y se nos va a subir a las barbas, ¡como se lo digo!

Fue el deán Knapp quien se encargó de la ingrata tarea de encarnar la voz de la razón.

—No debemos olvidar que nuestro cometido consiste únicamente en velar por el cumplimiento de las condiciones del fideicomiso —dijo—, y las rentas del patrimonio son enormes. Tanto es así que si en los próximos seis meses no gastamos en la manutención y la educación de la muchacha más de lo que vamos a pagar por esta cuenta, el primer año no cubriremos ni una cuarta parte del total designado por su madre, Solomon. ¿Tenemos derecho a acumular dinero?

—No, no tenemos derecho a acumular ningún fondo, excepto lo que pueda dictar la prudencia más elemental —dijo el señor Snelgrove—. Lo cierto es que no podemos retener dinero. Cuando la señora Bridgetower hizo el testamento, intenté razonar con ella, pero seguro que todos ustedes saben que era inútil. Había tomado la firme decisión de que su beneficiaría no se privase de nada.

—¡Que no se privase de nada! —dijo Solly—. ¡Y yo, al límite absoluto de mi cuenta bancaria para cubrir un gasto de ciento treinta y dos dólares por la reparación del viejo coche de mi madre, cuando ya he tenido que vender el mío para disponer de algo de efectivo! ¡Es intolerable!

—Es la ley —dijo el señor Snelgrove—. No tenemos poderes para acumular grandes excedentes. Me temo que habrá que decir a Jodrell y Stanhope que gasten más... y también a *sir* Benedict. Discretamente, claro está. No hace falta que la muchacha se entere, claro.

—Si no lo he entendido mal, tenemos que gastar las rentas de aproximadamente un millón de dólares, invertido al tres y al cuatro por ciento y deducibles de impuestos —dijo el deán, y, cuando el señor Snelgrove asintió, se quedó unos

momentos mirando al techo y, a continuación, puso en palabras lo que estaban pensando todos—. Más de lo que cualquiera de nosotros tendrá jamás.

—Es uno de los inconvenientes de ser fideicomisario —dijo el señor Snelgrove—, por eso suelen comportarse de una manera rara.

Esa noche, la señorita Pottinger reprendió severamente a su vieja criada porque se había dejado una luz encendida sin necesidad; Solly se fue borracho a la cama, para gran consternación de Veronica. Aunque el matrimonio tenía grandes dificultades desde que les habían caído encima las Manos Muertas, la afición a la bebida era una novedad.

SEIS

1

—Ya lo ves —dijo *sir* Benedict—, órdenes de jefatura: tenemos que gastar más dinero: tú, en tu tren de vida, es de suponer, y yo en educarte. Los abogados de aquí ya te han doblado la mensualidad para gastos personales.

—¡Ay, Dios! Preferiría que no lo hicieran.

—¿Por qué? ¿Es que no aprendiste a gastar dinero en París? Encargué a Amy especialmente que te diera algunas indicaciones.

—Y me las dio. Me ha tratado maravillosamente y me contó muchas cosas sobre ropa, maquillaje, peinado y de todo, pero, por favor, *sir* Benedict, no quiero dedicarme a esa vida. No he venido aquí para eso.

—Pues, por lo visto, sí. Esos Bridgetower quieren gastar dinero y ese deber te corresponde a ti, señorita. ¡Cuántas muchachas quisieran estar en tu lugar!

—No, no. Yo he venido aquí para convertirme en cantante... en músico, espero...

—¿A qué viene la diferencia?

—En París, Amy nos llevó a una fiesta que daban unos músicos en la que actuaba un cuarteto de cuerda; al final, hablé con ellos y les conté que estaba estudiando para ser músico, pero cuando se enteraron de que era cantante, se rieron y uno de ellos dijo: «Para los cantantes, la música es como unas buenas vacaciones: un auténtico cambio en la rutina profesional».

—¡Ah, sí! Los músicos cuentan muchos chistes de cantantes, y la mayoría están justificados, pero intentaremos que además seas músico también. ¿Qué tiene que ver todo esto con la obligación de gastar más dinero?

—Es que me da la impresión de que, si dispongo de más dinero, será mucho más difícil conseguir lo que quiero. Es decir... creo que el dinero envuelve la vida entre algodones o algo así, aparta de la gente y de la experiencia, pero eso es precisamente lo que necesito yo. Lo descubrí en París. Las chicas de Amy eran encantadoras, de verdad, y me lo pasé muy bien, pero no se lo toman en serio. Solo son aficionadas. En cambio, yo voy en serio, quiero ser profesional. Me gustaría llegar a ser artista.

—¿Y crees que disponer de mucho dinero te lo impedirá?

—Sí, ¿no está usted de acuerdo?

—Mira alrededor. Yo no soy rico, ni mucho menos, aunque vivo holgadamente y procuro mantener altas mis tarifas. Sin embargo, en general, me consideran artista.

—¡Naturalmente! Pero usted se lo ha ganado. No empezó con todo hecho.

—Nací en una familia acomodada, con un buen pan bajo el brazo. Cuando era estudiante, nunca me faltaron buena mesa y buenos trajes, y me esforzaba y me desollaba vivo exactamente igual que otros muchos que no tenían un penique. Para lo único que sirve el dinero a los músicos es para evitarles incomodidades y preocupación por las facturas... y eso es bueno.

—A las chicas de París no les faltaban ambiciones, pero renunciaban en cuanto tenían que esforzarse. Todas sabían que en realidad no necesitaban trabajar, y ahí está

la diferencia.

—¿Tenían dotes para algo?

—No lo sé, pero es que ni siquiera sé si las tengo yo.

—No lo sabes, pero eres trabajadora. Murtagh dice que trabajas como un negro, pero eso no tiene nada que ver con el dinero. De verdad, es necesario que abandones esas ideas miopes y anticuadas de que los músicos son tipos románticos que se mueren de hambre en una buhardilla y hacen un inmenso bien moral al mundo con su arte. Escúchame bien: el dinero por sí solo no te hará daño. Si eres necia, si no tienes ningún talento o no el suficiente, el dinero solo influirá en la forma concreta en que te ganes el infierno. El dinero hay que controlarlo, solo debe cumplir en tu vida la función que tú le adjudiques, sin convertirlo jamás en el gran protagonista. Créeme, la falta de dinero es mucho más pernicioso que la abundancia. La riqueza puede entumecer la sensibilidad y raer el talento, pero la pobreza los embrutece y los ahoga; sin embargo, son las dos cosas más importantes para tu trabajo... y para el mío.

—Sí, pero... no sé si valgo para esto y ni Molloy ni usted me dicen que sí ni que no. Lo que sé es que no tengo mucha sensibilidad, y el señor Molloy también me lo dice. Siempre insiste en que sea más expresiva, pero es que no tengo nada más que expresar.

—¿Qué podrías tener que expresar, a los veintiún años?

—Seguro que, a estas alturas, si tuviera sensibilidad, intuición musical... se vería de sobra.

—No necesariamente. Algunas personas nacen con una gran sensibilidad, son auténticos huracanes de sensibilidad que se desatan en cualquier momento. Otras deben aprender a sentir. A los cuarenta años, es muy difícil distinguir a las unas de las otras. Pero a los cincuenta, las huracanadas se debilitan mientras que la sensibilidad de aquellas que la han cultivado y educado puede que continúe creciendo. Seguro que nadie te lo había dicho nunca.

—Nunca.

—Fíjate en tu aspecto físico: rubia, nortea, con buenos huesos, fuerte como un caballo, estoy seguro, y con una cabeza muy bien puesta. No eres un pozo de pasión, como muchas mujeres del sur, que van con una rosa entre los dientes y una navaja en la liga. Ellas son sensibles, tú eres inteligente. Ellas son corredoras de distancias cortas, tú, de maratón. Debes esforzarte mucho por aprender cosas que ellas parecen saber desde la cuna. Sin embargo, como ellas no las han tenido que aprender, pueden perderlas enseguida... a causa de una enfermedad o si su enamorado las abandona por otra, o por cualquier otro motivo. Mientras que tú, desde el momento en que aprendes algo, te agarras a ello como un perro a su presa, o como la tortuga caimán que, según dicen, no afloja las mandíbulas hasta que se pone el sol.

—Ya —dijo Monica, desbordada de alegría porque, en esas circunstancias, la comparase con un perro o con una tortuga caimán.

—De manera que sigue trabajando y deja de preocuparte por no saber mucho del

mundo ni estar empachada de *Sturm und Drang* beethoveniano a los veinte años. No es lo tuyo. Olvídate de esas tonterías de que la holgura económica va a destrozar los cimientos de tu potencial. Desarrolla lo que tienes: deja crecer las emociones. Sigue trabajando. Trabaja sin parar. ¿Qué tal con los idiomas?

—No voy mal, según Amy.

—Bien, pues esfuérate más, aspira a la excelencia. Obedece a Murtagh en todo; solo él puede hacer de ti una cantante. Y te aseguro que en breve tendrás la oportunidad de adquirir toda la experiencia que desees. Hay quien llega a tales extremos que lo único que desea es dejar de acumular tanta experiencia. De todas maneras, lo importante no es lo que te suceda, sino lo que hagas con ello. La calle está llena de gente que ha pasado por las experiencias más extraordinarias, como naufragios, persecuciones por haberse colado en el harén de un califa, volar por los aires a causa de una bomba... Y sin embargo, no sacan provecho alguno de ello porque no saben destilarlo. El arte consiste en destilar; la experiencia es el vino y el arte, el *brandy* que destilamos del vino. Ahora tienes que irte ya. Espero a un hombre con el que tengo que acordar un programa para un compositor contemporáneo. Y no te preocupes, ya encontraremos la manera de gastar el dinero Bridgetower. Por cierto, ¿conocías a la señora Bridgetower?

—No, no; estuvo muchos años inválida, me parece. Aunque tampoco habría tenido ocasión de conocerla.

—Da la impresión de que estuviera chalada. Ese fideicomiso suyo es una estupidez, pero es igual: si hay que gastar la pasta, la gastaremos.

Experiencia... sí, París había sido una experiencia. Amy Neilson le enseñó mucho, a comer, por ejemplo. Monica se llevó una sorpresa al descubrir que sus mejores modales no eran nada apropiados, según Amy, y tuvo que modificarlos, pero no en el sentido de refinarlos, sino todo lo contrario. Y la risita con la que solía salir del paso en las situaciones difíciles... Amy se la arrancó de raíz. Le afeó muchísimos detalles más, siempre de la manera más cariñosa, desde luego, y Monica aprendía deprisa. La transformación del vestuario consistió en simplificarlo; tuvo que guardar algunos anillos y pendientes que, sin ser caros, a ella siempre le habían parecido muy bonitos; la leve tendencia que mostraba hacia la ropa y las actitudes «cucas» cayó como una hoja de otoño cuando Amy le insinuó que ser «cuca» no era la máxima aspiración de una mujer.

Sí, todo eso era experiencia, pero superficial, ¿no? No servía de materia prima para los *muhs* de Molloy. ¿Qué más? También había sido una experiencia la fiesta a la que las había llevado Amy en un piso maravilloso de la Rue Scheffer: igualito que en las películas, con vistas a la torre Eiffel y todo. Fue una fiesta muy musical en la que presentaban obras de un joven compositor muy prometedor, y Monica fue allí con una actitud sumamente respetuosa. En cambio, ¿qué fue lo que pasó? Los músicos que asistían, los mecenas, los críticos y los agentes de conciertos prestaban menos atención y eran menos respetuosos que el público de los conciertos municipales de Salterton; incluso algunos, que se habían sentado en unas escaleras que subían a una galería, se pusieron a hablar en susurros, pero alto... ¡y ni siquiera de música! Eso sí que era experiencia, desde luego, descubrir que en París, nada menos, los verdaderos amantes de la música podían ser tan maleducados que hablaban cuando alguien estaba tocando, ¿no? Cuando se lo dijo a Amy, esta se rio. «No hace falta que te lo tomes tan en serio todo el tiempo», le dijo. Pero había que tomárselo siempre en serio, ¿no? ¿No era eso lo que le acababa de decir *sir* Benedict?

De todas formas, *sir* Benedict tampoco era tan serio. Echaba largos discursos que parecían serios, pero de repente soltaba un chiste... una de esas ocurrencias tontas que tanto gustaban a los ingleses. Pero, en fin, siempre que iba a verlo, salía con la sensación de que la música era algo mucho mejor aún que tomarse las cosas en serio... ¡era emocionante! ¡Y qué persona tan maravillosa era! Tan alto y con tan buen tipo, a pesar de sus cincuenta y tres años (lo había visto en *Grove*), y no importaba nada que estuviera completamente calvo y tuviera una nariz tan increíblemente grande. Ella lo adoraba, pero le habría agradecido mucho que se explicara con un poco más de claridad. Por ejemplo, cuando le dijo que era inteligente... ¿por qué no se lo explicó mejor? Si de verdad lo era, ¿por qué no lograba dar a Molloy un *muhd* más convincente?

¿Y qué quiso decir con eso de que algunas personas tenían que aprender a sentir? Eso era una contradicción, sin duda. ¿Y lo de destilar la experiencia del vino de la vida? ¿Qué experiencia había vivido ella que se pudiera destilar? ¿Quería decir que todo era experiencia?

Mientras reflexionaba, subió al autobús una monja alta y corpulenta con una niña y se sentó a su lado. Se recompuso las enormes faldas del hábito y, de las profundidades de los pliegues, sacó un rosario que parecía hecho a mano.

—Vamos, Norah —dijo en voz alta y animosa a la niña—, nunca se debe perder ni un minuto; recemos un rosario por las conversaciones de la gente que va en el autobús.

¿Eso era experiencia? ¿Se podía hacer algo con eso? ¿Le aportaba algo?

Sin dejar de destilar de esa forma, Monica regresó a Courtfield Gardens y, en el camino, compró unos pasteles para el té y así celebraría la emocionante media hora que había pasado con *sir* Benedict.

Octubre transcurrió trabajando más con Molloy. Un día llegó a Courtfield Gardens un espléndido gramófono con radio incorporada para Monica, con una nota de *sir* Benedict, en la que la instaba a usarlo debidamente y a comprarse todos los discos que quisiera. Fue mala suerte que el mismo día en que llegó el lustroso aparato se dejaran caer por allí Peggy Stamper y uno de sus desaliñados compañeros con pantalones de pana.

—¡Ahí va! —exclamó Peggy admirándolo—. ¿Te lo has comprado tú?

—Supongo —dijo Monica—; es un complemento para los estudios.

Peggy y su amigo se despacharon a gusto, envidiosamente, con los estudios que requerían un objeto tan caro y Monica comprendió que, en lo relativo a esos dos, el aparato la situaba en una esfera distinta. Ellos eran pobres por principio; creían firmemente que cualquiera que se dedicara al arte en serio siempre andaba con una mano delante y otra detrás, y los miembros de su grupo que recibían dinero de casa procuraban por todos los medios no faltar a ese principio. Cuando se marcharon, y aunque no se dijo una palabra al respecto, Monica sabía que, a partir de ese día, la posición marginal que tenía en el grupo de Peggy se debilitaría más. No es que le reprochasen nada, pero estaba claro que era rica y no había más que decir.

Sin tener conciencia de lo que hacía, se aplicó a la herida un bálsamo típico de ricos; compró muchos discos caros, cojines de pluma de cisne para su diván y algunos comestibles de lujo; el desembolso atenuó el sentimiento de pérdida, aunque no se lo quitó. Entonces se administró una dosis mayor de analgésico: se compró ropa nueva, buena de verdad, de la que Amy juzgaba adecuada para las jóvenes bien educadas, y un abrigo de invierno discreto, pero caro. Ya que había perdido su lugar en el círculo de la pana, que se notara. La ropa y el placer de escuchar música en el aparato la aislaron de la soledad casi quince días, pero todas las noches y todas las mañanas, mientras se preparaba el desayuno, sabía que la amenazaba un ataque destructivo de desesperación irremediable —como al principio, cuando acababa de llegar a Londres— que solo estaba esperando el momento de atacar. No sería exactamente igual, porque las circunstancias habían cambiado, pero sería en esencia lo mismo.

A veces tenía que luchar a brazo partido contra el pánico. ¿Podría tomar a Meg McCorkill por confidente? Sí, pero ¿qué le confiaría? ¿Su temor a que el dinero le impidiera dedicarse en serio a su trabajo y la apartase de quienes podían ser amigos suyos? Dicho con palabras, parecía una solemne tontería. ¿Que la asustaba mucho el invierno inglés, que ya se acercaba? ¿Que quemarse las pestañas con el francés y el alemán era como retroceder a la niñez, pero sin la misma resistencia al tedio de los estudios? Seguro que Meg sabía un remedio para esos dos males: ir a verlos a Beaver

Lodge más a menudo; sin embargo, los tres meses en París y la primavera inglesa habían levantado una barrera entre ella y la cruda sencillez de Beaver Lodge, y ahora esa barrera le parecía insuperable.

Desde luego, contaba con el método infalible de Molloy para evocar y controlar la emoción. Solo tenía que respirar un *muhd* alegre y seguro para recuperar la confianza y la serenidad. Pero no funcionaba. Lo intentó dos veces con todas sus fuerzas, y ambas terminaron en un acceso de llanto. La verdadera pesadumbre no se vencía con esfuerzos de la imaginación.

El alivio llegó de repente. Un día, al final de una clase en la que Molloy había estado más exigente que de costumbre, le dijo:

—*Sir* Ben quiere oírte mañana y va a venir aquí, de manera que compórtate lo mejor que sepas y déjame en buen lugar.

Al día siguiente, *sir* Benedict no se presentó hasta media hora después de empezar la clase; a Monica le pareció más elegante que nunca, en comparación con la mugrienta sala de clase de Molloy y con el propio irlandés achaparrado. La oyó cantar algunas canciones folklóricas pero, a pesar de la insistencia de Molloy, no quiso que recitase unos fragmentos de Shakespeare.

—¿Habéis trabajado mucho las escalas, Murtagh?

—No, todavía no, Ben, pero nos pondremos inmediatamente. Está preparada para machacar unos cuantos ejercicios, pero ya conoces mi método; los ejercicios tienen que estar relacionados con alguna composición real, de lo contrario, lo único que se consigue es una voz técnica. Ahora, en cambio, ya la tiene entrenada y sé hacia dónde vamos.

—Has hecho un buen trabajo. Tiene mejor voz de lo que suponía. —Sonrió a Monica—. ¿Estás satisfecha?

—No sé —respondió ella—. El juez es usted.

—Ya, pero sabes que cantas mejor que cuando llegaste, ¿verdad?

—Lo hago más a gusto; no sabía que tenía un registro tan amplio.

—Empiezas a sacar tu propia voz. Te será muy útil practicar la técnica, aunque de momento no tengas gran cosa que decir con esa voz, ¿no es eso? Y por eso he venido, en realidad; es hora de que vayas con otro profesor.

—¿Y dejar al señor Molloy?

—¡No, no! Nada de eso. Seguirás trabajando con él, adquiriendo agilidad, fuerza y buenas herramientas técnicas, pero creo que debes ir también con otro profesor para aprender música en general. No quieres ser solo cantante, ¿verdad? Bien... pues debes aprender algo más que canto.

—¡Ah, vamos, Ben! Yo le daré todo eso y más —dijo Molloy—; ya la he iniciado un poco en Shakespeare y si al menos vieras algo de lo que ha aprendido, te llevarías la sorpresa de tu vida. Vamos, enséñale las siete edades...

—Murtagh, no tengo necesidad de ver las siete edades ni ninguna otra cosa. Sé exactamente lo que quiero que haga, y si me prestaras un poco de atención...

—Ben, llegará el día en que me ofendas más de la cuenta. ¿Insinúas que no soy capaz de dar a esta chica una buena base cultural? ¿Es eso lo que quieres decir? Porque, en tal caso...

—Eres el mejor creador de voces de Londres. Te lo digo yo, que estudié con el

viejo García y sé de qué hablo. ¿Es que no te parece suficiente?

—Quieres quitarme a una alumna prometedora y dársela a vaya usted a saber qué charlatán...

—No es alumna tuya, es mía, y el responsable ante la fundación como se llame soy yo. Hago lo que me parece mejor para ella. Por eso la mandé contigo en primer lugar. Y no te la quito, solo quiero que vaya también con Revelstoke a aprender cosas para las que seguramente no tengas tiempo tú.

—¿Para qué quieres mandársela a Revelstoke, por todos los santos del Cielo?

—Por motivos excelentes, mi querido Murtagh, excelentes de verdad. Digamos que para ampliar su experiencia musical y no ahondemos más.

—Puedo hacerlo yo. Ese tipo es un inútil, Ben, y lo sabes.

—Al contrario. He estado trabajando en algunas cosas tuyas para la serie de programas de música contemporánea y me ha sido muy útil. Y te digo algo más: es uno de nuestros mejores compositores jóvenes.

—¡Ja! ¡El geniecillo!

—Sí, el geniecillo.

—Pero es completamente intratable.

—Eso es exactamente lo mismo que dice él de ti, de manera que estáis empatados. Bien, no quiero que te cargues al profesor nuevo de Monica cuando ni siquiera lo conoce, conque calla la boca. Y no sirve de nada que des ni una voz más, porque ya está todo arreglado. Monica, preséntate mañana a las cuatro en punto en casa del señor Giles Revelstoke; vive en el 32 de Tite Street, en el último piso. Estará esperándote y te dará clases generales de música, que es lo que te hace falta.

Después de aplacar un poco más a Molloy, *sir* Benedict se llevó a Monica en su coche y se apartó un trecho de su camino para dejarla en Courtfield Gardens. Cuando se despedían, le dijo:

—Por cierto, creo que metí bastante la pata la última vez que hablamos. Después volví a leer la carta de los abogados y creo que no tenía que haberte dicho que teníamos que gastar más dinero en ti. Por lo visto, no debías saberlo, aunque no entiendo por qué. Soy un charlatán, es mi pequeño vicio. De todos modos, no creo que cumplir planes de los abogados sea asunto mío. Pero es así: hay que gastar más, por eso creo que ahora podemos permitirnos pagar a Revelstoke. Te gustará. Es un muchacho encantador.

El número 32 de Tite Street era una casa lóbrega, situada enfrente de un hospital, de cuyas ventanas salía constantemente un sonido que, al principio, a Monica le pareció de pollitos piando, aunque después descubrió que era el llanto de los niños del ala de maternidad. Según las placas del vestíbulo, Giles Revelstoke vivía en el último piso; se disponía a llamar al timbre correspondiente cuando oyó que alguien bajaba a toda prisa por las escaleras, haciendo mucho ruido y gritando: «¡Perdóoon, perdóoon!». Era un joven muy alto, de pelo alborotado, que llegó a su lado en el momento en que ella apoyaba el dedo en el timbre para llamar.

—¿Buscas a Giles? —le preguntó—. No llames, ¡ni se te ocurra! Si lo haces, lo partes por el eje. Sube directamente y entra sin llamar, y si no lo ves por allí, da unas voces. Es el tipo más informal del mundo. Date prisa, chica. ¡Hala, arriba!

Monica se había puesto elegante para el primer encuentro con el profesor nuevo y se había hecho la idea de que la ocasión requería cierta dignidad. No quería aparecer de pronto sin las debidas formalidades previas, pero las órdenes del joven alto fueron incontestables y subió dos pisos por unas escaleras largas y oscuras, hasta arriba del todo, donde encontró una puerta que daba a un estudio, una estancia extremadamente revuelta y atestada en la que había una mesa grande de trabajo y un piano de pared, y nada más que pudiera considerarse mobiliario, sino montañas de libros, papeles y partituras desparramadas por el suelo y cualquier otra superficie horizontal. Lo único agradable que vio, aparte de un gatazo negro que dormitaba encima del piano, fue la lucerna del tejado, desde la que se veía un panorama de chimeneas con el Támesis al fondo.

¿Debía sentarse? Pero ¿dónde? Se quedó de pie unos minutos y luego, avanzando con cuidado por entre los papeles del suelo, se acercó a la ventana y se quedó un rato contemplando la vista. Sin embargo, tenía la inquietante sensación de estar en una habitación ajena y no debía tomarse libertades. Pero ¿dónde estaba el señor Revelstoke? ¿Se le habría olvidado que tenían cita a las cuatro? El joven despeinado había dicho que estaba en casa. Aquello no se parecía nada a las citas con Molloy, que era tan puntual como un reloj, o con sir Benedict, cuyo criado siempre estaba a punto para conducirla ante el gran hombre. ¿Cómo había llamado Molloy a Revelstoke? ¿Geniecillo? La habitación parecía propia de un genio, pero ¿cómo podía avisarlo de que ya había llegado?

Tosió. No pasó nada. Volvió a toser y dio unos pasos pisando fuerte, haciendo ruido con los pies y con mucho sentido del ridículo. ¿Sería mejor bajar otra vez y llamar al timbre?

No; tocaría el piano. Se sentó y tocó lo primero que le vino a la cabeza, que fue *Danse Macabre*, antigua favorita de su repertorio. El gato se movió un poco, le

dedicó un bostezo y volvió a dormirse.

Llevaba unos tres minutos tocando cuando oyó una voz fuerte detrás de sí:

—¡Deje de hacer ese ruido infernal!

Monica se volvió y vio a un hombre en el umbral. Estaba completamente desnudo.

No había nada en toda su experiencia que la hubiera preparado para semejante espectáculo, el más sobrecogedor que, dentro de los límites de la naturaleza, se le podía haber ofrecido. Tanto la congregación del Decimotercer Apóstol como sus conocidos más íntimos tenían muy mala opinión de la desnudez. Los noviazgos, incluso los que llegaban a tal extremo que terminaban en apresuradas bodas secretas, siempre se desarrollaban con toda la ropa puesta. Las intimidades de la vida marital se llevaban a cabo en la oscuridad, al amparo de las mantas. Avergonzarse de la desnudez era un gran valor, la prueba de un carácter elevado. Ciertamente, en París había ido al Louvre varias veces con Amy Neilson y había aprendido a mirar los desnudos (incluso el del hermafrodita) sin dar muestras de lo mucho que la violentaba la presencia de esos monstruos desnudos de piedra; pero eso era arte, formas idealizadas, no servían de preparación para lo que tenía ahora delante de los ojos: un hombre desnudo, no demasiado agraciado, con una gama de colores en la piel, entre el rosado y el blancuzco, con vello en algunas partes y, desde luego, vivito y coleando.

Y, para remate, sonreía. No estaba nada cohibido; en cambio, ella, la que respetaba la norma, la que estaba vestida, la ofendida, estaba completamente desbordada. Nunca se había desmayado, pero en ese momento no le llegaba el aire a los pulmones y se le iba la cabeza de tal forma que podía haber perdido el conocimiento.

—Supongo que será el rruiseñor canadiense —dijo él—. Se me olvidó que tenía que venir. Espere un segundo, voy a ponerme algo encima, pero deje de tocar esa porquería.

Y tardó un segundo, porque volvió casi al instante con unos pantalones de franela, unas zapatillas gastadas, sin calcetines, y abotonándose la camisa; se agachó detrás del piano, recogió del suelo unas prendas de mujer y las tiró por la puerta a la habitación de al lado gritando:

—¡Vamos, Persis, vaca perezosa, levántate y haznos té!

La respuesta salió por la puerta en una voz de contralto potente y bien educada; fue breve y vino arropada con palabras que Monica nunca había oído en boca de una mujer.

—¡Cállate! —replicó Revelstoke—. ¿Es que no sabes guardar las formas delante de las visitas... una invitada distinguida del Principal Dominio, nuestro poderoso aliado en la guerra y en la paz? Pórtate bien y tráenos té, anda, que nosotros traeremos música para solaz de nuestro espíritu.

Cogió al gato en brazos y, acariciándolo, se volvió hacia Monica.

—No le importe el punto de informalidad que gastamos aquí y que no habrá encontrado en el elegante ambiente de sir Benedict Domdaniel. Brummagem^[15] Benny (como lo llamamos a veces los músicos con todo el cariño, desde luego) prefiere otras cosas, como debe ser. Tiene la obligación de mantener una posición social acorde con su enorme y bien merecida fama. En cambio yo, como ve, soy un ser completamente distinto. Se encuentra usted en la redacción de *Lantern*, que es, sin la menor duda, la revista de crítica más avanzada y menos popular de todas las que se publican actualmente en Inglaterra. Supongo que comprende el significado del nombre. «*Lantern*»: la linterna de Diógenes, con la que buscaba a los honrados, a los sinceros y a los buenos, y también la farola a la que se refiere el antiguo grito revolucionario «*À la lanterne!*», porque de nuestra farola colgamos los cadáveres mutilados de todos aquellos que, a nuestro entender, lo merecen; al mismo tiempo, como sabrá, alude también al país *des lanternes* que describe en su obra maese François Rabelais, creador de *Pantagruel* (con el que, presumo, estará íntimamente familiarizada), en el que vivían los pedantes y los bocazas de todas las artes; lo insinuamos subrepticamente en el nombre por medio de una homofonía gnómica que se capta enseguida. Esto es un taller y lo propio de los talleres es el desorden. Pronto será también el suyo, siempre y cuando nos entendamos, como espero. Le presento a mi amigo *Pyewacket*, un gato encantador, pero sin el menor sentido crítico para la música.

Lo interrumpió la entrada desde el dormitorio de una chica alta de unos veintitrés o veinticuatro años, sin otra prenda encima que unas enaguas no muy limpias; tenía el pelo largo y oscuro, lo llevaba suelto y parecía recién levantada de la cama.

—Cerillas —dijo a Revelstoke.

Él vio una encima de la mesa y se la dio.

—Permítame presentarle a la señorita Persis Kinwellmarshe, hija del almirante sir Percy Kinwellmarshe, retirado y residente ahora en Tunbridge Wells. La señorita Kinwellmarshe es una de mis principales ayudantes de edición. Estábamos celebrando un consejo editorial llamado revolcón. ¿No conoce a Rabelais? ¡Lástima!

A Monica no le gustó la señorita Kinwellmarshe desde el primer momento. Llevaba el letrero de «chica mala» escrito en la frente y, por si fuera poco, era una auténtica belleza, tenía la nariz elegante y en ese momento parecía mirar a Monica con sus encarnadas fosas nasales.

—Encantada de conocer a cualquier amistad del señor Revelstoke —dijo ella.

Monica sabía que se estaba burlando, pero la principal máxima de Amy («Con la sencillez nunca se equivoca una, querida») acudió en su ayuda. Se limitó a responder con una inclinación de cabeza y añadió:

—¿Cómo está usted?

La señorita Kinwellmarshe cogió la cerilla, dio media vuelta y se fue a la cocina. «Tiene un trasero como un abejorro», dijo Ma Gall dentro de la cabeza de Monica con total claridad... tanta, que se sobresaltó.

—Bien, vamos a trabajar un poco —dijo Revelstoke, que se había divertido presenciando el encuentro—. Dice sir Benny que ha estado una temporada con el inefable Molloy. Es un maestro admirable que adopta una actitud de policía con el arte del canto. Cánteme algo de lo que haya aprendido con él.

Puesto que Revelstoke no se dispuso a acompañarla, al contrario que Molloy, se sentó ella al piano y cantó seis canciones tradicionales inglesas. No habría sabido decir por qué, pero el caso fue que la presencia de la señorita Kinwellmarshe en el piso le hizo un efecto tonificante y cantó bien.

—El acompañamiento es delicioso, cierto —dijo Revelstoke—. Cecil Sharp tenía cierto encanto para esas cosillas, aunque, claro, las canciones tradicionales no llevaban acompañamiento. Cánteme *Searching for Lambs* sin ese agradable campanilleo de fondo.

Monica repitió la canción. «Si cree que nunca la he cantado sin acompañamiento, es que no conoce a Murtagh Molloy», pensó.

—No está mal. Tiene buen oído y buen sentido del ritmo... ¡Ah, aquí llega nuestra querida señorita Kinwellmarshe con el té! No le ofrezco té, señorita... se me ha olvidado... ¡ah, sí, claro! Señorita Gall; lo tomará cuando termine de cantar. Bien, Brum Benny dice que su especialidad son las baladas victorianas de salón: toda una novedad, un trabajo original por su parte, en esta época que tan inmerecidamente ha relegado al olvido esa clase de música. Al parecer, una de sus mejores piezas es *Good-Bye!*, de Tosti. No puedo esperar más. ¿La cantaré ahora, por favor? ¿No le importa que tomemos té entre tanto? Es el complemento perfecto de esa canción, ¿no le parece?

La señorita Kinwellmarshe se había tumbado voluptuosamente en la mesa de trabajo, con la cabeza apoyada en un montón de manuscritos y la larga y bonita melena ondulada cayendo por sobre el borde; la esplendidez de su cuerpo en esa postura se vio un poco empañada por lo sucias que tenía las plantas de los pies, pero estaba claro que ella pensaba en el efecto general y despreciaba las menudencias.

—Hace unos meses que no la canto —dijo Monica.

Lo cierto era que, bajo la dirección cruda pero amable de Molloy, había empezado a avergonzarse mucho de Tosti. ¿Cómo se le pudo ocurrir a sir Benedict hablar de eso? ¡Estos ingleses...! ¡Arteros, chivatos, burlones! No podía una fiarse de ellos.

—Sin embargo, cuando dejamos descansar algo una temporada, a veces, al retomarlo, descubrimos que, inconscientemente, lo entendemos mejor —dijo Revelstoke con una sonrisa diabólica.

—Preferiría no cantarla —dijo Monica.

—Pero yo deseo oírla y lamento tener que recordarle que si voy a enseñarle algo, debe usted hacer lo que le pida. —Ahora solo enseñaba los dientes.

«Solo quiere ponerme en ridículo delante de esa fresca cochina —pensó Monica—. Me marchó. Diré a sir Benedict que no lo puedo soportar. Me voy a casa».

Pero miró a Revelstoke a los ojos y cantó. Nunca se había enfadado tanto en su

vida. Le repugnaba ese hombre, que había osado exhibirse desnudo y que cada vez que abría la boca era para faltarle al respeto de la manera más sibilina y sarcástica; le repugnaba la fulana que se repantingaba semidesnuda en la mesa; le repugnaba sir Benedict, que se había burlado de ella a sus espaldas. Tan intenso era el aborrecimiento pasional que sentía por dentro que creyó que le iba a estallar la cabeza. Pero los seis meses que había pasado con Murtagh Molloy no fueron en vano. Se dominó, aspiró el *muhd* y cantó.

Terminó. Tocó en el piano el *diminuendo* de los siete compases de lamento. Silencio. Lo rompió la señorita Kinwellmarshe con una sola palabra sarcástica, despectiva y humillante.

—Nada de eso —replicó Revelstoke—, y permíteme recordarte, Persis, que aquí el crítico soy yo y los comentarios los hago yo, no tú. Ponte en movimiento, gata provocativa, vete a la máquina de escribir, lava la ropa o lo que sea, pero vete a hacer algo.

Se levantó, bajó a la señorita Kinwellmarshe de la mesa y la empujó hacia la cocina con un sonoro palmetazo en los espléndidos glúteos. Ella repitió la palabra altivamente, pero se marchó.

—Bien —dijo él—, vamos a lo nuestro. ¿De qué trata esa canción?

También Molloy le hacía esa clase de preguntas de vez en cuando, y no las soportaba. Una canción solo era una canción y trataba de lo que decía; casi era una lástima indagar en ella y desmenuzarla, porque podía perder su forma para siempre. Revelstoke la había obligado a cantar contra su voluntad y sabía que también podía obligarla a hablar. Más valía complacerlo inmediatamente y acabar de una vez.

—De gente que se despide.

—¿Gente?

—Dos enamorados, supongo.

—¿Por qué se despiden?

—No lo sé. La canción no lo dice.

—¿Ah, no? ¿Quién la compuso?

—Tosti.

—La música, sí. ¿De qué época es Tosti?

—Ah, de hace poco. El señor Molloy lo vio una vez.

—¿Quién escribió la letra?

—No... no lo sé.

—¡Ah! Entonces, deduzco que da usted muy poca importancia a la letra, en comparación con la música. ¿Le parece que la música es buena?

—No, en realidad no.

—¿Cómo la calificaría?

—Diría que es una canción de salón, creo.

—Sí, sí, pero ¿técnicamente?

—¿Una balada?

—No, una balada no. Casi no llega ni a melodía... no se puede tararear, siquiera, como las baladas. Es lo que se llama un *aria parlante*. ¿Sabe lo que quiere decir?

—¿Una canción hablada, más o menos?

—Una canción que se declama. Así, pues, seguro que declama algo. La letra es de un novelista y poeta escocés de la época victoriana llamado George John Whyte-Melville, aunque veo que en su partitura figuran las iniciales G. T. y lo dejan sin su guión; eso demuestra la opinión que tenía de él la casa Ricordi. ¿Lo conocía?

—No.

—Fue un hombre interesante. Tuvo mucho éxito, pero nunca dio a su trabajo el valor debido y le quitaba importancia, aunque de una forma caballerosa. Escribió mucho sobre la caza del zorro, pero sus escritos siempre tienen un aire melancólico que se contradice curiosamente con los temas que trata. Según su biógrafo, se debía a su desgraciada vida matrimonial. ¿Cree que eso arroja alguna luz sobre la canción?

—Es muy triste. ¿Quiere decir que tal vez no se refiera a dos enamorados, sino a su mujer y a él?

—La opinión que acaba de dar implícitamente sobre el matrimonio es encantadora. Algunas veces, el marido y la mujer están enamorados, pero los enamorados no siempre son felices. ¿Por qué cree que sufren?

—Bueno, en general, sufren porque no pueden casarse, o porque uno de ellos ya está casado.

—Puede haber otros motivos. Lea la primera estrofa. Contendidamente y sin expresión, Monica leyó:

*Falling leaf, and fading tree,
Lines of white in a sullen sea.
Shadows rising on you and me;
The swallows are making them ready to fly
Wheeling out on a windy sky—
Good-bye, Summer,
Good-bye.*^[16]

—¿Lo ve? Es una serie de imágenes: la caída de la hoja, las aves que se van al sur, la tormenta que amenaza y la oscuridad que se cierne. Y todo eso, ¿qué quiere decir?

«Esto es peor que las clases de literatura del colegio», pensó Monica; pero respondió:

—El otoño, supongo.

—El otoño, supone. Ahora permítame que lea yo la segunda con un poquito más de comprensión que la que ha querido usted dar en su lectura:

*Hush, a voice from the far away!
'Listen and learn', it seems to say,
'All the tomorrows shall be as today.
The cord is frayed, the cruse is dry
The link must break and the lamp must die.
Good-bye to Hope,
Good-bye.*^[17]

—¿Qué le parece que dice?

—¿El otoño otra vez?

—¿Un otoño que dura eternamente? Veamos los símbolos: la candela se apaga, la cadena se rompe, la jarra está vacía, la cuerda se va a romper y mañana siempre será como hoy... ¿qué le sugiere? ¿Qué es la voz que avisa? ¡Piense!

Monica pensó.

—¿La muerte, tal vez?

—Bastante acertado. La muerte... tal vez, pero no exactamente tal como la concebimos en general. La última estrofa nos da la respuesta:

*What are we waiting for?
Oh, my heart!
Kiss me straight on the brows!
And part —again— my heart!
What are we waiting for, you and I?
A pleading look, a stifled cry—
Good-bye forever,
Good-bye!*^[18]

—Ahí está, más claro que el agua. ¿De qué trata? ¿De quién se despiden? ¡Vamos, piense!

Tanta insistencia la confundía y la ponía terca. Se quedó mirándolo fijamente un par de minutos y al final habló él.

—Es la muerte, eso seguro, pero no la muerte del cuerpo, sino la del amor. Fíjese en la pasión de la última estrofa, una pasión que Tosti traduce con mucha eficacia en la música. La premura, la sensación de encogimiento alrededor del corazón, la súplica que ruega por el clímax y la decepción del clímax: ¿qué es? ¿A qué experiencia humana alude?

Monica no tenía la menor idea.

—Bien, señorita Inocencia Alcornoque, es el otoño del amor, el fracaso del amor físico; es la impotencia. Es una insuficiencia física que trae consigo un sentimiento de

ineptitud espiritual terrible y demoledor. Es la tristeza de los años que aumentan sin cesar. Es el precio que cobra la vida por la madurez. Es la presciencia misma de la muerte. Es la inspiración de algunas de las mayores obras de arte del mundo, aunque también es el fundamento de cantidades ingentes de obras de teatro malas, de películas de Hollywood y del gimoteo de la música de consumo. Es una de las fuentes principales de una emoción deliciosa y un tanto falsa llamada renuncia. Whyte-Melville y Tosti la han comprimido en veinte versos y unos cien compases de música y, aunque el resultado no sea espectacular, por Dios que es verdadero y real, y por eso la canción no pierde el gancho que tiene, por muy anticuada que esté. ¿Me sigue?

Monica se quedó pensando. Lo que decía Revelstoke le causó una fuerte impresión y le pareció que, si lo entendiera del todo, descubriría muchas cosas nuevas. Deseaba entender y, tras la pausa, lo miró a los ojos y preguntó:

—¿Qué es la impotencia?

Revelstoke la miró fijamente y enseguida le vino a la cabeza una grosería, pero la seriedad de Monica requería algo mejor y, por tanto, respondió con seriedad.

—Es cuando se desea realizar el acto amoroso y no se puede —le dijo—. Es una disfunción del hombre, pero afecta por igual a los dos miembros de la pareja. El simbolismo del poema es muy acertado.

Hubo un silencio que duró unos tres minutos, mientras Monica pensaba.

—No le veo la utilidad —dijo ella al fin—; coge una canción antigua que habrán cantado centenares de personas y la arrastra por el suelo hasta que solo significa una enfermedad fea que contraen los hombres. ¿Cree que eso me ayudará a cantarla mejor? ¿O se está burlando de mí?

—No me burlo de usted y no he hecho eso que ha dicho. He relacionado un poema bastante bueno con una experiencia humana desesperante que, en mi opinión, es lo que lo inspiró. Si cree que los poemas son fruslerías bonitas que inventan hombres necios mientras aspiran el aroma de las flores, mi interpretación no le servirá de nada, pero si cree que son destellos de clarividencia, fragmentos de una verdad, un claro entre las nubes del despropósito y el fingimiento humanos, mi interpretación es válida. Para cantar, recurre usted a su experiencia más profunda y la dirige a la experiencia más profunda de quien la escucha y, créame, la experiencia profunda tiene su correspondencia física; no somos espíritus puros, lo sabe, ni almas hermosas que deben cargar con un cuerpo feo e indecente. Esta canción no es sobre «una enfermedad fea que contraen los hombres», por decirlo con sus propias y deprimentes palabras burguesas; esta canción habla de la muerte del amor y de la premonición de la muerte; es un recordatorio de la mortalidad. Como bien ha dicho, la han cantado centenares de personas, y millares se han conmovido escuchándola sin saber por qué. La poesía y la música hablan directamente a lo más hondo de la experiencia, a la que poseemos sin ser conscientes de ello, en un lenguaje que solo entendemos defectuosamente. Sin embargo, entre nosotros tiene que haber algunos

que entiendan algo más y que nos den lo mejor de sí mismos para que lo entendamos mejor. Si va a ser usted una de esas personas, debe estar dispuesta a indagar en sí misma y a sufrir por ello. Cuando entré aquí hace un momento, estaba tocando una obra muy tonta de una manera todavía más tonta. Canta las canciones tradicionales como una María Antonieta de opereta que finge ser pastora. Domdaniel quiere convertirla en algo más y por eso la ha mandado aquí.

—¿Cree que *sir* Benedict opina lo mismo que usted de la música y la poesía?

—Lo que más le gusta a *sir* Benedict es hacer el papel de hombre de mundo frívolo, cortés y exquisitamente vestido, pero no es idiota y cree que usted tampoco. Al menos, eso fue lo que me dijo. Aquí tiene el té que le había prometido.

Era pésimo. Monica lo tomó sin dejar de pensar. Al cabo de un rato, durante el cual Revelstoke no le quitó la mirada de encima, este dijo:

—¿Qué está pensando?

—Que no es usted demasiado *simpatico*.

—No tengo tiempo para lindezas. Soy muy desagradable, según la opinión de muchos, y procuro que siga siendo así, porque es la manera de guardar las distancias con los necios.

—El señor Molloy dice que es usted casi un genio.

—Teniendo en cuenta lo corto que es él, en eso acierta bastante. Bien, ¿va a tomar clases conmigo?

—Sí.

—De acuerdo. Ahora deme treinta chelines por la suscripción a *Lantern*. Aquí tiene un ejemplar del último número. La próxima vez que venga, tenga la cortesía de llamar al timbre, así se ahorrará sofocos.

Si Monica había corrido peligro a causa de la soledad y el aburrimiento, ahora lo corría por el agotamiento, de no ser porque, tal como había dicho *sir* Benedict, era fuerte como un caballo. Disfrutaba plenamente de las emociones. Molloy seguía tomándose las clases con Revelstoke como una afrenta personal de Domdaniel a la calidad de su enseñanza, y la hacía trabajar muchísimo repitiendo ejercicios específicos para el desarrollo de las cualidades vocales, a las que llamaba, en su nomenclatura anticuada, «la retórica y el patetismo», y que *sir* Benedict prefería llamar «la agilidad y la ligadura». Le impartía su método infalible con furia pedagógica, por así decir, la machacaba con la importancia de la respiración y la postura para el control de los nervios y la interrogaba inquisitivamente sobre lo que comía y en qué cantidad. También, aunque veladamente, sobre la regularidad con que iba al retrete. Insistía obsesivamente en la postura de la cabeza y la relajación de la mandíbula y, a veces, Monica se despertaba por la noche sobresaltada, oyendo la voz del maestro que gritaba: «Cabeza adelante y arriba, no abajo y atrás: ¡la cabeza manda!».

Revelstoke le daba muy pocas indicaciones sobre la forma de producir la voz y no tardó en descubrir que, en realidad, sabía muy poco de eso.

—Que le enseñe esas cosas mecánicas el inefable Molloy —le dijo—, que del estilo me ocupo yo.

Sin embargo, encontraba la manera de que le contara todo lo que hacía y decía Molloy en las clases, y ella, al ver la gracia que le hacían sus imitaciones del irlandés, de vez en cuando caía en la tentación y lo complacía, aunque después se avergonzaba. Molloy era verdaderamente bueno y generoso en los esfuerzos que hacía por ella, pero aun así... era difícil resistirse a un hombre joven e inteligente que quería verla burlarse de otro, mayor y caricaturesco. Para acallar los remordimientos de conciencia, se decía que no lo hacía con mala intención y que todo el mundo, incluido *sir* Benedict, se reía de él.

Con Revelstoke tuvo que esforzarse mucho con una gran cantidad de letras de canciones; no las estudiaba para cantarlas después, sino, como decía él, para «cogerles el aire». De todas maneras, era un proceso trabajoso, con largas incursiones en la poesía inglesa, alemana y francesa que ponían a prueba su dominio de esas lenguas y la ayudaban a conocerlas mejor.

No sabía italiano y Revelstoke pidió a *sir* Benedict que le buscase un profesor. Con ello se incrementó considerablemente el trabajo diario, pues el *signor* Sacchi era un fanático y quería empezar con Dante cuanto antes.

Sin embargo, lo que más dificultades le planteaba era el inglés. Molloy, fiel a su palabra, había logrado moderarle el acento de Ontario hasta el punto de que, a veces,

Monica temía los comentarios que haría su madre: que ese acento nuevo era «pura tontería». Pero Revelstoke quería más. Condenaba muchas características de su nuevo acento por «suburbanas» e insistía en un nivel de pureza de su propia creación. Desechó desde el principio los modelos que Monica había tenido hasta el momento, los actores del Old Vic; decía que era una forma de hablar queapestaba a club de tenis del sur de Londres.

—El inglés no se basa en la cantidad, como el latín —le decía una y otra vez—, sino en los acentos fuertes y débiles. Un acento mal colocado destroza el sentido y el sabor de una palabra y distorsiona la calidad de todo el verso. No se puede cantar un solo verso sin dominar todos sus acentos, porque cantar es, en primer lugar, en último y en todo momento, una forma de elocución humana, el habla elevada a la máxima categoría.

Su forma de enseñar resultaba confusa para la inteligencia directa de Monica, porque nunca sabía si bromeaba o hablaba en serio. Cuando iba a la escuela, los maestros no solían hacer broma, pero cuando hacían alguna, la etiquetaban claramente. Sin embargo, al cabo de unas semanas, aprendió a identificar la ironía en ciertos tonos de voz, e incluso a disfrutarla, aunque ella no era nada irónica. Lo que más la asombraba de su profesor era lo variado y profundo de sus conocimientos, y no llegó a acostumbrarse nunca a la facilidad con que citaba la Biblia, aunque, lógicamente, una persona que vivía de una manera tan perversa (siempre aparecían prendas de vestir de la señorita Kinwellmarshe hasta en los lugares más insospechados) solo podía ser atea.

Un día, después de oírle hablar media hora sobre los ciclos de canciones de Schubert inspirados en los poemas de Müller y de la habilidad de tan modesto poeta para inspirar a un genio musical de primera categoría, Monica se atrevió a darle las gracias y a decir que todo eso era muy instructivo. Revelstoke entendió que, a pesar de la aparente condescendencia y torpeza de la expresión, la actitud de Monica era verdaderamente humilde; no obstante, el profesor le hizo una advertencia que se le quedó grabada.

—Comprendo lo que quiere decir —recalcó—, pero le ruego que no utilice palabras como «instructivo», que se han vuelto rancias de tanto usarlas mal. Lo que hacemos aquí no es instruir, sino iluminar, supongo, y su fin es alimentar el espíritu. Si la educación formal no tiene en cuenta las artes, su propósito se reduce a fabricar críticos, no artistas. Lo que consigue, por lo general, es enjaular el espíritu en las ideas de otros: las de los poetas y filósofos que en épocas pretéritas supieron ver verdades espléndidas de la vida, y que aquellos que no son clarividentes por sí mismos convirtieron después en dogmas inamovibles. Debemos trabajar el espíritu, no la mente como tal. Porque «el espíritu lo penetra todo, hasta lo más íntimo de Dios».

De esa forma, y con bastante rapidez a pesar de todo, Revelstoke convenció a Monica de que no se esforzara más en aprender como un loro y de que dejase de

imitar a sus maestros sin entender lo que hacían en realidad; logró que sintiera algo y que comprendiera, respetara y cultivara su propio sentir.

—Nuestro querido Giles es de lo mejorcito; conocerlo es un privilegio... si no fuera por la fauna que lo rodea.

Eso decía Bun Eccles a Monica unas semanas después del comienzo de las clases con Revelstoke, mientras tomaban algo en el bar The Willing Horse. Monica le dio la razón con entusiasmo.

En justicia, reconocía que el propio Eccles era uno de los ejemplares más destacados e inquietantes de la fauna que rodeaba a Revelstoke. John Macarthur Eccles era el joven que bajaba corriendo las escaleras el primer día que fue a casa de su profesor; era pintor y australiano y siempre lo llamaban Bun, diminutivo de Bunyip. Muy poco después de conocerlo, Monica le preguntó con indignación por qué le había dicho tan taxativamente que subiera sin avisar, sabiendo lo que sabía. La respuesta fue típica de él:

—Mira, nenita, yo acababa de pasar por allí y estaban que se subían por las paredes, y me pareció estupendo ver cómo reaccionabais los tres.

Bun ostentaba el grandilocuente título de director de arte de *Lantern*. Hacía grabados en madera e ilustraciones de adorno en la revista y oficialmente se encargaba de la tipografía, pero como apenas conocía el oficio y casi nunca sabía el día de la semana en el que vivía, ese trabajo lo hacía el impresor. *Lantern* se imprimía en un taller muy bueno, Raikes Brothers, porque un sobrino del señor Raikes, padre, tenía interés en la revista y a veces publicaba en ella versos satíricos que escribía él. Raikes Brothers se ocupaba también de mandar la revista a los suscriptores por correo, porque solo la imprenta tenía la lista completa de tan afortunadas personas, aunque en alguna parte había una caja de zapatos con fichas en las que la señorita Kinwellmarshe había anotado el nombre y dirección de algunos de ellos. No había gerente en *Lantern*, aunque la lista de redactores y colaboradores era impresionante. Tampoco había nadie dispuesto a negociar con posibles anunciantes, aunque dos o tres editoriales y discográficas habían buscado insistentemente a alguien con quien hablar en Raikes Brothers y querían comprar espacio para publicidad a toda costa.

La fauna que rodeaba a Revelstoke estaba relacionada con la revista. El ejemplar que recibió Monica el primer día la dejó perpleja; no logró de ninguna manera saber de qué trataba. Estaba muy bien editada y encontró algunos artículos manifiestamente virulentos y sarcásticos y algunas fotografías y caricaturas, pero en general, todo el contenido parecía dar por supuesto en el lector un bagaje de conocimientos determinados, a los que se aludía con indignación y repulsa, pero al que solo los iniciados tenían acceso. Tardó algún tiempo en comprender que se trataba de una publicación muy particular. Su principal objetivo era criticar a los críticos, tanto a los de literatura y teatro como a los de pintura y música. Por lo visto, todos ellos sin excepción eran hombres de escasa capacidad y conocimiento superficial; *Lantern* se había propuesto ponerlos en la picota. Claro que todo eso no se entendía si no se

habían leído las críticas previamente.

Revelstoke escribía sobre música y desempeñaba la mitad del cargo de director de redacción; de la otra mitad se ocupaba un ser frágil y amable llamado Phaniel Tuke, que llevaba la parte literaria. Tuke no se indignaba tanto; luchaba por la causa de una crítica sensible, siempre descubría obras maestras que los críticos menos atentos habían pasado por alto y encontraba grandes hallazgos en libros que los superficiales reseñistas de la prensa dominical y de los semanarios medianamente culturales tildaban de despojos. La gente de su entorno consideraba que albergaba en su enclenque cuerpecillo una integridad maravillosa y que era incuestionablemente el intelecto más agudo de su tiempo. Era su agudeza de la llamada mordaz, tan mordaz que a Monica se le escapaba la gracia por completo, por más que chasquease los labios al oír sus comentarios más celebrados y sus réplicas más atinadas. Sin embargo, ella creía que era por su culpa. Apreciaba a Tuke, aunque no comprendiera su ingenio impenetrable, porque era un hombrecillo honrado y necesitado de cuidados maternales, aunque se los prodigarán jóvenes vírgenes.

La eterna compañera y defensora de Tuke era una mujer irlandesa, feúcha y fornida, de unos treinta años, llamada Bridget Tooley; siempre estaba pendiente de cualquier oportunidad para salir en defensa de Tuke. Escribía, en un sentido que nunca estaba claramente definido, y, por lo visto, su producción era demasiado buena para ser publicada muy a menudo. Cuando Tuke se retrasaba en la entrega de artículos para *Lantern* siempre era ella quien subía las escaleras pisando fuerte a dar la noticia. No había verdaderos motivos para que el piso de Revelstoke fuera la sede de la publicación, circunstancia que alarmaba mucho a la patrona, la señora Klein. La mujer había ido a Inglaterra en calidad de refugiada y no había llegado a familiarizarse con la ley inglesa del alquiler y realquiler, y por eso siempre temía que se presentase la policía y la multase por permitir la existencia de un negocio en el inmueble sin tener el permiso necesario. La pobre mujer no entendía lo poco que tenía *Lantern* de negocio y aparecía de vez en cuando, como el hada mala en medio del baile, y hacía una escena lamentable.

Nadie se comportaba groseramente con ella, salvo Odo Odingsels, el fotógrafo. Era un hombre muy alto y ágil, originario de alguna parte del norte de Europa que nunca se llegó a saber con exactitud; tenía unos bonitos ojos castaños, claros y brillantes, pero estropeaban su aspecto general una suciedad fuera de lo común y la calvicie por zonas que padecía, como si le hubieran roído la cabeza las ratas. Tenía la costumbre de gritar a la señora Klein de una forma muy desagradable, y eso era lo que la hacía llorar. Daba vergüenza ajena, pero todos estaban de acuerdo en que Odingsels era un genio de la cámara y por eso había que consentirle sus manías.

Esas eran las visitas que se recibían en el piso de Tite Street, si es que se puede considerar visita el presentarse a cualquier hora del día o de la noche y quedarse hasta diez horas seguidas. Era normal que Monica recibiese las clases al tiempo que Tuke y Tooley hablaban de un manuscrito en susurros en algún rincón y Odingsels, casi

debajo del codo de Monica, comía pescado en lata. *Pyewacket* competía con ella casi siempre por la atención del profesor. Sin embargo, Revelstoke se concentraba por completo y Monica aprendió a aislarse de las distracciones del entorno mientras trabajaban. De todas excepto de una: la señorita Persis Kinwellmarshe.

—Te equivocas con nuestra querida Perse —le dijo Bun Eccles—. Sencillamente, da a Giles lo que necesita. La afición de Giles son las nenas. Siempre está con alguna, no puede dejarlas en paz. En cambio, a mí, por ejemplo, me gusta darme unos achuchones o un revolcón de vez en cuando, lo mismo que a cualquier tío, solo por comprobar que todo sigue en su sitio, pero mi verdadera afición es la cerveza. En cambio, nuestro querido Giles... nunca tiene bastante. Y a Perse le pasa otro tanto; a ella le gusta. Pero, aparte de eso, lo único que hay entre ellos es algo parecido a una camaradería intelectual, podríamos decir. Giles es un genio, ¿sabes? Y eso es lo que en realidad quiere Perse, porque, verás, en su casa... bueno, su padre, que es exalmirante, usa monóculo y todavía lamenta el cierre del *Morning Post*, y ella se rebela contra todo eso. No quiere ser una damisela de los condenados Tunbridge Wells. A lo mejor exagera un poco, pero nuestra querida Perse es una tía que vale la pena.

—¿Qué necesidad tiene de ir tan sucia? —dijo Monica, pensando que era lo menos arriesgado que podía criticar.

—¡Ah, vamos! ¿Cómo no va a tenerla? Es una forma de rebelión, ¿entiendes? Y es de las pocas afortunadas que está tan guapa sucia como limpia. Es un auténtico monumento. Pura anatomía y tal, pero es que es prácticamente perfecta, pero no perfecta de empalagar, como esas condenadas nenas griegas de piedra, tan imponentes, del Louvre. ¿Te has fijado bien en las rodillas de Perse? ¡No jorobes! ¡Son perfectas!

—¡Las rodillas! Me asombra que sea lo único que le has visto.

—¡Ah, Monny, no me salgas con esas! Eso es muy provinciano. Desde luego que le he visto todo lo que hay que ver. A veces posa de modelo, y además le gusta, pero las rodillas perfectas son muy muy escasas. Y, aparte de toda la pretenciosidad de gran dama inglesa que gasta, es una chica estupenda.

—¡Seguro! —dijo Monica. No era una ironía de la categoría de *Lantern*, pero le salió del alma—. Ahora me dirás que es más buena que el pan.

—Pues sí, lo es.

—Bun, esa chica es una golfa y lo sabes.

—¡Ay, Monny, vamos, eso no es digno de ti! Perse es una veleta, eso lo sabe todo el mundo, pero ¿qué más te da? No tienes que ser como ella, si no quieres. Pero no te hagas la puritana en el ambiente de *Lantern*, no es el sitio adecuado. Te pido otra media pinta, a ver si te ablandas un poco.

Monica había adquirido la costumbre de ir todos los días al Willing Horse con Bun Eccles, pero no conseguía deshacerse del complejo de culpa. Allí estaba ella tomando cerveza en un *pub* (lo que en casa se llamaba un salón de bebidas). Según la

educación que había recibido, eso era la autopista de la prostitución, pero no le había pasado nada malo hasta el momento y parecía que Eccles la consideraba una amiga, no paraba de ofrecerle medias pintas solo porque le apetecía. Incluso algunas veces las pagaba ella, pues, al parecer, en los ambientes de *Lantern* estaba bien visto que invitaran las chicas. Amy le había dicho: «No es necesario que bebas, querida, pero tampoco es necesario que alardees de no beber». Y ahí estaba, bebiendo como una esponja, según su baremo (a menudo, hasta dos y tres pintas al día), mientras que las advertencias de Ma Gall y los solemnes consejos del pastor Beamis se le iban borrando de la memoria.

Sin embargo, era curioso que no dejaran de venirle a la cabeza algunos de los comentarios más encendidos de su madre, y los oía con la voz de Ma, sobre todo en relación con la señorita Kinwellmarshe. Monica no se había dado cuenta de lo mucho que se parecía a su madre. La obsesionaba a menudo la sensación de estar alejándose de su familia en la forma de hablar y de vestirse, y, en compensación, descubrió que algunas conclusiones morales que extraía sobre las personas de su entorno se debían a la influencia de su madre e incluso las formulaba al más crudo estilo de Ma. La asustaba; a veces parecía que estuviera poseída. Lo que más deseaba era adquirir experiencia, la experiencia que debe abrir la mentalidad y enriquecer el alma del artista, pero ¿qué tenía que ver la señora Gall con todo eso?

La asombró la rapidez con que se hizo un lugar en el grupo de *Lantern*, gracias a algunas cosas que ella sabía hacer pero que los demás procuraban evitar. Sabía escribir a máquina y hacer copias limpias incluso con una vetusta Corona portátil que era la única propiedad de la revista. Los demás solo escribían con dos dedos y las señoritas Tooley y Kinwellmarshe discutían enardecidamente con frecuencia por ver cuál de las dos debía hacer tan degradante tarea. Tuke usaba lapicero y tenía una caligrafía ilegible; Revelstoke escribía con una elegante bastardilla, pero tan menuda que era una tortura leer párrafos largos. La velocidad profesional de Monica les parecía mágica. Además tenía nociones de contabilidad y, aunque la revista solo llevaba un mísero y engañoso libro de caja, ella conseguía hacer los balances más aproximados que nadie. Eso era poder, y Monica, que tantos deseos tenía de ser indispensable para ese puñado de talentos rutilantes, lo comprendió enseguida. Empezó a faltar a las clases de *Madame* Herber y a las del doctor Schlesinger porque Tuke se prestaba de buen grado a hablar con ella en francés y podía practicar a menudo el alemán con Odingsels y la señora Klein. Las de italiano con *signor* Sacchi no podía perderselas porque acababa de empezar, y tampoco quería prescindir de las de Coram Square, en las que tanto se esforzaba Molloy por demostrar que era superior a Revelstoke. Aun así, algunos días pasaba seis u ocho horas seguidas en el piso de Tite Street escribiendo a máquina, charlando, haciendo la contabilidad y aprendiendo. Frecuentaba la desordenada cocinita tanto como la señorita Kinwellmarshe; ya no tenía reparos en bajar al retrete del segundo piso (pues en el cuarto de baño de Revelstoke solo había bañera y lavabo y casi siempre estaba lleno

de ropa mal lavada y prendas mojadas, tanto de él como de Persis Kinwellmarshe). Era útil, la necesitaban, y si hubiera logrado superar del todo los ataques de censura contra Persis, habría sido completamente feliz.

En esa época, los albaceas del fideicomiso Bridgetower tenían pocos motivos para reunirse y se veían muy de vez en cuando. Después de la reunión de junio, cuando recibieron la triste noticia de que debían gastar más dinero en Monica, no volvieron a verse hasta el 21 de diciembre, coincidiendo con el segundo aniversario de la muerte de Louisa Hansen Bridgetower. No había gran cosa que hacer, más que dar lectura a las dos cartas que había recibido el señor Snelgrove, una de los abogados de Londres, con la cuenta del desembolso que habían hecho, en la que, de una manera fría y legal, decían que esperaban haber gastado suficiente dinero. La otra, más interesante, como de costumbre, era de sir Benedict y decía lo siguiente:

Tal como esperaba, su protegida ha progresado visiblemente desde que volvió de París; su estancia con la señorita Amy Neilson le ha sido muy provechosa. Aprende rápido y es sensible al ambiente; su conducta actual le allanará el aspecto social, secundario, pero muy importante, de su carrera de cantante.

Además de las clases con el señor Molloy y las de idiomas (ahora estudia también italiano), está aprendiendo cancionero literario y cultura musical general, que tanto necesita, con Giles Revelstoke. Es posible que conozcan ustedes alguna de sus obras; en mi opinión, es uno de los compositores ingleses más prometedores de las últimas décadas, sobre todo de canciones, en estos tiempos que corren, tan faltos de verdadero genio lírico. Dicho profesor habla positivamente de los progresos de la alumna.

Asimismo les comunico que me he propuesto confiar a Monica al cuidado de *lady* Phoebe Elphinstone, una dama que ejerce una función admirable de apoyo a estudiantes americanos y de la Commonwealth presentándoles a familias inglesas que puedan ofrecerles acomodo en los períodos de vacaciones que, de otro modo, pasarían sin saber qué hacer. *Lady* Phoebe ha encontrado una familia que puede acoger a Monica en Navidad. Se trata del señor Griffith Hopkin-Griffiths, de Neuadd Goch (Llanavon, Montgomeryshire), y señora. *Lady* Phoebe me asegura que son unas personas encantadoras y creemos que para Monica (cuyo carácter y valía resultan cada vez más y más impresionantes) entrar en contacto con la vida en la campiña será una experiencia muy agradable y muy acorde con los deseos expresos de su difunta mecenas, la señora L. H. Bridgetower.

—¡Hay que ver! —exclamó la señorita Pottinger—. ¡La vida en la campiña! Solo

espero que tenga la sensatez de llevar un regalo a la familia. ¿No deberíamos mandarle un telegrama para recordárselo, tal vez?

—Tenía la idea de que ya nadie vivía en la campiña —dijo el deán Knapp—, aunque, naturalmente, es probable que en Gales todo sea en una escala mucho más humilde.

—En realidad, eso es todo lo que tenemos que tratar —dijo Snelgrove—, aparte del gasto. A pesar de los logros de Jodrell y Stanhope, no deja de acumularse dinero en el banco. Es improbable que pongan en duda la gestión que hacemos del dinero y quieran hacernos una auditoría oficial, al menos de momento, pero no podemos olvidar que el inspector público puede solicitarlo discrecionalmente.

Concluida la reunión, Veronica sirvió a los albaceas café y tarta de Navidad en el elegante servicio Rockingham que la tía Puss ya consideraba de su propiedad.

—¿Y qué tal te encuentras tú, Veronica? —dijo la anciana, mirándola de arriba abajo.

—Muy bien, gracias, señorita Pottinger —dijo Veronica, pero tenía un cara de cansancio que empezaba a ser habitual.

Habían pasado casi dos años desde la lectura del testamento de la señora Bridgetower y, hasta el momento, no había señales de que pudiera tener un hijo; por lo tanto, su marido no podría cobrar el dinero Bridgetower todavía.

El 21 de diciembre Monica partió de la estación de Paddington hacia Shrewsbury, allí hizo transbordo hasta cruzar el límite de Gales en dirección a Trallwm y allí subió a un tren de cercanías con destino a Llanavon. Llevaba en el equipaje un regalo apropiado para la familia (una caja grande y cara, pero no vergonzosamente ostentosa, de fruta caramelizada, muy bien presentada para Navidad), de modo que la señorita Pottinger podía haberse ahorrado la preocupación al respecto. Sin embargo, iba tan recelosa de la vida rural como la anciana señora hubiera podido desear. Recordó cuanto había leído, visto en el cine u oído por ahí a propósito de la pequeña aristocracia rural de Gran Bretaña: ¿tendría que ir a cazar zorros? ¿La despreciarían por no saber montar a caballo? ¿Y el inevitable mayordomo intimidatorio? ¿Y la también inevitable heredera de grandes extensiones de terreno, imagen viva de la altivez y la belleza británicas (mentalmente adjudicó ese papel a la señorita Kinwellmarshe) que la reduciría a migajas sin perder ni por un momento sus exquisitos y fríos modales? Lady Phoebe Elphinstone la había tratado maravillosamente la única vez que se habían visto, y no la había intimidado en absoluto, y su secretaria, la señorita Catriona Eigg de Uist, la había ayudado en todo con suma amabilidad, incluso le aconsejó que llevase la caja de fruta caramelizada; pero ninguna de esas dos benignas presencias la acompañaba ahora en el lento tren galés de Shrewsbury a Trallwm.

Sin embargo, viajaba en el mismo vagón que ella un hombre al que había visto subir al tren de largo recorrido en Oxford y que también había hecho transbordo en Shrewsbury. Era joven y, a juzgar por la ropa y la soltura en el trato con los mozos, debía de ser inglés; era de baja estatura, estaba un poco rellenito, tenía el cutis de un color muy subido (¿incipientes capilares rotos?) y tenía el pelo oscuro, corto y bien peinado. Además de una maleta grande, llevaba un maletín lleno de libros, del que no se separaba, como si le sirviera de apoyo moral. Tenía en la mano un folleto encuadernado en papel de color naranja e iba leyéndolo con mucha concentración, moviendo los labios y carraspeando levemente de vez en cuando para aclararse la garganta, al parecer. Sin embargo, a medida que se alejaban de Shrewsbury, daba la sensación de que aumentara su inquietud y cada vez leía menos; en algún momento llegó a asomarse a la ventana para admirar el paisaje con la boca abierta. Cuando avistaron brevemente un castillo situado entre árboles, Monica creyó oírle murmurar «Peacock». Cuando el tren entró en una estación muy pequeña llamada Buttington, el joven abrió la puerta de par en par y murmuró con gran respeto: «Batalla de Buttingtune, 893», y se quedó mirando a todas partes, a las pequeñas fincas y a las colinas lejanas, hasta que el jefe de tren le cerró la puerta de nuevo. Se dejó caer en el asiento y fijó la mirada en Monica, sin verla en realidad. «Una nación antigua y

soberbia, ilustre en la guerra»^[19], dijo en un susurro, y lo repitió con mayor énfasis. Cuando el tren se detuvo en Trallwm consultó apresuradamente el librito amarillo, se asomó por la ventana sacando medio cuerpo y detuvo a un mozo con la mirada.

—¡Arrrgh! —gritó como desesperado—. ¡Arrrgh! —repitió sin añadir otra cosa.

—¿Sí, señor? ¿Desea el señor alguna cosa? —dijo el mozo, y el joven, desalentado, volvió a dejarse caer en su asiento.

Con la determinación inflexible de las viajeras, Monica llamó al mozo para que le transportara el equipaje desde el tren de cercanías hasta la lanzadera que la llevaría a Llanavon. Procuró montar en un vagón alejado del afligido joven.

Sin embargo, media hora después, cuando se apeó en la estación de Llanavon, el joven también bajó del tren y cuando se acercó una chica de la misma edad que Monica, más o menos, y preguntó: «¿Van a Neuadd Goch?», fue él quien respondió: «Sí, gracias. Soy John Scott Ripon».

Monica no había oído nunca el nombre del lugar al que iba pronunciado en lengua galesa. Lady Phoebe y la señorita Eigg de Uist lo habían pronunciado muy deprisa y, en general, evitaron repetirlo.

—¿Señorita Gall? —dijo la chica—. Soy Ceinwen Griffiths; va usted a casa de mi tío, ¿verdad? He traído el carrocín porque hace muy buen día y pensé que les gustaría más ir así. El señor Lloyd se ocupará de los equipajes y los llevarán a casa dentro de una hora más o menos.

Los dirigió a una bonita silla volante tirada por un poni. Monica nunca había visto un vehículo semejante y Ripon estaba encantado con la novedad. Dijo que no podía haber soñado con nada mejor.

Las presentaciones dejaron a Monica un tanto desalentada. Al parecer, John Scott Ripon no era inglés, sino un estudioso procedente de Rhodes, la ciudad estadounidense, y enseguida empezó a entenderse muy bien con la señorita Ceinwen Griffiths. Aunque no era una chica muy guapa, resultaba singularmente atractiva por su actitud suave y cautivadora, sus bonitas piernas y la voz, la más deliciosa que Monica había oído hasta entonces; articulaba tan bien todas las palabras y tenía un acento tan encantador que casi parecía música. No era la entonación descendente típica del habla inglesa ni la maraña de sílabas acentuadas y átonas en la que tanto insistía Revelstoke, sino casi un juego, como si se deleitara en los sonidos y en las palabras por sí mismos. Era fascinante y Monica se quedó sin habla. No así Ripon.

—En el tren he metido la pata hasta el fondo —dijo, cuando el carrocín se puso en marcha—. Quería hablar en gaélico al mozo de Trallwm. He estado estudiando este libro, ¿ve? *Gaélico en una semana*, y quería decir «*A wnewch chwi edrych ar ol fy nheithglud?*», a ver si lo sorprendía. Pero de pronto se me cerró la garganta. Por supuesto, sabía que el mozo hablaría inglés, pero me apetecía intentarlo. Siempre me gusta intentar lo que sea. ¿Se habla mucho gaélico por aquí, señorita Griffiths?

—No, apenas. Un poco los días de mercado, cuando viene gente de las montañas, pero no se dirigirían a usted más que en inglés; a los galeses les intimida que los

anglófonos hablen en gaélico.

—¿Usted lo habla?

*'Annhebig i'r mis dig du.
A gerydd i bawb garu;
A bair tristlaw a byrddydd
A gwynt i ysbeiliaw gwydd...*

—¿Lo entiende?

—No, pero suena muy bien.

—Es un comentario de uno de nuestros más antiguos poetas a propósito del tiempo que hace hoy; no lo encontrará en su *Gaélico en una semana*. De todas maneras, yo no lo hago muy bien. Mi padre es un especialista bastante conocido de la cultura celta.

—¡Oh, fantástico! Entonces, será un placer mucho mayor conocerlo.

—No lo va a conocer. Vivo en casa de mi tío Griff y mi tía Dolly; son encantadores, pero no saben nada de cultura celta. Ya lo verá.

—Ha sido un error comprensible. Verá, he visto quién es su tío en *Burke's Landed Gentry*, de una alcurnia impresionante, por eso creí que podía conocer a fondo la historia de Gales, las costumbres y todo lo demás.

—Ha hecho usted los deberes, ¿no es así? Mi tío Griff puede tenerle toda la noche hablando de genealogía, como cualquier galés. No, no es especialista en la materia, aunque pertenezca a la aristocracia rural.

—Tenencia continuada del patrimonio de Neuadd Goch desde 1488, según el libro.

—¡Oh, qué bien pronuncia Neuadd Goch!

—¿En serio?

—Bueno... no muy en broma.

Al parecer, la señorita Ceinwen Griffiths no solo era muy atractiva, sino además una coqueta consumada. Monica empezó a tener reservas con ella.

Habían subido un empinado repecho y continuaban por la cima de la colina. El carruaje era alto y les permitía ver el panorama a ambos lados de la carretera: Inglaterra a la derecha y las montañas de Gales a la izquierda. Monica nunca había visto un paisaje comparable, tan ondulado, suave y sumido en el sueño invernal y, sin embargo, con un misterio imposible de explicar. Tal vez se debiera a la luz, que variaba muchísimo según donde mirase. Donde ellos se encontraban, no hacía tan buen día como había dicho la señorita Griffiths; el poni trotaba por los senderos y el aire, húmedo y helado, les daba en la cara. Sin embargo, a dos o tres kilómetros, en el lado de Inglaterra, el sol caía en rayos dorados e iba moviéndose lentamente por las faldas de otra colina. En el lado galés, a media distancia, parecía que lloviese, porque la tierra se veía cárdena, como si tuviera una contusión; sin embargo, cerca de esas

zonas oscuras había otras grisáceas y más oscuras aún, que se movían y se hinchaban, pues había neblina. Y más allá de las manchas cárdenas, de la neblina y de algunos rayos lechosos de sol, se elevaban unas montañas gloriosamente iluminadas por el sol poniente de invierno, que no se dejaba ver; eran de un azul oscurísimo, casi negro, con las cimas coronadas de nubes.

—En días despejados, desde aquí se ven los dos picos de Cadeir Idris —dijo Ceinwen—, pero en invierno es difícil.

—¡Maravilloso! —dijo Ripon—. El lugar perfecto para *Morte d'Arthur*.

—A nosotros nos gusta mucho —dijo Ceinwen.

—¡Ay, vamos, señorita Griffllths, no se quede tan corta! Es absolutamente fantástico y usted lo sabe. Dejemos la moderación para los ingleses. Yo soy entusiasta, dicen que lo somos todos los estadounidenses, pero no es cierto, aunque yo sí lo soy. Disfruto de las cosas mientras las tengo, soy romántico, no me desanime.

—De acuerdo. El país de Gales siempre parece muy hermoso a los que vienen por primera vez. Tal vez procuramos contener nuestros sentimientos para que no parezca que nos envanecemos. Ahora salimos de Cefn y bajamos a ese bosquecillo. Se llama Cwm Bau.

—Cwm, «valle», y bau... a ver; un momento, que saco el *Gaélico en una semana*... ¿o nos lo dice usted?

—Significa «soto sucio», aunque nadie sabe por qué, ya que, como ven, es un sitio muy bonito. Después subiremos otra vez por la otra cara hasta Neuadd Goch. No ha dicho usted una palabra, señorita Gall; espero que no le haya defraudado la primera impresión de Gales.

—Yo también soy entusiasta —dijo Monica—, pero no se me da muy bien hablar. Me parece el paisaje más hermoso que he visto en mi vida.

—Espero sinceramente que lo encuentre agradable.

La vida en Neuadd Goch era agradable de verdad. Monica no conocía la vida en el campo; la única experiencia rural que había tenido en Canadá era la típica estancia en una cabaña cerca de un lago, en alegre compañía de insectos, letrinas, agua hervida y tronar de la lluvia en el tejado, pero la existencia cómoda y ordenada en medio de la belleza natural era completamente novedosa para ella. No había una ventana en toda la casa que no se asomara a una vista idílica del hermoso valle que dominaba, y las variaciones de la luz hacían cambiar el panorama de hora en hora, e incluso de minuto en minuto en algunas ocasiones. Las granjas y cabañas que salpicaban el paisaje, con sus vigas de roble ennegrecido, sus muros revocados y blanqueados y su techumbre de paja, eran tan preciosas y pintorescas que no parecían de verdad, porque las únicas granjas que había visto en su vida eran las sencillas fachadas de los establos de la parte de Ontario de la que procedía. Se enamoró del norte de Gales inmediata y profundamente, en competencia directa con John Scott Ripon. En cuanto a la familia del lugar, era tan amable y encantadora como se pueda desear. No había ningún mayordomo imponente, sino que se ocupaban de todo dos doncellas tan serviciales que Monica llegó a sospechar que solo eran hipócritas. Geinwen le agradaba más que todas las chicas que había conocido desde que salió de casa y deseaba con toda su alma tenerla por «amiga íntima»... pero la joven no había caído en la cuenta de esa clase de amistad tan norteamericana y coqueteaba por igual con Monica y con Ripon. El señor Hopkin-Griffiths y señora eran unos anfitriones consumados y sabían que el arte de recibir a gente en casa consistía en dejar a cada cual a su aire la mayor parte del tiempo. Monica y Ripon llegaron la tarde del 21 de diciembre; al día siguiente a la hora del té ya tenían la sensación de haber estado en Neuadd Goch un maravilloso año entero, y la mañana del 23 eran ya campesinos tan curtidos que se fueron a dar un paseo después del desayuno más contentos que unas pascuas. Ripon no paraba de hablar.

—Ahora lo entiendo todo —dijo—. Ceinwen es hija del profesor Morgan Griffiths, que a su vez es solo medio hermano de nuestro anfitrión, que es Hopkin-Griffiths, un linaje muy importante en esta parte de Gales, y se dedica principalmente a la explotación maderera. De ahí viene el dinero. Es tan maestro de su oficio que parece que no trabaje. Dolly era viuda cuando se casó con él. Es inglesa y tiene un hijo, ese del que no para de hablar y que tal vez venga a pasar las Navidades. El caballero parece tener mucho aprecio al chico, pero he creído detectar cierta preocupación en su voz cuando habla de él. Para mí es muy interesante que todos sean hermanastros o medio hermanos. En mi familia, todas las relaciones son directas y no se puede decir que resulten muy interesantes ni fortalezcan los lazos familiares. ¿Y en la tuya?

—En la mía no hay relaciones interesantes. A mi entender, esta familia nos parece tan atractiva porque es galesa. De pequeña, a veces, por animar un poco la cosa, soñaba con tener alguna raíz romántica en el extranjero.

—Eso es lo que no comprendo. Aparentemente, Ceinwen da importancia a ser galesa, pero el caballero, que es el auténtico, con un linaje que se remonta hasta Bleddyn ap Cynfyn, se lo toma muy a la ligera. Ya viste cómo reaccionó anoche, cuando le pregunté en la cena; solo se rio y dijo que suponía que era cierto, pero que nunca le había influido en nada, ni para bien ni para mal. De todas formas, le gusta que le llame «caballero», sobre todo cuando le cuento el amor que le tengo a *Gryll Grange* y al caballero Gryll. Me asombró que no le sonara, siquiera. ¿Sabes una cosa, Monica? Creo que no entienden lo que tienen ni le dan valor. Me figuro que no hay ni cuarenta kilómetros de aquí al país de Mary Webb, pero ¿puedes creer que cuando pregunté a la señora de Hopkin-Griffiths me dijo que jamás había oído ese nombre? Han vivido toda la vida cerca de Shropshire y no saben nada de Housman. ¿Y George Herbert? ¡Un completo desconocido! Bueno, no es que pretenda que tengan que ahondar en esas cosas, como hacemos en los Estados Unidos, ¡Dios me libre!, pero algo tendrían que saber, ¿no crees? Porque, entonces, ¿qué será lo que da sentido y forma a su vida, eh?

—¿Es que son los libros lo que da forma y sentido a la vida?

—No lo dudes. ¿A ti no te pasa?

—No. Debes de ser una persona muy literaria.

—Yo no lo diría, pero hay que ver y sentir la vida en función de algo, ¿no? A ver, ¿qué es lo que te hace funcionar a ti?

—La música, supongo.

—Bueno, pues eso.

—Pero no como dices tú. Yo oigo música todo el tiempo, me pasa desde siempre, aunque he intentado quitármela de la cabeza con todas mis fuerzas.

—¿Por qué?

—Cuando era pequeña, un día se lo conté a mi madre y me dijo que tenía que dejar de hacerlo o me volvería loca. Entonces lo intenté, pero no lo conseguí. Siempre tengo música de fondo en la cabeza. No es nada del otro mundo, pero, por otra parte, es solo mía. Es que percibo musicalmente, y cuando tengo suficiente tranquilidad para prestar atención a lo que me pasa por la cabeza, la música me da pistas.

—¿Has intentado escribirla alguna vez?

—¡Ah, no! Ni quiero. No soy compositora. Sencillamente, la música forma parte de la manera que tengo de percibir las cosas. Hace poco que lo comprendí, unos meses, nada más. ¿Y sabes una cosa? Cuando por fin descubrí que funciono así, desapareció el miedo a volverme loca. Al mismo tiempo, no lo reconocí de verdad hasta que me libré del miedo. Me había pasado años escuchando la música mentalmente con remordimiento de conciencia. Fue como... ¡ay, como salir de la cárcel! Eres la única persona a la que se lo he contado.

—Me alegro de que lo hayas hecho y no se lo diré a nadie. ¡Fíjate en la vista! Ahora la aprecio literariamente y tú la interpretas según una música tuya que para mí es incomprendible, conque te lo pregunto otra vez: ¿qué significa todo esto para los que viven aquí? ¿En función de qué lo interpretan?

—¿Sabes que me acaba de pasar una cosa sumamente extraordinaria? Fíjate en aquellos arbustos, ¿sabes lo que son?

—Sí, claro, es acebo.

—Sí, pero... yo no lo había visto nunca. Bueno, sí, había visto ramitas, de las que se importan en Canadá para adornar, y también algunas imitaciones, pero este es auténtico, kilómetros y kilómetros de acebo que nace espontáneamente a los lados de la carretera, como setos plantados. Toda mi vida lo había asociado a la Navidad, pero en realidad no sabía lo que era hasta este mismo instante. No entendía que era una cosa real. Lo he visto en papel de regalo y en estampas, pero no sabía qué relación tenía con la Navidad, salvo que era un adorno bonito. Y ahí está, en diciembre, ¡con hojas verdes y bayas rojas y todo! Es como si de pronto encajara una pieza misteriosa en un rompecabezas.

Ripon se quitó el sombrero solemnemente.

—Esto es un momento sagrado —dijo—, al menos para mí, como estudiante de literatura que soy. Acabas de hacer un gran descubrimiento: que detrás de cualquier símbolo siempre hay una realidad. Durante años has aceptado el acebo como símbolo de la Navidad sin preguntarte por qué, como una auténtica creyente anglosajona. Ahora, gracias a un fogonazo iluminador, sabes el motivo. Sabes que es porque en esta tierra que te dio la Navidad, el acebo está en su momento de máximo esplendor en esta época del año. Tal vez tendríamos que erigir aquí mismo una piedra conmemorativa que señalara para siempre el lugar en el que un ser humano, de entre toda la desconcertada raza, descubrió la realidad que encierra un símbolo.

Estaban en el sendero que atravesaba Cwm Bau y en ese momento apareció Ceinwen por una curva, tirando de un borrico viejo que llevaba a lomos un gran serón de mimbre.

—Estábamos admirando el acebo como solo lo hacen los norteamericanos —dijo Ripon.

—Bien —dijo Ceinwen—, entonces, vendréis conmigo a coger un buen montón. Sabía que os alcanzaría, conque he traído guantes para todos y dos hoces de cortar escoba. Sé dónde podemos coger muérdago también.

Fue idílico recoger acebo y muérdago con Ceinwen, llevarlo a Neuadd Goch, colgarlo en guirnaldas por las escaleras, poner ramitas de muérdago en los sitios en los que, según Griffith Hopkin-Griffiths, se ponía desde tiempos inmemoriales.

Neuadd Goch no era una casa más antigua que muchas otras, aunque se levantaba en el mismo lugar que dos anteriores. A la más antigua, construida antes de que los Tudor galeses se fueran a Inglaterra en busca de fortuna, la había sustituido una casa jacobita que ardió en un incendio en la primera década del siglo XIX y fue

reemplazada a su vez por la actual. El edificio no llamaba la atención, pues carecía de detalles arquitectónicos relevantes, pero resultaba muy agradable y cómodo. El parque y los jardines eran bonitos, aunque no extraordinarios. Por su tamaño, no llegaba a la categoría de mansión, aunque daba cobijo holgadamente a los propietarios, a la servidumbre y a diez o doce invitados. Hacía honor a su nombre plena y admirablemente: era la Casa Solariega Roja de Llanavon.

No se podía saber si sus moradores le daban personalidad o bien, a la inversa, si era la casa la que se la prestaba a ellos. Sin duda el señor Hopkin-Griffiths era tan bermejo como la casa. Tenía la cara de color ladrillo, redonda y con una expresión de perplejidad y firmeza; era pelirrojo, aunque el color original de piel de zorro se le había oscurecido un poco hacia el castaño. También tenía las manos coloradas, con los nudillos recubiertos de vello del mismo color. Como ocurre a menudo entre los de su raza, unos caprichosos pelos rojos le sobresalían en la punta de la nariz. Por su forma de hablar y sus modales, daba impresión de torpeza, pero quienes lo conocían sabían que no era así; provenía de una familia que, en el siglo XV, previó con muy buen tino el momento idóneo de cambiar las cabras por ovejas; en el XVIII, las ovejas por vacas, y en el XIX, añadió la explotación maderera a la pecuaria. Los vecinos lo respetaban por su carácter tratable.

Dolly, su mujer, era encantadora, un monumento andante a su propia belleza de hacía treinta años; no había cambiado la forma de peinarse y, aunque había cedido un poco en el vestir, su estilo seguía siendo más de los años veinte que de los cincuenta. Incluso se maquillaba, sin producir un efecto grotesco, según los métodos que había perfeccionado en su juventud, lo cual decía mucho en favor de las bondades de su rostro. Vista desde lejos por un miope, era como una bonita y frívola aparición de la época que siguió a la primera guerra mundial; vista de cerca, poseía el patetismo de la mujer que no ha crecido ni física ni mentalmente en consonancia con sus años.

Apareció cuando estaban colocando los últimos adornos navideños.

—¡Muérdago! —gritó—. ¡Qué divertido! Estará usted completamente agotado de tanta caballerosidad, señor Ripon. ¡Ay, espero de verdad que venga Gilly! ¿Tú no, Ceinwen? ¡Sí, seguro que sí! No serían unas Navidades dignas de tal nombre sin al menos dos galanes jóvenes.

Monica y Ripon ya se habían acostumbrado a oír el deseo de que Gilly, el hijo de Dolly, pudiera desembarazarse de su trabajo en Londres y fuera a pasar la Navidad con ellos. La señora insinuaba con transparencia que Ceinwen esperaba anhelante su llegada; a Monica y a Ripon no les importaba seguir la corriente a la señora de la casa. Por pura buena intención, a menudo los jóvenes consienten las ideas románticas de sus mayores, aunque a veces les resulten pesadas.

Tan idílico fue adornar la casa con las plantas navideñas como dickensiano el trayecto de veinte kilómetros hasta Trallwm para comprar regalos de Navidad. La regla de Neuadd Goch era que ni invitados ni anfitriones debían gastar más de un chelín en cada regalo. El día de Nochebuena, Monica, Ripon y Ceinwen fueron de

compras en el práctico Humber del caballero.

—¡Tanta dicha me deja sin palabras! —dijo Ripon—. Henos aquí el día de Nochebuena (¡ojo, he dicho el día de Nochebuena!) disponiéndonos a comprar regalos de Navidad. En mi casa, los habría comprado todos hace dos semanas, los habría envuelto en papeles bonitos, los habría atado con cintas caras y me prepararía para la gran celebración sabiendo que no iba a pasármelo bien. Sin embargo, heme aquí dispuesto a despilfarrar diez chelines como máximo la mismísima víspera del día de los regalos; es la primera vez que encuentro sentido a la Navidad. Mañana adoraré, celebraré y... muy incidentalmente daré y recibiré. Y así es como debe ser. Es dickensiano. Es propio de Washington Irving. Es como debería ser la Navidad.

Pasaron todo el día de compras, pues la regla del chelín se había instaurado en una época en que la diversidad de regalos que podían comprarse con un chelín era mayor. Sin embargo, Ripon convenció a un librero y quiosquero de que le permitiese rebuscar entre la mercancía más antigua, de donde rescató una maravillosa colección de calcomanías, postales victorianas y obras edificantes de las que se vendían antiguamente para entregar como premio en las catequesis. En una tienda de ropa adquirió una pechera postiza por nueve peniques y una curiosidad casi olvidada, un falso cuello lavable de «cuero», que le pareció idóneo para el señor Hopkin-Griffiths. Monica, que no quería ser menos, encontró en una tienda de lanas unos muestrarios de bonitos botones antiguos y, después de sopesarlo mucho, compró otro ejemplar de *Gaélico en una semana* para regalárselo a Ripon, de cuyas primeras aventuras con ese libro se habían reído implacablemente Ceinwen y sus tíos. A mediodía, Ripon invitó a las chicas a comer en The Bear, donde les dieron cordero grasiento con dos verduras y, de postre, queso agrio y ciruelas con crema pastelera de polvos químicos. Pero ni así se desanimaron.

Al volver a Llanavon, tanto Monica como Ripon dijeron que había sido uno de los días más felices de su vida. Al principio, las superlativas manifestaciones de los invitados cohibieron un poco a Ceinwen, pero después se puso eufórica y, al final del viaje, el ambiente era lo que un observador cruel habría podido calificar de sensiblero, aunque cordial de verdad, posiblemente superficial.

Entraron en casa en tromba, a tiempo para el té, hambrientos, por el rigor del almuerzo en The Bear y también porque no hay mejor estimulante del apetito que las emociones. La señora de Hopkin-Griffiths salió corriendo de la salita a recibirlos.

—¡Ay, queridos! ¡Es tan maravilloso...! ¡Ha podido venir! No me atrevía a creerlo del todo, pero está aquí. ¡Ha venido Gilly! ¡Va a ser una Navidad perfecta!

Arrastrados por la emoción de la señora, irrumpieron todos en la salita. Allí, delante de la chimenea, se encontraba Giles Revelstoke.

Esa noche, cuando Monica, ya preparada para irse a la cama, fue al cuarto de baño a lavarse los dientes, era doncella; no tardó ni quince minutos en volver con los dientes limpios y habiendo perdido la doncellez.

En Neuadd Goch solo había un cuarto de baño. Había sido un dormitorio y, por tanto, era una estancia muy espaciosa con una bañera muy grande y honda en un rincón, forrada de caoba y colocada sobre una tarima. También había un lavabo de mármol grande y bonito, un espejo de cuerpo entero con candeleros de brazo, un sillón, una silla auxiliar y un juego de pesas para pesarse en un asiento grande y mullido. Había también un diván como el del cuadro más conocido de *Madame Récamier*, con un brazo y medio respaldo. Los dos ventanales estaban cubiertos por pesados cortinajes que llegaban hasta el suelo. La magnífica cámara era solo para las abluciones; el retrete, espléndidamente alojado en caoba, se encontraba en un cuarto cercano de menor tamaño. La taza tenía un bonito motivo de mimbre.

Si Monica no hubiera sido norteamericana, tal vez su destino habría sido otro; cada dormitorio contaba con un lavamanos, con su aguamanil y su palangana, y por la mañana el servicio repartía jarras de agua hirviendo, pero ella se había lavado los dientes toda la vida con agua corriente y por eso fue al cuarto de baño en bata, con el cepillo y el dentífrico en la mano. Creía que no iba a tardar más que un minuto, de manera que cerró la puerta, pero no corrió el pestillo. En realidad no estaba cerrada del todo y, un momento después, la abrió Giles Revelstoke, también en bata y con una toalla en la mano.

—¡Ay, lo siento! —dijo.

Entonces, como Monica estaba tan atractiva, con el pelo cepillado y la boca con un poco de espuma rosa del dentífrico, y como la luz de la estancia era tan acogedora y había un diván muy a mano, y también seguramente porque era Navidad... a causa de la conjunción de tantos elementos sutiles, Monica volvió a su dormitorio al cabo de quince minutos escasos más encantada que perpleja.

Como siempre, cuando pasaba algo importante, necesitaba pensar un rato en silencio. Pero todavía no sería posible. En el momento en que abrió la puerta, una silueta se le acercó presurosamente desde las sombras de las escaleras. Era Ripon.

—Me gustaría hablar un minuto contigo —dijo, y entró enseguida en la habitación detrás de ella.

El dormitorio era espacioso y, puesto que en la casa solo había electricidad (un sistema autónomo) en el piso de abajo, la única luz de la estancia la daba una lámpara de aceite grande situada junto a la cama. La penumbra era densa, pero el joven estaba visiblemente agitado.

—Métete en la cama, no vayas a enfriarte —le dijo—. Yo me siento aquí.

Escucha; ¡Ripon el sabueso vuelve a la carga! Acabo de enterarme de toda la verdad sobre la situación de Ceinwen; le ha fastidiado bastante que se haya presentado este tipo, Revelstoke; deseaba contra todo pronóstico que no pudiera venir, mientras que la señora de H.-G. se moría por lo contrario. La señora nos ha engañado. Ese Giles no es el príncipe azul de Ceinwen ni mucho menos. ¿Sabes por qué? Es un acuerdo fantástico concertado por la generación de los mayores. Ceinwen debe casarse con él. La señora de H.-G. lo quiere así porque desea que su hijo siente la cabeza, viva tranquilamente en el campo y se comporte como es debido. Por lo visto, la vida que lleva en Londres es todo lo contrario. La señora tiene una fortuna considerable, ya ves, que le dejó su primer marido, que era representante de ganado, nada menos. El caballero también está a favor de ese matrimonio, porque entonces dejaría esta casa y todo su patrimonio a Ceinwen con la condición de que se cambien el nombre para que Neuadd Goch siga siendo de la familia. El padre de Ceinwen, el profesor Griffiths, también lo quiere, porque desea Neuadd Goch; opina que debería estar en manos de su rama familiar: ese matrimonio lo convertiría en aristócrata rural con efectos retroactivos y dejaría de ser solamente un prestigioso intelectual. ¿Habías visto algo semejante en tu vida?

—No —dijo Monica—. Pero seguro que todo depende de lo que quieran Ceinwen y Giles, ¿no?

Por suerte, se veía poco en la habitación, pues era la primera vez que lo llamaba por el nombre de pila y se sonrojó muchísimo.

—Sí, claro, eso es lo que pensamos tú y yo, pero esta gente lo ve de otra manera. Por eso me fascina tanto. Es como estar en una novela victoriana. Tengo que reajustar todo el planteamiento que tenía. Verás, lo tenía todo encajado en torno al tema de Hamlet; no sabía por qué ansiaba tanto la señora H.-G. que viniera su hijo, cuando parecía que no iba a ser posible. Bueno, lo cierto es que nunca se dijo tajantemente que no pudiera venir, solo decían que tal vez no viniera. En fin, que estaba más claro que el agua: Revelstoke era Hamlet e inconscientemente tenía celos del caballero, porque se identificaba mucho con el difunto Revelstoke y estaba resentido con su madre. No podía ser otra cosa, ¿verdad? En cuanto a él, me moría de ganas de que viniera, porque nunca he tenido la oportunidad de observar de cerca a un hombre en la situación Hamlet, pero... ¡qué equivocado estaba!

—¡Es verdad que ves la vida a través de la literatura, Johnny!

—Bueno... ¡fíjate lo divertido que es! Sin embargo, ahora estoy justo en medio de una novela de esas tan tremendas de «a ver quién se queda con la pasta»; el siguiente paso es saber si se trata de una situación Jane Austen o Trollope.

—¿Solo puede ser una u otra?

—Pero no se puede decir que sea una situación actual.

—Bueno, está sucediendo ahora, ¿no?

—Solo en un sentido muy limitado. Hay esferas mentales y emocionales que en realidad no son modernas; para mí es imposible considerar moderna una situación en

la que se obliga a casarse a dos personas para salvar el apellido y el orgullo del linaje.

—Seguro... ¡puesto a que sucede en todas partes!

—¡Qué femenil y perversa te pones! De todos modos, tú has dicho que lo ves todo musicalmente; bueno, pues yo, literariamente.

—De acuerdo. ¿Y dónde encajamos nosotros en todo esto?

—Sinceramente, no creo que tú encajes en ninguna parte, más que como personaje marginal: chica agradable con propósitos navideños. En cuanto a mí... bueno, no me importa decirte que estoy bastante colado por Ceinwen.

—¿Tan pronto?

—No seas ingenua. Tengo sentimientos de poeta. Posee algo verdaderamente extraordinario, ¿no te parece? Tal vez sea un personaje de un poema de Yeats. O, mejor dicho, una de esas mujeres maravillosas de los poemas de Dafydd ap Gwylim. ¿Te acuerdas de los versos que recitó el primer día, al cruzar Cwm Bau? Eran de Dafydd ap Gwylim. Se lo pregunté y después lo busqué en la enciclopedia. Describe unas mujeres maravillosas, cálidas, infinitamente fascinantes, llenas de pasión, pero pícaramente castas.

—Johnny, te has colado sin remedio.

—Es algo que no encaja en ningún caso. Pero ahí está, la van a sacrificar por unas ideas que no van con su esfera mental ni emocional; Ceinwen se ha equivocado de libro. La cosa es si podré llevarla al que le corresponde.

—Johnny, quiero dormir. Y si te oyen hablando a voces en mi habitación, no podrás llevar a Ceinwen a ningún libro. Vete a tu habitación ahora mismo.

Monica salió de la cama de un brinco y cogió un paquetito de la cómoda.

—Para que no creas que no estoy contigo, toma, tu regalo de Navidad. No lo abras hasta por la mañana. Creo que te será útil para devolver a Ceinwen a su libro correspondiente.

Ripon salió por la puerta con un leve empujón y el regalo en la mano que, naturalmente, era otro ejemplar de *Gaélico en una semana*.

Libre ya de él, pudo dedicarse a sus cosas, y lo primero que hizo fue ir a buscar la lámpara y ponerla en el suelo, al pie de la luna del armario ropero. A continuación, aunque estaba helada, se quitó el camisón y se miró detenidamente, con gusto, en el espejo.

Según las leyes de la literatura, que tanto significaban para Ripon, su primera experiencia sexual tenía que haber sido dolorosa, desalentadora y aterradora. Sin embargo, no había sido ninguna de esas cosas. La confusión y el asombro la privaron de prestar mucha atención al aspecto físico del encuentro. Fue todo muy raro: la cercanía, la intimidad de la postura, lo natural e inevitable del acto en sí; aunque era nuevo para ella, no le pareció totalmente ajeno, sino como un recuerdo apagado pero agradable del pasado... y eso era raro por sí solo. Más que todas esas cosas, lo que la conmovió profundamente fueron las palabras cariñosas que le susurraba al oído, y también la ternura y la delicadeza con que llevó a cabo su propósito. Nunca le había

hablado nadie de esa forma. La habían besado una o dos veces tímidamente, pero no había sido nada; esto otro le tocó las fibras sensibles del espíritu, como caricias estremecedoras que revelaban una conciencia nueva de la vida. Tampoco esto le resultó completamente ajeno, sino como si retomase algo muy querido y perdido en otra época.

Tendría que tener conciencia de maldad, de depravación... lo sabía, pero, milagrosamente, en ese momento, cuando debería comparecer atemorizada ante su madre, el pastor Beamis y todo el código moral de la congregación del Decimotercer Apóstol, lo que sentía era completamente opuesto: se había liberado de ellos, estaba por encima, lejos de su alcance, como si hubiera alcanzado algo que querían negarle. Sabía una cosa que ellos jamás podrían saber, porque si no, dejarían de hablar como lo hacían. Si Ripon lo hubiera sabido, habría dicho que había cambiado de esfera emocional.

Desnuda ante el espejo, se estiró, se pavoneó y se miró fija y ardientemente. Según la educación que había recibido, era una chica perdida, pero jamás se había visto tan guapa ni tan contenta en su vida.

Volvió a ponerse el camisón, apagó la lámpara de un soplo y se metió en la cama. Se quedó dormida casi al instante, aunque antes, de las profundidades de su mente, surgió otra satisfacción navideña, nueva y reconfortante: ¡menudo bofetón para Persis Kinwellmarshe!

¿La mañana trajo remordimientos? No. Cuando Monica entró, rauda, en el comedor, el caballero le dijo que estaba más lozana que una rosa y le dio un sonoro beso de Navidad. Ripon siguió el ejemplo; sus besos eran literarios y es fácil que su saludo tuviera un significado intrínseco vedado a los indoctos. Un momento después, cuando llegó Ceinwen y recibió el ósculo de su tío, Ripon no tuvo valor para hacer lo mismo y se limitó a darle un cálido apretón de manos. Sin embargo, Revelstoke todavía no había besado a Monica y la saludó con una cordialidad que no habría despertado sospechas ni de la madre más perspicaz; le dio un beso exactamente igual al que dio después a Ceinwen. Monica se rio para sus adentros; ¡nadie sabía su secreto!

—Gilly, ha pasado una cosa horrorosa —dijo la señora de Hopkin-Griffiths a su hijo—. El señor Mathias ha mandado un mensaje diciendo que se encuentra muy mal y que no podrá tocar en el servicio de esta mañana. Padece de reúma, pobrecito, auténtica artritis; la verdad es que hace años que no puede hacer nada con los pedales, y ahora, tampoco con las manos. ¿Tendrás el enorme detalle de tocar tú en la Oración Matutina?

—Pero, madre, no soy organista.

—Pero, querido, seguro que lo haces muy bien. Todo el mundo sabe que puedes tocar cualquier instrumento. ¡Vaya! Me acuerdo de las maravillas que sabías hacer con la bocina del coche cuando no levantabas ni cuatro palmos del suelo ¡y con solo un par de horas de ensayo! Es un órgano muy pequeño.

—Lo sé, y seguro que además está muy desafinado. Preferiría abstenerme.

—Vamos, querido, no me defraudes. El señor Mathias confía en ti.

—Pero no sé qué música quiere ni nada.

—Los servicios siempre son muy sencillos. Seguro que sales bien del paso. ¡Y piensa en lo emocionante que será para la congregación! Todo el mundo sabe que se han emitido cosas tuyas por la radio; haz lo que haz, les parecerá estupendo.

—Ya, por eso me resulta tan embarazoso. No quiero abusar de su ignorancia, es inmoral.

—¡Ay, Gilly, qué tontería! Está bien, no toques. Prometí al señor Mathias que lo harías, pero supongo que no me queda más remedio que tragarme el orgullo e ir antes del servicio a decirle que no. Es humillante, pero, claro, no voy a ponerte en esa tesitura.

El resultado del chantaje materno fue que Revelstoke tocó e hizo cosas en el órgano de la iglesia de St. Iestyn que ningún afiliado al Real Colegio de Organistas habría aprobado, pero que asombraron y deleitaron suficientemente a los fieles, que hacía muchos años que no oían los pedales del instrumento de la parroquia. Incluso probó algunos acordes con los pedales e improvisó unos rugidos en momentos de

clímax y, en conjunto, fue todo satisfactorio. El señor Mathias sonreía en su asiento y, extraordinariamente, inició otro himno solo por sacar mayor provecho a la ocasión. Sin embargo, la victoria de la mañana vino después, concluido el servicio, cuando, a modo de despedida, improvisó un popurrí de melodías galesas; el problema fue que, mientras siguió tocando, la congregación no se movió de los bancos y al final tuvo que dejarlo e indicar con un gesto que ya no tocaría más.

Su madre estaba encantada. Se plantó, muy oronda, en la puerta de la iglesia, al lado del señor Mathias, so pretexto de felicitar la Navidad a todos, pero lo que quería en realidad era que la felicitasen a ella por tener un hijo tan brillante. El grupo de Neuadd Goch volvió a casa paseando, resplandeciente de la gloria que emanaba Giles. Hasta Ripon se repuso del disgusto de haber recibido tres ejemplares de *Gaélico en una semana* (el de Monica, otro del caballero y otro más, el que peor le sentó, de Ceinwen) y dijo que le había encantado todo, de cabo a rabo, y que lo había acercado a Washington Irving más que nunca, pero se preguntó si los cánticos habían estado a la altura de una congregación galesa.

—No es verdad que todos los galeses canten bien —dijo el señor Hopkin-Griffiths—; lo cierto es que algunos sí, pero otros solo berrean. Y esta mañana se han contenido porque escuchaban a nuestra invitada canadiense; nadie me había dicho que cantase usted tan bien, querida mía. Nos gustaría mucho oírla un poco más esta tarde.

—Soy alumna de Giles, creo que eso lo dice todo —respondió Monica.

La señora de Hopkin-Griffiths volvió entonces a la carga; repasó todos los halagos que se habían dicho a propósito de su hijo y lo bien que había tocado, y reiteró que tal vez, a fin de cuentas, tuviera cierto sentido que se dedicase a la música profesionalmente.

—Les aseguro que Griff y yo somos verdaderos entusiastas de la música de Gilly —dijo a Monica y a Ripon, que iban a su lado—. Siempre nos ha parecido un don maravilloso, sobre todo desde que se lo tomó tan en serio en el colegio. En su época, había allí un maestro que tenía unas dotes maravillosas, todo un profesional, en realidad. Y Gilly cuenta ahora con muchas amistades que se dedican a la música, como por ejemplo *sir* Benedict Domdaniel; tengo entendido que es encantador, aunque es judío, naturalmente... pero es que los judíos poseen grandes cualidades, verdad, no debemos olvidarlo nunca y menos aún en Navidad. Además, han radiado algunas de sus obras, lo cual es estupendo, desde luego. Y además, se esfuerza tanto con su revista (*Lantern*, ¿no es eso?) que pensábamos que eso podía llevarlo a trabajar con un editor o a algo así. ¡Y hasta tiene una alumna! ¿Sabe una cosa, querida? Me quedé completamente petrificada, como se suele decir, cuando entró usted y resultó que conocía a Gilly porque es su profesor. Cuando *lady* Phoebe nos dijo su nombre, no nos sonaba de nada... solo sabíamos que era una joven canadiense que estaba estudiando en Londres, y claro, pensé que se refería a la London School of Economics, que es donde parece que van todos los canadienses, y quién sabrá por

qué, porque en general se vuelven pesimistas y ven el futuro muy negro. Gilly se quedó atónito. Creía que la idea de que viniera usted había sido mía. ¡Le molesta tanto que interfiera en su vida de Londres, verdad! Pero ha sido pura casualidad, aunque creo que *lady* Phoebe cree que aquí somos muy aficionados a la música, pero no sé por qué. Claro que, la música como profesión... bueno, no conocemos a nadie que se haya dedicado a eso, pero se oye tanto de los peligros que comporta y demás... ¿Qué le parece a usted, querida? Aunque para usted es distinto, claro, tiene unas dotes maravillosas, no lo niegue, porque lo sé solo con mirarla. Y espero que le vaya muy bien, pero Gilly podría vivir de una manera tan distinta, si quisiera, y una desea tanto que su hijo elija el buen camino... Dígame su opinión sinceramente.

Monica no podía imaginarse que alguien que deseara ser compositor pudiera dedicarse a otra cosa y tampoco tenía interés en favorecer un matrimonio entre Revelstoke y Ceinwen. Respondió con tacto y modestia modélicos; dijo que no era juez adecuado, pero que sabía que *sir* Benedict tenía en gran estima el trabajo de Giles, sobre todo las canciones. Podía haberse ahorrado el esfuerzo, porque en realidad la señora Hopkin-Griffiths no la escuchó; no apartaba la mirada de Ceinwen y su hijo, que iban delante y parecían no tener nada que decirse.

Después del almuerzo, el caballero y la señora Hopkin-Griffiths se retiraron a sus habitaciones, él para dormir (sin eufemismos) y ella, para lo que, con delicadeza, llamaba «reposar un poco»; Ripon hacía todo lo posible por entrar en la esfera emocional de Ceinwen; Monica estaba demasiado desbordada de felicidad para interrumpirlos, porque a consecuencia de la aventura de la noche de Nochebuena su estado de ánimo era más generoso y caritativo; tenía cierta esperanza de poder hablar con Revelstoke, pero él también desapareció, conque se fue sola a dar un paseo por la colina de detrás de la casa, por un brezal suficientemente asilvestrado y romántico para satisfacer el corazón más ansioso. Estuvo casi dos horas deambulando, pensando una y otra vez que ahora era mujer, que tenía un amor y que la vida era más maravillosa que nunca. No se acordó ni una vez de los Gall de Salterton, que en esos momentos estarían de sobremesa, entre los despojos del banquete navideño, criminalmente calorífico, sosteniendo en el nombre de la caridad cristiana una batalla perdida contra la acumulación de tedio y de atracones. Volvió a Neuadd Goch justo a tiempo para el té y se dio cuenta de que era la única de los presentes que estaba de verdadero buen humor.

Después del té el caballero le pidió que cantase.

—En Navidad, que no falte la música —dijo él—. Me acuerdo muy bien de que, en esta misma habitación, siendo yo un niño, *pater* siempre cantaba en Navidad una sola canción, *Nazareth*, de Gounod. No sé si todavía la cantará alguien. Y mi tía Isabel cantaba *The Mistletoe Bough*. En Navidad no puede faltar la música.

A Monica le asombró un poco que Revelstoke se dirigiese al piano para acompañarla, pues en las clases no lo hacía. Cantó el villancico *The Cherry Tree*, que le había enseñado Molloy, y Revelstoke improvisó un acompañamiento muy bello

sobre la sencilla melodía, con armonías muy distintas de lo que un oído convencional podía esperar, pero que evocaban un ambiente maravillosamente acorde con la sencilla letra de la canción. Para Monica fue delicioso y cantó bien, pero los que escuchaban lo recibieron con apatía. Cantó *Blow, Blow, Thou Winter Wind* y Revelstoke se ciñó a un acompañamiento respetuoso con las intenciones del compositor, el doctor Thomas Augustine Arne. Monica, en cambio, prefería volver a la aventura de la improvisación e inició *Jésu Christ en Pauvre* después de intentar despertar el interés de los demás contándoles que era una canción folklórica de su tierra natal.

—¿En serio, querida? —dijo la anfitriona—. Y supongo que te recuerda a tu casa y a otras cosas conocidas. ¡Qué tierno!

—Así es —dijo Monica.

Fue la primera mentira de una serie que contaría a lo largo de los días siguientes con la intención de envolver su pasado canadiense en una luz agradable y romántica, puesto que nunca había oído ese villancico hasta que se lo enseñó Molloy y, desde luego, ni la familia Gall ni ningún allegado suyo había tenido nunca el capricho de cantar en Navidad canciones del folklore francocanadiense. Sin embargo, fingir es muy estimulante para la mentalidad artística; precisamente por eso hay quien miente por gusto, no por necesidad. Revelstoke iluminó la ingenua y austera leyenda de Jesús disfrazado de pobre con mayor ternura y comprensión, si cabe, que el villancico *The Cherry Tree* y, una vez concluida, Monica y él se mostraron muy satisfechos del resultado.

—Bien, bien —dijo el caballero, en un tono que daba a entender perfectamente que no se había enterado de nada—. Y ahora, Ceinwen, temple las cuerdas vocales. Vamos a oír una canción galesa. Siempre me gusta oír una canción galesa en Navidad.

—¿Dónde están las que te mandé el año pasado, tío Griff? —preguntó Ceinwen—. Cantaré una de esas.

Tras una pequeña búsqueda, aparecieron en la banqueta del piano.

—Te las regalé porque contribuí en la publicación de esas dos colecciones y quería que las tuvieras —dijo—. Mi nombre figura en la introducción: «Agradecemos también la colaboración de...», unas cuantas personas y yo. Conque ya ves, Gilly, tu nombre no es el único que aparece en publicaciones musicales.

Pretendía ser un cumplido, evidentemente, pero Giles no quiso tomárselo así.

—Otro puñado de típicas cancioncillas lacrimógenas; no soporto los arreglos de los músicos de folklore galés —dijo.

—Esta mañana hemos oído la clase de arreglos que te gusta a ti para la música galesa —dijo Ceinwen sin asomo de buen humor.

Les contó que la canción *Y Gelynen* era en honor del acebo y después la cantó; tenía una vocecita pura y dulce, muy adecuada para el alegre gorjeo del estribillo. No cantaba tan bien como Monica, ni mucho menos, pero lo hacía con una personalidad

y una emoción musical tan apropiadas que resultaba encantadora. A juzgar por la expresión de Revelstoke, no le gustaba nada el acompañamiento y en la cuarta estrofa empezó a ridiculizarlo, pero de una forma tan sutil que solo Monica lo notó.

Después, Ceinwen cantó un villancico, *Ar Gyfer Heddiw Bore*, Revelstoke trató el acompañamiento a su propia satisfacción y quitó a Ceinwen las ganas de seguir; cantaba bien, pero no estaba preparada para la improvisación. Monica entendió que el tratamiento que Revelstoke daba al tema era ingenioso, pero nada arropador; no ayudaba a la cantante, solo estaba luciéndose. Ceinwen perdió el color de las mejillas y el verde de sus ojos se ensombreció.

El caballero marcaba el compás de las canciones galesas con la mano y asentía de vez en cuando, dando a entender que, a pesar de no entender la letra, estaba convencido de que hablaban del regocijo navideño galés.

—La última canción que voy a cantar es particularmente bonita —dijo Ceinwen—, se titula *Hiraeth*.

—¿No nos va a contar nada de ella? —preguntó Ripon—. Cuéntenos algo, por favor. Esto es maravilloso, de verdad. Estoy viviendo una novela de Peacock —dijo al caballero con expresión radiante; este lo aceptó con una sonrisa, pues ahora ya sabía que era un cumplido.

—Habla del anhelo de lo inalcanzable, que en gaélico se dice «*hiraeth*». Lo canta un anciano, que suplica a los sabios de la Tierra que le digan de dónde procede el *hiraeth*; todos los tesoros terrenales son perecederos: el oro, la plata, las telas caras y los placeres de la vida, pero el *hiraeth* nunca muere; no se puede huir de él ni durmiendo; ¿quién teje esa red de *hiraeth*?

—Espléndido —dijo Ripon—, auténtica magia celta.

—¡Ah, no sé! —dijo Revelstoke—. Los galeses siempre están a vueltas con el *hiraeth*, como si lo hubieran inventado ellos, cuando es común a todas las naciones pequeñas, defraudadas y frustradas. Hace dos mil años que es el principal valor de cambio del arte judío. Es el deseo atávico de regresar al útero, donde todo era acogedor. Más material lacrimógeno.

—Es tan atractivo lo que has dicho que ahora voy a cantarla —dijo Ceinwen.

El acompañamiento consistía en una secuencia de acordes sencillos pero eficaces, al estilo del arpa, sobre los que la melodía casi parecía una declamación. Revelstoke lo tocó así desde el primer verso y de pronto empezó a experimentar con unos arpeggios quejumbrosos y tristonos que se estremecían lastimosamente. Era una caricatura cruel del hondo sentimiento de la letra y de la hermosa sencillez de la música, y a Monica se le puso la carne de gallina de vergüenza ajena. Ripon, aunque no era músico, lo entendió perfectamente, y hasta Hopkin-Griffiths se dio cuenta de que algo fallaba.

«¿Qué va a hacer Ceinwen? —pensó Monica—. La está destrozando. No tardará ni un minuto en echarse a llorar, pero ¿qué puedo hacer yo?».

Ceinwen no tenía la lágrima fácil. Terminó la canción y, cuando Revelstoke

concluía el acompañamiento con una secuencia de progresiones cromáticas, ella se quitó el zapato izquierdo y se lo tiró a la cabeza. Después, le pegó en las manos con insistencia, arrancando «ayes» y chirridos al viejo Broadwood, mezclados con una sarta de insultos extravagantes y asombrosos.

Se produjo una escena alarmante en la que todos acusaban y nadie se disculpaba. Hubo retirada general a las respectivas habitaciones y se oyeron algunos portazos, pero para gran asombro de Monica y Ripon a la hora de la cena se presentaron todos de un humor excelente, al menos en apariencia, y Ceinwen y Giles abrieron juntos un paquetito sorpresa con la buena voluntad sincera y extraordinaria que se ve entre personas que han tenido una discusión profundamente satisfactoria.

Después de cenar enrollaron la alfombra de la salita, entraron las doncellas y los empleados externos y bailaron todos con la música del gramófono.

—La raza galesa tiene muy mal genio —dijo Revelstoke a Monica mientras bailaban.

Y nada más se dijo a propósito de lo sucedido.

La siguiente semana transcurrió entre paseos, visitas a las casas vecinas y trayectos en coche a rincones con paisajes singularmente atractivos, por ejemplo, la magnífica excursión que hicieron los jóvenes por Gwalia Deserta y por el barranco del puente del Diablo; Monica fue todo el día en el asiento delantero, con Revelstoke. Conoció a muchos galeses y le asombró la vivacidad con que conversaban y la forma tan cordial en que se hacían reproches, tan distinta del estilo de los ingleses. Empezó a hablar de su familia; a veces la alarmaba lo que llegaba a decir; tenía la sensación de estar tejiendo una leyenda en torno a los Gall.

Los galeses tenían un carácter nacional o al menos estaban convencidos de ello. Muy bien, si ellos querían hacerse los celtas, ella se haría la canadiense. Habló de las navidades canadienses y las adornó con cualidades amenas y pintorescas que sin duda habrían asombrado a su madre e incluso a los McCorkill, tan fanáticos como eran de todo lo canadiense. Aumentó el manto de nieve, se intensificó el frío y se entusiasmó hablando en retrospectiva de unos deportes de invierno que jamás había practicado, como, por ejemplo, surcar en cúter las aguas heladas de la bahía de Salterton. No lo había hecho jamás, pero tampoco afirmó lo contrario, sencillamente lo describió como si lo conociera por experiencia propia. Y la navegación sobre hielo: ¡qué emocionante! Al hablar de esas cosas se le soltó la lengua y, aunque no dijo verdaderas mentiras, daba a entender todo un mundo que no tenía equivalente en su pasado. No pasó por alto la fábrica de pegamento ni la congregación del Decimotercer Apóstol; sencillamente no tuvo necesidad de nombrarlos.

«¡Qué mentirosa eres!», dijo una noche a su reflejo del espejo. Sin embargo, al día siguiente había desaparecido el propósito de contener la lengua. Quería ser tan interesante como Ceinwen, a quien apreciaba, aunque empezó a envidiar sus repentinos cambios de humor. La chica se hacía la celta dondequiera que estuviera, complacía a Ripon murmurando frases en gaélico y enseñándole a increpar en galés como quien enseña palabrotas a un loro. Ese idilio iba viento en popa, pero Revelstoke no le había dicho una palabra íntima desde Nochebuena.

En los momentos de sobriedad, lo que más la alarmaba era lo que estaba haciendo con su familia. Hablaba de Ma Gall como si fuera un personaje maravilloso y resalado, toda una señora, desde luego, dijo a su anfitriona, una *gourmet* nata, una artista de la cocina que preparaba recetas secretas, heredadas de su familia, de platos sin parangón, desconocidos en las islas británicas. Semejante torre de mendacidad surgió sobre los insignificantes cimientos de un pudín indio bastante soso que había aprendido a hacer la señora Gall de su madre.

Naturalmente, siempre se acaba por descubrir a quienes se embarcan en juegos de esa clase.

A Monica la descubrieron (y recibió el castigo correspondiente) casi al final de su estancia en Neuadd Goch. Fue durante la cena de Nochevieja, la noche en la que se celebraba el baile del condado, una fiesta que iba a ser el broche de oro de las actividades organizadas por los Hopkin-Griffiths en honor de sus invitados. Antes de la cena, Ripon, que estaba sinceramente agradecido a sus anfitriones, se lo había expresado con elegancia diciendo que el recuerdo de su amabilidad viviría con él para siempre y que esperaba tener ocasión en el futuro de devolverla con la misma solicitud a alguna persona que fuera a conocer su país. Fue un buen discurso y, sin aludir a atmósferas emocionales, creó un ambiente de amistad y generosidad que inevitablemente desembocó en los vínculos que unían a los diferentes países de habla inglesa. Monica no pudo contenerse.

Habló sin pomposidad, con decoro, de la admiración que sentía por el pueblo británico y de lo mucho que le debía, pero no pudo quedarse ahí. Dijo que esos sentimientos no eran solo suyos, sino también de toda su familia. Afirmó que los Gall eran Lealistas del Imperio Unido.

Esto último no se entendió, pues nadie parecía saber quiénes eran los Lealistas del Imperio Unido. Monica les explicó que se trataba de los súbditos leales al rey Jorge III, quienes en la época de la guerra de Independencia de los Estados Unidos abandonaron sus posesiones y emigraron a Canadá para no perder el inestimable privilegio de vivir bajo la bandera británica. Aunque no lo dijera, de sus palabras se pudo inferir que los descendientes de esos lealistas habían formado en Canadá un grupo dirigente fuerte y espléndido, pero sin pretensiones (como una aristocracia de la democracia).

En el ambiente emocional del momento, elevado y cargado, el comentario habría podido pasar sin más, pero Revelstoke la miró fija y sarcásticamente.

—¿Y eso qué tiene de notable? —dijo—. ¿Qué otra cosa podían hacer, sino abandonar el país, si no les gustaba la revolución? ¿Pretende que los admiremos simplemente por ser leales? Es lo mínimo que Gran Bretaña podía esperar de ellos, sin duda. Honrar a las personas por su lealtad sería como honrarlas por ser sinceras; eso solo demuestra una actitud esencialmente vil y cínica ante la humanidad. O eso o bien una estupidez sentimentalista.

Tal vez Monica tendría que haberle arrojado un zapato a la cabeza. Sin embargo, aunque la parte superficial de su mente había alardeado y hablado más de la cuenta, era tan consciente de que estaba mintiendo que reaccionó desproporcionadamente en relación con el reproche. Tuvo la impresión de que todos los presentes estaban indignados con ella y se avergonzaban de lo fanfarrona y necia que era. Creyó que la habían puesto en su sitio con brutalidad y desdén. Nada más lejos de la verdad, por descontado. La señora de Hopkin-Griffiths estaba admirando el aspecto tan distinguido que tenía Giles cuando se presentaba aseado y con traje, y apenas oyó lo que se decía. El caballero pensaba que el chico trataba a la canadiense con demasiada rudeza; se debía ensalzar la lealtad, porque si no, ¿dónde iríamos a parar? Ceinwen se

decía que así recompensaba el amo Revelstoke, el sucio cerdo inglés (aunque, como lo pensó en gaélico, la palabra «cerdo» no resultaba tan hiriente como su traducción), sus esfuerzos por conquistarlo. Ripon fue el único que adivinó la verdad.

El baile del condado se celebraba en Trallwm, en la Sala de Fiestas, término con el que se aludía grandilocuentemente a un espacio público del Ayuntamiento, más bien grande, destinado a toda clase de actividades, y a los pasillos y antesalas que lo rodeaban. Estaba primorosamente adornado con acebo y motivos navideños y lo habían amueblado para la ocasión con algunas antigüedades verdaderamente bonitas de un comerciante de la localidad, de modo que resultaba muy acogedor para una celebración a la que casi todos los asistentes acudían con verdaderas ganas de divertirse.

Fue una variopinta reunión de aristocracia del condado, campesinos prósperos y gente de ciudad, y el baile se celebraba aparentemente en beneficio del hospital. El caballero se acordaba mucho (y no dejaba de repetírselo a cuantas personas hablaban con él) de los tiempos en que se colocaba un cordón de terciopelo en la pista de baile, a modo de separación entre el conde y el pueblo llano. Pero los tiempos habían cambiado y todo el mundo decía que se alegraba de que así fuera, aunque unos eran más sinceros que otros. El grupo de Neuadd Goch tenía ganas de pasarlo bien, excepto Giles, que aborrecía la selección musical, pero le faltó resolución para quedarse en casa.

Opuesta a la sala de baile, en el otro extremo del pasillo principal del Ayuntamiento, se encontraba la sala del Juzgado, dispuesta como zona de descanso, función para la que estaba espléndidamente equipada, porque era un laberinto de compartimientos estancos, huecos y taquillas que proporcionaban intimidad, si así lo deseaban, a las parejas que querían sentarse un rato. Allí se llevó a Monica el solícito Ripon y, como en la penumbra no encontraron ningún cubículo que no estuviera ocupado por una pareja de tortolitos haciéndose confianzas en susurros, se fueron al banquillo de los acusados, que estaba encima de una tarima y entre barrotes (presumiblemente para evitar que los delincuentes saltaran a la sala y amenazasen al consejo de sabios). Se sentaron en el banquito que había en el interior.

—No te lo tomes tan mal —dijo Ripon tras unos momentos de silencio.

—¿Eh?

—Lo que te dijo Revelstoke en la cena. Estás muy alicaída desde entonces. Es un idiota; le gusta desquitarse con las mujeres. Fíjate en lo que le hizo a Ceinwen en Navidad.

—Pero, Johnny, esto era otra cosa.

Monica se echó a llorar. Ripon le prestó un pañuelo, la agarró por los hombros y le dijo cosas poco coherentes, pero tranquilizadoras, hasta que logró que se recompusiera un poco.

—No es el fin del mundo. Solo tienes que verlo tal como fue. Tú estabas presumiendo y él te paró los pies de un bofetón. Muy mal por su parte, pero nada

más.

—No he hecho más que tonterías delante de todos. No he parado desde que llegué aquí. Seguro que todos me despreciáis.

—No, no. Voy a ser sincero; no has parado de hablar de Canadá, de tu familia y demás, pero cualquiera que te prestase un poco de atención veía que lo único que buscabas era una palmadita de felicitación. Ni siquiera alardeabas, solo decías lo que te parecía más favorecedor. No hay de qué avergonzarse. Es que le obligan a uno a hacerlo, ¿te das cuenta?

—¿Te refieres a los galeses?

—Me refiero a toda la gente de estas islas. Son vanidosos: o los aborreces o procuras ponerte a su altura. Sé muy bien lo que digo. En casa, no soy americano a ultranza, pero aquí, o me meto en el papel o desaparezco. Tú solo intentabas no desaparecer y, como cantas tan maravillosamente, podía haber parecido simplemente egocentrismo de artista, si nuestro querido Gilly no te hubiera clavado el cuchillo. Tú solo hiciste el tonto un poquitín de nada, pero él actuó intencionadamente con brutalidad.

—¿Lo dices de verdad, Johnny, todo eso de tener que meterse en el papel y que aquí la gente se lo cree tanto?

—Desde luego.

—¿No lo has sacado de ningún libro?

—¿Y qué tendría de malo, si lo hubiera sacado de un libro? La verdad es que son muchos los libros que hablan de este tema. ¿No has leído nada de Henry James?

—No, ¿escribió sobre estas cosas?

—Algo. Estos últimos días hemos estado en una atmósfera de Henry y James. Uno de sus temas predilectos era lo mal que tratan los europeos a los americanos. Decía: «Esta arrogante vieja Europa que tan poca amistad nos ofrece». Tú has cometido un error: en vez de saber que estabas haciendo un papel, intentabas creértelo todo, y eso nunca funciona. Eso es arte malo.

—¿Y entonces, qué tengo que hacer?

—¿Por qué no intentas pasar por blanca? ¿Sabías que en los Estados Unidos, los negros de piel clara que se van al norte viven entre los blancos como uno más? La única forma de llevarse bien con los de aquí es ocultar lo mejor posible que eres de otra parte, es decir, pasar por blanca. Reduce las diferencias al mínimo, no les llames la atención. En este país hay muchísimos canadienses, australianos, neozelandeses, sí, y americanos que pasan por blancos porque, si se dan a conocer como lo que son en realidad, los nativos los tratan con una condescendencia insoportable. En realidad no lo hacen con mala intención, pero es que tienen la maravillosa sensación de creerse la obra más noble de Dios. Bueno, está a punto de empezar el Año Nuevo, tenemos que volver al baile. Dentro de un momento, todos estos galeses e ingleses van a ponerse a cantar los versos más aburridos de Robert Burns y a darse besos unos a otros. No me lo quiero perder por nada del mundo y, si no te parece mal, me voy en busca de

Ceinwen. ¡Feliz Año Nuevo, Monica, querida!

SIETE

Phanuel Tuke apagó la radio de Monica.

—Bueno —dijo—, si el destino no es favorable a mis versos, al menos pasaré a la posteridad por haber sido el hombre que proporcionó a Revelstoke la letra de su primera obra indudablemente genial.

La fauna de Revelstoke se encontraba reunida en la salita de Monica porque era ella quien tenía el mejor equipo de radio. Habían emitido la *cantata da camera* de Giles, titulada *El descubrimiento de la brujería*, en el espacio *Third Programme*. El autor de la letra no era Tuke, únicamente había hecho la selección de textos; el libreto consistía en una serie de recitativos extraídos de *The Discoverie of Witchcraft*, de Reginald Scot, poemas de *Masque of Queens*, de Ben Jonson, y un juicio por brujería, o «proceso», que era una adaptación de *Malleus Maleficarum*. Monica había aprendido las letras a fuerza de mecanografiarlas muchas veces para que las estudiaran los cantantes y para cubrir las necesidades, al parecer inacabables, del personal de la emisora.

—Sigo pensando que Brum Benny tenía que haber dejado dirigir a Giles —dijo Persis Kinwellmarshe.

No tenía suficientes conocimientos musicales para opinar sobre la obra en sí, pero la producción de la emisión radiofónica le había proporcionado motivos de sobra para pelear con vehemencia.

—Vamos, Perse, déjalo ya —dijo Bun Eccles—. El propio Giles reconoce que la dirección no es lo suyo. ¿Por qué arriesgar una oportunidad como esta solo por coger la batuta? No puede dirigir una orquesta, lo sabes de sobra.

—Lo haría estupendamente si no tuviera a Benny todo el tiempo encima dándole consejos y liándolo.

—Benny tiene una responsabilidad para con la BBC, también lo sabes. Fue él quien consiguió que emitieran *El descubrimiento*; tenía que entregarles la mercancía él. Lo dijo el propio Giles.

—Por mucho que lo dijera, Bun, querido, sé perfectamente lo que piensa, ¡maldita sea! Es lo de siempre: joven genio bajo las alas de un viejo talentado... que no quiere dejarlo escapar por nada del mundo; pero esta misma noche arreglamos esa cuestión. Creo que podré poner a Giles por delante de todos.

—¿Alguien sabe lo que va a sacar de esta emisión? —preguntó Odo Odingsels. Había encajado su enjuto y largo cuerpo en un rincón y no había parado de comer durante todo el concierto lo que servía Monica.

—No quedará mucho, después de pagar todos los gastos —dijo Bridget Tooley—. Las copias de las partituras se llevarán la mayor parte, aunque, lógicamente, ya las tendrá para futuras actuaciones y, con los años, sacará un buen dinero de alquilarlas.

—No se puede contar con eso —dijo Odingsels—. No se va a tocar tanto la obra. Es una bobada pensar que sí.

Odingsels era el único que sabía mucho de música. Giles tenía amigos músicos, pero no entre los íntimos. Odingsels sabía lo que decía y, por lo general, los demás se fiaban de él. En cambio, en este caso, Persis no le dio la razón.

—¿Por qué no? —dijo—. Ya lo has oído. ¿No es lo más emocionante de toda esa serie contemporánea?

—No sé —dijo Odingsels—, no he oído nada más. ¿Y tú? La señorita Kinwellmarshe tampoco.

—Es bueno, desde luego —dijo Odingsels—. Tiene algunos fragmentos maravillosos. No he querido decir que no lo fuese, pero la ejecución es difícil, la música es difícil. A primera vista, casi toda la obra parece sencilla, pero solo hace falta echar un vistazo a la partitura. El tamaño es muy incómodo. No es un ciclo de canciones que puedan llevarse cualquier cantante y su acompañante por el mundo en un maletín, ni es una gran obra que pueda preparar en dos o tres meses cualquier sociedad coral de aficionados. Necesita sopranos y barítonos heroicos, solistas, un cuarteto doble de cantantes mejores que los normales en las corales y una orquesta compuesta por cuarteto de cuerda y contrabajo, piano, oboe y trompa: lo justo para que nadie le haga caso.

—Supongo que depende mucho de lo que diga la crítica —replicó Tuke.

—Un poco, no mucho. —Parecía que Odingsels estuviera empeñado en desanimarlos—. Por lo general, los críticos importantes no se comprometen mucho con las obras nuevas de compositores desconocidos si no las han podido examinar. Giles no saltará a la fama de un día para otro. Eso solo lo consigue la crítica en artes más triviales, como la literatura, el teatro o el *ballet*. —Sonrió de una forma irritante.

—Giles estará preparado para los críticos —dijo Persis—. Hace tres años largos que los vapulea en *Lantern*. Supongo que, en principio, no los tendrá muy a su favor, pero sabrán que podrá responder a cualquier cosa que le digan. No he pensado ni por un momento que ellos pudieran encumbrarlo, pero tendrán que ser corteses.

—¿Por qué? —preguntó Odingsels.

—Ya te lo he dicho, por *Lantern*.

—¿Cuántos críticos te parece que la leen? ¿Quién te crees que se la toma en serio, aparte de nosotros? ¿Cuántos nombres ilustres o influyentes hay en la lista de suscriptores? A veces me da la sensación de que nos engañamos respecto a *Lantern*. En los momentos de cordura lo sé positivamente. Es una suerte que ninguno tengamos que vivir de la revista.

—Odo, ¿por qué estás tan atravesado esta noche? ¿Es porque han emitido un trabajo maravilloso de Giles? Sé que no soportas el éxito ajeno, pero ¿es necesario que te pongas tan venenoso?

—Persis, preciosidad, soy realista. Giles ha podido estrenar un buen trabajo. Lo habrá oído mucha gente. A unos les habrá gustado, a otros les habrá parecido

horrendo y otros, tal vez la mayoría, no le habrán prestado la menor atención. De los primeros, puede que la mitad se quede con el nombre de Giles. Hacerse famoso siendo compositor es un proceso lento. ¿Qué ha hecho Giles? Ha escrito unas cincuenta canciones y un par de *suites* para orquesta pequeña; ha hecho algunas cosas en público y tengo entendido que hace unos cuatro años dio un pequeño recital de cosas suyas en el que no se fijó ni un solo crítico de primera línea. El verdadero debut ha sido hoy. Si se esfuerza, puede que dentro de diez años se haya ganado fama de joven promesa de la composición.

—¡Ya será menos, te lo aseguro! —dijo Tuke.

—Giles trabaja despacio. Lo de esta noche ha estado en construcción dieciocho meses, que yo sepa. Pierde mucho tiempo en otras cosas —dijo, mirando a Persis con una sonrisa lasciva.

—Eso sí que es verdad —dijo ella—. En *Lantern* hace mucho más de lo que le toca y además gasta energía dando clases y en trabajos musicales esporádicos, para llevarse algo a la boca.

—No es el único que tiene que hacer otras cosas, además de *Lantern* —dijo la señorita Tooley—. Si insinúas que Fanny y yo no cumplimos con nuestra parte, debo decir que no eres tú la persona indicada para decirlo; no haces absolutamente nada, más que un té regularcillo de vez en cuando y, eso sí, dejarte las pestañas vigilando las grietas del techo.

—Vale, chicas, no sigáis —dijo Bun Eccles—. Hemos entendido lo que quiere decir Oto: que Giles pierde mucho tiempo retozando contigo, Perse, aunque tal vez escriba tan buena música por eso, precisamente. ¿Por qué no os lo tomáis así y todos contentos? —levantó el vaso de cerveza en dirección a Persis y brindó por ella.

—Supongo que no tiene por qué dar clases, si no quiere —dijo Monica—, y si le robo el tiempo que me dedica, desde luego se lo compenso deshaciendo los líos de cuentas de *Lantern*.

—¡Ah, sí! Ya sabemos que eres toda una mujercita de negocios —dijo Persis—, pero por desgracia no puede dejar de dar clases porque necesita el dinero. Si esa tacaña de su madre le diera lo que le pagas tú por las clases, seguro que no tendría que preocuparse de nada.

—¿Es que su familia no le manda dinero? —dijo Tuke.

—Cuenta con unos ingresos reducidos de no sé qué capital que le dejó su padre a él directamente. Por lo demás, no tiene un chelín. Su madre es riquísima, no le costaría nada pasarle una asignación generosa. Vive en Gales, en una mansión impresionante con todos los lujos y de vez en cuando le manda unas libras, por su cumpleaños y así. Es una lástima que esas personas no se mueran y que todo su dinero pueda servir de algo. Pero no, ella está convencida de que si no tiene nada se verá obligado a buscar un empleo seguro. Supongo que le gustaría verlo al frente de la orquesta municipal de Torquay o algo por el estilo. ¡Madres! En mi opinión, las relaciones entre madres e hijos son las más detestables e inmorales... o, mejor dicho,

entre padres e hijas. Lo único que quieren los mayores es comerse vivos a los jóvenes.

Persis estaba muy guapa con el oscuro ceño fruncido, pensando en el horror psicológico que le inspiraban la señora de Hopkin-Griffiths y el almirante Percy Kinwellmarshe.

—Desde luego, pensar que en literatura la fama se pueda ganar de la noche a la mañana es la cosa más irreal que existe —dijo Tuke después de meditar sobre las palabras de Odingsels—. El egocentrismo es aborrecible, seguro, pero uno como yo mismo, sin ir más lejos, puede dar unos años a Giles e incluso comprometerse más, pero no se puede decir que se lo reconozcan de una forma abrumadora. En cuanto a que, *au fond*, la música sea más seria que las letras, en fin... en mi opinión, quienes mejor pueden juzgar los límites de un arte es quienes se comprometen con ese arte.

—Mejor que cualquier técnico, claro, por preparado que esté —sentenció la señorita Tooley, ofendida. Todos sabían que cuando Tuke hablaba impersonalmente de sí mismo, Bridget pelearía por él— y, sobre todo, si su trabajo tiene poca repercusión.

—Lo mejor de mi obra es para iniciados en la auténtica fotografía imaginativa —replicó Odingsels sonriendo—. No necesito que me publiquen para que se reconozca mi trabajo.

Se estaba preparando el terreno para una pelea encarnizada de las que surgían de vez en cuando entre las fieras de la fauna, pero en ese momento llegó Monica con otra fuente de bocadillos y Bun Eccles repartió otra ronda de cervezas. Mientras duraron las provisiones, los tragones no dijeron nada más, y Tuke, que sabía comer y hablar a la vez sin perder bocado ni sílaba, cobró una gran ventaja. Con un escrupuloso sentido de la justicia, se puso a comparar la fuerza de la música y la de la poesía, pero de forma poco esclarecedora, puesto que sabía muy poco de la primera, aunque, eso sí, con mucha sensibilidad.

Monica volvió al dormitorio, donde preparaba los sándwiches, a asegurarse de que no faltaran víveres; sabía que, en ausencia de Revelstoke, la única manera de que la fauna no perdiera el control era aplicándole dosis fuertes de sedante en forma de comida y bebida. Discutían asombrosamente y por cosas que casi nunca entendía del todo, aunque el sentido común le decía que, en el fondo, era una cuestión de envidia. Cada vez que se publicaba un nuevo ejemplar de *Lantern* se producía una escaramuza de esa clase que, además, se desarrollaba siempre de la misma forma: Odingsels ofendía a Tuke, la señorita Tooley y el fotógrafo discutían enconadamente; Eccles, que era un pintor de pura cepa y le aburrían los hombres de letras, perdía la paciencia con todos y se emborrachaba; Persis Kinwellmarshe afirmaba que sin Giles no habría *Lantern* y Bridget contraatacaba llamándola puta; Revelstoke se reía y los maldecía a todos. Al final, aparecía la señora Klein, se quejaba de que estaban molestando a los demás inquilinos y Odingsels la hacía llorar. En una ocasión, Monica no pudo soportarlo más y salió en defensa de la señora Klein; para su gran asombro, su

arrebato de genio puso de buen humor a todo el mundo y su posición en el grupo mejoró. Después de esas broncas, que a ella le parecían tediosas y agotadoras, pero que a ellos les divertían mucho, Revelstoke se ponía de nuevo al mando de las fuerzas de *Lantern* y se reanudaba el trabajo con la misma desorganización e imperfección que de costumbre.

De todas maneras, ese día no estaba allí Revelstoke para poner coto al geniudo egocentrismo general y Monica temía que la señora Merry no adoptase la misma actitud que la señora Klein, quien siempre encontraba el momento de declarar, en medio de sus quejas: «Mi comprende arrrtista muy bien», a lo cual respondía Odingsels invariablemente con un grito de: *Halt die Schnauze!* Lo cierto era que la señora Merry no comprendía muy bien a nadie, excepto a sí misma, quizá, y seguro que se quejaría del ruido al señor Boykin cuando pasara por allí a pagar la renta, como todos los meses. Monica se arrepintió amargamente de haberlos invitado a escuchar el concierto de Giles en su aparato.

Sin embargo, le había parecido muy buena ocasión para acercarse a ellos un poco más, para reforzar su puesto... No era tan tonta como para pensar que no tenía su sitio en el grupo de *Lantern*; tal como estaban las cosas, solo ella entendía la contabilidad de la revista, y últimamente parecía que Raikes Brothers prefería llamarla a ella cuando había que tomar alguna decisión. Había tenido la suerte de poder prestar a Tuke dos libras y diez chelines en un momento en que le hacían muchísima falta y, unas semanas después, Revelstoke la había defendido obligando al poeta a devolver los diez chelines, que era lo único que podía permitirse. Sí, tenía un lugar, pero era el último. ¡Habían pasado seis semanas desde el encuentro en el cuarto de baño de Neuadd Goch y ni siquiera la había vuelto a besar!

¿Por qué? ¿Por qué no se daba cuenta de que lo quería? No era una cursi que anduviera por los rincones deshaciéndose en suspiros, como Julieta; se entregaba en cuerpo y alma a la contabilidad de *Lantern* y, aunque no pudiera decirse que hubiera mejorado, al menos las cuentas estaban más claras. Revelstoke se había cansado y, en un arranque, le había dicho que si la gente no tenía entendederas suficientes para apreciar la revista él no podía remediarlo de ninguna manera. Escribía en la maldita revista, ¿no? ¿Qué más se suponía que debía hacer? ¿Pregonarla por las esquinas? Pero Monica no creyó que todo eso fuera la expresión de los verdaderos sentimientos de Giles; si de verdad estaba comprometido con la publicación (y lo estaba), tenía que desear que funcionase bien económicamente, eso era un axioma. A partir de entonces, dejó de molestarlo con esa cuestión y entró en conversaciones más desalentadoras todavía con Raikes Brothers, quienes empezaban a reclamar algún pago a cuenta.

No pretendía conquistarlo deslumbrándolo con grandes soluciones económicas, no era tan necia, pero ¿qué mejor forma de acercamiento podía intentar, qué sistema más eficaz para demostrarle que estaba a su entera disposición, con todas sus capacidades y todo lo que sabía hacer? Rebosaba de amor por dentro, pero por fuera seguía siendo tan pulcra y silenciosa como siempre, y tal vez demasiado rápida en

ofrecer lapicero y papel; en un par de ocasiones le pareció que resultaba práctico, aunque tal vez no muy romántico, ser la persona a la que todo el mundo pide goma de borrar limpia. No podía aspirar a serle útil en las cosas de la música, ¿acaso no era su alumna? Entonces, ¿cómo servirlo, si no era con la máquina de escribir y el libro de contabilidad, cosas que hacía mejor que cualquier otro del grupo? Estaba desesperada por ser una más de la fauna. Intentaba usar lenguaje malsonante, pero lo hacía muy mal. Era incapaz de decir palabrotas como Persis, se lo impedía la educación en el seno de la congregación... y una resistencia natural, sospechaba; además, y muy a su pesar, reconocía que todo lo que encajaba con la opulenta dejadez de Persis a ella no la favorecía mucho. Aun así, procuraba salpimentar la conversación con algunos «maldita sea», hasta que un día sorprendió a Odingsels mirándola irónicamente y le dio tanta vergüenza que dejó de hacerlo.

No la consideraban una más. A ella le parecían bohemios, aunque se habrían reído de una palabra tan romántica y pasada de moda y se lo habrían tomado como una prueba más de lo lejos que estaba de ellos. De todas maneras, a pesar de tanta bohemia, eran muy ingleses. ¡No, qué ridiculez! Odingsels... nadie sabía a ciencia cierta de dónde era, pero inglés no, eso seguro. El padre de Bridget Tooley era abogado y vivía en Cork, y ella era irlandesa, como (le vino a la cabeza la expresión de Ma Gall) el cerdo de Paddy. Bun Eccles era australiano y llamaba «Pommies» despectivamente a los ingleses. Revelstoke sí era inglés, de la variedad de Eton y Oxford, y también la odiosa Persis, claro.

¡Menuda pieza! ¡Ella sí que sabía quedarse con lo mejor de todos los mundos! Podía ser una gitana sucia y desaliñada, con todas las ventajas de poseer una belleza enorme y aparentemente indestructible y, al mismo tiempo, ser la dama inglesa de buena cuna... que se comía el flan y las natillas. Era la que creaba el ambiente que excluía a Monica, la única a la que Revelstoke no corregía el habla, la única que no tenía necesidad de saber que «*glory*» era un troqueo, y no un espondeo (como lo pronunciaban tanto Monica como Eccles), la única que no tenía que hacer nada en *Lantern*, aunque siempre andaba molestando cuando más trabajo había. ¿Y por qué? Porque era la amante de Revelstoke, su esparcimiento, su afición, su...

Estaba cortando pan como si lo serrase. Le subió a la garganta un insulto sucio, Ma Gall puro; le dolía la cabeza y parecía que los ojos se le inyectaran de sangre. Tuvo que sentarse en la cama para calmarse.

¡Ay, qué injusticia! ¿Por qué no podía ser para él lo mismo que Persis y, al mismo tiempo, ejercer una influencia constructiva y de apoyo? Ella era mejor que Persis. Sí, mejor. ¡Mejor! ¿Por qué no lo veía él? ¿Cómo podía soportarla, si solo se bañaba de vez en cuando y por diversión, no para quitarse la porquería, y se dejaba largos los pelos de las axilas porque decía que a los hombres de verdad les gustaba? Monica era limpia (aunque Amy le había enseñado a no hablar de la «finura personal») y la limpieza debería contar. Haría lo que fuera por Revelstoke, sería lo que él quisiera. La había buscado una vez. Debía de sentir algo por ella. No podía ser de otra manera.

Entre tanto, el jaleo aumentaba en la otra habitación. Dos o tres de ellos habían ido hasta el retrete de abajo sin dejar de participar a voces en la conversación, al ir y al volver. La inquilina de abajo había dado golpes en el techo un par de veces y Eccles había respondido con pisotones enérgicos. Persis desarrollaba el tema de la tacañería de los padres con voz sonorísima. Monica sabía que tendría que volver y hacerlos callar. Se puso en la frente un botellín frío de cerveza, esperó un par de minutos y volvió a la salita.

Entró en el mismo momento en que apareció por el pasillo la señora Merry. Con una altiva expresión de agravio, la patrona habló con un acento más refinado que nunca y vocalizando extraordinariamente bien.

—Señorita Gall, me veo obligada a pedirle que requiera a sus invitados que se vayan —empezó, pero no siguió, porque detrás de ella apareció Revelstoke, acompañado por sir Benedict Domdaniel.

La fauna los recibió con rugidos.

La aparición del gran director de orquesta creó una situación difícil para todos, pero particularmente delicada para la señora Merry, porque tenía que conciliar la indignación de patrona con la emoción de recibir a un hombre famoso (y con título, además) bajo su techo, y por otra parte... había prometido a la inquilina del piso inferior que echaría a los juerguistas a la calle. Resultó que Persis, que se había tomado muchas libertades con el nombre de Brum Benny, no lo conocía personalmente y cuando se lo presentaron no tuvo la cara dura de faltarle al respeto. Monica, que había estado pensando apasionadamente en su amor por Revelstoke, tuvo que recibirlo con la timidez de una anfitriona y con la sensación de ser el último mono de la fauna; también estaba incómoda por Domdaniel porque, que ella supiera, no conocía a los amigos de Revelstoke y en ese momento contrastaba mucho con ellos, como un personaje de la realeza fotografiado entre los supervivientes de un desastre. Sin embargo, su mentor se desenvolvió sin ninguna dificultad.

—Parece que hemos llegado en el mejor momento de la fiesta —dijo, sonriente y afable, a la señora Merry, y con una inclinación de cabeza tan pronunciada que, por un momento tan deslumbrante como aterrador, la mujer creyó que iba a besarle la mano—. Hoy hay mucho que celebrar y estoy seguro de que lo comprende; nuestro amigo se ha cubierto de gloria.

Eran esos modales naturales, lustrosos y espléndidos los que le habían valido el sobrenombre de Brummagen Benny entre los envidiosos; puesto que eran incapaces de elevarse a semejante altura, se vengaban recordándole su origen plebeyo. Un crítico severo podría haber dicho que esos modales carecían de verdadera nobleza; resultaban demasiado perfectos, demasiado artísticos para ser simples «buenos modales». Presentó a Revelstoke a la señora Merry y este la saludó con el encanto de un anfitrión, como si la recién llegada fuera ella. Al mismo tiempo, Odingsels inclinó su tiñosa cabeza hacia la asombrada señora Merry y le puso en la mano un vaso de cerveza.

—Lo último que desearía —empezó a decir con inmensa elegancia, pero, incapaz de sostener tan refinado comienzo, dio marcha atrás—: No sería propio de mí... ciertamente no es mi deseo imponer la nota solemne en tan señalada ocasión, pero comprendan mi situación ante la señora Porteous, que ocupa el pisito de abajo y que, debido a su avanzada edad y a sus costumbres... —Vaciló.

—Portaos como es debido —dijo Revelstoke a la fauna, y esta obedeció hasta el extremo de darle las enhorabuenas en susurros.

—¡Oh, por favor, por favor! —exclamó la señora Merry con una risa gutural y señalando su vaso de cerveza como una marquesa de comedia musical antigua—, no se crean obligados a bajar tanto la voz. ¡No podría soportarlo! Por favor, sir Benedict, ruégueles que hablen con normalidad.

Arqueando las cejas, dirigió a sir Benedict una angustiada súplica sin palabras. Con él a su lado, mirándola tan galantemente a los ojos, habría incitado a todos a bailar danzas taconeadas encima de la cabeza de la señora Porteous.

—Voy a proponer una cosa que creo que lo arreglará todo —dijo—. ¿Qué les parecería ir a mi casa a seguir allí la fiesta? Tengo bebida en abundancia pero, Monica, si tú tienes algo de comer, podríamos llevárnoslo. Y, puesto que le hemos causado tantas molestias, mi querida señora, espero que nos perdone y venga a celebrarlo con nosotros.

Con la más cautivadora de sus sonrisas, miró con fijeza a la señora Merry a los ojos diciéndole mentalmente: «Diga que no, diga que no, que no puede abandonar a los inquilinos; diga que no», pero la señora Merry no era sensible a la telepatía; flotaba subida en una alta nube de gloria social, como en vida del respetable notario Maybrick Merry, cuando invitaban a cenar a tres parejas un jueves sí y otro no y en una ocasión incluso asistió un miembro del Parlamento.

—Sí, sí —dijo con voz cantarina—, voy enseguida a buscar el chal.

La señora Merry tardó casi diez minutos en cambiarse de ropa, ponerse todos los anillos y pasarse un lápiz oscuro por las canas. A Monica le dio tiempo de sobra para forrar por dentro el cubo de la basura con *The Times* y llenarlo de comida. Previsoramente, Bun Eccles se dispuso a llevar la cerveza, no fuera a ser que sir Benedict hubiera calculado mal sus provisiones; este último bajó a esperarlos en el coche y Revelstoke advirtió a los demás que no hicieran ruido por las escaleras. En general, fueron sigilosos, aunque Odingsels, que se empeñó en llevar a Persis a cuestas, le hizo cosquillas en las piernas y ella gritó; además, Eccles insistió en cargar con la bebida y la comida, pero tuvo la mala suerte de engancharse el tacón del zapato en una parte desgastada de la moqueta y, decidido a salvar la bebida, dejó caer el cubo de los comestibles dando tumbos hasta el rellano.

Se abrió una puerta y se asomó al vestíbulo una cabeza de loro, la señora Porteous, casi seguro, con una peluca inconfundible.

—Bien —glugluteó—, es la primera vez que sucede algo semejante en esta casa, y si esto es lo que trae dar cobijo a estudiantes de la Commonwealth...

Odingsels avanzó hacia ella cargado con Persis.

—¡Silencio! —le dijo—. Tenemos que llevar a esta dama a una clínica para que le practiquen un aborto, y le pido por favor que no arme tanto escándalo.

Bajó los últimos escalones al galope, con Persis a cuestas, que no dejaba de chillar y burbujear como el agua de seltz. Bun se puso a recoger la comida y, súbitamente inspirado, plantó un sándwich en la mano a la señora Porteous, metió todo lo demás en el cubo y salió disparado detrás de Odingsels. Fue Monica quien oyó los últimos comentarios y malos augurios de la señora Porteous.

En la acera se reavivó un poco el malestar, porque todos querían ir en el elegante coche de sir Benedict, cosa manifiestamente imposible. Odingsels no quería separarse de Persis, y la señora Merry, con la astucia superior de la edad, se coló en el asiento delantero, al lado del gran hombre; por último, Revelstoke y Tuke se metieron como pudieron en el asiento de atrás y Monica y Bun, junto con la contrariada señorita Tooley, los seguirían en taxi.

—A Fanny le pierde el lujo —dijo esta—, y en cuanto olió la piel auténtica de la tapicería no quiso saber nada de nadie. No es una característica muy halagadora, la verdad.

No había nadie en la casa de Dean's Yard, porque los criados no pernoctaban allí, pero Domdaniel encontró copas enseguida y al cabo de cinco minutos se reanudaba la fiesta. Odingsels y Persis dejaron de pelearse y empezaron a sobarse íntimamente en silencio, por lo que necesitaban un sofá para ellos solos. La señorita Tooley guardaba las distancias con Phanuel Tuke, es decir, estaba muy cerca de él, pero dándole la espalda un poco. Sir Benedict iba y venía por la sala procurando que todos estuvieran a gusto, pero no tardó en darse cuenta de que no era necesario; la fauna se hacía con el espacio dondequiera que estuviera. En cambio, la señora Merry tenía muy desarrollado el sentido de la ampulosidad en las reuniones sociales; sin la menor duda, se consideraba «la mujer casada de mayor edad de los presentes» y se propuso imponer una conducta de muy buen tono. No dejaba en paz al anfitrión: alabó el buen gusto con que estaba amueblada la casa; le confió que podía juzgar a las personas al instante solo por la cristalería que usasen; esperaba sinceramente que les dedicara un poco de música más tarde, porque sería un verdadero lujo; dejó caer que, en vida de su marido, habían estado varias veces con Madame Gertrude Belcher-Chalke, cuyas interpretaciones del cancionero escocés eran pura delicia, y que sin duda sir Benedict la conocería; y sí, claro, agradecería una gotita de *whisky* escocés, «tan solo una gotita, por favor», con agua sin gas.

Monica, que no había podido recuperarse del ataque de nerviosismo, enseguida encontró la cocina, sacó del cubo de la basura el pan aserrado (símbolo de la obsesión con la aborrecible Persis) y se puso de nuevo a preparar sándwiches. La fauna tenía unas tragaderas infinitas, y ella, hija auténtica de Ma Gall, se había aprovisionado abundantemente. Preparar la comida la tranquilizaba y le permitía aislarse de los demás.

Sin embargo, no estuvo mucho rato sola, porque sir Benedict entró enseguida por la puerta.

—Voy a tomarme algo tranquilamente aquí contigo —dijo—. No consigo convencer a tu patrona de que no toco el piano en las fiestas.

—Lo siento muchísimo —dijo Monica—; ha sido estupendo que nos rescatara usted y que haya tenido la gran amabilidad de invitarla. Se lo está pasando en grande.

—Le he dicho que convenza a Revelstoke de que improvise algo —dijo él—. Es una verdadera jugarreta, pero tengo que protegerme, ¿verdad? Bebe algo, creo que lo necesitas. ¿Qué te ocurre?

—Nada. Estuvimos oyendo la emisión.

—¿Y qué opinas?

—Me pareció una maravilla, pero ya sabe lo que vale mi opinión.

—Nada de evasivas. ¿Te gustó la obra?

—No sé. Es rarísima. No tanto como casi toda la música moderna, no tan repelente, por decirlo así. No se pelea con quien escucha, pero me confunde. Me gustaría oír su opinión.

—Ya la conoces: he dirigido yo la obra. Es un buen trabajo, aunque Giles debería estudiar un tiempo con algún compositor de primera fila. Todavía no sabe expresar todo lo que quiere, orquestalmente hablando, claro. Casi toda la parte instrumental es brillante, pero hay algunos pasajes muy confusos que no logré hacerle cambiar. Lo mejor de todo, desde luego, es lo que escribe para la voz, y eso lo eleva por encima de todos los compositores modernos, salvo unos pocos. En esta época, parece que ningún compositor da mucha importancia a la voz; prefieren usarla de mil formas raras, ya sabes; es insultante. Sin embargo, lo suyo es muy agradecido para el intérprete, y eso, combinado con un lenguaje musical moderno, da una gran personalidad a sus creaciones.

—Supongo que el éxito depende en gran parte de lo que diga la crítica, ¿no?

—Un poco, pero no mucho, en realidad. Depende mucho más de lo que digamos unos cuantos como yo.

—Pase lo que pase, se encargará de los críticos en *Lantern*.

—Eso es exactamente lo que más temo. Pierde muchísimo tiempo con esa tontería.

—¿Tontería?

—Sí. ¿De qué sirve enfrentarse a los críticos? Te aseguro que hay algunos muy preparados, sobre todo para juzgar actuaciones. De todos modos, son muy pocos los que pueden formarse una opinión sobre una obra nueva. La mayoría solo buscan novedades. Oyen demasiadas cosas y no las entienden correctamente. Se vuelven como niños caprichosos por el exceso de juguetes que tienen a su disposición; siempre están lloriqueando y pidiendo más a la música: «Diviérteme; dame algo nuevo». No hay novedades en lo que Giles les ha enseñado. No es un innovador; en cambio, posee dotes melódicas extraordinarias. Bien, pues fíjate en los críticos, a ver

cuántos son capaces de darse cuenta de eso.

—Entonces, ¿no tiene una buena opinión de *Lantern*?

—Mi querida niña, esas revistillas y periódicos de protesta y de crítica de camarilla aparecen y desaparecen y no valen un pimiento. No están mal para como se llame... Tuke, y su formidable guardaespaldas, pero Revelstoke se lo toma en serio, cuando tendría que estar trabajando en la música. Te has comprometido bastante con la revista esa, ¿verdad?

—Los ayudo un poco con la contabilidad.

—No está mal. Tienes... ¿veintidós años? Está bien por ahora. Así conoces un poco lo que son esas cosas; siempre es bueno conocer algo más. Pero Revelstoke tiene treinta y tres, ya es hora de que deje esas banalidades y se ponga a trabajar en serio.

—¿Cree que pierde el tiempo por dar clases?

—No, si le proporciona un dinero necesario, pero lo de *Lantern* es un despilfarro del espíritu en un yermo deshonesto.

—Shakespeare, soneto no sé cuántos.

—¡Muy bien, niña! Veo que te hace leer un poco.

—Sí... pero *Lantern* no es el único yermo.

—¿Te refieres a la pandilla de ahí? No lo son más que cualquier otro grupo de amigos, diría yo. Se han escrito muchas cosas buenas sobre la amistad; está generalizada la superstición de que cualquiera es capaz de darla y recibirla, como el amor. Sin embargo, muchos no llegan nunca a conocer el amor, más que de un forma imperfecta, como tampoco la amistad, si no es superficialmente. La amistad es muy exigente. La mayoría tenemos que conformarnos con conocidos.

Para Monica era muy halagador estar disfrutando por primera vez de una conversación con sir Benedict que no fuera sobre música y sin las prisas de sus compromisos. Cayó en la trampa de querer impresionarlo, de intentar ponerse a la altura de la edad de él.

—Pero ¿no le parece que esa clase de gente, que vive de una forma tan irregular, es tremendamente agotadora? Quiero decir que le absorben mucha vitalidad que debería emplear en la música. No pretendo chismorrear, pero todo el mundo sabe que se dedica muchísimo a esa chica, la morena, y no sé de dónde sacará tiempo para trabajar. ¿Le parece que debería marcharse al campo o algo así y dedicarse por entero a su obra?

—No, me parece que no. Puede que a tu edad lo pensara, pero ahora sé que no; para componer música no basta con aislarse de la gente. Esa dedicación tan plena y exclusiva es para los técnicos, como tú y yo; el látigo nos ayuda a crecer, pero los creadores deben hacer sencillamente lo que mejor les parezca. A unos les gusta la soledad, a otros las multitudes. En cuanto a la chica, ¿por qué no? Cuando estudiaba en Viena, mi maestro me contó que había visto muchas veces a Brahms, en todas las edades de su vida, paseando pensativamente al salir de casa de una determinada

señora que vivía en Weiden. Eso no tiene la menor importancia. No hay absolutamente nada, más que la falta de talento, que se interponga en el camino de un artista creativo.

—¿Cree que no tiene importancia llevar una vida desordenada?

—A mí no me serviría, pero no puedo responder por los demás.

—Entonces, ¿cree que Shakespeare no tenía razón cuando decía lo del despilfarro del espíritu en un yermo deshonroso?

—Es deshonroso si uno lo considera como tal. A él no se lo parece, es evidente, sin embargo a ti sí, y para eso solo hay dos explicaciones: o eres más misionera que músico o tienes celos de la chica morena de ojos azules.

Monica se puso a cortar pan de nuevo. No solía sonrojarse a menudo, pero sabía que había puesto una cara delatora en muchos aspectos.

—¿Tengo razón? —dijo sir Benedict, y tomó un sorbo de su copa—. Bueno, en el ambiente musical, es frecuente enamorarse del maestro, como sabe todo el mundo. Recuerdo que el viejo García, a los ochenta años, todavía tenía que quitárselas de encima para poder dormir la siesta. Bien, sigue así pase lo que pase. Todo sirve para ampliar la gama de sentimientos.

Monica lo miró con una expresión tan furibunda que hasta le brillaban los ojos, y el cuchillo que tenía en la mano parecía tan amenazador que sir Benedict retrocedió.

—¡No los puedo soportar! ¡Se creen todos superiores porque son ingleses! —dijo—. Murtagh Molloy me dice que no tengo emociones; Giles Revelstoke me trata como a una paleta idiota porque no he leído todo lo que se ha escrito en el mundo, ¡y usted me dice que me enamore porque así ampliaré la gama de sentimientos! ¡Váyanse todos al infierno! ¡Estoy muy orgullosa de no salpicarlo todo con esos sentimientos facilones! Planto todo esto y me vuelvo a casa. ¡No pienso quedarme para que me traten como a un loro y me enseñen a decir «Polly quiere un regalo sorpresa» con el acento perfecto y el matiz emocional perfecto! ¡No los soporto! ¡A ninguno! ¡Y no soporto esta mierda de país que parece la tienda de antigüedades de la esquina! ¡Prefiero volver a casa y trabajar de mecanógrafa en la fábrica de pegamento a quedarme aquí un día más comiendo esta bazofia!

Sir Benedict la miró pensativamente un largo minuto y luego dijo:

—Tienes toda la razón, querida mía, y te pido disculpas.

Monica puso una cara horrible, se sorbió los mocos lastimosamente y rompió a llorar. Nunca había sabido llorar con gracia.

Hacía muchos años que sir Benedict tenía la costumbre de llevar siempre dos pañuelos, uno para sonarse él y otro para quien pudiera necesitarlo. Sacó el segundo de un bolsillo, lo desdobló y se lo ofreció a Monica justo a tiempo para ocultar una cara muy fea. Después la sentó en la mesa de la cocina, se sentó él a su lado y la abrazó tiernamente.

—No nos hagas ningún caso —dijo—, no es más que una forma de comportarnos que hemos heredado del siglo XIX, cuando de verdad dominábamos los mares. A

Molloy le dolería muchísimo si se enterase de que lo has llamado inglés. En cuanto a mí, desde luego que lo soy, pero no de los de arriba; sería un desagradecido si negara mi procedencia de una larga estirpe pueblerina de Birmingham. Revelstoke también es inglés, y no me importa decirte que fui yo quien procuró que fueras a casa de su madre a pasar las Navidades, aunque ni ella ni Giles lo sabían, claro; lo urdí todo con la señorita Eigg, que es una antigua amiga mía; pensé que te resultaría más acogedor. ¿No te parecieron agradables? Seguro que Giles estaba un poquito más relajado en su propia casa, ¿no? Es verdad que se hace el importante con todos esos botarates que tiene alrededor, pero es puro amaneramiento.

»No me había dado cuenta de que sintieras algo por él, pero lo que te he dicho es la verdad y no pretendía hacerte daño. Tener un idilio, si es algo más que un simple coqueteo de club de tenis, amplía de verdad el abanico de sentimientos. Lógicamente, uno no se enamora con esa intención, pero debes entender que te lo decía como profesor y consejero, desde fuera. Y, por descontado, lo que a tu edad parece único y maravilloso (y lo es, sin duda), a la mía y según mi punto de vista, es una cosa mucho más normal. Lo terrible del caso es que es necesario aprender a sentir. Sucede espontáneamente cuando nos enamoramos o cuando muere alguien muy querido, pero los que somos como tú y yo, artistas intérpretes, tenemos que aprender a recuperar esos sentimientos y a transformarlos en algo que podamos ofrecer al mundo en nuestras actuaciones. Ya sabes lo que dice Heine, y si no lo sabes no te lo reprocho: “Saco mis cancioncillas de mis mayores pesares”. Bueno, pues eso es lo que hacemos todos. Convertimos los sentimientos que nos brinda la vida en algo un poco distinto, no tan aplastante, pero mucho más refinado y quizá también más conmovedor que el sentimiento mismo. Esos celos que sientes ahora duelen, pero si eres tan buena artista como me parece que empiezas a ser, nunca más tendrás que imaginarte lo que significan los celos cuando tengas que cantarlos. En cuanto al amor, y no me preguntes qué es, porque solo podría decirte que es una maraña complicada y enorme de emociones, también necesitas sentirlo. Todo el mundo dice que se ha enamorado alguna vez, pero enamorarse y después poder extraer algo con lo que dar a entender a los demás lo que es el amor o recordárselo claramente... para eso hace falta ser artista. ¿Te encuentras un poco mejor?

—Hmm.

—Bien. ¿Y no te irás mañana a la fábrica de pegamento?

Monica hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Entonces, será mejor que volvamos con los demás; si no, pensarán que estoy haciendo algo malo contigo y, aunque para mí sería halagador en cierto modo, no es conveniente, en realidad.

En ese momento entró en la cocina la señora Merry, con una actitud espléndida y elevada, más mártir que nunca; sonreía enseñando todos los dientes, como si las primeras llamas de la pira le estuvieran lamiendo los pies.

—Sir Benedict, debo marcharme ya —dijo—. Ya es hora; lo cierto es que me lo

han dado a entender muy claramente: que me despida de la fiesta.

Soltó un hipido leve y refinado y rompió a llorar.

Por primera vez en su vida, sir Benedict no tenía pañuelo que ofrecer. Sin embargo, la señora Merry, toda una dama a pesar del dolor y del alcohol, se sacó uno de la pechera y se llevó las ineficaces puntillas a los labios.

—Mi querida señora, ¿la ha ofendido alguien? —preguntó él.

Para ser verdaderamente equitativo, tendría que haberla sentado en la mesa y abrazarla, pero no lo hizo.

—Es por mi culpa —balbució ella—. Me he entrometido, me he propasado. El artista... el estado de excitación. Tenía que haberme acordado.

Sir Benedict cogió el vaso que la señora Merry llevaba en la mano y buscó en un armario en el que había cazuelas. Encontró una botella de licor de guindas y le sirvió un chorro generoso.

—Tome esto y cuéntenoslo todo —le dijo.

—El señor Revelstoke... un genio, por supuesto, y que acaba de tener un gran éxito... Bueno, si insiste usted. ¡Ay, por Dios! ¡No podría beber tanto en mi vida! Bueno, tenía que haberlo sabido. A Madame Gertrude Belcher-Chalke le pasaba lo mismo después de un concierto... se ponía tan *elevée* horas y horas, ah, sí, totalmente *ballonée*, podría decirse, incluso grosera. Yo no pretendía ofender. Le pedí que tocara. Bueno, porque, un músico... seguro que toca, ¿no? Me dijo que no. Insistí, porque claro, es lo que quieren. Se negó otra vez. Volví a insistir y se negó de nuevo. Rogué a los demás que me ayudaran. Ese hombre que tiene eso tan horrible en el pelo me gritó algo en alemán. Entonces, el señor Revelstoke corrió al piano y dijo: «¡Se lo dedico a usted sola, adorable criatura!». Y tocó... —la señora Merry hinchó el pecho como no lo hincha nadie ya desde los buenos tiempos del cine mudo. Apuró el licor de guindas hasta los posos—. ¡Tocó *Chopsticks*!^[20] —exclamó, y tiró la copa melodramáticamente al fregadero.

Sir Benedict demostró sobradamente que un director de primera categoría no es solo un músico intérprete notable, sino también un diplomático con una capacidad de organización fuera de lo común. Consoló a la señora Merry. Mandó a Monica arriba, a su propio dormitorio, para que se lavara y se recompusiera. Reclutó a Eccles para que lo ayudara a subir champán de la bodega. Logró imprimir a la reunión unidad y ambiente festivo y, por último, se puso al piano.

—Giles y yo queremos tocar una canción en honor de la señora Merry —dijo—. Se titula *Paraphrases*; la que tocan todos los músicos cuando están contentos.

Sentó a Revelstoke al piano a su lado y lo invitó a tocar a cuatro manos; con gran entusiasmo y vigor tocaron las veinticuatro variaciones de *Chopsticks* de Liszt, Borodín, Cui y Rimski-Kórsakov. La señora Merry, completamente a merced de los sentimientos y a punto de perder bajo los efectos del champán la poca compostura que le quedaba, consiguió apoyarse en el piano y posar allí sonriendo conmovedoramente a sir Benedict, hasta que, de repente, se quedó completamente

inexpresiva y se derrumbó en el suelo con todo su peso.

Eccles, experto en casos de esas características, le levantó la cabeza y la abanicó. La señora Merry abrió los ojos y sonrió beatíficamente.

—Lléveme a la cama y déjeme estirada —dijo.

Y así terminó la fiesta.

Tanto en el teatro como en la pantalla, siempre se presenta la escena de meter a una persona borracha en la cama de la forma más hilarante. Para Monica, Revelstoke y Eccles fue simplemente difícil. La señora Merry era una mujer imponente de casi sesenta años, moverla a peso muerto no fue tarea sencilla. Cuando la sacaron del taxi en Courtfield Gardens tenían la sensación de que acababan de meterla en él de cualquier manera en Dean's Yard. Los hombres la sostuvieron de pie mientras Monica recogía los zapatos, que se le habían caído en algún momento. Dentro de la casa, había que resolver el escollo de las escaleras. No era solo que pesase (aunque pesaba), sino, sobre todo, que no había por donde agarrarla. Lo intentaron a la silla de la reina, pero el traje de satén resbalaba y la mujer se cayó al suelo dos veces antes de superar el primer peldaño. Al final, tuvieron que subirla como si fuera un piano. Eccles reptaba por las escaleras a cuatro patas con la señora cargada a la espalda y Revelstoke y Monica hacían lo que podían por mantenerla en su sitio. Fue un trayecto lento, ruidoso y agotador. Cuando llegaron al dormitorio de la señora, la tumbaron en la cama con todo lo puesto, excepto los zapatos y, completamente exhaustos, subieron a las habitaciones de Monica.

—Menos mal que he liberado esto —dijo Bun, sacando una botella de champán de *sir* Benedict de uno de los grandes bolsillos de su chaqueta de contrabandista—. Supongo que no tendrás una botella de *brandy*, ¿eh, Monny?

No, no la tenía. Filosóficamente, Eccles quitó el alambre a la de champán y, mordiendo el tapón con los dientes por la parte gruesa, le dio un tirón descomunal; cuando el líquido empezó a verterse, lo detuvo colocando diestramente un dedo en la boca de la botella.

—Ya está —dijo, y se la dio a Monica—. Clávate la daga y pásala.

En la fiesta, Monica solo había tomado una copa de champán, y Revelstoke, poco más, pues nunca bebía mucho. Ambos se alegraron de poder tomar un trago refrescante de champán, pero solo bebieron un par de veces. Él todavía estaba de muy buen humor, gracias sobre todo a la emoción; lo había pasado bien en la fiesta, celebrada en honor de su éxito personal; solo le fastidiaba una cosa: que Persis hubiera desaparecido con Odingsels. Monica estaba tan alborozada por tenerlo en su habitación casi para sí sola que no necesitaba más estimulantes. Eccles, en cambio, era un bebedor curtido y perseverante. Cuando le llegó el turno de la botella, no se la apartó de la boca hasta vaciarla.

—Necesito un baño —dijo entonces—, he sudado como un cerdo subiendo a la bruja esa por las escaleras.

Se levantó, soltó un eructo cavernoso y se despidió con un gesto de la mano. Lo oyeron bajar las escaleras; oyeron el portazo del cuarto de baño y el ruidoso pestillo

al cerrarse; empezó a correr el agua, que resonaba por todas las tuberías de la casa.

—Espero que no se haga daño —dijo Monica.

—¿Bun? No —dijo Revelstoke—, pero puede que eche una cabezada en la bañera.

¿Y ahora, qué? Las protagonistas de las obras de teatro y de las novelas siempre sabían qué hacer cuando se quedaban a solas con el hombre al que amaban; a Monica no se le ocurría nada.

—¿Quieres comer algo? —dijo.

No, Revelstoke no quería nada de comer.

El silencio duró unos minutos.

—Fue estupendo que *sir* Benedict y tú me rescatarais. Me parecía que la señora Merry iba a echarnos a todos.

—Era lo que se merecían. No saben comportarse.

—Pero habría sido una pena, justo cuando llegabais vosotros. Queríamos celebrar la emisión.

—Ya ves cómo lo celebran.

—Todos han dicho que eres un genio.

—Me gustaría estar tan seguro como ellos.

—A mí me pareció una obra magnífica.

—¿De verdad?

—Bueno, no sé mucho, la verdad, como sabes, pero si no te ríes de mí me gustaría decir que creo que tienes unas dotes extraordinarias para las melodías.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes que no estoy preparada para juzgar la música moderna ni ninguna otra, en realidad, pero creo que tengo cierta intuición y me parece que la mayoría de compositores modernos escriben para la voz sin comprenderla en realidad, sin amarla. En cambio, todos los fragmentos vocales de *El descubrimiento* me parecen maravillosamente cantables. El lenguaje es moderno, desde luego, pero el sentimiento... es como el que transmite Händel, una sabe que está en manos de un experto. Los cantantes se hallaban cómodos en sus intervenciones, no tenían necesidad de estar preparándose todo el tiempo para la siguiente acrobacia vocal. Supongo que podríamos llamarlo seguridad.

—¡Qué perspicacia! La verdad es que los demás no saben nada de música y su opinión no vale un pimiento, excepto la de Odingsels, que sabe mucho, pero los triunfos de los demás le dan mucha envidia, ya sabes. Por eso se ha llevado a Persis esta noche; quiere bajarme los humos.

Monica siempre había oído decir que la ocasión solo llamaba a la puerta una vez, pero a veces, al oír la llamada, el corazón nos da vuelco. Titubear no servía de nada y se lanzó.

—¿Crees que lo habría hecho si estuviera enamorada de ti de verdad?

—Nunca he creído que lo estuviera ni por un instante.

La ocasión tenía un pie en el umbral y estaba aporreando la puerta. Era el momento. La inundó una sensación de inutilidad y simpleza, la cabeza le daba vueltas y martillazos. A pesar de todo, la emoción era tremenda. Nunca había estado tan viva.

—Si tuviera yo la oportunidad de demostrarte mi amor como Persis, haría por ti cosas que ella no puede hacer. Eres un genio, yo lo sé, pero ella no. A mí me importa y a ella no. Yo soy ignorante y tonta y me comporté como una necia en casa de tu madre en Navidad, alardeando y fingiendo. Seguro que me despreciaste. Lo hice para impresionarte; tenía que haberme dado cuenta de que era una bobada, pero no lo vi a tiempo. Me habías demostrado que sentías algo por mí. Y ya está.

Cuando terminó de hablar, muy erguida en el incómodo diván, mirando al suelo, tuvo la impresión de haber dado un paso irrevocable, de haberse saltado los límites del decoro que le habían impuesto a lo largo de veintidós años, de haber quemado las naves, pero al mismo tiempo le parecía maravilloso y admirable por su parte y le satisfizo reconocer que había hablado con propiedad y sencillez. Se avergonzó del sentimiento de satisfacción e intentó eliminarlo, pero no lo consiguió. En las profundidades de su mente, Monica se alzaba, exultante, con la victoria. «¡Lo he hecho, lo he hecho, he dicho lo que quería decir!».

Revelstoke se quedó un rato mirándola, sonriendo y dando vueltas al anillo que llevaba en la mano izquierda. Tenía el mismo aspecto que la primera vez que Monica lo vio, cuando la interrumpió mientras tocaba la *Danse Macabre*.

—Si me quieres, demuéstralo —le dijo él.

«Eso significa que me acueste con él —pensó—. Bueno, lo sabía y estoy preparada».

—Sé que suena espantosamente egoísta —continuó él—, pero siempre me he preguntado a qué se refiere la gente cuando dice que quiere a alguien. Mi madre me lo dice continuamente, pero no hace absolutamente nada por demostrarlo; parece que el amor entre nosotros significa solamente muchas y grandes concesiones por mi parte y muy pocas por la suya. Algunas chicas, unas cuantas, la verdad, me han dicho que estaban enamoradas de mí; yo también creía estarlo de ellas, pero lo cierto es que no era más que algo halagador para ellas. En cuanto me tenían en sus manos o se lo creían, pretendían hacerme cambiar. No tengo intenciones de cambiar a gusto de nadie. Ahí está el encanto de Persis, ella no espera que yo cambie ni piensa cambiar ella, desde luego. Sabe que no somos la pareja perfecta. Sin embargo, aunque sé que es una canallada decirlo en un momento tan tierno como este, sospecho que tú pretendes reformarme, hacerme mejor. ¿Me equivoco?

—Sí.

—¿No quieres construirme un paraíso tranquilo en el que pueda escribir música inmortal, mientras tú procuras cerrar la puerta a las malas influencias y hacer maravillas con nuestro reducidísimo presupuesto?

—No. Tú debes hacer lo que te parezca mejor.

—¿No piensas en el matrimonio?

—No he pensado en eso.

—¿Me lo juras?

—Lo juro.

—Entonces, permíteme que te diga un par de cosas. Me llevé un susto tremendo al encontrarte en Neuadd Goch y pensé que lo habías hecho intencionadamente; entonces te desprecié y quise hacértelo pagar con creces. Pero, cuando me enteré por mi madre de que había sido una casualidad, me alegré mucho de que estuvieras allí, como lo demuestra nuestro encuentro en el cuarto de baño. Hiciste mucho el tonto presumiendo de tu familia. No sé nada de ella, pero todo lo que dijiste era mentira. ¿Qué pretendías? ¿Impresionar a los míos? ¿Por qué? ¿Te parecían tan maravillosos que no podías vivir sin su admiración?

—Fueron muy amables conmigo, no conozco a nadie igual. Supongo que quería parecerme un poco a ellos.

—¿Crees que te entregas en cuerpo y alma a la música, pero eres capaz de derrochar tanto esfuerzo y rebajarte tanto para impresionar a los primeros ejemplares que conoces de la decadente aristocracia rural? Bueno, no importa. Escúchame: yo no estoy enamorado de ti, ¿entendido? Pero si alguna vez me enamoro, te lo digo. Voy a ser completamente sincero contigo. Sin embargo, el hecho de que no esté enamorado no significa que no te desee y que a veces no sienta por ti muchísimo cariño. Entre tanto, tú crees que estás enamorada de mí. ¿Te parece que lo demos por sentado y actuemos en consecuencia?

Se la llevó al dormitorio y allí se creó de nuevo la atmósfera que tanto había cautivado a Monica en Neuadd Goch. Giles no le diría que la amaba, pero eso solo eran palabras; ¿la trataría como la trataba, de no ser así? No lo creía.

La desnudó y ocurrió un incidente que nunca olvidaría. Estaba en bragas, tímida y vergonzosa, y, cuando él empezó a quitarse la ropa, ella dio media vuelta para meterse en la cama, pero él la retuvo por el brazo, le quitó la última prenda y dio un paso atrás para admirarla desnuda largo rato.

—Debes acostumbrarte a que te miren —le dijo—. Nos embellece dejarnos mirar desnudos por quienes nos aman; en cambio, si siempre nos escondemos bajo la ropa, el cuerpo se torna feo. La desnudez siempre es sincera y a veces alcanza la belleza; sin embargo, hasta la prenda más delicada posee un poco de vulgaridad. Nunca hagas el amor con ropa puesta, eso solo lo hace la gente vulgar, la gente muy vulgar.

Fue una larga noche de amor y cuando finalmente Revelstoke se durmió, Monica se quedó a su lado con una sensación de triunfo y renacimiento. Ahora era suyo. Aunque hubiera hablado fríamente y aquello fuera como un acuerdo y hubiese dicho sin rodeos que no estaba enamorado de ella, Monica tenía confianza. Al final lo conquistaría. Tendría que confesárselo. La amaría y se lo diría.

La fauna estaba pendiente de las críticas y, a lo largo de la semana, mientras iban saliendo y las repasaban una y otra vez en el número 32 de Tite Street, el círculo íntimo de *Lantern* llegó a saber de la nueva relación que había iniciado Giles.

La primera que lo supo fue Persis. Al día siguiente de la fiesta en Dean's Yard, pasó por Tite Street hacia las cuatro de la tarde pensando que discutirían un poco y luego se reconciliarían. Sin embargo, al llegar a la puerta del piso, la encontró cerrada.

Eso no había pasado nunca. Giles nunca cerraba, más que cuando estaba trabajando y no debía ser molestado bajo ningún concepto. Desde que se conocían, había cerrado la puerta alguna vez, muy pocas, cuando estaba dentro con ella. No podía creer que ahora hubiera cerrado para no dejarla entrar y, por tanto, intentó abrir. Habían corrido el pestillo de dentro. Eso no significaba que Giles estuviera allí, porque nunca se molestaba en echarlo. Llamó con apremio. Oyó ruido dentro y dio un fuerte puntapié a la puerta. Se abrió un poco y se asomó Monica a la rendija, vestida con unos pantalones sueltos y un foulard alrededor de la cabeza; tenía una fregona en la mano.

—¡Silencio! —dijo, sonriendo y llevándose un dedo a los labios.

—¿Cómo que «silencio»?

—Es que Giles está durmiendo, no lo molestes.

—¡Durmiendo! ¿Y qué haces tú aquí, si se puede saber?

—Estoy limpiando la cocina —dijo Monica—; no sé quién la ha dejado hecha un asco. Si quieres volver dentro de un rato, seguro que se alegrará de verte.

La puerta se cerró. Si Persis hubiera tenido facilidad para desmayarse, en ese instante se habría desvanecido de rabia. Como no perdió el sentido, descargó unas cuantas patadas más contra la puerta y empezó a bajar las escaleras.

El encuentro dio una nueva dimensión a la felicidad de Monica. Había sacado a Giles de Courtfield Gardens por la mañana, antes de las siete, porque no quería que la señora Merry lo encontrase allí y no tenía la menor idea de cuánto dormiría la patrona. Poco después de que abrieran las tiendas lo siguió a Tite Street en taxi, cargada con escobas, detergentes, desinfectantes y todo lo necesario para un desayuno espléndido. Se lo sirvió en una bandeja, lo besó y le dijo que volviera a dormirse porque pensaba hacer muchas cosas en las horas siguientes. Él estaba tan perplejo que no se resistió.

—¡Dios mío! He caído en manos de una mujer buena —dijo al salir ella de la habitación, pero Monica se limitó a cerrar la puerta sin dejar de sonreír.

Entonces, emprendió una limpieza general del piso como jamás se había visto desde que Giles vivía en él. Se desató en Monica toda la aversión que Ma Gall le

había transmitido por el descuido en las tareas domésticas, pero transfigurada por el amor; lo sacudió todo, lo vareó, lo fregó, lo restregó, le sacó brillo y le quitó el polvo; se puso unos guantes de goma y, con lejía y cuchillo, frotó la grasa rancia, incrustada en la cocina. Fregó todos los platos, tiró a la basura una lata de mermelada grande y hedionda que servía de cenicero principal del piso desde hacía meses y nunca habían vaciado. Fregó el comedero de *Pyewacket*, ante el asombro y el rechazo del gato. Quitó toneladas de polvo e hizo milagros. Cuando terminó, después de seis horas de deslome, el piso solo estaba moderadamente limpio, que ya era más que nunca, desde la primera vez que lo vio. Olía mejor y parecía más bonito, pero, a excepción de la falta de suciedad, nada había cambiado.

Sabía muy bien que no debía mover nada ni tratar de imponer orden en el caos de Giles. Se contentó con limpiar el caos, pero sin cambiarlo. Las partituras y los libros se quedaron amontonados encima del piano, pero ya no manchaban las manos al tocarlos. La mesa grande montada sobre caballetes, que siempre estaba llena de papeles de *Lantern*, seguía igual, pero los montones no estaban en tan precario equilibrio como de costumbre. El cuarto de baño relucía y algunas prendas interiores de Persis, que por lo general estaban colgadas de punta a punta de una cuerda, se encontraban ahora en la cocina, en una bolsa, preparadas para que se las llevaran de allí. En cuanto a la cocina, el olor ya no se pegaba a la garganta, el mugriento linóleo y la capa de grasa vieja que se había acumulado debajo habían desaparecido de la encimera; el desagüe se había tragado dos botellas de desinfectante y cuando eructaba (cosa que hacía siempre que se dejaba correr el agua), despedía un fuerte olor a fenol, en vez de a depósito de cadáveres. Todo lo que a Giles no le importaba estaba ahora limpio y bien colocado; todo lo que le importaba estaba limpio y en el mismo desorden de siempre.

Y, para rematar, Persis volvió y fue repudiada. Monica estaba más contenta que una novia en una casa de ensueño. Llenó la bañera del impoluto cuarto de baño, se metió dentro y cantó unos cuantos fragmentos de *El descubrimiento de la brujería*.

*I have been gathering Wolves' hairs
The mad Dog's foam, and the Adder's ears;
The spurgings of dead man's Eyes,
And all since the Evening Star did rise.* ^[21]

No era la mejor expresión de la felicidad del amor (aunque podía referirse tangencialmente al trabajo doméstico que acababa de hacer) ni cantó con la esperanza de que la oyera Giles. Fue simplemente un estallido de alegría. Pero Giles escuchaba detrás de la puerta.

—No sabía que supieras cantarlo —le dijo.

Se acordó de lo que le había dicho la noche anterior y no intentó taparse, pero se quedó muy quieta en el agua.

—Sé todos los fragmentos para soprano. ¿Quieres té? Salgo dentro de un minuto.

No fue capaz de utilizar la desagradable toalla ni la cortina de la bañera, de manera que hubo de secarse hasta donde pudo con el pañuelo de la cabeza y el de bolsillo y dejarse mojado el resto del cuerpo:

*A Murderer, yonder, was hung in Chains,
The Sun and the Wind had shrunk his Veins;
I bit off a Sinew; I clipp'd his Hair,
I brought off his Rags, that danc'd i' th' Air.*^[22]

—No has parado —dijo Giles cuando le llevó el té al taller.

Monica no contestó. Había tomado varias decisiones mientras limpiaba y una de ellas era no hablar nunca de las cosas que hiciera por él ni parecer que buscara halagos. Uno de los papeles que pensaba desempeñar en la vida de Revelstoke era el de la paciente Griselda, aunque no era el principal. Tampoco tenía intenciones de instalarse en el piso. Y así, después de prepararle el té que más le gustaba (gruesas rebanadas de pan con mucha mantequilla y mermelada, té fuerte y bizcocho borracho), dijo que tenía que irse a hacer los deberes de Molloy.

—Seguramente pasará gente esta tarde —le dijo—. ¿Traigo la prensa, a ver si hay algo sobre la emisión? Persis vino hace un rato y creo que volverá.

—Seguramente —dijo Giles.

Tan pronto como Monica se marchó, Giles estalló en carcajadas. Estaba pensando en Persis.

La fauna en pleno estaba reunida cuando Monica volvió a las nueve y, como de costumbre, todos querían ver la prensa, pero nadie había comprado ningún periódico. Al entrar ella con los más importantes, tersos, sin estrenar, se lanzaron sobre ellos ansiosamente, los arrugaron y leyeron artículos en voz alta burlescamente para demostrar que eran superiores a los acontecimientos del día. Sin embargo, solo había en total dos periódicos que reseñaran brevemente la emisión.

Al domingo siguiente, cuando salieron todos los que podían decir algo de *El descubrimiento*, se recogió un total de siete artículos dignos de mención, que iban desde dos breves comentarios cautelosos sobre la calidad de la ejecución hasta cuatro que dedicaban a la obra elogios agradables pero intrascendentes y aseguraban al público que Giles era «prometedor» y «original» y que la partitura era una «verdadera obra musical». La más larga e impresionante, la del periódico dominical más influyente, era la de Stanhope Aspinwall.

A cualquier compositor le habría sabido a gloria. Hablaba con seriedad de *El descubrimiento de la brujería*, elogiaba el delicado sentido de la forma que se descubría en la obra y las espléndidas dotes melódicas de las que había hablado Domdaniel y, además, llamaba la atención sobre la calidad inferior de los fragmentos puramente instrumentales, aunque dijo que el planteamiento era muy interesante para los pocos instrumentos que se habían utilizado. Sin embargo, fueron los dos últimos párrafos los que enfurecieron a Giles. Decían:

A pesar de la gran calidad del conjunto de la obra y de la brillantez de muchas de sus páginas, es posible que a la persona que espere grandes cosas del señor Revelstoke le inquiete una dimensión de *El descubrimiento de la brujería* que solo podríamos denominar «literaria». El tema elegido es netamente romántico y, si bien nada hay de malo en ello, se trata de una forma literaria de romanticismo. Los textos que no son de Ben Jonson se han extraído de dos libros de brujería del siglo XVII que, sin poseer estilo ni gracia propios, despiertan de vez en cuando el entusiasmo de los aficionados a las curiosidades literarias. Ni siquiera la maestría del tratamiento musical que se ha dado al tema puede convencernos de que la brujería sea un asunto serio. En otro compositor carecería de importancia, pues estaríamos seguros de que no se estancaría ahí. Sin embargo, el señor Revelstoke es conocido en el ambiente musical (principalmente en estos momentos) por su faceta periodística. Aunque el arte musical y el literario han ido a menudo de la mano, siempre llega un momento en que es necesario elegir uno de los dos. El señor

Revelstoke sabrá perdonarme si le señalo que le ha llegado el momento de renunciar a la vocación de escritor para entregarse a su destino de compositor, como lo hicieron en su día Schumann, Berlioz y Debussy. En resumen, debe abandonar una cosa que hace bien y dedicarse por entero a lo que hace mejor.

Lo que mejor sabe hacer es emparejar buena poesía con elegantes melodías aparentemente inevitables. Utiliza magistralmente la composición en forma de cantata, objeto de la presente reseña, y es esa espectacularidad, más aún que los fragmentos líricos, lo que convierte a *El descubrimiento* en una obra nueva de importancia; se dan en ella presagios de esa rareza que es el verdadero compositor de óperas. Con todo, el señor Revelstoke debe encontrar su camino hacia el *bel canto*, pero no por medio de su actual entusiasmo literario, sino desbrozando las fuentes de su inspiración musical de malas hierbas literarias.

—¡Qué entusiasmo, amigo mío! —dijo Bun Eccles después de leerlo—. Decías que te iba a echar un rapapolvo, pero ¡te pone por las nubes! Dice que eres maravilloso y que lo único que tienes que hacer para serlo el doble es ponerte a trabajar. ¡No jorobes, maldita sea! ¡No podía ser mejor! He visto machacar de verdad a muchos tipos (pintores, concretamente) en la prensa; les dicen que se busquen un trabajo honrado y normal y que dejen de molestar al mundo... cosas así. No entiendo qué es lo que te fastidia tanto.

—No consiento que ese maldito señor Aspinwall me aleccione, que me suelte discursos y me descalifique con halagos —dijo Revelstoke—. A mí ningún crítico me dice que deje de escribir crítica de los críticos. No tolero que se las dé de conocerme mejor que nadie un hombre que no sabe nada de mí, más que lo que lee en *Lantern*.

—Lo único que quiere es taparte la boca —dijo Persis—. Seguramente has demostrado tantas veces que es un incompetente que ha decidido vengarse de esta forma. Tienes toda la razón, Giles; no le hagas ni puñetero caso.

Tuke y Tooley opinaban lo mismo. No querían que Giles se enfriara con la revista. Sabían que si se retiraba, *Lantern* no sobreviviría ni un número más, porque no solo era quien aportaba el taller y el entusiasmo mayor, sino también a Monica, cuya labor de secretaria había simplificado mucho la producción.

—Desde luego, puedes hacerlo a tu manera —dijo Tuke—, solo tienes que acabar con él replicándole en *Lantern*. Será una de las pocas veces que un artista tiene la oportunidad de contestar a un crítico rápida y concluyentemente.

Monica no entendía nada. La reseña de Aspinwall le parecía buenísima. En cuanto pudo, miró en los números anteriores de *Lantern* y no encontró ningún artículo en el que Giles atacase al crítico. Por el contrario, en uno de los primeros números le pareció que Giles insinuaba que Aspinwall era el único crítico londinense digno de admiración. Seguía sin entenderlo. Lo que Giles decía contra él le parecía pura perversidad.

Pero no lo manifestó. En una semana de intimidación creciente con Revelstoke había

aprendido que la forma de llegarle al corazón o a la cabeza no era llevarle la contraria. No soportaba que lo contradijeran en nada. Solo se podía razonar con él de asuntos que no le importasen mucho. Por eso no dio su opinión en ningún momento, hasta que dejó de pensar en ello o lo relegó a las profundidades de la mente como si fuera una falta de lealtad para con él. No se sumaba fácilmente a la condena general de Aspinwall; no dedicaba al crítico impertinencias derivadas de su apellido, como hacía Persis, ni lo trataba de enemigo de cuanto representaba la revista. Se había propuesto no intentar cambiar a Giles en nada. Y la conformidad dio buenos resultados.

—Está claro que tenemos una nueva *maîtresse en titre* —dijo Tuke a Tooley un día, subiendo las escaleras.

Bridget Tooley, que ya había cambiado de actitud con respecto a Persis, se asombró una vez más de lo mucho que tardaba Phaniel Tuke en enterarse de lo que una mujer entendía a primera vista.

Las pocas veces que Monica se había parado a pensar en la figura de la amante, siempre se la había imaginado envuelta en misterio y esplendor. Ni siquiera Persis, por obra de su belleza, le había estropeado la idea de que las mujeres que vivían con un hombre fuera del matrimonio respiraban un aire distinto, emocionante y romántico. Ahora lo era ella y, a pesar de las emociones y las insospechadas, profundas satisfacciones que le deparaba ese estado, no se parecía en nada a lo que se había imaginado vagamente. Era muy agradable que Tuke y Tooley le dieran la razón, y también ver destellos torvos en los bonitos ojos de Persis, pero la situación exigía mucho esfuerzo.

A Giles le gustaba la comodidad, aunque no ponía nada de su parte para procurársela, y desde el momento en que el piso empezó a estar más ordenado, quiso que siguiera siendo así. Ahora Monica tenía más peso en la producción de *Lantern*, y para eso necesitaba mucho más tiempo. Giles lo solucionó buscando un pretexto para pedir a Domdaniel que cancelase las clases de alemán e italiano de su pupila. Por otra parte, empezó a hacerla trabajar sin compasión en las sesiones de canto que le impartía. El éxito de *El descubrimiento* había elevado su ambición a cotas más altas. Rescató todas sus canciones (que eran muchas más de las cincuenta que había calculado Odingsels) y las revisó, pero la tarea de pasar a limpio las nuevas versiones le tocó a ella; bajo la tutoría de Giles, Monica adquirió enseguida gran destreza en hacer pulidas y bellas copias de las partituras. Además, Giles no dejó de escribir canciones nuevas y, como tenía tan a mano a Monica, arreglaba la tesitura de las composiciones nuevas para su voz, con lo cual resultaban excesivamente agudas para la mayoría de cantantes. Para las letras, solía elegir poetas no excesivamente conocidos y, por lo general, muertos, aunque también recurrió a algunos, muy pocos, versos modernos. Todas sus canciones reflejaban la poesía y los ritmos ingleses según la sensibilidad del autor, pero en las nuevas creaciones los expresaba complicando el ritmo y alargando frases; de esa forma resultaban muy difíciles de estudiar, pero maravillosamente fáciles de escuchar. Monica disfrutaba, aunque también se desesperaba, trabajando en el nuevo repertorio como una esclava, con todas las innumerables revisiones de cada una de las canciones, al tiempo que el compositor descargaba contra ella toda la rabia e insatisfacción de sí mismo que sentía. Nunca la elogiaba. Cuando llegaba a la forma definitiva de una canción y ella la cantaba exactamente a su gusto, a veces le decía: «Ya la tienes, creo», pero en realidad se refería a sí mismo.

La fauna dejó de reunirse a todas horas en el piso, porque Giles estaba muy ocupado y no tenía tiempo para los demás, excepto cuando había que hacer algo de *Lantern* o cuando quería conversación y fiesta. Por supuesto, todos acusaban a

Monica de haberse interpuesto entre él y sus amigos de siempre y naturalmente no se explicaban qué demonios veía en ella.

A veces tampoco ella se lo explicaba, porque Giles, en la faceta de amante, exigía tanto como en la de profesor que la enseñaba a cantar las canciones que había escrito él. Tanto es así que las dos cosas se parecían demasiado. Giles podía mostrarse tierno, pero no tenía paciencia. Le gustaba experimentar y era ingenioso, exigía para sí aspectos del placer que ella no comprendía y, por tanto, solo se los proporcionaba por pura casualidad. Si la suerte no la acompañaba, él podía regañarla, o peor aún, reírse de ella. Una vez, después de lo que a ella le había parecido una maravillosa tarde de éxtasis en el cuartucho del piso que hacía las veces de dormitorio, segura de que había llegado el momento, le susurró: «¿Me quieres?». Él respondió: «¿Y si te digo que no?». Vio un destello sardónico en sus ojos y prefirió no insistir, pero no podía disimular que le había dolido y se levantó, se vistió y le preparó el pesado té atiborrado de mermelada que tanto le gustaba. Sabía que no debía volver a preguntárselo nunca.

No pasaba la noche en Tite Street. No se atrevía por miedo a que la señora Merry se lo comunicase al señor Boykin, quien se lo diría al señor Andrew, y este, a su vez, lo pondría en conocimiento del fideicomiso Bridgetower... y estos, en el de su madre. Sin embargo, aparte de las clases con Molloy, pasaba allí prácticamente todas las horas del día. La decisión de dejar tiempo libre a Giles, que había tomado en principio, se debilitó enseguida; cuanto más la hacía trabajar, cuanto más la fastidiaba con los detalles más nimios del canto, cuanto más tiránico se mostraba en sus exigencias amatorias, más difícil se le hacía separarse de él.

Parecía que Bun Eccles era el único que tenía una idea clara de cómo era la relación de Monica con Giles.

—Estás perdida, chiquilla —le dijo en una ocasión, en *The Willing Horse*.

—Peor —dijo ella—, estoy tirada.

—Bueno, ánimo. Lo superarás.

—Cuando me muera.

—No será para tanto.

—Sí, sí que lo es.

Fue Bun quien le mandó ir al médico.

—Ya tienes bastantes problemas, Monny, imagínate si encima te quedas embarazada. No creas que Giles haría nada, él sigue la gran tradición del siglo XIX, cuando los genios desperdigaban por la Tierra hijos más tontos que la media, conque date prisa en ir a ver a mi amigo, el doctor Barwick; le diré que vas a ir y para qué, y él te pondrá al día. La primera regla de la mujer pecadora es protegerse, y más vale hacerlo por un par de libras que gastar cincuenta en remedios peligrosos.

Y así, su amor por Giles se complicó un poco más con un asunto que no le hacía ninguna gracia. Por la educación que había recibido, esas interferencias específicas con la naturaleza le producían un horror fundamentalista y, además, le habían

inculcado profundamente la creencia de que evitar las consecuencias del pecado comportaba a la larga un castigo tres veces mayor. Cumplió con exactitud lo que le indicó el amigo de Eccles porque temía caer en desgracia públicamente, pero con mayores remordimientos de conciencia.

Por el equilibrio irracional que busca el amor no correspondido, las humillaciones y las penas que soportaba solo acrecentaban su pasión por Giles y cuanto más lo quería, más inevitable se le antojaba que por fin, en algún momento, reconociese lo mucho que sufría por él... y la amara por ello. Era imposible que al saber la verdad siguiera negándole el cariño. Eso significaría una indiferencia que no cuadraba con la idea que se había hecho del carácter de Giles.

La Semana Santa cayó tarde y ya era principios de marzo cuando, una mañana, Molloy le dijo:

—Me ha llegado un recado de Su Señoría; quiere que estudiemos a fondo *La Pasión según San Mateo*, y a toda prisa, aunque eso es imposible, como bien sabe él; la cuestión es que el primer domingo de abril dirige un concierto con el Oxford Bach Choir y quiere llevarla a usted de solista en representación de Londres. ¡Ah, no es nada del otro mundo, no crea! Usted será la falsa testigo soprano: siete gloriosos compases en total. Pero su tutor considera que ya es hora de que pruebe la actuación en público y le ofrece la oportunidad de hacerlo. Tendrá que empollarse la obra entera, sentarse con el coro, cantar su parte y recuperar gastos. ¿Sabe algo de Bach?

—He estudiado *El cuaderno de Anna Magdalena* con Revelstoke.

—¿Ha echado un vistazo a *La Pasión*? ¿La ha oído alguna vez?

—No.

—Tenemos un mes; solo nos da tiempo a arañar la superficie.

A Monica le pareció que hacían mucho más que arañar la superficie; trabajaba como un animal y Molloy la obligó a estudiar la partitura completa para que se familiarizara un poco con la orquesta clásica. Celoso, le prohibió que pidiera ayuda a Giles.

—¿Qué puede saber un tipo de su condición de una música como esta? —preguntaba sin razón.

No dudaba de la competencia musical de Giles, sino de su valía moral. La gran veneración que mostraba Molloy por *La Pasión* asombró a Monica, pues no lo consideraba un hombre de gran profundidad religiosa.

—Si la Biblia se escribió por inspiración divina, *La Pasión según San Mateo* también —decía—. No solo debe conocerla nota a nota y silencio a silencio, sino sentirla en lo hondo del alma.

Tal era el ambiente en el que trabajaban.

A Monica le resultaba muy inquietante. A medida que la gran música se apoderaba de ella, tanto más monumental se hacía su rechazo a la vida que llevaba. Sin darse cuenta, se había alejado muchísimo de la fe de la congregación del Decimotercer Apóstol; la había arrinconado con el cambio en las condiciones de vida,

y las pocas veces que pensaba en ella, lo que le venía a la cabeza era la simpleza de la doctrina del pastor Beamis, su empalagosa vitalidad y la chapucería de la música. No es que lo censurase claramente, porque habría significado censurar de paso a su familia y toda su vida anterior. Monica tenía desarrollado el sentido de la fidelidad, como cuando declaró a George Medwall que por nada del mundo sería ingrata con su familia ni renunciaría jamás a ella. Quince meses era poco tiempo para cambiar de parecer, aunque fue suficiente para dar un matiz distinto a la situación. La fe de los decimoterceros era como un vestido sucio y mal hecho que ya no se ponía, pero que todavía no había tirado a la basura.

Sin embargo, la experiencia religiosa de Monica no se limitaba a la intolerancia de Ma Gall y la palabrería de Beamis. También formaban parte del entramado de su vida los mitos y la moral cristiana vagamente captados y aceptados sin pasar por el tamiz de las creencias; pero lo que constituye el esqueleto de nuestra fe no es principalmente lo que aprendemos con esfuerzo, sino lo que aceptamos casi inconscientemente en la cotidianidad doméstica. Creía literalmente que Nuestro Señor había muerto en la cruz para redimirla a ella, Monica Gall, del pecado original de Adán y Eva; por tanto, tenía el deber y el honor de doblegarse a vivir toda la vida según Su voluntad; los diez mandamientos eran el compendio de la ley moral y debía cumplirlos a rajatabla; cada vez que pecaba infligía una nueva herida a Jesús Crucificado. Debido a la peculiaridad de la fe de la congregación (que el tiempo histórico era una entelequia y que era posible «establecer contacto» con Jesucristo llevando una vida devota), a veces parecía que la imponente presencia del Señor se le hiciera palpable, como si estuviera materialmente a su lado reprochándole su conducta, apenado por su incapacidad para romper la prisión de las imperfecciones y existir plenamente con Él. La sensación de Su presencia no la preocupó mucho hasta los dieciséis años, cuando pensó un poco en ella con inquietud debido a las fantasías sexuales propias de la adolescencia, pero ahora, a medida que avanzaba en el estudio de *La Pasión*, volvió a inquietarla y con mayor intensidad.

La noble expresión de Bach le despertó un grado de sensibilidad religiosa del que no había sido consciente hasta el momento. Había superado su antigua fe y en uno o dos momentos de osadía llegó a pensar que también había superado la religión; sin embargo, ante la majestuosa fe del gran compositor, se veía como una pigmea sin valía alguna; la desbordaba, la atemorizaba y se arrepentía. Domdaniel la había elegido para encarnar a la falsa testigo y ahora le parecía una acusación ominosa.

—Pero ¿por qué? —preguntó a Molloy—. Según la partitura, lo canta una contralto, y está clarísimo que yo no lo soy. ¿Es un error? ¿Debería decírselo?

—No hay error —contestó Molloy—. Puede cantar esas notas perfectamente; el otro testigo es un tenor muy ligero, conque todo estará más equilibrado que si la pareja fuera una chica con una gran voz profunda. Ben sabe lo que hace; quiere sacar el efecto encubierto de salmoé^[23] de la parte baja de su registro... que inspira algo un poco espeluznante.

Revelstoke percibió enseguida el cambio de Monica y, como no podía ser menos, cuanto más se resistía ella, más insistente se volvía él en sus exigencias amorosas.

—Me gustas mucho más así, de este humor de cuaresma —le dijo una tarde, cuando yacía a su lado al borde de las lágrimas—. Empezaba a dudar de que fueras capaz de hacer el amor en una clave que no fuese la de *do* mayor, pero esta de ahora es mejor, muchísimo mejor. El señor Revelstoke se complace en anunciar al fideicomiso Bridgetower que la alumna progresa adecuadamente.

Después de creerse tan depravada y culpable, esas palabras le proporcionaron un regocijo desgarrador. Si eso era pecado, ¡qué dulce sabía!

Monica estaba en la primera fila del Oxford Bach Choir, sobriamente vestida, serena: una profesional entre aficionados. Detrás se encontraban las filas de universitarios, catedráticos y catedráticas, sus consortes e hijas, que componían el coro; ante ella, la orquesta, formada por músicos de la ciudad y otros traídos de Londres, aguardaba en actitudes diversas, que iban desde la calma espléndida del primer violín y la grandeza distante de la arpista hasta la recargada excentricidad de la viola de gamba. Muy por encima de sus cabezas, a una altura muy incómoda para el director, se encontraba la galería del órgano, donde se apiñaba el coro de niños. Atestaba el Sheldonian Theatre un público universitario mucho más extraño y circunspecto que el de Londres, muy joven y melencólico en conjunto y bien pertrechado con partituras de *La Pasión*. Monica era consciente de la cantidad de pares de ojos que se fijaban en ella y de que tenía muy buen aspecto. ¿Y por qué no? ¿Acaso no la habían rescatado del seminario que habían puesto a disposición de los músicos de Londres? ¿No se había dirigido a ella la señorita Evelyn Burnaby, la gran soprano, con la mayor amabilidad, cuando Domdaniel las presentó, y le pidió ayuda para subirse la difícil cremallera de la espalda del vestido? Monica tenía la sensación de ser una profesional hasta la médula, y disimuló lo mejor posible al descubrir que el Sheldonian Theatre no era ni mucho menos un teatro, tal como entendía ella la palabra, sino más bien una pista de circo que parecía destinada a solemnes celebraciones universitarias. Los frescos del techo eran una preciosidad y tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse boquiabierto admirándolos; había por todas partes balconillos, púlpitos y tronos raros; una parte del público estaba muy arriba, casi tocando el techo. Era, en suma, un lugar maravilloso para estrenarse como auténtica cantante profesional. Nada más lejos del cuarteto Esperanza y Corazón.

Eran las once y cinco y, gracias al curioso instinto del público, se hizo el silencio de pronto en el momento en que sir Benedict Domdaniel, elegantemente vestido de chaqué, se dirigió a su lugar, levantó la batuta y majestuosamente empezó a elevarse en el aire el primer sonido profundo de pedal. Monica conocía esa música de forma íntima, pero remota al mismo tiempo, porque solo la había oído tal como sonaba en el piano de Molloy y en el suyo. Había ensayado una vez en Londres con Domdaniel, también con un piano, pero no se hacía idea de cómo sonaría con el potente órgano, la orquesta reforzada, el bajo continuo y el doble coro. Le llegaba la poderosa grandeza desde todos los lados y tenía la sensación de temblar y vibrar con ella. Era una experiencia extraordinaria y alarmante. En su función de solista muy menor, se levantaba y se sentaba con el coro y cantaba con las sopranos conteniendo la voz, tanto por no equivocarse por falta de ensayo como por no destacar entre las aficionadas por su calidad superior. Rodeada de tantas voces e instrumentos tomó

más conciencia que nunca de la capacidad de la música para imponer orden y forma a los elementos más vastos e inextricables de la experiencia humana.

También descubrió a qué se debía la gran fama de Domdaniel. Dirigía admirablemente, por supuesto, poniendo orden entre cantantes e instrumentistas, socorriendo a los débiles y apaciguando a los excesivamente fuertes, pero todo eso era de esperar. La grandeza del director consistía en su capacidad para exigir a los músicos más de lo que podría considerarse prudencial e incluso posible, para insistir en que cada cual se superase a sí mismo y para ayudarlos a conseguirlo. Con una certidumbre modesta de por sí (pues no lo hacía «arengando a las tropas»), se comprometió a conseguir que el coro, nada extraordinario, ofreciese una interpretación de *La Pasión* digna de una gran universidad. No era cuestión de técnica de primera clase, sino de crear el espíritu apropiado. Para Monica, Domdaniel había sido magnífico, porque le abría ventanas nuevas que llenaban su vida de luz. Ahora, sin embargo, vio que el maestro podía hacer lo mismo con todas aquellas personas inteligentes, que se consideraban afortunadas por poder estar pendientes de su batuta. Sin ser ni mucho menos un director exhibicionista ni egocéntrico, resultaba imperioso, irresistible, magistral.

Hicieron un descanso de una a dos y media. En cuanto Monica salió del coro, fue a su encuentro John Scott Ripon, quien se la llevó a comer al restaurante George.

—Salmón escalfado y vino blanco del Rin —dijo él—. Durante *La Pasión*, solo pescado, ¿no te parece? Y vino blanco para limpiar las vías para el momento de tu solo... solo una copa, porque no queremos que, encima de falsa, seas una borracha. Bueno, ahora cuéntame todas las novedades. ¿Qué tal el inefable Giles? ¿Sigue siendo el genio satánico de siempre?

—Está bien. ¿Por qué me preguntas por él de esa forma tan burlona?

—Bueno, Monny, eres la última persona que podría decir eso, teniendo en cuenta lo que te hizo en Navidades. He investigado un poco sobre él. He leído *Lantern*. Casi todo es pura basura. ¿Quién es ese memo llamado Tuke? ¡Menudo escritorzuelo! No podía ser peor. Sin embargo, lo de Giles es muy bueno... es decir, teniendo en cuenta el desfase, claro.

—¿El desfase? ¿Te parece que está pasado de moda?

—Monny, ni siquiera tiene el valor de estar pasado de moda, ¡está obsoleto! Todo ese preciosismo corresponde a los felices años veinte. Ahora, lo que se lleva en folletos y revistillas es la ira biliosa y furibunda, la indignación de clase obrera, la desesperación y la autocompasión más cruda y visceral: cosa de niños rebeldes de verdad. *Lantern* es de otra época muy anterior, más romántica, la de los malvados años veinte, cuando toda la intelectualidad inglesa se avergonzaba de no ser francesa; es de los tiempos en que los tíos se daban a la absenta, cuando la había, y les habría gustado tener agallas para tomar drogas. No, *Lantern* es una rareza; supongo que encontrará algunos lectores entre los nostálgicos y los fanáticos crónicos de los tiempos pasados, pero no va a atraer a nadie digno de consideración. Solo se salva

Giles, que sí sabe escribir. Claro que buscar las vueltas a los críticos siempre es divertido... y tiene éxito. A nadie le gustan los críticos y dudo mucho que exista algún artista de cualquier clase digno de ese nombre que no esté dispuesto a envenenarlos a todos. Y con razón, porque, a ver, creas algo que es como un hijo propio, y entonces llega uno y, sin que nadie se lo pida, enseña al mundo que tu obra no es más que una mierdecilla pinchada en un palo. ¡Cómo no vas a querer matarlo! Meterse con los críticos es divertidísimo y son presas fáciles. De todos modos, Giles lo hace de una manera anticuada. Él estaría mejor en los años veinte. Como he dicho, es un genio satánico.

—¿Quieres decir que todo es pura pose?

—Sin duda. ¿No adoptamos cada cual la nuestra? Solo que él la mantiene más y mejor que la mayoría.

—Te equivocas, Johnny. La música que compone no es pose. Es muy buena, y no soy la única que lo dice.

—¡Ah, sí, desde luego! No lo niego ni por un instante. ¿Viste lo que dijo Aspinwall sobre la obra que le radiaron? Si él se lo toma en serio es que vale la pena. Giles no puede engañar a ese crítico. Eso es precisamente lo que me parece tan tonto de Giles; está claro que es un auténtico genio, no sé si de primera clase, de segunda o de tercera, pero es más que competente; sin embargo, debería comportarse como un genio y no lo hace. Además no encarna a su personaje al estilo moderno, aunque puede que no sea un personaje. Ceinwen dice que el mal humor que gasta, su sarcasmo y las tonterías absurdas que hace son naturales. ¡Qué desgracia, parecer un impostor cuando sencillamente te muestras tal como eres! ¿No crees?

—¿Has vuelto a ver a Ceinwen?

—No. Nos escribimos, pero voy a verla en Semana Santa. Su padre me ha invitado a pasar allí unos días.

—¿Vais en serio, Johnny?

—Sí, en serio, aunque no sé... no me la imagino en Louisiana, apoyada contra la fachada de la fábrica de zapatos de mi familia.

Monica se encontró haciendo de confidente y, por su juventud, la impaciencia podría con ella, a menos que encontrara el momento de hacer ella también sus confidencias. Fue mientras tomaban el café cuando empezó a contar a Ripon su relación con Giles y a hablar un poco de lo mucho que la inquietaban los escrúpulos religiosos. Ripon le dio una respuesta clara, objetiva y razonable, como solo puede darse cuando no se ha entendido nada.

—Si tan mal lo pasas, rompe con él. A tu manera silenciosa, eres seductora, Monny, ¿sabes? Posees el don de que parezca que tienes muchísimo que decir, pero prefieres callar... como una clarividencia controlada; de manera que no sigas así, como si Giles fuera la única piedrecita de la playa. Seguro que te persiguen los hombres por docenas. ¿Qué más da que sea un genio? No es excusa para ser un mal bicho. Aunque tampoco debemos cebarnos con él. Porque, a ver, ¿te gustaría ser el

hijo de Dolly Hopkin-Griffiths, que no distingue una nota de otra y quiere que sientes la cabeza y busques un empleo como Dios manda? Estoy convencido de que no soporta a su madre, aunque Ceinwen dice que me equivoco. Es una situación hamletiana, como te dije en Navidad, y descarga contigo el resentimiento que tiene contra Dolly por no haber sido fiel a su padre.

»En cuanto a la cuestión religiosa, yo en tu lugar no haría caso. Eres artista, Monny, tienes que desembarazarte de ese fundamentalismo. Si tienes un temperamento religioso, practícalo como Bach, no como el verdulero al que le remuerde su primitiva conciencia por haber estafado en el peso un montón de veces. No, no; vive con grandeza, Monny; atrévete a lo máximo, peca noblemente. — Johnny había terminado la botella de vino y levantaba un poco la voz.

No; Johnny no lo entendía, sencillamente. ¡Practicar la religiosidad como Bach! A medida que transcurría la sesión de tarde de *La Pasión*, la religión de Bach se le hacía más insoportable. El patetismo del prólogo de la segunda parte le llegaba inquisitivamente a las fibras más hondas, a medida que la voz de la contralto solista, la señorita Emmie Heinkl (amante ella también, aunque no se sabía, de un director del Midland Bank), repetía:

¡Ay! ¿Cómo hallaré respuesta,
consuelo de esta inquietud?
¡Ay! ¿Dónde está mi Salvador?

Inmediatamente después, el recitativo en la casa de Caifás, seguido de las súplicas de la coral que pedían protección contra el mal, y a continuación, el silencio de Jesús ante Caifás... ¡y la falsa testigo! No podía ponerse de pie, no podía cantar; no era digna de cantar y lo que podía perdonarse a otros, a ella no, ¡jamás! Cayó presa del pánico. No debía cantar, ¡no era digna!

Sin embargo, llegó el momento; se levantó, cantó (y bien) y volvió a sentarse. La cabeza no dejó de martillearla hasta el final de *La Pasión*; estaba muy abatida y temía que se le escaparan las lágrimas.

La sorprendió que, después de la actuación, *sir* Benedict le ofreciera un asiento en su coche para volver a Londres, y más aún que viajaran los dos solos.

—Estabas muy nerviosa —le dijo, mientras aceleraba en dirección a Abingdon.

—Pensé que no podría articular una palabra.

—Pero lo hiciste, gracias a las enseñanzas de Molloy. Eso es ser una auténtica profesional.

—Me daba miedo la música.

—No me extraña. A mí también.

—¡Ah, no!

—Ah, sí. No el coro, ni la orquesta ni nada de eso, desde luego, pero es que siempre que dirijo *La Pasión* o la *Misa en si menor* tengo la sensación de que el Gran

Cantor está oyéndonos. No suelo confesar estas cosas así como así, porque si llegara a oídos de la prensa podría ser muy bochornoso. Te lo cuento porque es la primera actuación pública importante de tu vida y creo que puede serte útil. Ahora no te lo tomes como una ñoñez, pero no olvides que, a veces, cuando cantas, si el autor pudiera oírte, te gustaría que se quedara satisfecho contigo. No te imagines lo que te diría ni sueñes que lo ves con su pelucón, asintiendo y diciéndote que lo has hecho bien. Conviértelo en un ejercicio de humildad. Es lo que debemos pedir al amanecer, a mediodía y por la noche todos los que nos dedicamos a actuar en público: humildad.

—La humildad ha estado a punto de acabar hoy conmigo. *Sir Benedict*, ¿puedo hacerle una pregunta personal? No quiero ser impertinente, pero me gustaría saberlo de verdad.

—Dime.

—¿Se le hace difícil dirigir *La Pasión* por no ser cristiano?

—¡Ah! Deduzco que ha llegado a tus oídos el extendido bulo de que soy judío. Pues, verás, soy la segunda generación de mi familia que se bautiza en el venerable seno de la Iglesia anglicana... igual que el respetabilísimo Mendelssohn, aunque sinceramente, no soy mucho ni de lo uno ni de lo otro, lo cual es muy reprehensible se mire como se mire. Los teólogos y los filósofos tienen en mala consideración a los que no somos nada de nada. Sin embargo, es lo único que encaja con mi trabajo. Abordo *La Pasión* como cristiano, con bastante sinceridad, pero no traspaso esa actitud a las pocas veces que, por fortuna, ataco *Así habló Zaratustra*. En realidad, las creencias propias son meramente periféricas cuando somos intérpretes de la obra de otro. Bach era devoto, pero para mí es mucho más importante comprender la calidad de su devoción que serlo tanto como él.

—El señor Molloy dice que se debe sentir *La Pasión* en las profundidades del alma.

—Cierto, pero no interprete literalmente a Murtagh. Sabe perfectamente que se puede entender *Hamlet* sin necesidad de creer en fantasmas.

—Ya veo o, al menos, creo que veo.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? Porque supongo que estas preguntas que me haces tienen que ver con algo que te pasa a ti. ¿Qué te ocurre con *La Pasión*? Si mal no recuerdo, has recibido una educación tremendamente devota y fanática de la Biblia. Has dicho que la humildad ha estado a punto de destrozarte la actuación de hoy. No era humildad, eso seguro. ¿Qué te ocurre?

—Estoy hecha un lío. Mi vida es un lío.

—¿Sigues enamorada de Revelstoke?

—Sí.

—¿Mucho mucho?

—Muchísimo, dentro de lo que cabe.

—Por la forma en que lo dices, él no te corresponde.

—No tiene los mismos sentimientos que yo.

—¿Qué sentimientos tiene él? Vamos, por favor, no llores. ¿Y esto qué relación tiene con la humildad?

—La música... Es que creo que llevo una mala vida... y la música me ha enseñado lo despreciable que soy.

—Estoy conduciendo y, sencillamente, no puedo hacer nada si te pones a llorar. De todos modos, hay un pañuelo en el bolsillo superior izquierdo de mi chaqueta, y alguno más en el abrigo, pero te ruego encarecidamente que no llores y que prestes atención a lo que te voy a decir. En primer lugar, despreciarte a ti misma no es humildad, sino ponerse melodramática. Si, como se dice pomposamente, vives en pecado con Revelstoke, lo mejor que puedes hacer es disfrutarlo, porque si no, pronto te quedarás sin lo uno y sin lo otro. He visto pecadores de todas clases, pero el más bobo es el que peca y no lo disfruta. No me tomo tu situación a la ligera, aunque te lo parezca. Hablo con sensatez, pero a mi edad ya no tiene gracia hacerse el sabio ni darse importancia con la insignificante experiencia que se pueda tener de la vida. El mejor consejo que puedo ofrecerte es el siguiente: aclárate con lo que piensas de la situación en la que te encuentras y actúa con sentido común. No te tortures con ideas vulgares sobre la opinión de los demás; métete esta máxima en la cabeza y reflexiona sobre ella: la castidad consiste en confiar el cuerpo al cuidado del espíritu, nada más... y nada menos.

Y en ese tono siguieron hablando todo el trayecto hasta Londres. Monica hablaba y *sir* Benedict aconsejaba, pero no añadieron nada nuevo. Cuando se detuvieron en Courtfield Gardens, *sir* Benedict hizo un resumen.

—Recuerda: aclárate con lo que piensas. Sé que es lo último que querrías hacer, pero debes hacerlo. Si es preciso, vete un par de semanas a París, aléjate de él y así verás las cosas con perspectiva. Y cuando tomes una decisión, llévala adelante. Por último, no creas que voy a consentir que todo tu trabajo se venga abajo por una cosa así; no lo permitiré.

Al cabo de una hora, Monica fue a Tite Street y encontró a Giles en la cama con Persis Kinwellmarsh. Estalló una discusión de una magnitud y una ferocidad como jamás habría soñado. Giles terminó diciéndole que su gran inconveniente era la falta total de sentido del humor y así acabó la escena.

Dos días después, Monica se fue a París.

La capital de Francia en primavera no es el refugio ideal para convalecer de un enfrentamiento con uno mismo. Monica llegó cariacontecida y cargada de aversión por sí misma, o así lo creía; pero enseguida empezó a animarse, tan pronto como se instaló en St. Cloud, en la acogedora casa de Amy Neilson, y antes del final de la primera noche ya había contado sus pesares a su sabia y comprensiva amiga. No tenía intención de hacerle confidencias, se había propuesto solucionar el dilema ella sola. La humilló haber cedido tan fácilmente y haber expuesto sus cuitas a la primera persona dispuesta a comprenderla; le pareció una debilidad de carácter. Sin embargo, Amy era mujer y estadounidense, y tal vez la entendiera mejor que Ripon, por ser hombre, o que Domdaniel, por ser inglés. Se llevó una sorpresa relativa cuando Amy entró directamente en cuestiones de moralidad convencional.

—Esos enredos no convienen —le dijo—, y menos aún a chicas de tu temperamento. Por lo general, endurecen, ¿y qué serías tú si te endurecieses? Te parecerías mucho a tu madre, querida... es decir, diferentes por fuera, pero muy parecidas por dentro. A pesar de la lealtad que has demostrado las pocas veces que me has hablado de ella, no creo que te sirva de modelo. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Que no tenías sentido del humor? Afortunado él. En primer lugar, ninguna mujer con sentido del humor se habría fijado en él, siquiera. Por lo que cuentas, parece una persona imposible. ¡Ah, sí! Tal vez sea un genio. Benedict descubre genios continuamente, tiene esa manía; es muy humilde porque no es compositor y siempre exagera el talento de las jóvenes promesas. Bueno, supongamos que Giles Revelstoke lo es. Los genios no son personas que hagan felices a las mujeres. Lo mejor que podría hacer contigo es casarse y convertirte en su esclava. No; has hecho lo que debías. Olvídalo cuanto antes.

—Pero, a lo mejor solo sirvo para eso... para ser la esclava de alguien superior a mí. Yo no valgo gran cosa y lo sé.

—Benedict dice que puedes llegar a ser una gran cantante: eso ya es algo. Permíteme que te hable con toda franqueza, querida. No eres lo que yo llamo una gran persona. No es por la juventud, sino por la calidad. Eres bastante dura, pero esencialmente delicada y sensible. Eso no debes perderlo. Es cierto que no tienes sentido del humor, pero es lo normal en las mujeres y deberías alegrarte. No es una característica tan deseable e importante como creen los necios. La agudeza, el buen humor, saber divertirse... sí, son cosas estupendas, pero el sentido del humor... El verdadero sentido del humor es muy escaso y puede ser un auténtico infierno, porque es inmoral, ¿comprendes? En el verdadero sentido de la palabra. Es decir: impone sus propias leyes y posee como un demonio a quien lo tiene. Los tontos creen que es lo mismo que el equilibrio, pero no es así, créeme. Es anárquico y es caótico. Gracias a

Dios, no abunda.

—Tal vez lo que tiene Giles es sentido del humor.

—Quizá estés en lo cierto. Por lo que cuentas de él, lo parece. Pero lo que te aconsejo, querida, es que lo superes antes de hacerte más daño... aunque en realidad no te has hecho tanto como crees, me atrevo a decir. Acostarte con un hombre no te convierte en una golfa; al contrario, seguramente sea sano, como el tenis o el yogur. Lo que te afea y te hace ordinaria es permitir que te hieran los sentimientos hasta endurecértelos. No posees el temperamento necesario para soportar esas cosas.

Y así se planteó la estancia de Monica en París durante la Semana Santa. Superaría lo de Revelstoke. Amy no volvió a hablar del tema, pero tuvo a Monica muy ocupada con conversaciones en francés, literatura francesa, compras y salidas turísticas y al teatro. Monica, que empezaba a descubrir la vena camaleónica de su personalidad, parecía encajar perfectamente casi todo el tiempo en el ambiente estimulante, ameno y sensible que creaba Amy.

Sin embargo, en el fondo del corazón, estaba dolida y confusa, porque ninguno de sus consejeros había logrado entender sus sentimientos. Parecían saber qué era lo oportuno para protegerse y qué lo idóneo para ser feliz cuando llegase a los cincuenta, pero no tenían la menor idea de lo que suponía ser Monica Gall y estar enamorada de Giles Revelstoke. Incluso Ripon, solo un año mayor que ella, sabía ordenar los hechos y juzgarlos, pero ni siquiera Domdaniel se hacía cargo de los aspectos irracionales de la situación. ¿Es que había que vivir siempre equilibrando unos hechos con otros? ¿Acaso no se tenía derecho a vivir lo irracional de la vida? Eso no necesitaba respuesta; lo irracional surgía siempre arrasadoramente de las profundidades de su guarida cada vez que la muchacha no estaba dejándose la piel en alguna cosa de importancia inmediata.

¿Quería ser cantante? Le habían dicho a menudo que podía serlo de verdad, si quería, pero desde que se fue de Canadá, a nadie se le había ocurrido preguntar si lo deseaba sinceramente. A fin de cuentas, ¿qué significaba ser artista de cualquier arte escénica? Una mañana, cuando Amy estaba ocupada en otra parte, Monica llegó por casualidad al museo de la Ópera y entró a pasar el rato. No era la primera vez que iba, pero sí la primera sin la firme y entusiasta guía de Amy; le habían dicho que se maravillase y ella, obediente, se maravilló. En cambio ahora, sola, miró alrededor. ¡Qué aburrido era todo! ¡Cuántos bustos pomposos de Gounod! La verdadera inmortalidad de Gounod estaba al otro lado de la pared, en el gran escenario. Había un monóculo de un tal Diaghilev. Amy le había contado algo de él, pero ¿quién era, qué había hecho? ¿A qué debía la inmortalidad? Y los pianos de los grandes músicos... ¡qué pequeños eran! Daba la sensación de que los hubieran tocado hombres muy chiquitos. Y las zapatillas de *ballet*, tan gastadas, cada par con el nombre de alguien que seguramente había sido muy famoso... ¿esos desechos eran lo único que quedaba de los mimados del público? Vio objetos que habían pertenecido a grandes cantantes, pedacitos de trajes y lamentables baratijas mugrientas de

escenario. ¿Era eso lo que quedaba de gente que había entendido el *muhd* como jamás podría ella aspirar a comprenderlo? ¿Valía la pena el esfuerzo? ¿No sería mejor convertirse en la esclava y prostituta de Revelstoke, y así contribuir de alguna manera en algo que tal vez los sobreviviera a los dos?

Tan lúgubres pensamientos la llevaron al borde de las lágrimas. Miró por una ventana a la Rue Auber y le llamó la atención un cartel; decía: «Pielés canadienses», y de pronto se le clavó una gran añoranza de la tierra fría, limpia y despiadada que la había visto nacer. ¿Por qué se le habría ocurrido marcharse de allí y meterse en semejante lío?

El almuerzo la animó y se asombró moderadamente al descubrir que, en realidad, en lo que había estado pensado era en su deseo de inmortalidad, una inmortalidad vana y terrenal, por cierto, la que condenaba radicalmente (y tan lejos estaba de alcanzar) la congregación del Decimotercer Apóstol.

¡Ah, la congregación! Después del mal rato que había pasado en el Sheldonian, cuando cantó los siete compases y supo que estaba marcada por el sello de Bach, ya no podía seguir en ella. Pero, entonces, ¿qué era? ¿Una veleta, como Domdaniel, que decía que giraba según el viento de la obra que estuviese trabajando en cada momento? No se podía decir eso de un hombre al que el mundo tenía en tan alta estima y que, desde luego, era en todos los aspectos el mejor que había conocido en su vida. Eso era juzgar desde el punto de vista moral. ¿Y qué le había dicho Domdaniel en el trayecto desde Oxford en relación con lo duramente que se juzgaba a sí misma? «El juicio moral es cosa de Dios y por Su bondad infinita no tenemos que hacernos cargo de esa parte tan pesada de Su trabajo, aunque seamos nosotros los juzgados». Pero eso no eran más que palabras. Si no hacemos juicios morales, ¿a qué quedamos reducidos? Claro que Domdaniel decía que las personas adultas debían tener una idea clara de lo que hacían con su vida. Claridad, siempre claridad. Cuanto más pensaba, menos claras veía las cosas.

Le costaba reflexionar, aunque solo fuera de una manera tan elemental, y le abría el apetito. Después del almuerzo, siguió paseando por lugares turísticos conocidos, haciendo tiempo hasta la hora de reunirse otra vez con Amy y volver a St. Cloud. Los pasos la llevaron hasta el Panteón.

En el Panteón, de poco sirve tener una imaginación vívida, a menos que uno sepa mucho acerca del paso por la Tierra de los grandes personajes que yacen allí y sea capaz de animar con visiones espléndidas de ellos la cortés adustez de la fría y desnuda piedra. A pesar de la información que le había dado Amy, Voltaire era un nombre vacío para Monica, igual que Balzac y todos los que daban sentido al lugar; el horror desnudo y gris de la razón entronizada se hacía espantosamente palpable doquiera que mirase. No tardó ni cinco minutos en salir de allí y, unos pasos más allá, entró en la iglesia de St. Étienne du Mont.

Lo único que sabía de ese monumento era que, entre el presbiterio y la nave, albergaba una notable galería que, según Amy, siempre pendiente de atiborrar

culturalmente a sus pupilas como si fueran ocas de Estrasburgo, debía contemplar y admirar. Bien, allí la tenía; consistía en dos preciosas escalinatas que ascendían en espiral hacia la galería que rodeaba el altar mayor; igual que en la primera visita, lo que le habría gustado a ella era subir y mirar la iglesia desde arriba; no sabía por qué, pero tuvo el anhelo de ver esa galería llena de ángeles cantando y tocando clarines y violas. Se sentó en un rincón y se quedó contemplándola, intentado ver lo que solo existía en su imaginación.

No vio ángeles músicos, pero descubrió las vidrieras, de colores tan intensos que parecían piedras preciosas. El esplendor en la penumbra la consoló y la tranquilizó e incluso empezó a remitir el dolor de cabeza, que tan cargada y confusa tenía. No le gustaba nada pensar y se avergonzaba de ello, pero el pensamiento era como el Panteón. Eso era sentimiento y el sentimiento era realidad. Si al menos fuera posible vivir solo de acuerdo con esas vidrieras y esa galería ambiciosa, pero no imponente... ¡Si solo existieran cosas y sentimientos y no la torturasen los pensamientos y los juicios!

Percibió ruido y movimiento en la cercanía, pero tardó un poco en mirar. A su lado se levantaba un dosel de piedra no muy alto, que cobijaba una tumba poco espectacular. Estaba rodeado por una verja, pero una anciana había metido el brazo por entre los barrotes y, arrodillada, oraba y tocaba la piedra suavemente con su artrítica mano. Tenía lágrimas en los ojos, pero no se le derramaban. Se acercó un negro, se arrodilló hasta casi postrarse del todo, oró brevemente y se marchó.

¿Qué sería? Monica fue a preguntar a un sacristán y enseguida supo la respuesta. Era la tumba de Santa Genoveva, patrona de la ciudad de París.

—Antiguamente estaba en el Panteón —le dijo el hombre—, pero la sacaron de allí y la quemaron públicamente cuando consagraron el templo a la razón; luego, cuando pasó aquella locura, trajeron aquí las cenizas y las reliquias.

Entonces, ¿en la oscuridad, al amparo del dosel, se encontraban los restos de una santa? ¿Una santa que había encontrado un refugio ahí, después de las persecuciones en nombre de la razón? Nunca se había parado a pensar en los santos, pero con una actitud de respeto y asombro que jamás había tenido antes se acercó a la tumba y, cuando no había nadie cerca de ella, se arrodilló y metió la mano por entre los barrotes.

—Ayúdame —rogó al tiempo que tocaba la lisa piedra—. No puedo pensar, no sé ver claro, no sé lo que quiero. Ayúdame a no equivocarme... ¡no! ¡Ayúdame a... ayúdame a...!

No pudo terminar la súplica, no encontró palabras que expresaran su deseo porque no sabía lo que quería.

A pesar de todo, cuando se encontró con Amy al final de la tarde, estaba de un humor excelente y Amy se convenció de que empezaba a olvidarse de Giles Revelstoke y que no había sido más que un alboroto de los que arman, por nimiedades, las chicas de maduración lenta.

No hacía tres horas que había llegado a Londres cuando fue al piso de Tite Street, con la excusa de que era imposible intentar hablar por teléfono con Revelstoke y debía restablecer el horario de las clases, porque, si no, tendría que dar explicaciones embarazosas a Domdaniel. Giles le dispensó un recibimiento más cálido que nunca.

—Tengo una cosa que creo que te gustará —le dijo él, y le pasó unas cuantas hojas pautadas.

Era una cantata para soprano con acompañamiento de piano. Monica le echó un vistazo rápido; el estilo era muy propio de él: la forma de siempre, con alternancia de recitativos y fragmentos melódicos, pero en lenguaje moderno; vio inmediatamente que la tesitura de los fragmentos líricos era extraordinariamente alta y que los recitativos estaban en registros más graves. Sin embargo, era para una sola voz.

—No has mirado el título —le dijo.

Rezaba:

KUBLA KHAN

Poema de Coleridge,

Arreglo de GILES REVELSTOKE,

para MONICA GALL

—Es un regalo para ti —dijo—. Lo trabajaremos y serás tú quien lo cante por primera vez en público; si no me fallan los planes, eso será a principios del próximo otoño: en el *Third Programme* otra vez.

Monica no se atrevió a preguntar si era para compensarla por la pelea que habían tenido antes de Semana Santa. ¿Y qué más daba? Tampoco se atrevió a preguntar si era porque la amaba; ni siquiera eso parecía importar ahora. Lo mejor de todo era que Giles estaba de mejor humor que nunca y que iban a volver a trabajar juntos. «En algo escrito especialmente para mí», decía la vocecita que había oído ya otras veces, esa voz que temía porque era egoísta y poderosa.

«Pero... ¡Ay, Santa Genoveva! ¿Lo has hecho tú?».

—Otra cosa —dijo Giles—, se ha puesto en contacto conmigo... solo un primer contacto, desde luego, la Asociación de Ópera Inglesa; querían saber si tenía algo que pudiera caber en su estilo. Les interesaba *El descubrimiento*, hablaron de la obra elogiosamente.

—¡Giles!

—Sí, ya lo sé. No puedo decirte lo que fue hablar de la obra con gente que sabía de verdad y entendía todas las implicaciones, además de lo que se ve a simple vista en la partitura. La cuestión es que querían algo. No quisieron entrar en profundidades,

porque fue todo muy de tanteo. Les dije que no tenía nada escrito en papel, pero que llevaba años dando vueltas a una idea. Ahora tengo que presentar un esbozo y borradores de algunas escenas, y lo oirán. Espera, espera, no tires cohetes todavía; hay un inconveniente, incluso aunque me acepten. No tienen fondos. No pueden encargarse de una obra nueva, pero pueden programarla si les gusta. Se pondrá en escena aquí y en Venecia, pero no sé cómo lo vamos a hacer.

—Pero ¡hay que hacerlo! Es impensable que no se haga. ¿Por qué no puedes? ¿Sería demasiado tiempo? ¿Cuánto puedes tardar en escribir una ópera?

—Bueno, Rossini las escribía en tres semanas, cuando estaba en forma, pero también puede ser cosa de años. Lo que sí es seguro es que hay que seguir viviendo y comiendo entre tanto. Si voy a hacerlo, tengo que dejar las clases, aunque de ahí no saco mucho. Tendré que dejarlo todo: lo del cine, lo de la revista... todo. Trabajo bastante deprisa, pero una ópera agota... es peor que una sinfonía en muchos aspectos. Y puede costar una fortuna; solo las copias de cada parte se llevarán un buen puñado de dinero. La asociación tiene mucho prestigio, pero muy poco presupuesto. No puedo esperar ayuda por ese lado.

—¿Y tu madre?

—Se lo he preguntado y me ha mandado cincuenta libras y un sermón, y ha dicho que no me mandará más y que por qué no busco un puesto de profesor en un conservatorio o algo así. Lo peor de todo es que Raikes se ha puesto imposible con la factura de *Lantern* y he tenido que darles las cincuenta libras para que me dejaran en paz.

—Giles, si lo vas a hacer, tienes que dejar *Lantern*.

—A eso me niego rotundamente. No hay nada que pudiera complacer más a Aspinwall. Quiere matar la revista y no pienso ponérselo en bandeja.

—Giles, escúchame. ¿De verdad crees que *Lantern* vale tanto? ¿Por qué tienes que sacrificarte por ella? Porque es un sacrificio. Algunas personas que conozco dicen que solo es... una revista más de las muchas que se publican, y no la mejor, a excepción de tus artículos; esos le parecen estupendos a todo el mundo. ¿Por qué no puedes dejarla?

—Porque es un altavoz personal que para mí tiene valor. Sé que muchas cosas de las que publicamos son basura. ¿Crees que me emocionan los chirridos desafinados de la lira de Bridget Tooley? ¿O las tonterías de Tuke, siquiera? No puedes descubrirme nada nuevo de *Lantern*. Sin embargo, llevo cuatro largos años diciendo en ella lo que tengo que decir y no quiero dejarlo. Tal vez lo hubiera hecho si Aspinwall no hubiera manifestado tan claramente que es lo que quiere que haga, pero no voy a dejarla solo para fastidiarlo, aunque la ópera se tenga que ir al garete. No, si escribo *El asno de oro* tiene que ser sin renunciar a *Lantern*.

—¿El asno de oro? ¿Eso es el título? ¿Ya tienes la trama?

—Tengo una de las tramas mejores y más antiguas del mundo; es *El asno de oro*, de Lucio Apuleyo. Me obsesiona desde pequeño; todos los apuntes de ópera que he

hecho han sido siempre pensando en esa obra.

Siguieron hablando mucho rato efusivamente, pues Giles estaba con la guardia baja, cosa nueva para ella. Hervía de entusiasmo, se le olvidó su papel de genio hasta el punto de parecer (a Monica le daba vergüenza incluso reconocerlo en su fuero interno) casi humano. De todas formas, por más que hablasen, no cambiaron de tema. Él quería escribir la ópera y, entre tanto, necesitaba encontrar dinero para sobrevivir y pagar los grandes costes que conllevaría, pero no dejaría *Lantern* solo porque estaba convencido de que en algún rincón de Londres había un demonio perverso llamado Stanhope Aspinwall que se moría de ganas de que renunciase a la revista.

—¡Es de lunáticos! —exclamó Monica, exasperada—. No creo que a Aspinwall le importe un bledo.

—Sé lo que digo —replicó Revelstoke y, como parecía que iba a encerrarse otra vez en su yo inabordable, Monica no insistió.

Como era de esperar, la conversación terminó en el cuartucho de la cama y por primera vez en su vida lo disfrutó, pero no por dar placer a Giles, ni porque fuera un síntoma de que tenía sitio en su vida ni porque fuera la prueba de su libertad, sino por el placer que le dio a sí misma y porque había sido a ella, en vez de a Persis, a quien había confiado la gran noticia. No cabía duda de que Giles la necesitaba.

Y más que la necesitaría. Se le ocurrió un gran plan. Ella encontraría dinero para hacer posible la composición de *El asno de oro*.

Lo primero que propuso fue pedir un préstamo a *sir* Benedict para cubrir los gastos de Giles durante un año, pero el propio Giles se lo prohibió inmediatamente; su actitud para con Domdaniel era una mezcla impredecible de admiración por su extraordinaria capacidad como director y de desprecio por los éxitos que cosechaba.

—No quiero que pueda presumir de haberme facilitado nada —dijo—. Si necesito un mecenas, no será Brummagem Benny.

Y no hubo quien lo moviera de ahí. Era amor propio, y a Monica le pareció admirable, aunque no habría sido capaz de analizarlo.

De todas formas, si no podía recurrir a Domdaniel, ahí terminaba la lista de personas a las que se lo pudiera pedir. No conocía a gente adinerada. Se lo contó a Bun Eccles en *The Willing Horse*.

—¿Y por qué no se lo financia tú? —le dijo.

—¿Yo? —preguntó Monica incrédulamente.

—Bueno, Monny, tú conocerás tus asuntos económicos mejor que nadie, pero tengo la impresión de que estás forrada.

—¡Ay, Bun! Soy más pobre que una rata, siempre lo he sido. Mi padre tuvo que dejar el colegio a los dieciséis años y solo ha ido tirando toda la vida, ¿sabes? Lo único que tengo es una beca que me han concedido.

—Pues parece suculenta. Llevas ropa cara, Monny, y tienes toda clase de tonterías carísimas en el pisito de Ma Merry. ¿Seguro que eres tan pobre como dices, o solamente lo das por hecho, como mucha gente? ¿Algún día has tenido que pasar sin comer? ¿Alguna vez te han faltado dos pares de zapatos al menos? A mí sí, a menudo, pero no me considero pobre. No te digo que tengas que hacer nada, entiéndeme. Solo te lo pregunto. La fauna en pleno cree que nada en la abundancia.

Monica tardó dos largos días en entenderlo, pero al final tuvo que reconocer que en realidad no era pobre, sino que gozaba de una situación muy desahogada. Le pagaban todas las facturas, podía comprar cuanto se le antojase, le habían subido el estipendio para sus gastos hasta cinco mil libras al año. Cortaba la respiración, la verdad; no quería ser una persona acomodada... el obrero honrado guardaba rencor a las personas acomodadas. Quienes tenían más dinero del necesario eran moralmente sospechosos (salvo unas pocas honrosísimas excepciones, como Domdaniel). Con todo, finalmente hubo de aceptar su verdadera situación.

Volvió a pedir consejo a Eccles y entonces comenzó una serie de triquiñuelas tan complicada como Monica no habría podido imaginarse en toda la vida. La desesperación económica agudizaba mucho el ingenio a Eccles, quien suponiendo que haría falta todo el dinero que se pudiera reunir, se tomó grandes libertades. Al cabo de una semana ya había vendido el caro radiogramófono de Monica y toda la

colección de discos. («Nos lo llevamos una temporada a casa del señor Revelstoke», le dijo a la señora Merry, y la mujer se quedó muy impresionada). Vendió también parte del equipaje personal de su amiga, incluido el maletín de viaje que le había regalado la congregación; todo desapareció antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba. La convenció para que prescindiera de una gran parte de su vestuario. Incluso sacó nueve peniques por el libro de *Guerra y paz*, que nadie había abierto desde hacía quince meses. Y todo se hizo en un arranque arrasador de «limpieza», como lo llamaba él.

—Este trapicheo de ropa es infinito, Monny —le dijo—. Podemos seguir haciéndolo así mucho tiempo. Compras unas cuantas prendas buenas todos los meses, las cargas en cuenta, te las pones una vez, me las das y yo las coloco por ocho o diez libras al menos. Los abogados no van a venir a meter las narices en tu armario. Sigue así hasta que graznen.

«En fin... —pensó Monica—, *sir* Benedict dijo que querían que gastase más».

Tenía unas libras en la mano que le habían sobrado de la asignación para el viaje a París. Eccles se las arrebató inmediatamente.

—Puedes ahorrar mucho en comida —le dijo—, y a ver, déjame ver el contador del gas. Estos trastos se zampan los chelines como si nada. Ahí dentro tienen un chisme que controla lo que puedes gastar por un chelín; voy a buscar una herramienta que tengo y te lo ajusto. Seguro que Ma Merry te ha estado timando; por lo tanto, es justo enmendarlo ahora. Es una pena que no tengas un contador de electricidad para ti sola. Conozco un truquillo muy gracioso con un imán que hace maravillas en el contador de la luz. Pero eso no tiene remedio. ¡Te asombraría ver la cantidad de pasta que se puede sacar con un par de apaños!

Su asombro era verdadero, en efecto, y el placer de estar en condiciones de poner en la mano de Revelstoke una buena cantidad de dinero (casi doscientas libras) acalló los remordimientos de conciencia. Giles estaba encantado.

—¡Me mantienes! —exclamó.

—No, no; es un préstamo, o una inversión o algo parecido. No tienes de qué preocuparte.

—No me preocupo, al contrario, me encanta. Nunca me había mantenido una mujer.

Al parecer, a su faceta perversa le gratificaba la situación. Sabía de dónde procedía el dinero de Monica y se regodeaba diciendo que eran las «ganancias inmorales» de la joven. Ella no tardó en descubrir el gran error que había cometido al entregarle el dinero, porque Giles no sabía ahorrar ni administrarse. No es que se lo gastara en caprichos suyos, pero pagó otras cincuenta libras a Raikes Brothers a cuenta de *Lantern* y celebró una fiesta con la fauna, en la que confesó, como si fuera el chiste más gracioso del mundo, que ahora era el mantenido de Monica. Ella, desgarrada entre la vergüenza y el júbilo, tuvo problemas digestivos por primera vez en su vida. «Tanto mejor —dijo Bun Eccles—; así comerá menos».

A todos les pareció maravilloso, y Tuke y Tooley pusieron a Monica en un aprieto coqueteando con ella y diciéndole que era la salvadora de *Lantern*. De todos modos, la señorita Tooley, que mantenía a Tuke (aunque de una forma sublimada, como si fuera un discípulo), aludió indirectamente a la malversación de fondos del fideicomiso. Y Tuke, que estaba profundamente ofendido porque no iba a hacer el libreto de *El asno de oro* (lo estaba adaptando Giles personalmente), habló mal de los artistas que se vendían por dinero. Persis estaba celosa porque no podía permitirse mantener a Giles. ¡Habría sido una jugada impresionante que los puritanos de sus padres se hubieran enterado de que mantenía a un hombre! Pero cerró la boca cuando Eccles le dijo que probara suerte en Piccadilly y entregara las ganancias al fondo común. A pesar de las críticas solapadas, todos reconocieron que Monica era una heroína.

Eccles no tenía dinero, pero ponía su saber al servicio de la adquisición y administración de todo lo que Monica depositara en sus manos. Solo descartó una fuente de ingresos.

Una noche, Odingsels se dirigió a Monica; se sentó a su lado y, acercando su desagradable cabeza a la de ella, le dijo:

—Si de verdad quieres dinero, puedo pagarte por trabajar, pero no puedo contribuir a cambio de nada. Hago estudios del cuerpo humano, desnudos, ya sabes. ¡Ah, no, nada desagradable; muy bien visto por los jueces! Siempre es un problema encontrar buenas modelos y da la casualidad de que tú tienes muy buen tipo, o al menos el que se necesita. Me conoces, Monica, y estoy seguro de que no tienes ideas estúpidas al respecto. Podría pagarte hasta diez guineas por sesión y te llamaría a menudo.

Monica estaba dispuesta; al fin y al cabo, si Persis podía posar desnuda para Odingsels, ella también. Pero Eccles fue terminante.

—No, eso no —le dijo.

—Pero me ha dicho que no son fotografías sucias, y paga diez guineas por sesión. No me importa. ¿Por qué, Bun, si tú también contratas modelos? ¿A qué viene la negativa?

—Monny, cualquier día de estos, ese tío tendrá problemas graves, y cuando suceda, no querrás ni conocerlo, ¿entiendes? Vamos, no discutas. No lo hagas y punto.

Y, aunque se rebeló, obedeció.

Lo cierto era que los pequeños compromisos y fuentes de ingresos a los que Giles tuvo que renunciar para ponerse a trabajar en la ópera (alguna revisión de manuscritos que le encargaba un editor de partituras, algunos arreglos musicales con la BBC, partituras para documentales cinematográficos y, de vez en cuando, algún artículo de crítica en otras publicaciones) no le reportaban sino veinte libras al mes como mucho. Monica le proporcionaba más del doble, pero todo desaparecía sin que nadie prosperase. La precariedad seguía siendo la misma; aunque Monica sabía de

administración más que todos ellos, nadie le pidió que se ocupara de gestionar el dinero, aunque tampoco llegó a pensar en serio que tuviera que ser así.

Ella no consideraba que estuviera manteniendo a Giles; creía que financiaba la creación de *El asno de oro*, que progresaba a buen ritmo. Giles trabajaba mucho y las horas que tendrían que haber dedicado a sus clases (pues no había dejado de mandar las facturas correspondientes a Domdaniel) las pasaba ella poniendo al día los asuntos de *Lantern* y procurándole comida, comodidad y compañía en la cama. En cambio, otras personas veían la situación de una manera distinta, como descubrió Monica unas semanas más tarde.

Ripon le había escrito poco después del encuentro en Oxford para pedirle que lo acompañara al baile del Vic y el Wells; lo habían invitado y prefería asistir con pareja. Monica no quería gastar dinero en alquilar un disfraz, pero cuando Ripon fue a buscarla, no muy acertadamente vestido de torero, ella ya se había ataviado con un miriñaque grande y un sombrero de tres picos que el empleado de la tienda había llamado «dominó veneciano».

El baile se celebraba en el Albert Hall, no lejos de Courtheld Gardens, y cuando llegaron, la sala estaba a rebosar de personajes típicos de esas ocasiones. Había soldados y marineros de todas clases, tribus enteras de gitanos, arlequines y colombinas de todos los colores y pelotones de Pierrots, además de quince o veinte Mefistófeles y otras tantas Margaritas; asimismo abundaban los caballeros y las cabezas peladas. Eran los disfraces clásicos, los corrientes. Aparte de esos, los que no quisieron tomarse muchas molestias iban de monjes o togados y los que se las tomaron todas llevaban trajes tan curiosos y originales que no podían sentarse ni bailar, sino que se paseaban por la pista con una sonrisa de satisfacción, esperando que los admirasen. De estos últimos, el caso más triste era el de un caballero que llevaba un traje ingeniosamente confeccionado con programas del Old Vic y del Sadler's Wells; la gente lo detenía a cada paso para leer la letra pequeña y comentar lo que leía como si el hombre no estuviera dentro. Había homosexuales en pareja y solos que decían una inmensidad con la mirada (o eso esperaban) a los corazones que supieran entender. Un puñado de lesbianas con trajes muy masculinos se pavoneaba amenazadoramente haciendo restallar la fusta contra sus bolas de montar. Un hombrecito digno de lástima, primorosamente disfrazado de Nijinsky en *L'Après-midi d'un faune*, se arrastraba por la sala contorsionado de una forma que pretendía emular la postura del gran bailarín en la fotografía más famosa de esa obra; pero, tristemente, ni así lograba disimular la deformación que padecía en la columna vertebral. Como todas las fiestas de disfraces, aquella ofrecía un estudio fascinante de la inseguridad, la reafirmación, la ambición desatada, la minusvaloración de uno mismo, la ineptitud bien intencionada y, en algún caso muy aislado, la imaginación o la belleza.

Para Monica fue un aburrimiento. Un año antes habría disfrutado muchísimo en una celebración tan magnífica, pero esa noche no le veía la gracia por ningún lado y

le molestaba que Ripon tuviera que llevar las gafas puestas con el disfraz si no quería tropezar con todo ni caerse por las escaleras.

Él fue a buscar bebidas y ella se quedó en un pasillo del piso de arriba, deseando que llegase el momento de poder pedirle que la llevara a casa sin que fuera una descortesía. Era consciente de que la puerta del palco de al lado no paraba de abrirse y cerrarse con indecisión, pero no se esperaba que de pronto saliera de allí un Mefistófeles rechoncho, la agarrase por el brazo y se la llevara dentro a la fuerza. Se quedaron en el fondo del palco, en el que no había nadie más, y un poco más allá, al otro lado de la barandilla, el baile de La Veleta alcanzaba el momento de mayor esplendor. El Mefistófeles enmascarado resopló brevemente, agarró a Monica y la besó.

La perplejidad le impidió oponer resistencia y lo que más notaba era el fuerte olor de bocacá y pegamento de la máscara; cuando Mefistófeles quiso abrazarla otra vez, ella retrocedió, tropezó con una silla y se cayó arrastrándolo a él también.

—Ya es hora —barbotó el personaje con un acento de Cork que solo podía ser de una persona que Monica conociera.

—¡Señor Molloy! —exclamó.

—Llámame Murtagh, anda —le dijo Mefistófeles al tiempo que se despojaba del antifaz y mostraba una cara muy colorada—. Tenemos un asunto pendiente tú y yo, niña mía, que ya ha esperado mucho tiempo.

Se abalanzó de nuevo sobre ella y le metió la mano hasta el fondo por el escote del dominó veneciano. Fue un movimiento torpe, demasiado violento, que hizo estallar las presillas de la espalda del traje, hasta que la mano se detuvo casi en el estómago de Monica. Ella sacó el brazo de allí.

—¿A qué viene esto? —le preguntó—. ¿Está usted enfermo?

—¡Por Dios que no! ¡Harto es lo que estoy! —exclamó Molloy—. Harto de verte un día sí y otro también, cada vez más adorable y... ¡demonios! Monica, tienes que ser buena conmigo; ese tipo te va a destrozarse la vida y le importas un comino. Yo te amaría... te enseñaría. ¡Dios! ¡Haría lo que fuera por ti! Dirás que soy viejo, pero no es cierto. Puedo ser joven para ti, muñequita mía, ¡claro que sí! Sé buena conmigo, ¡te lo ruego!

Casi parecía enfermo, retorciéndose de rodillas en el suelo ante ella y como si sufriera una tortura pasional mezclada con deseo físico, porque en un momento determinado, agarró a Monica por la pierna derecha, por debajo del vestido, y se la estrujó hasta hacerle daño. Olía a alcohol, pero no era eso lo que lo aquejaba.

—Señor Molloy, ¿en qué puedo ayudarlo yo? No siga así. Dígame qué le ocurre. ¡No! ¡Estese quieto o me marchó!

La miró con una cara horrible, hinchada de lágrimas, y gruñó:

—Te deseo —le dijo—, te quiero.

—No puede ser, no estaría bien.

—Conque no estaría bien, ¿eh? Pues si no quieres por las buenas, ¡por Dios que

será por las malas! Aunque tampoco te sorprenderá tanto, porque no será la primera vez que te pase, ni la décima, ni la centésima, ¡conque cállate y estate quieta!

«Esto es una violación», pensó Monica con una frialdad insólita mientras la arrastraba a la rancia alfombra del suelo. El disfraz se complementaba con un abanico grande de encaje montado en varillas duras: un oportuno objeto contundente; lo descargó con fuerza sobre el cráneo de Molloy mientras él resoplaba y gruñía encima de ella. Se le encogió la cara de dolor, como si todos los rasgos se juntaran en el centro; Monica le dio un empujón y se separó rodando por el suelo, demasiado dolida aún para hablar.

—No tenía que haberlo hecho —lo reconvino en un tono que le pareció de maestra de escuela. Pero ¿qué podía decir?—. ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante barbaridad?

Molloy no podía contestar. Monica reptó por el suelo arrastrando el molesto miriñaque hasta llegar a su lado; le cogió la cabeza y se la puso en el regazo. Al cabo de un rato, Molloy pudo abrir los ojos y volvió a preguntarle.

—¿Cómo se le ha podido ocurrir una cosa así?

—Estoy enamorado de ti —dijo, con las mejillas arrasadas en lágrimas de dolor y desesperación—. ¡Ay, Dios! No te haces idea del infierno que he pasado imaginándote con el tipo ese. Y ahora dicen que lo mantienes, que es tu capricho. ¿Cómo no me di cuenta de lo que estaba pasando al ver la fuerza y la resonancia que iba cobrando tu octava grave? Si para él eres carne, ¿por qué demonios no lo eres para mí? Yo haría milagros contigo, te haría famosa. No te arrastraría ni te destrozaría... Pero para ti soy solo un viejo... y un idiota. ¡Ay, Dios, qué maldición!

Lloró y Monica también, pero no se puede suponer que se entendieran el uno al otro. Allí había dos puritanismos en conflicto y no podían entenderse. Sin embargo, en un plano más profundo, en un reino en el que no existe la moralidad que arraiga en el hueso, lloraban ambos por lo triste que es el amor no correspondido, la pasión mal emparejada, mientras el ritmo de La Veleta los envolvía con la indiferencia de otro mundo en el que todos los amores son felices.

Se entreabrió la puerta del palco y asomó una cabeza; a continuación se abrió de par en par y entró una silueta de baja estatura, con un dominó morado y antifaz. Por fuera llevaba unas brillantes gafas con montura metálica.

—Sal de ahí, Murg, y vámonos a casa —dijo.

Molloy se sobresaltó.

—¡Norah! —exclamó.

—La misma que viste y calza —dijo el dominó morado—. ¿Te creías que me habías dado esquinazo, zagal? Vámonos de una vez y deja en paz a la señorita Gall.

Molloy se levantó torpemente, con ayuda de Monica. El dominó morado, con las manos en jarras, no hizo amago de colaborar. El pobre hombre daba lástima, porque había perdido la mitad del bigote y el maquillaje de las cejas se le había corrido en churretones por la cara. Salió por la puerta sin dirigir la palabra a Monica.

—Más vale que no vuelva a clase con él hasta que le mande recado yo — sentenció el dominó morado—. Tardará unos días en recuperarse. ¡Puaj, estos artistas! Para eso, más vale casarse con un barómetro, todo el día sube y baja, sube y baja.

—¿Es usted la señora Molloy?

—La misma. No tengo nada contra usted, aunque le aconsejo que a partir de ahora tenga cuidado con lo que hace con él. No es capaz de resistirse a una buena alumna; quiere fugarse con todas. Pero sigue siendo una persona respetable, de eso me ocupo yo y así seguiré, si Dios quiere. No es trabajo fácil, en este mundo en que vivimos, pero si pierde la respetabilidad, adiós todo.

Tan grande es el poder de cuanto se diga con suficiente demostración de certidumbre que Monica, que robaba a sus benefactores para mantener a su amor, asintió solemnemente al tiempo que la puerta del palco se cerraba tras del dominó morado.

OCHO

1

—Estoy completamente de acuerdo con que la señorita Gall vuelva a casa si esta crisis familiar así lo exige —dijo la señorita Pottinger—, pero aún no me han convencido por completo de que el fideicomiso Bridgetower deba correr con los gastos del viaje.

Los otros albaceas resoplaron para sí. Durante los tres años de existencia del fideicomiso, la señorita Puss, beligerante por naturaleza, se había vuelto todavía más insoportable. Se consideraba toda una mujer de negocios, capacitada para administrar con prudencia un dinero que esos hombres insensatos habrían dilapidado. Exigía explicaciones completas y repetitivas de lo evidente, tomaba notas en una libretita mientras los demás hablaban, con lo cual desatendía gran parte de lo esencial, y metía las zarpas en todas las facturas y justificantes de los abogados exigiendo explicaciones y comparando los gastos con los que ella consideraba normales en su juventud, pese a que estaban completamente desfasados. Aunque se decía que tenía casi ochenta años, su afición al trabajo en comité dejaba exhaustos a Solly, al deán y al señor Snelgrove. Los tres la detestaban, cada uno a su manera.

Eran las diez y media y en la casa Bridgetower, tan precariamente calentada por Solly a aquellas alturas, el frío iba en aumento; llevaban desde las ocho y media intentando tomar una simple decisión. El señor Snelgrove decidió darse el lujo de perder ordenadamente los estribos:

—Permítanme recordarles una vez más que me doy perfecta cuenta de que solo soy el abogado y asesor legal del fideicomiso —dijo—, pero les ruego encarecidamente y con toda la fuerza de la que dispongo que aprovechen esta oportunidad para gastar algo más de dinero. Si no lo hacen por voluntad propia, tendrán que hacerlo a la fuerza. Les he dicho en numerosas ocasiones que al inspector le inquieta la cantidad de fondos que se está acumulando. A menos que quieran una investigación, con todas las circunstancias desagradables que lleva aparejadas, no dejen pasar esta oportunidad de gastar dos mil o tres mil dólares. Al parecer, la madre de la señorita Gall está gravemente enferma; cree que va a morir y quiere ver a su hija. Si fallece y sale a la luz que han denegado a la muchacha los medios para venir a verla, la gente dirá cosas muy desagradables.

—¿Es que la señorita Gall no tiene dinero? —preguntó la señorita Puss—. Ha recibido una asignación muy sustancial, y en los últimos tiempos sus gastos han subido como la espuma, mucho más de lo que justifica la vida de estudiante. Ya he dicho que, por lo que a mí respecta, debería volver a casa y quedarse un tiempo, pero la voluntad de la difunta Louisa Hansen Bridgetower, de quien parece que se estén olvidando todos ustedes, solo nos da derecho a gastar dinero en su educación artística. ¿Justifica esa condición semejante viaje? Eso es lo que quiero saber.

—Personalmente, no me importa lo más mínimo si el viaje responde o no a un fin educativo —dijo Snelgrove—, pero debe entender que la señora Bridgetower asignó

al fideicomiso, una vez pagados todos los gastos, más de un millón de dólares. Tal como está invertido, disponen ustedes de unos treinta y un mil dólares anuales para gastar en esa desdichada, descontados todos los impuestos; teniendo en cuenta lo que ya ha gastado y descontando mis honorarios y los de mis colegas en Londres, más el dinero para el viaje al extranjero y los honorarios de los profesores, todavía quedan unos cuarenta y cinco mil dólares a los que no tenemos ningún derecho. El inspector quiere saber cuándo vamos a emplearlo y, además, desea que lo hagamos cuanto antes.

—¿De quién es ese dinero? —preguntó Solly con un destello en los ojos.

—De Monica Gall —dijo Snelgrove—, y cuanto antes se lo quiten ustedes de encima, mejor.

—Desde luego, no insinuará que se lo entreguemos todo de golpe —dijo la señorita Pottinger—. Nuestra misión es educar a la muchacha, no corromperla.

—Sin embargo, ¿debemos dar por supuesto que lo gastaría de forma insensata? —dijo el deán Knapp—. No la conozco demasiado, pero, por lo poco que la he visto y por los informes de *sir* Benedict, desde luego no se detecta el menor indicio de imprudencia en su conducta. Podemos aconsejarla que lo reserve para gastos que en el futuro pueda exigirle su carrera. Todos conocemos casos de gente que ha podido superar épocas difíciles gracias a que contaba con algún dinero.

—No se trata de un poco de dinero —dijo la señorita Puss—, sino de mucho. Desde luego, a mí nunca se me ocurriría decir que es una cantidad pequeña. Claro que yo siempre he tenido que administrarme muy bien.

Era una indirecta por los tres mil quinientos dólares anuales que la esposa del deán recibía de la herencia de su padre, un dinero que, añadido al estipendio del deán, supuestamente convertía a los Knapp en personas indecorosamente mundanas. La señorita Pottinger siempre había vivido de su herencia, pero, tratándose de legados ajenos, era una socialista convencida.

—Poco o mucho, ¡cuánto me gustaría que fuera mío! —dijo Solly. Iba pobremente vestido y estaba de un humor muy seco; necesitaba un corte de pelo, y los pantalones grises de franela que llevaba, un buen planchado. Podía ir más pulcro, si quería, pero eso no cuadraba con el personaje de hijo agraviado que interpretaba últimamente en las reuniones de los albaceas—. De todos modos, coincido en que es una suma demasiado grande para ponerla a su disposición de repente. ¿Cómo es que no lo hemos previsto? ¿Por qué no se la hemos entregado trimestralmente o se la hemos ingresado en una cuenta a su nombre? ¿No es un poco tarde para comunicárnoslo?

El señor Snelgrove miró a Solly de hito en hito antes de hablar. Eligió cuidadosamente las palabras.

—Ha sido culpa mía, Solomon —dijo—. Como usted, yo tenía ciertas esperanzas de que el fideicomiso no durase tanto. Cuando nos enteramos de la feliz noticia de que Veronica y tú esperabais un bebé, no dije nada del asunto, porque pensé que

podría resolverse de una forma más agradable cuando naciera y, entonces, tal vez pudiera disolverse el fideicomiso. Acepto toda la culpa. Lo hice con la mejor de las intenciones.

Terció el deán, tan diplomático como siempre:

—Sugiero que enviemos un telegrama a la señorita Gall para decirle que vuelva a casa a consolar a su pobre madre. Cuando esté aquí, podemos hablar con ella y llegar a un acuerdo que satisfaga de paso al inspector. Y, desde luego, el fideicomiso debería correr con todos los gastos.

Así quedó zanjada la cuestión, pues hasta la señorita Puss temblaba ante la amenaza del inspector.

Monica surcó en el limbo zumbador de un avión de lujo, a cuatro mil quinientos metros sobre el océano, la larga noche que separaba Canadá de Inglaterra. El señor Boykin había ido a Courtfield Gardens a comunicarle la noticia en persona: «Su madre está gravemente enferma y los albaceas del fideicomiso piensan que lo mejor es que vuelva a casa una temporada. Ya lo he arreglado todo: en este sobre tiene cuanto necesita. ¿Puede ir esta tarde a la estación a las seis y media? Perfecto. Oiga, no se preocupe demasiado». La señora Merry, a la que el señor Boykin había reclutado con temor para que lo ayudase a dar la noticia, también rogó a Monica encarecidamente que procurase mantener la calma. Monica hizo todo lo posible por parecer un poco afectada, como era de esperar, y la idea de abandonar a Revelstoke le sirvió de estímulo para lograrlo, aunque, para ella, la noticia sobre su madre carecía de peso real. Los Gall nunca habían pensado seriamente en la enfermedad ni en la salud; para ellos, la muerte era un hecho teológico, más que físico. Ma estaba enferma. Bueno, Ma siempre había tenido sus altibajos, pero su fortaleza de espíritu no variaba nunca ni en la euforia ni en la depresión. Sin duda la encontraría deprimida y en la cama, pero la convencería para que se pusiera bien, como tantas otras veces. Conociendo a Ma como la conocía, sabía que una enfermedad que pudiera parecer grave a otros no era para tanto.

Pero ¡volver a Canadá! A medida que el avión acortaba distancias en la oscuridad, era como si empezara a despertársele un brazo que se le hubiera dormido hacía tiempo. Se le había acumulado mucho trabajo desde que Revelstoke empezó a componer *El asno de oro*, tanto que incluso había dejado de escribir las mecánicas cartas que mandaba a casa. Se escudaba en la falta de tiempo, aunque en los momentos de mayor sinceridad reconocía que era tan poco lo que podía contar que los destinatarios no habrían entendido nada. Ese había sido siempre el problema de las cartas: encontrar cosas interesantes que pudieran parecerles bien. No era escritora, no sabía expresar lo que hacía de manera que lo entendieran. ¿Hasta qué punto podía ser sincera sin que le respondieran con burlas o con reproches?

Por ejemplo, la visita a Neuadd Goch, hacía ya más de un año. Había contado algo a Ma (muy poco, en realidad) de la belleza de la campiña, el encanto de la casa y la amabilidad de los Hopkin-Griffiths. La respuesta de Ma sobre sus «amistades de alto copete» había sido muy brusca; además, desaprobaba con todas sus fuerzas que su hija hubiera asistido al servicio de Navidad de la Iglesia de Inglaterra («¿Significa eso que vas a cambiar de religión? ¿Y de qué crees que te va a servir?»). En total, había tenido el tacto de no hablarles de su pequeño papel en *La Pasión según San Mateo* ni de la perplejidad y la angustia que le había acarreado. Esa era la dificultad: no se podía confiar a Ma nada realmente importante sin correr el riesgo de herirla. Y

sin duda su acritud se debía a que la había herido, porque, si no, habría que achacársela a la ignorancia, la envidia y la maldad, pero eso era inadmisibile; la lealtad filial no toleraba semejantes pensamientos.

Y, hablando de lealtad, no había olvidado lo que respondió a George Medwall cuando este le insinuó que tal vez querría abandonar algunas actitudes y creencias de su familia. Se lo había dicho con total certidumbre y todavía lo creía. Pero no se había dado cuenta del precio que exigía la lealtad. No había previsto que podía significar regirse por dos códigos morales y mentales diferentes, uno acorde con las reglas de su casa y otro para la vida que llevaba con Revelstoke y para todas las nuevas lealtades y actitudes que había adoptado bajo la influencia de Molloy y, en particular, de Domdaniel. Renunciar a cualquiera de ellos sería como un suicidio, pero mantener los dos en vigor era una hipocresía. Siguió reflexionando con perplejidad sobre ese tormento que juzgaba insufrible, aunque cualquiera que la hubiese mirado habría pensado que estaba extraordinariamente animada y contenta.

Las cartas no eran un buen medio para comunicarse. Había escrito tan sincera y prolijamente como había podido, pero algunas cosas no se dejaban contar por carta y ahora tendría ocasión de decírselas a su madre cara a cara. De todos modos, si su correspondencia era sosa y nada reveladora, ¿cómo describir la que recibía de casa? Las cartas de Ma eran recuentos de la actividad cotidiana: «Quería ir a la iglesia esta mañana, pero me faltaron las fuerzas para bajar las escaleras (...) Papá está poniendo parches en el linóleo de la salita de arriba, pero ya no se aguanta como antes y creo que tendrá que comprarlo nuevo (...) Donny crece como la mala hierba y es más listo que un zorro y dice “abelita” la mar de bien». Y la comida, ¡siempre hablaba de comida! La señora Gall escribía a su hija los domingos por la tarde y todas las semanas la ponía al corriente del menú dominical: «Seguro que allí no comes como aquí, ¿eh, Monny?».

Más informativas resultaban las de su hermana Alice, que ya era la señora de Charles Proby. Chuck Proby había ganado el ascenso en el banco antes de lo previsto, a raíz de lo cual se había casado con Alice y había renunciado a la idea de que la religión era una patraña, todo a un tiempo. La religión desempeñaba un papel importante en el progreso de un hombre joven. Sin embargo, los Proby subieron mucho de categoría religiosa, pues abandonaron el redil de los decimoterceros y entraron en la Iglesia Unida, donde conocerían a muchísima más gente. El matrimonio había recibido la bendición de un hijo, Donald, y Alice dedicaba la mayor parte de las cartas a los pormenores del progreso de su maravilloso vástago. Sin embargo, siempre encontraba la manera de dejar constancia de un irritante descontento general. Tenía a Chuck y a Donny; Chuck tenía un empleo fijo y buenas perspectivas, pero para ella, la vida no avanzaba con suficiente rapidez, pues todavía carecía de una casa más grande, un marido más importante y una lista interminable de electrodomésticos que le ahorrarían mucho trabajo. Para ser sincera, envidiaba a Monica, que había tenido tanta suerte, vivía sin problemas y podía pensar únicamente

en sí misma.

George Medwall escribía con cierta frecuencia, aunque cada vez menos, conforme pasaban los meses. Se encontraba bien de salud. Ahorraba dinero. Estaba harto de vivir en pensiones. Esperaba que ella estuviera bien. Había visto al padre de Monica y le había causado buena impresión. Muchísimo mejores eran las escasísimas epístolas que Kevin y Alex escribían juntos, ilustradas con imágenes muy divertidas. Eran diplomáticos y le rogaban que no se creyese en la obligación de corresponderlos, aunque ella siempre lo hacía.

Lo peor de todo, a la hora de responder, eran las cartas de la tía Ellen, tan extensas, tan repletas de curiosidad trémula por el espléndido mundo musical en el que Monica vivía ahora. La tía Ellen se moría por enterarse de todo y ser partícipe de todo. Sin embargo, las cosas que le decía demostraban con claridad que no comprendía nada, que se imaginaba un mundo musical emocionante, elegante y romántico como el de *El primer violín*. Quería que Monica estuviera viviendo una aventura igual, lo deseaba tanto que desilusionarla habría sido una crueldad imperdonable. Además, debía tener mucho cuidado de no contarle nada que no hubiera contado antes a Ma; de lo contrario, Ma se enteraría y se enfadaría. Así que a Monica no le quedaba más remedio que negar a la tía Ellen las fruslerías románticas que en otras circunstancias le habría confiado de buen grado. Le habría embelesado saber que su sobrina frecuentaba a diario a un hombre que estaba escribiendo una ópera, pero si Ma se enteraba, querría saber por qué lo veía tanto y si dormía donde trabajaba. Escribir a la tía Ellen era difícil y amargo.

Sin embargo, a medida que se acercaba a Canadá, todas estas consideraciones dieron paso al entusiasmo y la ilusión. Aterrizaron en Gander, ¡genial! El café no era lo que los McCorkill habrían llamado «auténtico café canadiense», ya que tenía el típico sabor insulso de las cafeterías de paso de cualquier parte del mundo; las figuras esculpidas y los mocasines bordados a máquina, fabricados en Quebec, no la remitían a su Canadá de siempre, pero la franca descortesía de la mujer gorda que atendía la barra y la excelente calidad del papel del servicio de señoras la hicieron sentirse como en casa. Y lo mejor de todo, el aire, frío y transparente, un aire que la gente no había respirado una y otra vez desde los tiempos de Alfredo el Grande.

Luego siguieron hasta el aeropuerto de Dorval, en Montreal. Después, en la misma ciudad, hasta la estación de Windsor, testimonio imponente de la historia de amor entre Canadá y sus ferrocarriles. Allí tomó un tren que la llevaría a Salterton, un verdadero tren canadiense que olía a alfombras y a tabaco y que, con grandes dificultades y enorme estrépito, cruzó el campo silbando y tocando la campanilla, echando el humo en la cara a quienquiera que se atreviese a insinuar que en realidad era muy lento. Monica iba en el último vagón, desde donde se podían contemplar las mejores vistas del paisaje nevado, que ella admiraba extasiada incluso mientras comía una tortilla petrificada y una porción de tarta acartonada, manjar de dioses para su gusto: ¡una tortilla de piedra canadiense y una tarta de auténtico cartón canadiense!

¡Salterton! Aunque no fue nadie a recibirla a la estación. Porque, cuando se manda un telegrama para avisar de que se llega a la ciudad, lo normal es que se reciba eficiente y puntualmente cuando ya estás allí. Cogió un taxi para ir a casa.

Salió a abrir su padre. Parecía más viejo, más delgado y muy cansado.

—Dios mío, Monny, menos mal que has venido —dijo, y, a continuación, rompiendo a llorar con la misma fuerza con la que hasta entonces se había contenido, añadió—: ¡Parece que Ma se nos va!

Si todavía estuviera de moda ver fantasmas (aunque cabe preguntarse si esa clase de revelaciones será cuestión de modas o, por decirlo más pretenciosamente, de ambiente intelectual), Veronica Bridgetower habría visto a menudo el de su suegra, Louisa Hansen Bridgetower. En vida, la señora Bridgetower se arropaba en su enorme y horrible casa como si de un manto se tratara. Su espíritu impregnaba todas las habitaciones; su voluntad pesaba de un modo u otro sobre cuanto se pensara o hiciera entre las cuatro paredes del edificio. Antes de casarse, Solly había intentado huir de su madre construyéndose un nido en la buhardilla. El dormitorio, el despacho y un pequeño lavabo habían sido su reino. Con solo cerrar la puerta del pie de la escalera evitaba que ella lo persiguiera, pues la mujer tenía el corazón delicado y eso la privó de subir las escaleras los diez últimos años de su vida. Sin embargo, también allí se dejaba notar su presencia: Solly siempre había sabido que el fino oído de su madre captaba y juzgaba cada crujido del somier y cada chirrido de la silla. Cuando se casó, llevó a Veronica a la casa. La señora Bridgetower suplicó a su hijo (humillándose dulcemente como solo puede hacerlo quien está completamente seguro de su poder) que el joven matrimonio se quedara a vivir con ella; de lo contrario, pasaría mucho miedo, sola en una casa tan grande, con la única compañía de sus dos viejas sirvientas.

Sola. Sí, tan sola como quien se encuentra cómodamente vestido de andar por casa. ¿Pasar miedo, ella, allí? Tenía a Solly y a Veronica en un puño y lo sabía perfectamente. Y se fueron a vivir con ella; cómo se lo iban a negar, se preguntaron el uno al otro.

«Nunca he tenido mi propio hogar —pensaba Veronica en la cama, mientras Solly dormía a su lado. El viento de enero aullaba alrededor del edificio y golpeaba violentamente la contraventana del dormitorio, como un reproche por rebelarse así contra el destino—. Aunque lo cierto es que he tenido mucha suerte», añadió aplacando apresuradamente al ser o a la persona que pudiera oír sus pensamientos.

¿Suerte? Pues sí, ¿o es que acaso no era la hija del profesor Walter Vambrace, autor de un libro sobre las *Enéadas* de Plotino? ¿Y no había sido un privilegio crecer en el ambiente cargado de intelectualidad que creaba tan austero erudito? ¿Y saber que su padre era primo del marqués de Mourne y Derry y que el título lo habría heredado él si ocho personas hubieran muerto jóvenes y sin descendencia? Sí, desde luego, su padre y su madre nunca se habían llevado bien del todo, fundamentalmente porque él era un librepensador feroz y ella una católica devota. Pero su madre había sido siempre tan dulce, tan abstraída, tan verdaderamente amable. Era una pena que los vieran tan poco desde la boda, aunque vivían a menos de dos kilómetros.

El caso era que para casarse con Solly habían surgido dificultades por ambas

partes. Aunque tanto los Vambrace como la señora Bridgetower se adaptaron de la mejor manera posible tan pronto como comprendieron que no podían impedirlo, se notaba en mil detalles que solo era eso: pura adaptación. Solly había intentado ocultarle que para su madre, la señora Bridgetower, ese matrimonio era un gran error. ¡Siempre procuraba ahorrarle disgustos! Pero, desde luego, ella sabía perfectamente lo que pasaba. Viviendo con la señora Bridgetower era imposible no darse cuenta. Las opiniones de su suegra eran tan palpables en la casa como el olor de la gruesa tapicería.

No valía de nada fingir que su suegra le hubiera permitido estar como en su propia casa. Aprendió todas las normas (en qué sillas podía sentarse, qué puertas debía abrir y cuáles cerrar, qué libros y periódicos podía leer y en qué momentos del día, además del interminable rosario de pastillas que había que administrarle todos los días), pero no se hizo con el espíritu de la casa, porque era el de la señora Bridgetower. Con la mayor paciencia y sumisión posibles procuró ser una buena nuera. Incluso la vistió, la peinó y la maquilló para el entierro. ¡Ah, otra vez lo mismo! ¡Esa sensación que no quería desaparecer! Una vez, cuando era niña, en una fiesta infantil le habían vendado los ojos y le habían dicho que identificara los objetos de una bandeja; uno de ellos era un guante relleno de papel y completamente empapado. Con un escalofrío, soltó enseguida el objeto frío y húmedo, y solo el control que su padre le había inculcado evitó que se echase a llorar de miedo. Al maquillar el rostro del cadáver revivió la sensación, que se prolongó espantosamente, aunque tampoco entonces lloró. Había hecho todo lo posible por ser buena nuera, porque formaba parte de ser buena esposa y de su amor por Solly. Entonces, ¿por qué no la dejaba en paz ni después de muerta?

La señora Bridgetower estaba en todos los rincones de la casa. La habitación en la que había muerto se encontraba al fondo del pasillo. Abajo, en el salón, estaba su sillón. Todo continuaba tal como lo había dejado, y su perro guardián, la señorita Laura Pottinger, se aseguraba de que así fuera. La casa no era de Veronica y su marido, sino del fideicomiso Bridgetower. Vivían en ella simplemente como porteros, aunque pagaban las enormes facturas del carbón e intentaban mantenerla limpia.

¿Por qué no podían marcharse a otro sitio? Nunca se lo había preguntado a Solly ni se lo preguntaría. Veronica guardaba el terrible secreto de que la señora Bridgetower poseía a su marido del mismo modo que la casa entera. Desde la muerte de su madre, él, que antes de casarse era tan animado y divertido en su estilo irónico y universitario, se parecía cada vez más a ella. Ahora era severo y estaba pendiente de todo, y más acusadamente desde el nacimiento del niño.

Veronica no llegó a ver al pequeño, pero la enfermera, contraviniendo las órdenes del médico, le dijo que era precioso. Gracias al niño se habría podido disolver el fideicomiso, habrían entrado en posesión de la fortuna de la señora Bridgetower, habrían podido vender la odiosa casa embrujada y se habrían liberado de las ataduras. Pero el pequeño nació con el cordón umbilical enrollado alrededor el cuello y,

conforme avanzaba hacia la luz, se estranguló.

¿También eso había sido obra de ella? Si había dejado un testamento tan despreciable, si aún era la dueña de la casa, ¿no sería capaz de una cosa así?

Solly lloró con ella, se la llevó de vacaciones todo el tiempo que podían permitirse, y luego le prometió que habría más niños. Se lo dijo con intención amable y valiente, pero a Veronica le daba miedo quedarse embarazada otra vez. El médico decía que no había por qué preocuparse, pero él no era la nuera de la señora Bridgetower y no podía decirle que temía la venganza de una difunta que ya le había robado a su marido.

Solly se volvió muy taciturno y la obligación de mantener la casa y a la vieja Ethel con su modesto salario de profesor universitario los empobrecía. En realidad no pasaban verdadera penuria, pero los asfixiaban los gastos que conllevan unos ingresos mucho más elevados que los suyos, así como las costumbres que acompañan al dinero y a una gran casa, y ninguno de los dos sabía mucho de administración. Era pues, una pobreza ilusoria, pero quizá más destructiva y humillante por esa misma razón. Y ahí estaba ella, en la cama, temiendo por el futuro y, más aún de lo que se atrevía a reconocer, temiendo por el hombre al que tanto amaba, pues estaba cada vez más poseído por la mujer que tanto la había odiado.

Sin embargo, ¿no estaban mejor que el primer año después de la muerte de la señora Bridgetower, cuando Solly esperaba tener un hijo y poner fin al fideicomiso de una vez? Hubo de soportar con paciencia la tortura a la que se sometía Solly por la necesidad de engendrar un hijo; fingían que solo era una broma, aunque en el fondo sabían que no. Y, a medida que pasaba el tiempo sin novedades, la angustia de Solly iba en aumento, hasta que de pronto no pudo hacer el amor. Consultó a un médico; el doctor dijo que no le ocurría nada malo y, con la tranquilidad que caracteriza a los galenos, le aconsejó que se relajara. Sí, relajarse. El descanso sería una buena cura.

La cura de descanso fue una época difícil. Cuando un hombre quiere reponerse de la impotencia, ¿cómo sabe que ya se ha contenido bastante? Los angustiaban los engaños y las burlas que la fisiología gastaba a Solly, pues Veronica lo echaba de menos y no siempre podía disimularlo. Ambos acusaban la influencia de las Manos Muertas de la señora Bridgetower; les congeló la fuente de la pasión, les impuso el invierno en el jardín de su amor.

Tal como dijo el doctor, Solly se recuperó y, con mayor determinación y mayor cautela, reanudaron la tarea de traer un heredero al mundo, es decir, un hijo varón exactamente. Después de los meses de embarazo, siempre con un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera niña, nació un niño muerto, como una burla cruel de todas sus esperanzas. Veronica lo soportó todo y soportaría cuanto el futuro y la maldad póstuma de su suegra (si es que era eso) les deparase, siempre y cuando no perdiera a Solly. Sin embargo, últimamente parecía tan poseído por el espíritu de su madre como por su propio ser, el que tanto amaba ella, y era ese pensamiento lo que, en noches como esa, le instilaba un miedo lóbrego y desolador.

¡Más hijos! A veces, cuando hacía el amor con Solly, le entraban ganas de llorar, de gritar de dolor. Parecía que no estuviera con ella, que en cada clímax luchara contra el espíritu de su madre. Además, ¿de verdad deseaba su marido un niño o solo quería plantar la semilla en el vientre de su mujer por vengarse de su torturadora y recuperar el dinero?

¡Quién diría que Louisa Hansen Bridgetower estaba muerta! Liberada de su engorroso cuerpo debilitado y de la obligación de fingir la buena voluntad común en la vida de los mortales, su espíritu circulaba a sus anchas, expandía sus límites y afirmaba su dominio por medio de un amor que era odio y de un odio que era amor.

De repente, Solly se sentó sobresaltado en la cama, con la mirada perdida, y empezó a farfullar roncamente. Últimamente tenía pesadillas a menudo. Lo despertó enseguida. Él sonrió, parecía más joven, la besó y se rio de sí mismo.

—Vamos a comer algo —dijo.

En la enorme cocina, para expiar los pensamientos sombríos, casi desleales que había tenido, Veronica preparó tostadas y huevos revueltos. Les gustaba comer en plena noche, desafiando infantilmente a la vieja Ethel y al solemne espíritu de la casa.

—Ya hace casi una semana que ha vuelto la chica de los Gall.

—¿Qué tal está su madre?

—Por lo visto, mejor. Knapp está en contacto con ellos. Es muy considerado para esas cosas.

—¿De qué está enferma?

—De la vesícula, lógicamente^[24]. Ha tenido un ataque muy fuerte de cálculos biliares. Está más asustada que enferma, me parece. La operarán y se pondrá bien en unas pocas semanas. La gente es extraordinaria: por lo visto, todos estaban convencidos de que no saldría de esta; nunca había estado gravemente enferma. La llegada de Monica la ha animado mucho.

—Estupendo. Monica se quitará ese peso de encima.

—Sí. La vieja Puss ha empezado a acosarla para que dé un recital antes de que se marche otra vez; supongo que quiere demostrar en qué hemos gastado el dinero. En fin, más vale que salga bien.

En Salterton había mucha gente que consideraba al doctor James Cobbett un joven prometedor, pero todavía se encontraba en una fase delicada de su carrera, pues todavía lo llamaban «doctor Cobbett, hijo». Sin embargo, tenía la ventaja de poder recurrir a su padre, «el doctor Cobbett, padre», cuando necesitaba consejo. Y en el caso de la señora Gall se lo pidió.

—Debería ir al hospital, pero toda la familia tiene un miedo cerval a los hospitales —dijo—. Es increíble que todavía existan prejuicios así. La paciente necesita una colecistectomía lo antes posible, pero no quieren ni oír hablar de quirófanos. No tienen médico de cabecera, aunque la mujer sufre de «ataques biliosos», como dice ella, desde hace al menos un par de años. Lamento que hayan recurrido a mí. Creo que piensan que, si logro «sacarla del apuro», como dicen ellos, saldrá adelante. Ha jurado que se pondría a dieta y que se alimentaría de líquidos, que haría lo que sea. El marido ha llegado a preguntarme si no habría forma de deshacer los cálculos con medicinas. Simplemente, tienen miedo al bisturí.

—¿Qué tratamiento has prescrito?

—El habitual. La atienden dos enfermeras. Por la noche se turnan las hijas y el marido. Le he recetado morfina, aunque no puedo darle tanta como me gustaría, porque sospecho que tiene una degeneración grasa en el corazón; calculo que pesa el doble de lo que debería. Ahora mismo se encuentra en la fase estática de la enfermedad, pero no durará mucho. Se engañan pensando que mejora, porque, desde luego, no es así.

—No, desde luego.

—En fin, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—No creo que puedas hacer nada más. ¿Cuál piensas que es el auténtico problema? ¿Tienen prejuicios religiosos contra la cirugía?

—No. Pertenecen a la congregación del Decimotercer Apóstol, que no sé lo que es, pero cuando fui a visitarla el otro día, el pastor, un tal Beamis, estaba en la casa y cuando le expliqué la situación se mostró muy razonable. Intentó convencerla de que fuera al hospital. La verdad es que hizo todo lo que pudo. Pero la mujer no paraba de sollozar y quejarse: «No dejéis que me lleven; por favor, no dejéis que me lleven». Quedé como un idiota.

—Jimmy, no digas esas cosas. Les has aconsejado lo mejor, la única solución, en realidad. Si se niegan, puedes abandonar, aunque yo en tu lugar no lo haría. Cuando un paciente está decidido a suicidarse por el camino lento y doloroso de ir en contra de la opinión médica, es difícil quedarse a verlo, pero no creo que quieras ganarte fama de médico que da los casos por perdidos.

—Tenía una pequeña esperanza hasta esta semana. Ha llegado la hija menor, ya

sabes cuál, la chica que está estudiando fuera gracias al dinero de la anciana señora Bridgetower. La familia insistió en no tomar ninguna decisión hasta que viniera ella. Vale mucho más que todos juntos y, sin duda, no tiene miedo. Le he hablado con mucha franqueza; sabe exactamente lo que ocurrirá. Logré que llegara a reconocer la necesidad de ingresar a su madre. «Se lo explicaré yo», me dijo, y entramos juntos en la habitación. Pero la vieja debió de leerle el pensamiento. Le cogió la mano y empezó a gritar: «Monny, no dejes que me lleven; Monny, no dejes que me lleven a ese lugar», gritaba sin parar. La chica se puso fatal; me dio verdadera pena. Su madre le hizo jurar en el acto, con la mano en la Biblia, que no la llevaría al hospital. «Ya ve cómo están las cosas», me dijo, y supongo que lo veo, más o menos. Pero, cuando me marchaba, me dijo una cosa muy curiosa. Primero le dije yo: «¿Se da cuenta de que su decisión podría acarrear la muerte de su madre?».

—¡Vaya, Jimmy! ¡Qué metedura de pata!

—Ya, pero es que la situación me sacó de quicio, ¡es tan absurda...! Entonces, me miró fijamente y me dijo: «Es posible, doctor Cobbett, pero la de usted la mataría sin ninguna duda. Mi madre vive por el espíritu y por la carne; si mato el espíritu dejándola en sus manos aterrorizada y abandonada, ¿por qué cree que podría salvar la carne?». En fin, ¿qué se responde a eso? ¿Algún lego en la materia se ha atrevido a hablarte de esa forma?

—Por la experiencia que dan más de treinta años de práctica, me parece que la joven tiene razón. Ya sabes, Jimmy, que, en momentos de gran tensión, a veces la gente dice cosas más profundas de lo que cree. Supongo que si la chica hubiera accedido, podrías haber drogado a la madre lo suficiente para llevarla al hospital y operarla, pero habría sido muy arriesgado. Además, no sé... si toda su mentalidad, su nivel de inteligencia y todo lo que respira por los poros se opone a que la ciencia le salve la vida, ¿crees que tenemos el derecho moral inalienable de salvarla?

—El fin de nuestra profesión es preservar la vida en cualquier circunstancia.

—Sí, lo sé. También me lo enseñaron a mí, y seguirás pensando lo mismo mientras no aprendas lo que es la medicina.

—Siento que te lo tomes así, padre.

—No te ofendas, Jimmy. Lamento que te haya tocado un caso tan triste, pero se presentan de vez en cuando. Aguanta: es tu deber; pronto acabará todo.

Cuando Monica llegó a casa, la señora Gall llevaba enferma dos semanas y dos días. El señor Gall estaba completamente desmoralizado desde el primer ataque violento, pues creía a pies juntillas los agónicos lamentos de su mujer: se moría. El hombre no se había enfrentado nunca a una enfermedad grave, solamente a algunos catarros y toses ocasionales, y desde la defunción del viejo doctor Wander, que se ocupaba de las niñas, la familia no tenía médico de cabecera. El señor Gall avisó a Alice y ella fue a buscar al doctor Cobbett, hijo. En realidad, no lo llamó hasta la mañana siguiente, en consideración a las quejas habituales de los médicos por los avisos nocturnos; sin embargo, cuando acudió, la reprendió por no haberlo avisado antes. Por la mañana, la señora Gall había descubierto que si se quedaba muy quieta, con las rodillas dobladas, y respiraba tan superficial y lentamente como pudiera, le dolía menos. De todos modos estaba muy asustada.

No se le pasó el susto un poquito hasta que el médico le aseguró que no tenía cáncer. Ese era su temor secreto, el que guardaba desde hacía muchos años. Pero, si no era cáncer, ¿qué tenía? El doctor Cobbett le dijo cosas altisonantes y extrañas, pero al final quedó claro que tampoco él lo sabía. ¿Qué querría decir «infarto de miocardio»? ¿Y «pancreatitis aguda», «neoplasia obstructiva», «vólvulo del intestino delgado»? El doctor Cobbett, hijo, era amable y competente, pero le gustaba dejar boquiabierta a la gente llana. Y aún los asombró más cuando les demostró que tenía esperanzas de vencer la fuerte oposición de la señora Gall, débilmente apoyada por su marido, a ir al hospital. Sin embargo, no le sirvió de nada y, como no podía obligarla, tuvo que dejarla en casa y mandar a dos enfermeras, Gourlay y Heffernan, a que la cuidaran. Las enfermeras, tan ofendidas como el doctor por la negativa de los Gall a acomodarse a las necesidades de la ciencia médica, no se esforzaban en disimular su descontento. La enfermera Gourlay llegó a afirmar que, si dependiera de ella, promulgaría una ley para obligar a la gente a obedecer las recomendaciones de los médicos.

La señora Gall estaba postrada en cama, pero no fuera de juego. El dolor y el miedo le infundían valor y se despachaba a gusto con la enfermera Gourlay; en cambio a la enfermera Heffernan, una mujer mucho más blanda en general, le confiaba que tenía miedo de morir y de que al final su dolencia resultara ser cáncer. La enfermera Heffernan aprovechó la oportunidad para decirle que si se portaba bien e iba al hospital como una niña buena, saldría de allí como nueva al cabo de un par de semanas. Pero la señora Gall se mantuvo firme: no iría al hospital.

La morfina, recetada por el doctor Cobbett, en dosis suficientes para controlar el dolor, le reforzaba la determinación, aunque le provocaba unos sueños que, rescatando una idea de la masa de temores subconscientes, la trasladaban contra su

voluntad a un prostíbulo, que además era hospital, donde la sometían a toda clase de indecencias. Era demasiado astuta para confiar esas visiones a la enfermera Heffernan quien, sin duda, se habría burlado de ella solo por defender su prurito profesional, así que se las contaba a su hija Alice por la noche, durante las ocho horas en las que las dos enfermeras descansaban.

Fue Alice quien insistió en que Monica volviera. No es que fuera desagradecida ni mala hija, pero se tomaba muy en serio su deber matrimonial para con Charles Proby y se impacientaba con las cosas que le parecían «absurdas». Era absurdo negarse a ir al hospital y tener delirios de vivir en un prostíbulo. Incluso había momentos en los que casi llegaba a pensar que también era absurdo estar enferma (y tener, por tanto, el derecho de reclamar el tiempo y la caridad de mujeres jóvenes, ambiciosas y con mil obligaciones pendientes). Había que poner fin a tanto capricho. Además, ¿por qué tenía que ser ella quien cargara con todo el peso, mientras Monica vivía en el extranjero, libre de cargas y sin pensar en nadie más que en sí misma?

—Que cada palo aguante su vela —dijo Alice, y se fue a ver al señor Snelgrove.

Monica llegó el decimosexto día de la enfermedad y la recibió su padre, con lamentables y temerosas quejas por la posible muerte de la señora Gall.

El doctor Cobbett y las enfermeras buscaron en Monica una nueva aliada. En aquel momento, el doctor estaba prácticamente seguro de que la señora Gall padecía colecistitis aguda y de que en esa fase de la enfermedad podría incluso morir en el traslado al hospital. Sin embargo, era su deber hacer todo lo que pudiera para salvarla y se arriesgaría a operar incluso en el avanzado estado en que se encontraba. Además, había que reconocer que le gustaba salirse con la suya y que quería atajar de una vez tamaña insurrección contra la superior autoridad de Higía.

A Monica no la manejarían. Ahora su presencia resultaba extraña en aquella casita asfixiante. Su forma de hablar, su vestuario, su conducta... no encajaban allí. La enfermera Gourlay no se atrevía a desafiarla; la enfermera Heffernan, que tenía una vena feudal en su forma de ser, la aceptó como la señora de la casa, ante la que había que inclinarse, tuviera razón o no. Monica se encargó de cuidar a su madre por las noches.

—Monny, ¿estás ahí?

—Sí, Ma, a tu lado.

—Monny, no les dejarás que me lleven a ese sitio, ¿verdad?

—No, Ma, no te preocupes.

—He estado allí esta misma tarde. Pero me he escapado. Iba en camisón. En el vestíbulo me vieron un par de tipos y quisieron detenerme. ¿Obré mal? Monny, ¿obré mal?

—¿En qué, Ma?

—Es que me vieron en camisón.

—No, no. Solo lo has soñado.

—No lo he soñado. Estuve allí. Monny, cuando te meten allí, te obligan a hacer

cosas horribles. Es una casa de perdición. Vi a algunas conocidas, como Kate Dempster, por ejemplo, que estaba coqueteando como cuando éramos pequeñas. Kate es una niña mala. ¿Y yo, Monny?

—No, Ma, tú eres buena.

—¿Y tú, Monny?

—Yo también, Ma, soy buena.

—Entonces, ¿por qué hablas tan raro? Pronuncias muy raro y no te entiendo. ¡Tú no eres mi Monny!

—Sí, sí, mamá, soy Monny. No te alteres. Soy Monny y estoy aquí.

—No, no eres Monny. Mi hija no habla así. ¡La habéis mandado lejos! ¡Y yo soy mala y van a meterme en la casa de perdición!

—Tranquilízate, querida Ma. Anda, toma un sorbito de esto. Solo uno.

—Soy mala. Monny, ¿me voy a morir?

—¡Claro que no, Ma! Hoy has estado muy bien.

No era una mejoría, sino lo que el doctor Cobbett llamaba «una remisión».

El período de remisión duró siete días. Para las enfermeras, los vómitos, la hinchazón, la pérdida de masa muscular, los gemidos y la reaparición del dolor eran síntomas normales que acompañaban a las enfermedades graves. Para Alfred Gall, que nunca había visto a su mujer en tal estado, era una agonía indescriptible. Se pasaba todo el día acercándose a la puerta de la enferma: miraba el cuerpo inerte en la cama y escuchaba la pesada respiración, después se alejaba lentamente, con el miedo a perderla grabado en el rostro. Solo su hermana Ellen era capaz de infundirle esperanzas. Alice se impacientaba al ver a su padre tan apocado; ella prefería hablar de los problemas y buscar alivio en las palabras, no comprendía el silencio acongojado de su padre. Monica lo trataba con delicadeza, pero reservaba sus energías para las largas noches de vigilia a la cabecera de su madre.

No todas las conversaciones nocturnas giraban en torno al semidelirio de la señora Gall, aunque ciertamente predominaban el miedo y las ideas delirantes, contrarrestados por el amor y el consuelo. Para Monica, sin embargo, los períodos de lucidez de su madre eran más agotadores que los desvaríos, porque la mujer insistía una y otra vez en que ahora la hija era casi una extraña. Su forma de hablar había cambiado; era difícil consolar a la señora Gall con el nuevo tono, cálido y cristalino, que tanto le había costado adquirir; sin embargo, no podía librarse de él y volver a hablar como antes, porque esa voz nueva era el instrumento de lo mejor de su espíritu y su corazón. Le parecía cruel y vergonzoso, pero no tuvo más remedio que reconocerlo: era así. Hablar como quería Ma no solo era difícil, sino que entrañaba traicionar a Revelstoke, a Domdaniel, a Molloy y a todos los poetas y músicos del pasado a los que representaban. ¿Sentía mayor aprecio por todo eso que por su madre? Se hizo esa misma pregunta con esas mismas palabras muchas veces, pero no se atrevió a responder en un sentido ni en otro. La lealtad exigía que prodigara amor, cosa que hacía con toda la generosidad de que era capaz.

La lealtad exigía también veracidad. Sin embargo, temiendo la muerte, la señora Gall recordaba con insistencia episodios de su vida que solo se atrevía a insinuar, aunque, en el delirio, se adivinaba un poco de qué clase eran. Estaba convencida de que había pecado imperdonablemente y de que sus pecados eran de tipo sexual. No daba nombres ni refería hechos concretos; tal vez nunca hubiera ocurrido nada. Sin embargo, la única moral a la que había dado alguna importancia en la vida o había considerado respetuosamente era la de la prohibición sexual. Ahora creía que no había estado a la altura de sus exigencias, pero no podía confesar la transgresión ni dar una expresión clara a los remordimientos. En vez de eso, se culpaba de forma inconcreta y sufría las atormentadas ensoñaciones provocadas por la morfina.

Sin embargo, era muy específica en las peticiones y exhortaciones que hacía a Monica. «¿Eres buena chica?», le preguntaba una y otra vez, cuando recuperaba la conciencia parcialmente; esa pregunta así formulada y en boca de la señora Gall solo podía significar una cosa. Monica no tenía la menor intención de afirmar que no lo fuera, desde el punto de vista de su madre. Sin embargo, tuvo que plantárselo en su fuero interno. ¿Lo era? Responder que sí sería una deslealtad a su hogar y a la mujer que estaba a su lado pasando por un mal trance. Fueron siete las noches largas y fatigosas, pero antes de la última, Monica encontró la respuesta: era buena chica. La castidad consiste en confiar el cuerpo al cuidado del espíritu; lo había dicho Domdaniel y lo respaldaba toda la experiencia que había adquirido. Fue esa decisión, más que ninguna otra cosa, lo que separó a Monica de su madre cuando esta más la necesitaba. No le servía el concepto del bien y el mal que tenía Ma.

Y si eso no le servía, ¿qué otros valores útiles le había transmitido su madre? Ninguno, pensó con una sensación de liberación, de ruptura de unas ataduras que la habían aprisionado toda la vida, pero al mismo tiempo con tristeza y lástima por su madre y por sí misma. No obstante, la sexta noche, tras un breve sueño, la señora Gall abrió los ojos y miró a su hija con más lucidez que en días precedentes.

—He dormido.

—Sí, Ma. ¿Has podido descansar?

—¿Decía cosas sin sentido?

—Las inyecciones te producen sueños, querida Ma.

—Seguro que he dicho auténticas barbaridades, ¿a que sí?

Monica estuvo a punto de negarlo, pero miró a su madre fijamente y vio un destello en sus ojos. La señora Gall se rio débil, pero inequívocamente.

—Sí, Ma, la verdad es que sí.

—Pues claro. Tengo mucha imaginación. En eso te pareces a mí, Monny. Nunca lo olvides. La imaginación la has heredado de mí.

Monica rompió a llorar. Eran lágrimas de felicidad: al fin tenía algo en común con su madre. Llorando y riendo a la vez, dijo:

—Sí, Ma, de ti. Nos parecemos mucho, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

Pocas horas después, la mañana del séptimo día, el período de remisión acabó sin lugar a dudas y el doctor Cobbett dijo que, tal como preveía, se había declarado una peritonitis cuyo desenlace sería fatal. Cuando la familia vio a la madre por última vez, estaba del color de la ceniza, con los ojos entrecerrados, y parecía muerta, aunque el doctor dijo que era un «colapso». Murió a las cuatro de la madrugada. Solo Monica estaba con ella.

6

—Creo que es mi deber insistir una vez más en que se habría podido evitar este desenlace —dijo el doctor Cobbett, hijo, cuando se disponía a cumplimentar el certificado de defunción.

—Mi madre siempre se salía con la suya —dijo Monica— y ahora no tiene sentido hablar de eso. Tomé la decisión atendiendo a sus deseos y si cree que debemos llevar el asunto más lejos, estoy dispuesta a responder ante las autoridades.

El doctor Cobbett no tenía intención de llevar el asunto más lejos. Lo único que quería era que se le diera la razón, pero vio que no iba a conseguirlo y continuó:

—¿Qué edad tenía su madre?

Monica no lo sabía. Siempre se había sobreentendido que era un «atrevimiento» pretender saber la edad de los padres, como verlos desnudos, según la Biblia. Cuando se lo preguntó a la tía Ellen, se llevó una sorpresa al enterarse de que su madre tenía cincuenta y seis años. Es decir, que la había tenido a los treinta y tres, diez más de los que había cumplido ella en diciembre. Era como si la señora Gall, gorda y desdentada, con el pelo entrecano, no tuviera edad; simplemente era una madre.

—Me da la impresión de que Pa nunca le ofreció suficiente incentivo para mejorar en la vida —dijo Alice.

Tras el primer acceso de dolor, la primogénita adoptó una actitud desagradablemente práctica. No se podía mandar al señor Gall a trabajar aquel día, pero tampoco podían tenerlo en casa, pues era necesario hacer los preparativos del funeral; por lo tanto, Alice lo mandó a su casa con un montón de complicadas instrucciones sobre lo que debía hacer con el pequeño Donald. Tampoco la tía Ellen iría a trabajar, de modo que la sobrina le encomendó la tarea de mandar telegramas a los familiares y llamarlos por teléfono desde su propia casa. Tal como explicó a Monica, era lo más conveniente y, además, así la tía Ellen pagaría los telegramas; sería su contribución a los gastos del funeral.

A las nueve de la mañana, Alice preparó café para las dos y se sentaron a planear la tarea.

—Podemos celebrar el funeral en Queen Street según el rito de la Iglesia Unida —dijo—. Voy a llamar ahora mismo al reverendo Calder.

—Pero ¿por qué? —dijo Monica—. ¿Por qué no en el salón del Decimotercer Apóstol? Ma nunca tuvo nada que ver con la Iglesia Unida.

—Monny, no nos engañemos. ¿De verdad queremos que el funeral de Ma se convierta en un circo de los decimoterceros, con Beamis pavoneándose por allí? ¿Te acuerdas del funeral de la anciana señora Delahaye?

—Pero era su Iglesia, Alice. Es lo que habría querido ella.

—¿Y por qué estás tan segura? La he oído decir cosas de Beamis que... la verdad, no creo que le tuviera tanta consideración.

—Pero ¿no sería raro?

—Ni la mitad que un funeral de los decimoterceros. Chuck y yo vamos a Queen Street. Podemos arreglarlo.

—No estoy de acuerdo, Alice.

—¿Y a ti qué más te da? Eres independiente. Te irás en cuanto puedas, pero yo tengo que vivir aquí. Oye, Monny, es probable que el jefe de Chuck asista al funeral. No quiero que vaya al salón de la congregación y que se haga la idea de que frecuentamos a esa clase de gente.

—¡Eres una esnob, Alice!

—¡Quién fue a hablar! *Lady Ejem*, Ejem. Ma se ha reído de ti hasta el final. ¿Esnob, yo? Mira, tengo que abrirme camino en la vida. A mí no me mantiene el dinero de nadie. Y te digo otra cosa, ahora que nos estamos sincerando: creo que teníamos que haber llevado a Ma al hospital, para que te enteres.

—¿Y por qué no la llevaste tú antes de que llegara yo?

—Porque Pa insistió en esperarte. Siempre has sido la mandamás de esta casa y, desde el día en que te cayó lo del fideicomiso, a Pa y Ma les dabas miedo. Tenía que decidirlo Monny. Bueno, pues así fue ¡y mira qué desastre! Si hubieras tenido un poco más de sentido común, Ma estaría ahora fuerte y lozana, y no muerta ahí arriba. Si quieres saber lo que pienso: la has matado tú.

—Alice, estás muy nerviosa. Todo lo que he hecho ha sido con todo mi cariño, lo juro.

—No he dicho lo contrario, pero no será Ma la primera que se muere por tanto cariño.

Con todo, el funeral acabó celebrándose en el salón de la congregación del Decimotercer Apóstol, aunque no fue Monica quien se apuntó la victoria. El pastor Beamis, que desconocía el deseo de Alice de cambiar de consejero espiritual familiar, dio por sentado que se encargaría él del oficio y empezó a hacer preparativos. Quería que Monica cantara un solo, o mejor, dos. El cuarteto Esperanza y Corazón volvería a reunirse y haría una reaparición especial ante la tumba. Acudiría una multitud nunca vista, dijo, y qué consuelo sería para el hermano Gall. Monica lo pensó mucho antes de descartar la idea; estuvo muy indecisa todo el día, pero al final se negó. Dijo que no estaba segura de poder controlar la voz en semejantes circunstancias. Sin embargo, la vocecita interior, que cada vez se hacía más presente en sus pensamientos, decía: «No seas hipócrita. Lo que pasa es que te avergüenzas de ellos».

Esa voz era cruel. ¡Cuántas veces le enseñaba el peor lado de las cosas! Era como una conciencia. Sin embargo, no se regía por un código moral que se pudiera asociar a la conciencia, a no ser que, en alguna parte de sí misma, se estuviera desarrollando otra nueva, adecuada a sus nuevas necesidades. Pero, de ser así, ¿por qué era tan cruel tan a menudo? A veces hablaba en el tono inconfundible de su madre, pero en ese caso recurrió al de Giles Revelstoke.

Los tres días anteriores al funeral fueron agotadores, sobre todo después del esfuerzo sostenido durante la enfermedad. Aunque el señor Gall era un inútil, el

decoro exigía que le consultaran los detalles más importantes y, en atención a sus deseos, el funeral se celebró en parte en la casa y en parte en el salón de la congregación. Alice prefería hacerlo en la capilla de la funeraria, tan aconfesional, destacó, que uno podía imaginarse que estaba en el lugar que quisiera. De todas maneras, su último intento de apuntarse un tanto social también fracasó.

Monica y ella tenían desavenencias a menudo y discutían abiertamente una vez al día, por lo menos. El peor encontronazo se produjo en la funeraria, cuando elegían el ataúd.

—¿Tiene algún modelo en roble? —dijo Alice.

El empleado dijo que sí e indicó el precio.

—No hace falta que sea tan caro, creo yo —dijo Monica.

—¿A quién no le hace falta? —dijo Alice—. A mí me parece muy bonito.

—Es muy caro. Habría que ahorrar a Pa este gasto, con lo que se le viene encima.

—¿Quién dice que hay que ahorrárselo? ¿Quién crees que lo va a pagar?

—Entre todos, supongo. Habrá que ver lo que aporta cada uno.

—Mira, Monny, cada cual contribuye según sus posibilidades. Tía Ellen se ha encargado de los telegramas, Chuck y yo, de las flores para casa y para la iglesia. A pesar del seguro, Pa no puede hacerse cargo de nada más que la cuenta del médico y las enfermeras. Así que el resto te toca a ti. ¿Lo entiendes?

—Es decir, ¿que el funeral lo pago yo?

—A los demás no nos ha caído en suerte una vieja forrada.

—Pero, Alice, el dinero del fideicomiso no es para gastos personales. El señor Snelgrove no lo permitirá. ¡No sé de dónde has sacado esa idea!

—Si no sabes cómo conseguir dinero sin decir para qué, más vale que aprendas. Si quieres, Chuck te puede enseñar: es banquero y sabe cómo se hacen esas cosas. Pero métete esto en la cabeza: no vamos a enterrar a Ma de cualquier manera. Eres la rica, así que puedes permitirte el gasto. Será lo último que hagas por ella, conque decídetelo y hazlo bien. Si no, se volverá en tu contra, te lo aseguro.

Monica protestó, pero con poca fuerza. Si podía robar al fideicomiso por Revelstoke, ¿por qué no por Ma? Era una pregunta para la que no tenía respuesta, ni siquiera la que habría podido dar la incómoda voz interior. Más cruel fue descubrir, como sucedió enseguida, que no solo Alice, sino también Pa y la tía Ellen contaban con que pagara ella los mayores gastos de la ceremonia. No era exactamente que quisieran dinero, sino que la supuesta abundancia en la que vivía la convertía, a ojos de todos, en la cabeza de familia. Así pues, no se tomó la decisión por motivos de autoridad moral ni de edad, sino por una pura cuestión de dinero. Ya no volvería a ser niña en casa de su padre sencillamente porque era más rica que él.

El día del entierro llegó y pasó. Asistieron once familiares de fuera de la ciudad, a los que hubo que dar de comer; además, siete de ellos pernoctaron en la ciudad, repartidos entre la casa de los Gall y la de la tía Ellen. Eran todos Gunley, de la parte de la señora Gall e, igual que ella, eran más bien gordos y sardónicos. La víspera del

entierro se reunieron en consejo familiar; entre el señor Gall y Alice contaron un relato dramático de la enfermedad que se había llevado a la señora Gall. Alice intentó hacer hincapié en que el médico había dicho que la señora Gall podía no haber muerto y en que la decisión de Monica de no llevarla al hospital había sido el factor decisivo. Pero no le sirvió de nada con los Gunley.

—Ada siempre se salía con la suya —dijo la tía Bessie Gunley—. Era muy testaruda.

—Sí, y muy independiente —dijo Noble Gunley, un primo segundo que tenía una ferretería.

Parecían muy orgullosos de la rebeldía de la señora Gall ante el poder atrincherado de la clase médica. Había muerto igual que había vivido: una Gunley hasta el tuétano.

El pastor Beamis no se explayó en el funeral tanto como le habría gustado, sino que respetó el deseo de discreción que le habían manifestado con la misma insistencia tanto Alice como Monica, cada una a su manera. Y a fe suya que fue discreto. Rogó por la familia nombrando a todos y cada uno y se las arregló para dar al Todopoderoso un excelente resumen de las excelsas relaciones que cultivaba Monica en el extranjero. Habló con elocuencia de la difunta señora Gall informando a los oyentes (quienes se sorprendieron bastante) de que había sido una mujer generosa, devota, valerosa, siempre amante de todo lo bello (enlazando claramente con lo que había dicho antes sobre Monica) y fuente constante de inspiración para él en su obra pastoral. Acompañado por la señora Beamis al piano y por su hijo Wesley al vibráfono, cantó *Swinging Through the Gates of the New Jerusalem*. A pesar de todo, en comparación con algunas de sus manifestaciones más desenfundadas, fue discreto.

Al final, el jefe de Chuck Proby no acudió a la ceremonia. Envió en su nombre al jefe de contabilidad, la persona más conveniente para representar a la augusta entidad de El Banco en el funeral de la suegra de un empleado prometedor, pero bisoño todavía. En nombre del fideicomiso Bridgetower se presentó el deán Knapp, que rechazó las insistentes invitaciones del pastor Beamis a subir al estrado, pero se comportó intachablemente, incluso cuando su sensibilidad se vio gravemente ofendida; al final del acto, habló con auténtica bondad cristiana con la familia Gall.

Alfred Gall no sabía ni quién le hablaba. La luz que iluminaba su vida —pensara lo que pensase el mundo exterior— se había extinguido y lo había dejado sumido en las tinieblas. No se movió en toda la ceremonia, parecía una talla de madera.

Alice lloró copiosamente. Sabía dar rienda suelta a su aflicción cuando más convenía y contenerse a voluntad. Sin embargo, al menos desde su punto de vista, lloró con el mismo espíritu con el que el deán Knapp rezó en el funeral de su madre: con sinceridad, pero no al estilo de los decimoterceros.

Monica carecía de la habilidad de Alice para mostrar sus sentimientos apropiadamente. Lloró por su madre en el momento de la muerte. En cambio, en el funeral, la animó una oleada de emoción que le parecía optimista y que al principio

achacó al alivio de saber que el suplicio había terminado. Sin embargo, mientras Beamis oraba, oyó la voz interior. No le habló como su madre ni como Giles, sino como ella misma, y le dijo: «Eres libre. Has hecho por Ma todo lo que has podido y ahora eres libre. Ya nunca tendrás que volver a preocuparte por lo que puedes decirle o por si le harás daño».

El día después del funeral, Monica se encontró con una casa desordenada y descuidada, que, al parecer, debía poner en orden y mantener indefinidamente para su padre, viudo. Era evidente que Alice no pensaba hacer nada y que la tía Ellen tenía su trabajo. Se puso manos a la obra, pero enseguida se cansó. Una cosa era hacer las tareas domésticas en casa de Revelstoke y otra muy distinta encargarse de la de su padre. ¿Y si llamaba a una mujer de la limpieza? No, sería desaconsejable por varios motivos. La familia pensaría que disponía de dinero, cuando en realidad andaba más bien escasa; había dejado a Revelstoke todo lo que había podido. Además retrasaría el momento de encontrar una solución definitiva para el señor Gall, cosa que era muy urgente, porque quería volver a Londres cuanto antes. Tenía que ser diplomática.

Su nueva posición en la familia, la de hija adinerada, hizo que la diplomacia fuera más fácil de lo previsto. En realidad, no le costó persuadir a su padre de que estaba un poco avergonzada de sí misma... y de él. En una reunión familiar dijo con total claridad que debía volver a Londres porque tenía muchos asuntos pendientes. Se refería a *El asno de oro*, pero no entró en detalles. La familia lo aceptó dando por sentado, como suelen hacer los menos adinerados, que los asuntos de los ricos siempre tienen que ver con el dinero. ¿Cómo iba a arreglárselas Pa? Para sorpresa de todos, el hombre tenía un plan: Alice, Chuck y el pequeño Donald se mudarían a su casa. Alice rechazó tajantemente la idea.

—Tres generaciones en una casa nunca funciona —dijo—. Se ven ejemplos por todas partes. Me parece mucho mejor que cada palo aguante su vela.

Después de muchos rodeos, al final se acordó que la señorita Gall debía abandonar su acogedora casita y trasladarse a vivir con su hermano. Era lo que Monica quería; en realidad, era lo que había pensado, aunque le dolía que fuera precisamente su querida tía quien tuviera que sacrificarse. La tía Ellen era la única que no la adulaba por su supuesta fortuna. La buena mujer estaba sencilla y desmesuradamente orgullosa de Monica porque se estaba abriendo camino como cantante, y se habría dejado cortar la cabeza de mil amores si con ello hubiera podido ayudarla en su carrera.

De todos modos, ahora que Ma había muerto, Monica podía confiar más plenamente en su tía y, así, pasó muchas noches en el bonito y abarrotado salón de Ellen, donde había aprendido las primeras nociones de música. Le cantó las canciones de Revelstoke; a la tía Ellen en realidad no le gustaban pero, pese a todo, la llenaban de orgullo. Le cantó también canciones populares y las que le había enseñado Molloy en un lenguaje musical más antiguo, y esas le gustaron mucho. Decía que nunca había oído nada tan hermoso, lo cual era muy cierto. Y cuando Monica le pidió consejo sobre el programa para el recital Bridgetower vio colmadas

todas sus ilusiones. ¡Por fin conocía la verdadera vida de una artista de la música!

En efecto, habría un recital Bridgetower. Los albaceas le hicieron la propuesta con mucha delicadeza, temerosos de que el abatimiento por la reciente defunción de la madre le impidiera cantar durante unos meses. Sin embargo, se alegraron mucho al comprobar la gran capacidad de recuperación que tenía, pues, asombrosamente, la joven dijo que sí, que cantaría con mucho gusto ante el público que ellos eligieran. Sí, le parecía que la sala Fallen de la Universidad de Waverley sería un lugar excelente para un recital. No, no tenía ninguna duda de que lograría proyectar la voz hasta las últimas filas; había cantado en el Sheldonian y en la sala Wigmore; el tamaño no la asustaba. Naturalmente, tardaría unos días en preparar el programa. ¿El luto? Bueno, ¿no sería posible incluir en el programa una pequeña muestra de canciones piadosas? Le gustaría hacerlo en memoria de su madre. Los albaceas consideraron que era lo más conveniente y apropiado y les gustó mucho que Monica hubiera pensado en ello.

La señorita Puss estaba más entusiasmada que nadie con el recital, hasta el extremo de que sacó a relucir una vena romántica que los demás no sospechaban ni remotamente, pero que se manifestó con toda claridad en una reunión a la que asistió Monica para hablar de los pormenores del gran acontecimiento.

—Me gustaría plantear un asunto —dijo la señorita Puss, ciertamente ruborizada— que tal vez a los caballeros les parezca... cómo decirlo... extravagante, y que tal vez a nuestra protegida, la señorita Gall, le resulte extraño a primera vista. Desde hace mucho tiempo, cuando una cantante comienza su carrera profesional, siempre se pone un nombre artístico, un *nom de guerre*. Se me ocurren inmediatamente los ejemplos de Melba y Nordica: Melba se llamaba Helen Mitchell, honorable, pero poco inspirador, y Nordica, Lillian Norton, sin olvidar a nuestra querida Marie Lajeunesse, de quien ciertamente nos acordaremos al pronunciar el nombre de *Madame Albani*. Como ven, todas eligieron nombres eufónicos y fáciles de recordar. Por supuesto, no quiero decir que un nombre de cierta aspereza, por decirlo así, sea un impedimento para alcanzar el éxito. ¿Quién podría olvidar a Minnie Hauk? Bien, pues ahí lo tienen: Minnie Hauk, la excepción que confirma la regla. Piensen en Yendik, la gran estrella: ¡en realidad se apellidaba Kidney! En fin, seguro que ya han adivinado adónde quiero ir a parar. Nuestra querida Monica —Monica abrió los ojos desmesuradamente al oírse llamar «querida» por la señorita Puss, pero empezaba a acostumbrarse a las sorpresas— tiene un bonito nombre cristiano. ¿Pero Gall? Sin duda, es un apellido venerado en Irlanda, pero ¿es el idóneo para las salas de conciertos? ¿Es posible imaginárselo en los carteles, en los programas? ¿Podemos aportar nuestro granito de arena para encontrar algo más conveniente, más eufónico y fácil de recordar? Confieso que he reflexionado mucho sobre esta cuestión en los últimos días, y lo que deseo proponer —en este punto, la señorita Puss ciertamente resplandeció— es que el inminente recital sería el momento idóneo para adoptar un nombre nuevo. Y el que propongo, compuesto por partes de «Monica» y «Gall», es «Gallica».

Un nombre surgió de las profundidades en la memoria de Monica: Monique Gallo. ¡Cuánto tiempo hacía de eso! ¡Más de dos años! ¡Cómo había cambiado desde entonces!

—Es usted muy amable y no tengo palabras para agradecerle tanta consideración —dijo Monica— pero, teniéndolo todo en cuenta, creo que lo mejor es que conserve el mío. Verá, he cantado dos veces en la BBC con el nombre de Monica Gall y en el Wigmore Hall di un recital de obras nuevas, compuestas por Giles Revelstoke, que despertó un gran interés. Además, ya he actuado con *sir* Benedict con mi propio nombre; por eso sería un error cambiármelo, ahora que empieza a sonar un poco.

«¡Qué adúladora me he vuelto!», pensó. Así era como imitaba Giles a las personas que despreciaba.

La tía Puss se tragó enseguida sus palabras.

—No tenía le menor intención de parecer arbitraria o entrometida —dijo—. Solo quería llamar la atención sobre una costumbre profesional con mucha solera.

—Me parece que ha caído en desuso —dijo Solly.

—Pero eso no tiene por qué ser necesariamente bueno —dijo el deán—. Una carrera artística suele entrañar grandes cambios de personalidad, así como el abandono de muchas cosas del pasado y el aprendizaje de otras muchas. Algunas veces pienso que a todos nos convendría adoptar un nombre nuevo al descubrir nuestra vocación.

Miró amablemente a la señorita Puss, que estaba confusa y abochornada. Acababan de apagar uno de los escasos destellos románticos de su vida.

«Pobrecita —pensó Monica—. Quiere hacer algo, quiere crear, y Gallica sería en cierta modo su creación». Se propuso tratarla con toda la amabilidad posible cuando terminase la reunión, para aliviarle un poco la herida.

En esa misma reunión se comunicó a Monica que el fideicomiso disponía de una cantidad sustancial de dinero que legalmente le pertenecía. El señor Snelgrove le explicó la situación y, al llegar al punto en el que tenía que decirle que podía quedarse con el dinero y emplearlo a su antojo, a duras penas logró articular las palabras. Como abogado, era consciente de la situación y había instado al fideicomiso a deshacerse del superávit; pero el señor Snelgrove era además un viejo seco, conservador, pomposamente prudente y esnob, y lo trastornaba en lo más hondo tener que entregar tanto dinero a una chica de baja estofa que podría dilapidarlo en Dios sabía qué locuras. Y no es que no tuviera corazón; su sentido de la justicia (que no había sucumbido por completo después de toda una vida dedicada al ejercicio del Derecho) se rebelaba al ver al joven Solomon Bridgetower con un rictus muy amargo en la que debería ser su propia casa, mientras a esa joven, ajena a la familia, se le daba un dinero que podría haber sido del muchacho. Pero, por fin, el señor Snelgrove terminó con sus «hummm...» y sus «esto...», y logró comunicar lo que debía.

—Es una grandísima sorpresa, desde luego —dijo Monica—, y estoy más agradecida que nunca a la difunta señora Bridgetower. No teman que vaya a

despilfarrarlo en fruslerías ni a malgastarlo. Créanme, les aseguro que ni siquiera me atrevería a emplearlo únicamente en provecho propio. Me gustaría contar con su aprobación para destinar una pequeña cantidad, unos pocos cientos de dólares, a los gastos del funeral de mi madre, cantidad que devolveré de mis propios ingresos tan pronto como sea posible. Emplearé todo lo demás exclusivamente con fines musicales, de los que daré cumplida cuenta cuando llegue el momento.

Habló con sobriedad, pero estaba loca de alegría. Desde el instante en que comprendió el sentido del discurso del señor Snelgrove supo exactamente lo que iba a hacer con el dinero. Sería más que suficiente para costear la diferencia entre lo que la Asociación de la Ópera Inglesa podía invertir en la producción de *El asno de oro* y lo que se necesitaba para representarla como era debido, y con margen suficiente para imprevistos. Ahora estaría en condiciones de facilitar a Giles el paso de gigante que podía dar en su carrera, y lo haría con todas las de la ley, sin robar, sin hinchar gastos y sin vender ropa de segunda mano. Como muchas personas cuya suerte cambia de repente, vio en ello la mano de Dios. Sin embargo, tuvo la prudencia de no hablar al fideicomiso de sus planes hasta que tuvo el dinero en su poder.

Los albaceas se asombraron de que la muchacha se tomara con serenidad y sin muestras de avaricia la gran noticia de la fortuna que le caía del cielo, y al menos el deán respiró tranquilo. Todos tenían muchísimo interés en saber qué iba a hacer con tanto dinero, pero el orgullo les impidió preguntárselo. Por tanto, empezaron a hablar de las invitaciones para el recital Bridgetower, ya que, por supuesto, solo se podría asistir con invitación y querían sacar el máximo provecho personal de las circunstancias. Sería lo único que sacarían en limpio del fideicomiso, y después de desprenderse de cuarenta y cinco mil dólares, aunque no fueran suyos, necesitaban resarcirse de alguna manera.

Mientras Monica preparaba el recital, toda la Commonwealth y varios millones de estadounidenses estaban pendientes de lo que dio en llamarse «el obsceno escándalo Odingsels». Odo Odingsels, a quien se calificaba de «famoso fotógrafo de Mayfair» (para asombro y regocijo íntimo de Monica), había sido detenido por venta de fotografías indecentes de hombres y mujeres de la alta sociedad y la política, a precios muy elevados y a una clientela reducida, pero fiel. Según los periódicos, las fotografías eran tan obscenas que habrían asombrado al más curtido libertino, pues no solo eran groseras, sino que además acarreaban el descrédito a una serie de personas sumamente queridas y respetadas por todo el mundo. Evidentemente, Odingsels era un criminal chiflado y aterradoramente depravado, pues recurría a modelos muy parecidos a sus víctimas (aunque casi siempre más jóvenes y en mejor forma) y luego sobreponía la cabeza de estas mediante un ingenioso trucaje fotográfico, para lo cual se valía de fotografías que compraba en agencias de noticias y establecimientos del ramo. Con un horror perfectamente simulado, la prensa se regodeaba en el parecido y en los efectos asombrosos que conseguía el fotógrafo combinando perversamente el arte y la técnica. El juez mandó desalojar la sala para que los miembros del jurado examinasen la obra del monstruo y les recordó que tenían obligación de guardar el secreto. Sin embargo, se sabía de buena tinta que el asunto salpicaba a la realeza europea y a la británica, a la Casa Blanca y hasta al mismísimo Vaticano.

Revolviendo archivos en busca de algún caso de enormidad comparable, la prensa propuso no muy oportunamente el de Oscar Wilde, y un periodista joven y brillante, al recordar que Wilde había vivido en Tite Street, dio mucha importancia al hecho de que Odingsels «frecuentase» a menudo esa calle, concretamente las oficinas editoriales de una publicación llamada *Lantern*, dirigida por un grupo de Chelsea contra el que cargó las tintas tanto como pudo sin infringir las leyes de la difamación. Otro punto en común con el escándalo de Wilde era que Odingsels no mostraba la debida consternación en el banquillo de los acusados, sino que sonreía y a veces se reía abiertamente cuando se aportaban pruebas de que había recibido hasta cien guineas por una sola fotografía.

El abogado de Odo, un famoso consejero real, intentaba defenderlo sobre la base de que muchas de las ingeniosas fotografías, en las que aparecían personajes famosos ocupados en algún menester, eran de tema esencialmente político y de intención satírica. Argumentaba que constituían el correlato moderno de las vigorosas caricaturas políticas de Rowlandson y Gilray, a veces brutales y con frecuencia sugestivas. Causó sensación en el tribunal cuando sacó una lista de clientes de Odingsels y empezó a leerla; por extraordinario que pareciera, algunas víctimas del fotógrafo habían comprado, a su vez, retratos obscenos de otras personas eminentes.

El juez no permitió que la lectura llegara muy lejos; tras leer la relación personalmente, la declaró, de momento, irrelevante, y no se supo más de ella. Pero el eminente abogado había leído lo suficiente para causar un enorme revuelo en los periódicos; según Fleet Street^[25], era la noticia que más interés había despertado desde las encendidas protestas contra los homosexuales de unos meses antes. Los famosos aparecían bajo títulos como «Curiosidades en las altas esferas». Se dio mucha importancia al hecho de que el Ilustrísimo Señor Juez, tras examinar una muestra de las obras de Odingsels, dijera: «Estas cosas harían vomitar hasta a un buitre». También dijo que los modelos que se habían prestado a la producción de esa basura serían descubiertos y castigados como merecían.

«Menos mal que Bun Eccles me avisó a tiempo —pensó Monica al leer la noticia mientras tomaba el café del desayuno—. Si no, tendría que haberme quedado aquí unos cuantos meses. ¿Habrán detenido a Perse? Tiene tantos lunares que no será muy difícil de identificar, aunque esos mierdas no pueden desnudar a todas las fulanas de Londres para compararlas con las fotos. —Obviamente, no expresaba sus pensamientos íntimos con palabras tan elegantes como al hablar con los albaceas del fideicomiso—. Me pregunto a quién habría puesto Odo mi cuerpo si hubiera aceptado la propuesta. Siempre supe que no era trigo limpio. Espero que Giles tenga el sentido común de no intentar rescatarlo presentándose de testigo para declarar sobre su personalidad o algo por el estilo».

El escándalo continuó cinco días hasta que, finalmente, los periódicos publicaron una telefotografía, como un borrón tembloroso, de Odo Odingsels saliendo del Juzgado Penal Central, escoltado por doce policías que lo protegían de una muchedumbre de quinientas mujeres enfurecidas que querían lincharlo con paraguas y verduras podridas. El delito era tan raro y las leyes pertinentes tan diversas y confusas, que lo máximo que pudo hacer el juez fue condenarlo a tres años de trabajos forzados y a un total de cinco de privación de libertad.

Durante el juicio, el aspecto físico de Odingsels dio mucho que hablar; tanto el juez como la prensa coincidieron en destacar que su apariencia era fiel espejo de su alma. Monica y el resto del mundo se enteraron de que la variedad de sarna que padecía se denominaba «alopecia areata», y empezaron a llover cartas de todas partes de ciudadanos inofensivos que también la padecían y que declaraban categóricamente que esa dolencia no era síntoma de depravación. A pesar de todo, el escándalo Odingsels se olvidó tan rápidamente como llegó.

El nombre de *Lantern* destacó en las noticias dos días seguidos y, cuando Monica advirtió que personas que nunca habían visto un ejemplar afirmaban que era una revista escabrosa y mal editada, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no avisar a Giles por telegrama; sabía hasta qué punto lo habría molestado tamaña intromisión. Las tres o cuatro semanas que llevaba en Canadá dominando a sus familiares habían despertado considerablemente sus dotes de mando, pero no debía utilizarlas con Giles; últimamente su susceptibilidad había alcanzado cotas nunca vistas; lo

estimulaba trabajar intensamente en *El asno de oro*, pero también le agudizaba los excesos de extravagancia, ¡la mayoría dirigidos contra Stanhope Aspinwall! Después de la transmisión radiofónica de *Kubla Khan*, el crítico había emitido un juicio favorable, aunque un tanto quisquilloso. Monica se inclinaba a pensar bien de él, porque había alabado calurosamente su interpretación: «Una artista un poco insegura todavía, pero señora de unas dotes excepcionales (...) combina cualidades vocales que suelen considerarse mutuamente excluyentes: agilidad y brillo extremos en el registro agudo y tono cálido y expresivo (...) una pureza en la pronunciación del inglés y una interpretación tan impregnada de delicadeza y matices poéticos que recuerda a la difunta Kathleen Ferrier». Monica había dicho a Giles que, puesto que todo lo que sabía se lo debía a sus enseñanzas, el elogio no era solo para ella, pero Giles no hizo caso. «Ese hatajo de carcamales que se dedica a la crítica pierde la cabeza por cualquier primeriza que no sea un auténtico espantajo», dijo, y la emprendió contra la censura de Aspinwall a los fragmentos de piano de la cantata, que, según el crítico, eran excesivamente complicados. Y unas semanas después, cuando Giles dio un recital de su obra en el Wigmore Hall y Aspinwall volvió a alabar a Monica y a encontrar algunos defectos en la partitura, Giles se puso absolutamente insoportable.

Fue entonces cuando Giles se hizo con una fotografía de Aspinwall (se la proporcionó Odingswells, recordó Monica en ese momento con mal sabor de boca), la enmarcó y la colgó en el retrete del piso de abajo. Se tomó la molestia de usar el periódico en el que escribía el crítico para envolver la basura; compraba varios ejemplares a la semana, recortaba los artículos firmados por Aspinwall y los colgaba en el retrete, como sustituto del papel higiénico, a pesar de las objeciones de la señora Klein y los demás inquilinos. Lamentablemente, un día en el que invitó a Monica a un concierto, al ver que en la fila anterior se encontraba Aspinwall (pura casualidad, según Giles), se dedicó a fastidiarlo tamborileando con los dedos en su respaldo y haciendo observaciones insultantes en los intermedios en un tono de voz lo bastante alto para que lo oyera. Incluso empezó a escribirle cartas crudamente insultantes, que Monica y Bun Eccles interceptaban; que ellos supieran, no se les había escapado ninguna.

—No le hagas caso —había dicho Bun cuando Monica le confió sus preocupaciones—, nuestro querido Giles es un genio y cuando trabaja a toda máquina se pone de mal humor. A veces es un poco pérfido, pero tiene toda la razón, ya lo creo. Espera a que termine la ópera y lo verás.

«En fin —pensó—, lo primero es que acabe la ópera. Esperemos que sea del gusto de Aspinwall». Y así, lo que hizo fue mandar a Giles un telegrama diciendo que el problema del dinero estaba resuelto y una carta explicándole los detalles; después se puso con mayor ahínco a preparar el recital Bridgetower.

Cuando llegó el gran día, Monica manifestó el nerviosismo como de costumbre: deprimiéndose; se veía inútil y tenía miedo, pero no al fracaso, sino a la mediocridad anodina. De todos modos, ya conocía ese estado de otras veces y, gracias a recientes reflexiones, estaba convencida de que formaba parte de la herencia de su madre; en imaginación y altibajos anímicos era igual que ella. Bien, pues no podía consentir que la dominaran como a Ma.

Sin embargo, una cosa es razonar y otra remontar la depresión. Pasó todo el día sumida en un estado melancólico. Había conseguido invitaciones para sus amigos. ¿Serían Kevin y Alex tan inoportunos como para llamar la atención? ¿Se presentaría George Medwall, con quien había tenido dos o tres conversaciones breves y tensas? ¿Le importaría no verlo entre el público? La Canadian Broadcasting Corporation había pedido permiso para grabar una parte del concierto. ¿Significaría eso que tendría que soportar el gesto acerado y desaprobador de un micrófono delante de los ojos? Se preguntó qué motivos tendría nadie para querer ser cantante.

¿Lo quería ella de verdad? ¿A qué cantante que conociera admiraba? En esos momentos no se le ocurría ninguna. ¡Cantantes! Hijos de unas aptitudes físicas, siempre preocupados por las corrientes de aire, a pesar de tener una salud de hierro, conscientes de que la voz les bajaría un tono si la temperatura de la sala era excesiva... Pensó en Evelyn Burnaby, con la que ahora tenía cierto trato y a la que admiraba como artista, ¿de verdad quería ser como Evelyn? ¡Qué sosa era, salvo cuando cantaba!

Y Ludwiga Kressel, una auténtica diva que Domdaniel le había presentado después de un concierto en el Covent Garden. Ludwiga fue el alma de la fiesta, después de la actuación. Era una mujer imponente, de pelo cobrizo y con un sentido del humor tan arrollador como sus pisadas. Logró imponer un silencio general para contar lo que le había pasado con el escenógrafo del Metropolitan. Tan hilarante le parecía la anécdota que no pudo continuar, salvo para decir con su profunda voz, entre risas: «Por divertida que pueda ser yo, Graf me da cien vueltas». Había ido al Metropolitan porque tenía un compromiso previo en Viena. «A Byng le impresiona Viena, pero eso no es nada, nada en absoluto». ¿Quería pensar como Ludwiga, que siempre tenía en la boca palabras como «concertización» y «recitalización»? ¿Quería vivir como ella, con un calendario de vuelos apretadísimo para poder embutir en una sola temporada el mayor número posible de actuaciones, tanto de ópera como conciertos? No, como Ludwiga, no.

A las seis de la tarde estaba completamente abatida y necesitaba un trago más que nada en el mundo. Tampoco eso era verdad, porque podía tomar lo que quisiera cuando quisiera; Kevin y Alex se encargaban de satisfacer discretamente sus

modestas necesidades. Sin embargo, si bebía antes del concierto, se le podía alterar la voz; por tanto, nada de alcohol. Mientras se resistía a la tentación, sabía perfectamente que con su abnegación se uncía al yugo de cantante.

El recital comenzaba a las ocho y media; mucho antes de las ocho franqueó la entrada de artistas del Fallen Hall. En este caso, dicha entrada daba simplemente a un cuartucho minúsculo, situado a un lado del escenario y ocupado en la mitad de su capacidad por sillas plegables de madera; además, hacía un calor horrible porque los tubos de la calefacción pasaban por allí. Pero así eran las «entradas de artistas» de su tierra natal, no puertas laterales, misteriosas y disimuladas, que llevaban directamente al escenario, como en Inglaterra, ni como el fantástico y luminoso patio que conducía al escenario de la ópera de París. Monica entró al teatro por la misma puerta que el público; a fin de cuentas, ¿qué tenía que ocultar un artista o qué lo apartaba del público en general? Nada, desde luego, excepto una vida de dedicación.

Después de intentar en vano abrir una ventana o buscar a un bedel que lo hiciese por ella, empezó a temer por si se enfriaba justo antes del concierto. El aire era caliente y seco, así que avanzó por el pasillo y al final encontró otra sala, oscura y no tan caldeada, en la que se celebraban reuniones del profesorado, y allí se escondió hasta cinco minutos antes de que empezase el concierto.

El acompañante, Humphrey Cobbler, todavía no había llegado y Monica estaba preocupada y furiosa, pero apareció cuando apenas faltaba un minuto, con la ropa arrugadísima, sin planchar, aunque vestido de gala y de un humor excelente. Durante los ensayos, Monica había tenido tiempo de conocer y apreciar enormemente a Humphrey, así que pudo recriminarle el retraso con aspereza.

—Pero si no llego tarde —dijo sonriendo indulgentemente—. No creerás que el público se presentará antes de las nueve menos cuarto, ¿verdad? Querida, la nobleza y la burguesía, las bellas y los caballeros, por no mencionar a los ricos y a las estiradas personalidades de Salterton, van a reunirse para escucharte. Si aguzas el olfato, percibirás efluvios de naftalina y de abrigos de piel de conejo. Y todo por ti. No te agobies: ¡disfruta!

—No puedo. Creo que voy a ponerme enferma. ¡Ay, Humphrey, esto me asusta mucho más que la BBC, más que nada en el mundo!

—Pero ¿por qué?

—Porque es mi patria chica, ya ves. No lo entiendes. Eres inglés, no llevas a Salterton en el tuétano, no sabes lo que es que desde pequeña toda esa gente haya sido el gran mundo para mí. Solo me conocen unos pocos, de cuando trabajaba en la fábrica de pegamento. Y ahora estoy igual, como si fuera una mecanógrafa de la fábrica.

—Escucha, tesoro, es enternecedor que quieras tanto a tu patria chica, pero ahora pon ese cariño en su sitio, es decir, fuera de Fallen Hall, en un banco de nieve. Salterton no puede ser el rasero por el que midas el éxito o el fracaso; eso que consideras sus criterios no es más que un rasero infantil y provinciano. Has estado

fuera el tiempo suficiente para saber que tu patria chica no es solo la Roma y la Atenas de tus primeros años, sino también, en muchos aspectos importantes, el culo del mundo, mi rincón dejado de la mano de Dios. Esos de ahí fuera no son más que profesores, banqueros y mayoristas provincianos que quieren enorgullecerse de ti a la menor oportunidad que les des, aunque también aprovecharán la menor oportunidad para aplastarte. Así que no quieras dominarlos: no eres domadora de leones. Sal al escenario y haz lo que te han enseñado tus profesores, lo que sabes que está bien, lo mejor, y no les prestes atención, excepto cuando la cortesía, la noble cortesía del artista, lo exija. Tú y yo vamos a avanzar por ese pasillo respirando lenta y profundamente, sin histeria, hasta que el jefe de acomodadores nos diga que todos los abrigos de conejo están en sus respectivos asientos. Vamos, Monica: la cabeza erguida y hacia delante, la espalda estirada y relajada, y (¿cómo lo dice Molloy?) aspira el *muhd*.

Concluida la primera parte del recital, Cobbler acompañó a Monica a la sala de reuniones, cerró la puerta y se quedó fuera montando guardia. Había salido bien, es decir, Monica sabía que había cantado bien y el público, después de escucharla con cautela, estaba preparado para disfrutar de ella.

Verdaderamente, como había dicho Cobbler cuando hablaron del programa, el repertorio era un poco difícil de digerir. Sin embargo, también le dijo: «Es un buen programa y me encanta que te apartes de la estúpida idea de que siempre hay que interpretar las canciones en orden cronológico. El público de Salterton está suficientemente formado gracias a los conciertos del Ayuntamiento; esperan que empieces con canciones clásicas, forzando la voz al máximo cuando aún está fría y antes de conectar con la sala o con el público, y que luego les demuestres que sabes alemán con unos *Heder* y, a continuación, francés con unas *chansons*; y para terminar, una muestra de canción moderna con piezas de compositores estadounidenses de segunda fila y unas canciones tradicionales, en las que te sueltes la melena y demuestres hasta qué punto sabes ser hortera y campechana. Sin embargo, tu propuesta tiene sentido».

Había confeccionado el programa según un principio que había aprendido con Giles: el hilo con el que se ensartaban las cuentas no era el orden cronológico de los compositores, sino el sentido poético de las obras. Por tanto, comenzó con *An die Musik*, de Schubert, y después del noble apóstrofe, interpretó una selección de *Kubla Khan*, de Giles, una obra en efecto difícil de digerir para el público de Salterton, puesto que duraba unos quince minutos y, aunque no respondía a la «modernidad de las notas falsas», como lo llamaba Cobbler, su lenguaje era a la vez contemporáneo y propio del compositor. A continuación, para aligerar, cantó unas canciones tradicionales británicas que le había enseñado Molloy y que arrancaron al público la primera demostración de auténtico entusiasmo, pues todo el mundo se consideraba juez competente de ese género aparentemente simple.

Después de la pausa, tres canciones que el público no debía aplaudir, según se rogaba en el programa. Eran las que Monica había elegido en memoria de su madre. El ataúd de roble, los cinco Buick negros del funeral y la lápida de granito rojo que habían elegido Pa y Alice y que parecía una porción petrificada de carne en conserva... todo eso no era nada; sin embargo, con las canciones se despediría de verdad de Ada Gall.

La primera sería *Never weather-beaten Sail*, de Thomas Campion, la segunda *Auf dem Kirchhofe*, de Brahms; daba igual si a alguien le parecía excesivamente melancólica. Por último, *Evening Hytnn*, de Purcell, una composición noble y serena para los versos de William Fuller. ¿Sería posible que algunos de los que habían

conocido a Ma (por ejemplo, Pa o la tía Ellen) llegaran a ver en esas canciones un reflejo de su espíritu tal como lo veía ella? Las noches en vela que había pasado a su cabecera, pensó mucho en Ma y en sí misma. Se parecían mucho las dos, como dijo su madre cuando le habló conscientemente por última vez. Y es que en Ma, cuando contaba cuentos chinos y chistes bastos y sardónicos en casa, cuando se rebelaba contra las circunstancias de la vida insultando rudamente y se abría paso en las tinieblas de lo irracional con su incisiva intuición, era una auténtica artista, si bien malograda, que nunca había creado nada y que ignoraba la naturaleza y el origen de su insatisfacción, pero que, pese a todo, tenía un temperamento artístico. En ella, ese temperamento incomprendido, negado y echado a perder había emponzoñado las fuentes mismas de la vida. A pesar de todo, se parecía mucho a su madre y no debía extraviarse como ella, al menos, no por dejadez. Con esas canciones celebraría el espíritu que habría sido su madre si las circunstancias hubieran sido otras. Alice no dudó en acusarla de haberla matado por ceder ante su obstinación. Bien, pues no era cierto: lo mejor de su madre sobreviviría y ella le daría expresión.

Monica había oído hablar a menudo de cantantes que perdían la conciencia de sí mismos cuando actuaban, se olvidaban del público y, durante el recital, existían únicamente en la música. Nunca había dado crédito a esas cosas. Sin embargo, esa fue la experiencia que tuvo al interpretar las tres canciones que había elegido de corazón para dedicárselas a su madre. Cuando llegó a la sala de reuniones todavía no había salido de ese estado de paz interior. Humphrey Cobbler le dio un beso en la mejilla y no dijo nada (señal inequívoca de emoción profunda por su parte), sino que la dejó a solas.

Hecha la ofrenda y definitivamente reconciliada con el espíritu, del que no se había separado, sino que notaba su presencia intensamente, disfrutó de la segunda parte del recital e incluso, bien mirado, le resultó fácil. Cantó unos arreglos de poemas de John Clare, Thomas Lovell Beddoes y Walter de la Mare que Giles había compuesto para ella, cuya belleza sombría apartó al público del ambiente fúnebre que se había creado y lo preparó para las *Nuits d'été*, de Berlioz, y las canciones que cerrarían la velada musical: cuatro poemas de Shakespeare con música de Purcell y Thomas Augustine Arne, arreglada por Giles a partir de los breves y aforísticos acompañamientos originales. Después de las canciones en memoria de su madre, el público se convenció de que Monica le gustaba, y mucho, y de que estaba orgulloso de ella; la artista salió del escenario envuelta en aplausos calurosos y crecientes. Incluso se oyeron algunos «¡Bravo!» atrevidísimos y muy poco canadienses, que Monica atribuyó certeramente a Kevin y Alex.

—¿Seguimos el plan? —dijo Cobbler.

—Sí; volvemos en plena ovación y hacemos un bis excelente —dijo Monica.

Esa lección se la había enseñado Domdaniel. Giles detestaba los bises porque alteraban la forma del programa, pero Molloy creía que había que cantar mientras hubiera una sola persona disfrutando en el patio de butacas. Sir Benedict representaba

el punto de equilibrio entre ambos.

La ovación fue en aumento durante cincuenta segundos e incluso algunos empezaron a patear el suelo (¡patadas en el Fallon Hall y, además, de un público tan estirado!); entre bastidores, Monica juzgaba la intensidad de los aplausos y cuando le pareció que ya no podían ser más fuertes, volvió al escenario y fue recibida con un tumulto francamente gratificante. Varios acomodadores se adelantaron con ramos de flores: uno imponente de parte de los albaceas; otro precioso de Kevin y Alex; otro con una tarjeta que decía: «Con amor y orgullo, del cuarteto Esperanza y Corazón» (que le sacó los colores un instante, pues había dudado un poco acerca de invitar o no a los Beamis), y dos o tres más. Cobbler disfrutaba del momento (rara vez se le presentaba la ocasión de participar en recitales de esa clase), la ayudó a colocarlos encima del piano y Monica cantó su único bis.

«Cuando hagas un bis, nunca cantes por debajo de tus posibilidades. Elige algo de fuera del programa, algo que guste y, a ser posible, que el público no conozca». Eso le había recomendado Domdaniel hacía unos meses, hablando entre ellos de las actuaciones en público. Así pues, Monica eligió *Water Parted*, de Thomas Augustine Arne.

Era una canción que estimaba profundamente, aunque Giles se burlara de ella. «Sea este mi veneno si mi oso bailara a otro son que al de la más bella melodía: “Water Parted” o el minué de Ariadne», decía Giles, y Monica no entendía nada, hasta que una noche la llevó al Old Vic a ver *Los enredos de una noche* y le dio un codazo suave cuando un actor pronunció esos versos en el escenario. A pesar de todo, Giles había compuesto un acompañamiento especial para Monica, en una clave que sacaba el máximo partido de lo que él llamaba su «registro de salmoé», además del brillo de su registro alto.

*Water parted from the sea
May increase the river's tide—
To the bubbling fount may flee,
Or thro' fertile valleys glide.*

*Tho' in search of lost repose
Thro' the land 'tis free to roam,
Still it murmurs as it flows
Panting for its native home.*^[26]

La cantó muy bien, aunque era la primera vez que lo hacía en público. Muy bien; mejor, tal vez, de lo que la cantaría en adelante, aunque años después su nombre se asociaría inseparablemente a esa canción y el público se la pediría aunque no estuviera en el programa. Tenía el don, reservado solo a los cantantes más excelsos, de mejorarla, de darle un significado personal del que en realidad carecía. Sin

embargo, Monica siempre decía que era una gran canción y que ella se limitaba a revelar lo que otros habían pasado por alto, tal vez por haber juzgado precipitadamente la obra de un compositor oficialmente catalogado de segundón. Bajo la guía de Revelstoke, había empezado a desarrollar la facultad de encontrar valor donde otros no lo veían, y eso llegaría a dar a su repertorio una calidad desesperante para sus rivales.

Pero allí, en el Fallon Hall, cantó *Water Parted* por primera vez y logró entusiasmar aún más al público.

—Podemos decir que has triunfado, creo —susurró Humphrey Cobbler, mientras saludaban una y otra vez.

«¡Un triunfo incuestionable!», exclamó la señorita Puss Pottinger al tiempo que Cobbler cedía el paso a Monica para entrar en la casa de los Bridgetower. Dentro había mucha gente, cosa que no sucedía desde el funeral de la señora Bridgetower, y dominaba la euforia, como suele ocurrir después de un logro artístico verdaderamente satisfactorio. Desde luego, no todos la manifestaban de la misma manera. Unos hablaban del concierto, otros de política y de bolsa, pero, en general, con mayor viveza, vehemencia o dogmatismo que de costumbre a causa de lo que habían experimentado. La música había hecho su efecto, siempre nuevo y mágico, de fortalecer y poner de manifiesto el rasgo dominante de cada cual.

No obstante, Cobbler conocía muy bien su trabajo y no permitiría que le arrebataran a Monica. Con la técnica de un guardaespaldas profesional, la llevó al pie de las escaleras, las subieron rápidamente y la condujo hasta la salita del segundo piso, donde Solly y Veronica los estaban esperando con un refrigerio.

Los cantantes necesitan comer, algunos incluso se exceden. De igual modo que los músicos de instrumentos de cuerda se enamoran por pasar el rato y los de la sección de metales se aficionan a la hípica, en el caso de los cantantes, su placer (y a veces vicio) es la comida. Para evitar insultos e incluso mordiscos después de una actuación, es preciso dar de comer a los cantantes antes de entregárselos a sus admiradores. Cobbler había dicho a Veronica que Monica necesitaría algo sustancioso y preferiblemente caliente; así que en la salita había dispuesto un plato de chuletas y guisantes, una ensalada, una fuente de fruta y media botella de Beaune.

Mientras Monica devoraba el festín agradecida, pues no había probado bocado desde el mediodía y solo había bebido un vaso de leche a las cinco, un observador atento tal vez habría pensado que lo que allí se ventilaba era algo más que un plato caliente, porque después de dar un trago a Cobbler, Solly se lo llevó so pretexto de que debían ir a hablar con los invitados y Monica y Veronica se quedaron a solas.

Veronica no era muy diplomática y no le apetecía nada lo que tenía que hacer. Sin embargo, lo haría por su marido y decidió que lo mejor era tirarse de cabeza y acabar cuanto antes.

—Monica... espero que no te moleste que te tutee. Solly y yo queremos pedirte un favor, un favor muy grande que no es fácil de pedir. Bueno, el caso es que estamos muy apurados económicamente y nos preguntábamos si podrías hacernos un préstamo.

Monica la miró; no estaba muy favorecida con la boca llena. Aquello la pilló completamente por sorpresa.

—Supongo que te parecerá raro, pero conoces las condiciones del testamento de mi suegra, ¿verdad?

Monica negó con la cabeza.

—No, no tengo la menor idea —dijo.

—Debes de ser una de las pocas personas que no sabe nada, aunque, claro, has estado fuera del país. Aun así, pensé que tus... que algún familiar te habría contado algo por carta. Tenemos la impresión, es decir, Solly y yo, de que todo el mundo está al corriente. En fin, es complicado pero, en resumidas cuentas, la situación es la siguiente: los fondos del fideicomiso que te mantiene son los intereses de todo el patrimonio de la señora Bridgetower. Cuando murió, a mi marido le quedaron cien dólares, nada más. Fue tremendo, seguro que te haces cargo de la situación, pero la cosa no termina ahí, porque, según el testamento, no heredará hasta que tengamos un hijo varón. ¿De verdad que no lo sabías?

—No tenía la menor idea —dijo Monica, que, de repente, se quedó helada en la caldeada salita.

—Pues sí. En cuanto tengamos un hijo varón, automáticamente se disuelve el fideicomiso, pero, hasta entonces, todas las rentas son para ti. Tuvimos un niño, ¿sabes? ¿No lo sabías? Bueno, pues lo tuvimos, pero nació muerto. Fue una decepción muy amarga. No solo por la herencia, ni siquiera principalmente por eso, sino... Lo comprendes, ¿verdad? No tenemos ningún resentimiento contra ti. Al fin y al cabo, podría haber sido todo para otra persona cualquiera... con talento, claro. Por otra parte, estamos encadenados a esta casa, que cuesta muchísimo mantener a pesar de que el fideicomiso se hace cargo de algunas facturas de mantenimiento, y mi marido es un simple profesor auxiliar; sobrevivimos con muchas estrecheces a pesar de los extras de la escuela de verano y lo que le pagan por escribir de vez en cuando para la radio o así. No solo estamos en la ruina, sino que tenemos muchas deudas. Bien, lógicamente, Solly sabe que el fideicomiso acaba de entregarte un superávit de más de cuarenta y cinco mil dólares. Me horroriza tener que decirlo, pero en otras circunstancias ese dinero habría sido nuestro. Me pregunto si podrías prestarnos diez mil, para salir del apuro.

Monica la miraba, pero no podía articular palabra.

—Verás, abrigamos esperanzas. Esperamos tener otro hijo. Pero supongamos que fuera niña y que nunca volvamos a tener un varón. No quiero hablar mal de mi suegra, pero todo esto es muy cruel. Si pudiéramos librarnos de la casa, podríamos plantarlo todo y ya está, pero no podemos... al menos no hemos llegado todavía al punto de renunciar a todas las esperanzas solo por salir de este embrollo. Entre tanto... porque comprendes que te hablo como amiga, ¿verdad? Y que no pretendo ablandarte el corazón, de verdad que no... Solo quiero que sepas cómo están las cosas y que nuestro matrimonio se resiente cada día más. Solly es un esclavo, yo soy una fábrica de niños y los dos estamos obligados a no descansar hasta que tengamos un varón. Es una venganza horrible: mi suegra me odiaba porque le arrebaté a su hijo.

Veronica no lloraba con facilidad, pero para otra mujer su angustia contenida era más terrible de contemplar que las lágrimas.

«¡Ay, Dios mío! —pensaba Monica—. ¡Si tuviera la prudencia de no decirlo todo siempre! He dicho a Giles que, después de pagar el funeral, me quedarían casi 45 000 dólares y ya contará con ellos. Si vuelvo con menos, no habrá forma de que lo entienda. Estas personas no le parecerán reales. Nada le parece real, salvo la ópera; si se lo parezco yo, es solo porque he podido ayudarlo mientras la escribía y ahora puedo correr con los gastos hasta el final.

»Pero ¿qué le digo a Veronica? ¿Que un proyecto artístico necesita hasta el último centavo de ese dinero, cuando ella y su marido consideran que es suyo? ¿Qué importancia puede tener eso para quien se encuentra en semejante apuro? ¿Decirle que mi amante necesita hasta el último penique que le pueda dar, como entregan las putas lo que ganan a su chulo, por temor a que les pongan un ojo morado? ¿Hasta qué punto les parecerá Giles real? ¿Qué puedo decir?».

El silencio que reinaba en la estancia era insoportable para ambas. Finalmente, lo rompió Veronica.

—Por supuesto, sería un préstamo, un acuerdo mercantil. En ningún momento hemos pensado en otra cosa. Quiero decir, que tenemos que fijar los intereses. No queremos que pierdas dinero con esto.

La turbación y la pena se apoderaron de Monica, pero no sabía qué decir. En ese momento, Veronica no podía estar callada; cualquier cosa era preferible al silencio. Continuó:

—Comprendo que lo que pido es un poco ilegal, por supuesto. Solly ha intentado que se lo prestara el señor Snelgrove de los fondos, pero ha sido en vano. Si nos lo dejas tú, a lo mejor terminamos todos en la cárcel o, en el mejor de los casos, sería horrible que se enterase alguien.

Monica tenía que hablar.

—Si pudiera ayudaros, no me importaría que fuera ilegal —dijo—, pero es que no puedo. Existe una razón muy poderosa, te lo aseguro, pero no te la puedo contar ahora. Lo haré tan pronto y tan detalladamente como sea posible. Pero, por favor, créeme, no es por avaricia ni por tacañería, ni porque no os admire muchísimo a tu marido y a ti o no me importe la opinión que tengáis de mí. Sencillamente, no puedo hacerlo.

—Me imaginaba que dirías eso —contestó Veronica sin acritud—. Solly me ha contado que tienes un proyecto y que se lo has comunicado a los albaceas, pero comprende que tenía que intentarlo.

Les alcanzó el bullicio de la fiesta y apareció Solly, que iba a buscarlas. Con una mirada le bastó para saber lo que más le interesaba, pero no permitió que flaqueara la alegría que, como anfitrión, estaba obligado a mostrar. Perder la esperanza libera en cierto modo y suele aligerar el ánimo, así que bajaron y se zambulleron en un mar de elogios, entusiasmo y éxito.

Mucho más tarde, ya en la cama, Monica pensaba en la fiesta con satisfacción y, al mismo tiempo, como si fuera algo remoto. Había sido la forma de dar salida al

entusiasmo suscitado por el recital, que no se había agotado en el teatro, con los aplausos. Ella había cumplido con su deber. Primero quiso introducir a su padre en el círculo de entusiasmo. El hombre se lo agradeció, pero seguramente no entendió lo que pasaba ni de qué forma misteriosa había logrado su hija triunfar entre todos esos peces gordos. No es que fuera tonto, sino que estaba apagado, distante y, desde la muerte de su mujer, no del todo vivo. Con tía Ellen fue muy distinto; no tardó nada en encontrarle gente con quien charlar; Cobbler se portó muy bien con ella. Alex y Kevin se desenvolvieron con seguridad y aplomo inesperados, tratándose de una fiesta muy superior a las de su círculo habitual, y además tuvieron la delicadeza de cuidar de Pa.

Porque ella no pudo hacerlo. Todo el mundo tenía algo que decirle. Uno o dos querían hacerle saber lo mucho que les había gustado *Kubla Khan*; otros se deshicieron en halagos con las canciones en memoria de la señora Gall, pero todo el mundo parecía muy impresionado con *Water Parted*.

Sin embargo, ¡qué cosas más extrañas encontraban en esa canción! «¡Me gustaría saber en qué pensaba cuando la cantaba!». Se lo preguntaban continuamente, expresado de distintas maneras. Tan pronto como le hacían la pregunta, muchos le contaban lo que se imaginaban que significaba para ella. Una cantidad sorprendente de invitados consideraba que era su expresión de la nostalgia que había sentido por Canadá después de tan larga ausencia, cosa que a Monica ni se le había pasado por la cabeza. Otros estaban convencidos de que era una canción de amor.

¿Qué significaba para ella? Lo mismo que *Hiraeth* para Ceinwen Griffiths: el anhelo de algo quizá inalcanzable en este mundo, de una plenitud espiritual, no carnal, pero tampoco específicamente religiosa. Representaba las emociones que había descubierto ante la tumba de Santa Genoveva, la aspiración a lo que le daba fortaleza y a lo que volvía cuando dejaba a un lado las preocupaciones de la vida cotidiana. Era el ser que moraba más allá de Monica Gall, la que obligaba a su padre y a su tía Ellen a vivir juntos, la que discutía con su hermana Alice y perdía la compostura, la que hablaba lisonjeramente con los albaceas del fideicomiso, la que negaba a la pobre Veronica Bridgetower el dinero que la habría librado de una ataduras aborrecibles, la que engañaba y sisaba por Giles Revelstoke y soportaba todos sus caprichos a cambio de alguna demostración ocasional y distraída de afecto. Lo encontraba en la música, pero iba más allá del mundo musical con el que estaba comprometida, ese yugo de la esclavitud de cantante al que sin duda se había uncido esa noche. Era el anhelo que llevaba su madre enterrado en el corazón, malogrado, frustrado, pero real, eternamente vivo y exigente. Era el anhelo de un tesoro inmenso, inexplicable e irracional que daba a su vida todo el sentido y el valor que pudiera tener. Era el anhelo ¿de qué? Como decía la canción de Ceinwen, ni todos los sabios de este mundo podrían decírselo, pero duraría hasta el final.

«Confío en que no les parezca que he actuado a la ligera, pero en esto se ha empleado la gran suma de dinero que me entregaron en febrero. Espero que los informes que les adjunto les convenzan de que la inversión ha sido acertada». Así decía un párrafo de la carta que Monica mandó a los albaceas del fideicomiso y que el señor Snelgrove leyó en voz alta en una reunión celebrada en mayo.

—Estoy seguro de que a mi madre la habría asombrado saber que ha participado en la financiación del montaje de una nueva ópera —dijo Solly.

Los demás no pudieron sino estar de acuerdo.

¡Y qué ópera! Las críticas que adjuntaba Monica coincidían en que era una obra extraordinaria, con destellos de genialidad, pero extremadamente inusual. Que el tenor protagonista se convirtiera en un asno formaba parte del argumento, pero que rebuznara (musicalmente, por supuesto, aunque no por ello dejaba de reconocerse el rebuzno) todo el segundo acto era sin duda difícil de asimilar. Una parte del público se negó a tomarse la obra en serio y había estado a punto de abuchearla, pero Stanhope Aspinwall, en dos extensas reseñas sobre el estreno, condenaba severamente esa actitud. Decía que la obra demostraba el talento musical más original que se hubiera conocido desde hacía varias décadas, que tal vez tomase un poco el pelo al público, pero que eso era privilegio de los genios. Su análisis de la obra contenía muchas críticas que, según él, había tenido el deber de hacer a la obra de Giles Revelstoke en diversas ocasiones: el lirismo a expensas de la progresión dramática, pasajes orquestales convencionales que parecían haber sido reunidos a toda prisa sin la menor revisión, sacrificio de valores musicales a favor de los literarios en algunas secciones. Sin embargo, en conjunto, era una obra de cualidades espléndidas.

Todos los críticos coincidían en afirmar que con Monica Gall, la soprano canadiense que interpretaba el pequeño pero importante papel de Fotis, la sirvienta convertida en hechicera, la ópera de cámara había ganado la cantante mejor dotada de los últimos años. No era una gran actriz, pero eso tenía arreglo. En realidad, era una buena noticia que la Asociación de la Ópera Inglesa hubiera elegido esa obra para el Festival de Venecia, que se celebraría en septiembre. Incluso se hacía una amable mención a la circunstancia de que el excelente montaje había recibido fondos de un fideicomiso canadiense fundado para el fomento de las artes; de ese modo, decían los críticos unánimemente, los Dominios devolvían a la madre patria un poco del amoroso cuidado y de la herencia cultural que generosamente les había dado ella en sus primeros tiempos. Era de esperar que cundiese el ejemplo.

—Parece que nos hemos cubierto de gloria sin comerlo ni beberlo —dijo el deán riéndose. Sin embargo, la señorita Pottinger y el señor Snelgrove asintieron con gran

seriedad—. Sin duda, no nos equivocamos en la elección de Monica Gall como primera beneficiaria. ¿Tendremos que buscar a otra? ¿Se me permite anunciar que creo que no será así?

Todas las miradas convergieron en Solly. Sabían que Veronica había vuelto a quedarse embarazada en abril.

—No creo que lo desee tan ardientemente como yo, señor deán —dijo Solly con una sonrisa que quitó algo de mordacidad a la observación.

Más o menos en esas mismas fechas, y puesto que no fue posible convencer al señor Gall de que lo hiciera él, Chuck Proby tuvo que acudir a la cripta del cementerio a identificar el cadáver de la señora Gall y a darle sepultura en la tierra, que en esa época estaba blanda y se dejaba cavar. Así lo exigía la ley y alguien tenía que encargarse de esas cosas.

NUEVE

Monica llevaba ya cinco días en Venecia y, hasta el momento, no había visto más que lo que atisbaba en los rápidos trayectos del hotel al teatro y del teatro al restaurante predilecto de Giles. Ciertamente era que había ido varias veces en góndola, y habría sido romántico de no haber tenido que cargar siempre con la máquina de escribir portátil, con la pesadísima maleta de las partituras de la orquesta de *El asno de oro* o con el propio Giles y su estado de ánimo antiveneciano. Le decía que la ciudad era una trampa para turistas, que su famoso encanto era falso y que los venecianos eran unos canallas: ¿acaso no habían dado al mundo los impuestos, la ciencia de la estadística y la censura estatal de libros? Despreciaba con carcajadas las tímidas propuestas de Monica de ir a ver algún sitio famoso de la ciudad después del largo trabajo diario; él lo había visto todo hacía unos años y no merecía la pena. No habían ido a Venecia a hacer turismo, sino a trabajar.

A Monica, que no conocía la ciudad, no le habría importado nada hacer turismo. Al oírla, Giles se reía todavía más y le decía que era una pueblerina. Por lo visto eso era horrible y Monica preguntó tímidamente a Domdaniel al respecto.

—Giles se las da de hombre de mundo —dijo—. No le hagas caso. En el sitio adecuado, cualquiera es pueblerino, y nadie lo es más que quien, por principio, no se deja impresionar por nada. En cuanto pongamos orden en este desaguisado te enseñaré la ciudad. Tengo algunas amistades encantadoras aquí.

El desaguisado al que se refería era *El asno de oro*, pues no habían dejado de revisarla desde el estreno de mayo en Londres. Con la puesta en escena habían salido a la luz algunos fallos de la partitura, y cuando Revelstoke se convenció de que lo eran e intentó subsanarlos, fue como si la ópera se viniera abajo. Individualmente, cada parte era buena, pero no acababan de encajar todas satisfactoriamente. Domdaniel mantenía una actitud conciliadora, decía que era lo más normal del mundo, que ocurría siempre que una gran obra necesitaba revisión, que solo hacía falta armarse de paciencia. Sin embargo, la paciencia llegaba a su límite, porque *El asno de oro* entraba en el programa del Festival Musical de Venecia y hasta la víspera no terminaron de hacer los retoques, mínimos pero farragosos. La mayoría de los ajustes correspondían a los interludios orquestales que servían de puente entre escenas de la ópera. Monica había copiado los fragmentos una y mil veces, principalmente porque le convenía, ya que estaba allí de más, pero también porque así ahorrraba dinero a la Asociación de la Ópera Inglesa, pues la cantidad que había aportado ella era sustancial, pero insuficiente. Y así descubrió que en el mundo de la ópera nunca hay bastante dinero.

Sorprendentemente, trabajaban de una forma regular. Domdaniel encontraba un defecto en un fragmento y proponía una solución; después de hablarlo con

Revelstoke, el autor lo rehacía a su manera; Domdaniel decía enseguida que la nueva versión era espléndida, pero al cabo de unas horas le parecía que no acababa de cuajar y proponía otra solución, normalmente del mismo cariz que la primera; Revelstoke lo reescribía una vez más, pero el resultado era manifiestamente inferior al intento anterior; Domdaniel proponía entonces utilizar la primera revisión, aunque con unos pequeños retoques que podía introducir él mismo, para ahorrar trabajo a Giles, pero Giles no quería que le ahorrasen trabajo, sino que se interpretara la música tal y como estaba al principio. Todo acababa en una trifulca tremenda.

Las partituras que en breve se distribuirían entre los atriles de la orquesta eran un batiburrillo incluso para los músicos, a pesar de lo acostumbrados que estaban a papeles muy confusos. Sobre la impecable caligrafía del copista profesional había pegados innumerables trozos de papel con correcciones escritas por Monica casi con la misma pulcritud. Sin embargo, sobre esas había a veces otras, escritas con la hermosa pero diminuta caligrafía de Giles o con la endiablada de Domdaniel. Los últimos retoques eran de Domdaniel, en color rojo. A pesar de todo, en los ensayos, misteriosamente los músicos lo entendían. Eran hombres de talante filosófico y pacientes en general, que extraían belleza de la confusión que tenían ante los ojos.

Solo por eso valía la pena: *El asno de oro* era una obra verdaderamente hermosa. El libreto de Giles seguía fielmente el relato del siglo II acerca del desafortunado Lucio, que por sus escauceos con las artes mágicas termina convertido en asno, un desdichado castigo del que solo se libra tras alcanzar mayor sabiduría. Sin embargo, la música reforzaba el carácter alegórico (una alegoría humorística, conmovedora y humana) de un relato que ponía de relieve las metamorfosis de la vida misma, en la que el hombre se inicia con inocente confianza, sufre la amargura de la experiencia y se acerca a las tribulaciones del conocimiento de sí mismo. Ni siquiera las personas más próximas al compositor, Monica y Domdaniel en esos momentos, podían adivinar de dónde procedía la música, pues a medida que la obra crecía tanto más extravagante se tornaba Giles, alternando un humor grosero y taciturno con la hilaridad más estridente. No se le apreciaban señales de la serena sabiduría de su obra.

Para Monica, el viaje a Venecia fue una pesadilla. Lo hizo con Giles y con el escenógrafo, Richard Jago. Giles insistió en que los coches-cama eran un despilfarro, de modo que durmieron en los asientos. Tampoco quiso saber nada del vagón-restaurante: llevarían la comida, que sería mucho más barato y divertido. Así pues, se alimentaron de panecillos rellenos de pegotes de chocolate amargo, bizcocho de fruta y queso, todo regado con algún que otro trago de *brandy*. A Monica no le gustaba esa dieta indigesta y se compró peras, pero le sentaron muy mal, tal como Giles, con la desconfianza que la fruta inspira a los ingleses, había vaticinado. Cuando llegaron a Venecia, Domdaniel tuvo que administrarle Fernet Branca un par de días.

Sin embargo, no fueron las incomodidades lo que hizo el viaje tan agotador. Giles tenía ganas de divertirse e insistía en que Jago y ella cantaran con él cánones

picantes, a veces durante horas. A Giles le apasionaban los cánones con trampa, en especial los de los siglos XVII y XVIII, que a medida que se cantaban iban revelando obscenidades ingenuas. Y así, ante el asombro de los demás viajeros, cuando había alguno en su compartimento, cruzaron Europa al son de:

Adán por el perifollo a Eva trincó,
es la trinca más antigua que sepa yo.
¡Ay, ay, qué bribón!

Jago, que era un joven afable y retraído, no consiguió dominar el compás de ese canon y Giles lo insultaba cada vez que lo cantaban. Se les dio mejor el siguiente:

Me fui con un viejo hasta la amanecida,
me puse con él y él conmigo;
no le salió la cosa como quería,
no le hizo tilín por más que le dimos.

Sin embargo, de su vasto repertorio, la favorita de Giles era la más complicada desde el punto de vista musical y la más insustancial desde el poético. El mensaje estaba verdaderamente oculto y decía así:

Vestirme quiero; venga rauda mi doncella
y apreste mis cosas más bellas.
¿Qué quiere lucir mi señora?
¿El bombasí? Dispuesto está ahora.
¡Mirad, mirad qué raja tan monstruosa!
¡Diantre! Así no hay quien se lo ponga.

Sin embargo, cuando se desvelaba la picardía, Giles disfrutaba con tantas ganas como cualquier socio borrachín de un club de aficionados a este tipo de canciones del siglo XVIII y propinaba a Monica una sonora palmada en las nalgas mientras cantaba «El trasero vais a lucir», como si hubiera alguna posibilidad de que la inocente picardía pasara inadvertida.

—Por el amor de Dios, Giles, ¿puedes dejar de comportarte como el amado vagabundo^[27] aunque solo sea media hora? Me duele la cabeza —protestaba Jago.

—Te falta alegría de vivir —replicaba Giles, cuando no se enfadaba o se ponía a dormir. Sin embargo, enseguida volvía a la carga insistiendo en intentar de nuevo el canon del maestro Purcell de «*I gave her cakes, and I gave her ale...*»^[28], que no le salió bien ni una vez, porque Jago no estaba a la altura. A pesar del entumecimiento de los sentidos que le dejaron las náuseas provocadas por las peras en mal estado,

Monica se alegró sinceramente cuando el tren cruzó unos suburbios cochambrosos y Giles anunció que al fin le llegaba el hedor inconfundible de la Reina del Adriático.

De todos modos, eso ya era historia. La primera representación de *El asno de oro* en Venecia, en su versión revisada, tendría lugar esa noche, y a las cuatro y media Monica estaba ya en el camerino, ordenando una y otra vez los útiles de maquillaje o tumbada en un sofá contemplando los tejados venecianos, tan sosegados bajo el sol de septiembre.

¿No era mucho más romántico estar allí, en su propio camerino, en el famoso Teatro della Fenice, que dedicarse a conocer los atractivos de la ciudad como una turista cualquiera? Sí, sin la menor duda. Alguna vez hay que crecer, ¿y no iba ella a convertirse dentro de unas horas en un atractivo más de Venecia? Sí, desde luego, eso esperaba. Y además, en cuanto acabara la primera representación, *sir* Benedict le enseñaría la ciudad.

A los veintitrés años, descansar puede hacerse muy pesado. Monica estaba más que harta de descansar. Recorrió los pasillos, vacíos y amplios, llegó a un espejo enorme con marco dorado que estaba fijo en la pared de una larga galería, por la que entraban los artistas al escenario, y traspasó una puerta que separaba la claridad del día de la oscuridad del escenario mismo. De las alturas pendía el misterio polvoriento del telar, cargado de telones y bambalinas. Arriba del todo, por un tragaluz que se abría sobre el escenario, un rayo de sol desgarraba la penumbra y tocaba algunas partes de la telaraña de cables antes de posarse en una de las enormes telas. Monica volvió a experimentar la rara sensación que producen los escenarios en rampa, la atracción sutil de las candilejas y la desconcertante resistencia a retroceder hacia el telón de fondo, pues ya estaba en su sitio el único decorado que se utilizaría en *El asno de oro*. Todavía le extrañaba que una ópera de dieciocho escenas tuviera un solo decorado, acostumbrada como estaba desde pequeña al complicado naturalismo de *The Victor Book of the Opera*. Sin embargo, era asombroso lo bien que funcionaba la parca escenografía. Se dejó llevar por la pendiente hasta la concha del apuntador y, mirando al foso, contempló el artístico atril desde el que, unas horas más tarde, la batuta de Domdaniel señalaría los matices a los que ella debía responder.

A continuación alzó la mirada y advirtió movimiento en la oscuridad del bello teatro: había alguien trabajando. Cuando se le acostumbraron los ojos a la penumbra, vio a unas cuantas mujeres mayores, de las que nunca parecen faltar en los teatros de ópera europeos, colgando afanosamente guirnaldas de flores frescas por la parte exterior de la primera fila de palcos.

Sintió brevemente, con mayor fuerza que nunca, la mezcla de euforia y pavor que empezaba a reconocer como propia de su vida profesional, de su destino. Era exquisitamente deliciosa y aterradora.

Entonces, de repente, notó una suave corriente de aire que venía de los bastidores y, protegiéndose enseguida el cuello con un pañuelo, volvió a toda prisa a la acogedora calidez de su camerino.

Cuando se encontró de nuevo en el escenario y sintió el suave impulso de dejarse llevar por la pendiente hacia las candilejas, se resistió, no solo porque no debía ocupar ninguna posición que no le hubiera marcado Richard Jago, sino porque sabía que acercarse tanto al borde no era el mejor recurso para que se la oyera bien. Domdaniel le había dicho una cosa importante: que en casi todos los teatros de ópera el mejor lugar era el centro del escenario, a unos cinco o seis metros de las candilejas, y Monica había aprendido a ocuparlo de todas las formas posibles sin perder los buenos modales... porque la Asociación de la Ópera Inglesa era una organización modélica: en sus ensayos, nada de discusiones, estallidos de mal genio ni fanfarronadas, como a veces ocurría entre estrellas de castas inferiores sin ley; de todos modos hay que reconocer que, según lo ha demostrado en la práctica el estilo inglés, lo que es mejor para el cantante lo es también para la obra, para el montaje y para el equilibrio del conjunto, y así, cuando a Monica le correspondía la mejor posición por derecho propio, nadie se la disputaba. Esa noche la ocupaba junto con Amyas Palfreyman, el tenor que cantaba el papel de Lucio. El señor Palfreyman era la antítesis de lo que Ludwiga Kressel opinaba de los tenores: que eran todos gordos y bajitos y que tenían la nariz muy pequeña y exceso de hormonas femeninas. Amyas Palfreyman era alto y delgado, de nariz aguileña y, aunque no destacaba por su masculinidad, tampoco era afeminado; es más, a Monica le agradaba y la ayudaba en todo momento, siempre y cuando no fuera en detrimento de su papel. Era afortunada por hacer un papel importante al comienzo de su carrera con el señor Palfreyman y lo sabía, y por hacerlo bajo la dirección del gran *sir* Benedict Domdaniel, quien desde el foso lo dirigía todo y lograba fundir la orquesta y las voces con inmensa habilidad, de modo que los cantantes se apoyaban en sus indicaciones con tanta delicadeza y confianza como los dioses de los cuadros renacentistas en las nubes. Normalmente, la Asociación de la Ópera Inglesa no habría podido contratar los servicios de *sir* Benedict. Si dirigía en Venecia, como en el estreno de la ópera en Londres, cobrando aproximadamente la mitad de sus honorarios, era porque quería apoyar la carrera musical de Giles Revelstoke.

Ah, sí, Monica era muy afortunada y lo sabía, pero durante la interpretación no tuvo tiempo ni ganas de solazarse con su suerte; estaba muy concentrada en demostrar a la fortuna que era digna de sus favores. Había trabajado incansablemente para aprender el oficio de cantante de ópera: maquillaje, clases de interpretación, horas de arduo trabajo con el exigente Molloy... sin escatimar esfuerzos. Y ahora, no solo cantaba bien, además sabía estar en el escenario. Con Giles había aprendido a mostrarse desnuda en su presencia sin vergüenza ni descaro; presentarse con la misma naturalidad ante un gran público era muy parecido. Claro que no estaba

desnuda, aunque el traje que había elegido el figurinista para el papel de Fotis, la fascinante criada que se convierte en hechicera, era atrevido. «Pocas veces se presenta la ocasión de trabajar con cantantes de ópera tan exhibibles —dijo el figurinista—, así que debemos sacarle el máximo partido». Y así lo hizo. A Monica le gustó lo que vio en el espejo de la larga galería de acceso al escenario. Le pareció asombroso lo favorecida que podía llegar a estar una muchacha más bien robusta («fuerte como un caballo», había dicho *sir* Benedict). ¡Era estupendo ser tan fuerte como un caballo y parecer encantadoramente frágil en un gran escenario!

Domdaniel, desde el foso, no era el único ángel de la guarda que velaba por ella. Monica se movía por el escenario tal como se lo había marcado Richard Jago. Ejercía la disciplina mental (la doble conciencia de la actriz, que le permitía entregarse a su papel y al mismo tiempo distanciarse un poco para sopesar, mantener la atención y no perder el control) que tan cuidadosamente le había impuesto Molloy. Además de lograr el equilibrio que le permitía armonizar todos esos elementos, todavía le quedaba un resquicio en la mente para la humildad del intérprete ante el creador, de la que Domdaniel le había hablado en el trayecto en coche desde Oxford. No se la ofrecía al espíritu de Bach, muerto hacía mucho, sino a Giles, que estaba vivo en alguna parte del teatro. ¿Estaría satisfecho?

Así debería ser, porque la ópera tuvo muy buena acogida. Era una composición muy del gusto del público italiano, pues las bellas canciones se sucedían casi ininterrumpidamente, el lenguaje era suficientemente moderno, pero sin la aspereza ni el rechazo del placer vocal por sí mismo típicos de la música moderna. No obstante, tampoco era una obra sentimental, una sucesión de delicias musicales. Como dijeron en sus despachos a Alemania, Roma y París algunos críticos que acudieron a Venecia para cubrir la información del Festival, era una obra maestra cómica, una aceptación espléndida y luminosamente cómica de la ambigüedad de las aspiraciones del ser humano a la sabiduría y a la dicha, novedosa para los oídos italianos desde un punto de vista musical, pues casi toda la música se concentraba o en el conjunto de voces o en la orquesta. Sin embargo, como señalaron firme pero amablemente los críticos italianos, esa cualidad favorecía a las voces inglesas, instrumentos excelentes gobernados por una inteligencia musical entusiasta, aunque no excelsos operísticamente. Elogiaron con generosidad a Amyas Palfreyman, en particular sus rebuznos musicales del segundo acto, en el que se transformaba en asno, y en todas las críticas se afirmaba que Monica Gall era una nueva cantante muy prometedora, dotada de una gran naturalidad, con una dulzura y agilidad vocales que combinadas con su poderoso registro grave resultaban asombrosas en la escena de la hechicera.

Sin embargo, las mieles se recogerían más tarde, cuando reuniesen todas las reseñas. La recompensa inmediata fue la ovación del final, cuando el elenco en pleno salió una y otra vez a saludar, cuando *sir* Benedict se unió a ellos e indicó a la orquesta que se pusiera en pie, cuando sacó a Giles Revelstoke al proscenio para que

recibiese el tipo de homenaje que un público mayoritariamente italiano brinda a un compositor que lo ha deleitado.

Fue una gran velada, levemente enturbiada por la actitud de Giles al final, cuando *sir Benedict*, a quien le gustaba observar algunas costumbres principescas, invitó a la compañía a cenar con él en el Royal Danieli. Los aplausos se le atravesaron y estaba taciturno. No, él no iría y le sentó muy mal que Monica quisiera ir: pensaba que le bastaría con acompañarlo a su modestísimo hotel de cerca de la Fenice. Monica se quedó un poco preocupada al verlo enfurruñado y apartado del grupo, viendo subir en las góndolas a los demás. Pero media hora después, contemplando el Gran Canal y sentada a la izquierda de *sir Benedict* (el honor máximo de sentarse a su diestra correspondió lógicamente a Lalage Render, la *première danseuse étoile* británica, que interpretaba a Psique en el *ballet* de Cupido y Psique, uno de los momentos cumbres de la ópera), ya no le preocupaba ni Giles ni nada en el mundo. Era absolutamente feliz, pues sabía que lo había hecho bien y, como canadiense de pura cepa que era, podía disfrutarlo porque se lo había ganado.

Y todavía faltaba lo mejor. *Sir Benedict* la acompañó al hotel en góndola y, aunque tal vez hiciera más fresco del deseable y Monica no parara de abrigarse el cuello con el pañuelo, fue un paseo suficientemente romántico a la luz de la luna. Al ayudarla a desembarcar en la orilla, le agradeció la deliciosa velada y le besó la mano. Monica se sobresaltó un poco y la retiró con más presteza que buenos modales.

—¿Qué ocurre? —dijo *sir Benedict*.

—Nada, nada en absoluto. Es que... me parece que esto no está bien. Quiero decir, yo soy su alumna y... No sé, creo que tendría que darle las gracias o algo así.

—Me acabas de echar encima el peso de cien años por lo menos —dijo Domdaniel, cuya calva brillaba como el nácar a la luz de la luna—. De todas formas, muchas gracias. Espero que seas alumna mía mucho tiempo más, aunque después de lo de esta noche es una satisfacción para mí considerarte además una compañera artística —y volvió a besarle la mano.

Monica no se acordaba exactamente de cómo llegó a la cama.

Se habían programado únicamente ocho representaciones de la ópera en Venecia, y, superada la primera con éxito, Monica pudo dedicarse a ver la ciudad, cosa que hizo en compañía de Domdaniel. Era un guía ideal: sabía cuándo hacer un alto en el camino, tenía amigos en la ciudad, conocía los mejores restaurantes y comprendía perfectamente el principio fundamental del placer estético, que consiste en contemplar sentado la obra de arte, porque generalmente se disfruta el doble. Halagada por su nueva condición de compañera artística, Monica nunca lo había pasado tan bien. ¿La atención que le dispensaba ese gran hombre significaba que había alcanzado el nivel requerido y que se había integrado en el partido de eros y no en el de tánatos? En realidad, empezó a preguntarse si no sería ella también en cierto modo un torbellino sexual, porque recorriendo la ciudad con Domdaniel se dio cuenta de que los jóvenes la miraban y se estiraban con insistencia los lóbulos de las orejas; los más osados gesticulaban con las manos y la señalaban con el dedo al pasar. *Sir Benedict* le explicó que eran demostraciones de admiración, algo parecido a los silbidos que dedicaban los hombres en su país a las guapas, siempre dirigidos a otras chicas.

Giles seguía de muy mal humor y Monica apenas lo veía. El cuarto día, durante el almuerzo, Domdaniel dijo:

—Giles se ha salido con la suya, por fin. Esta noche dirige el concierto.

—¿Ah, sí? ¿Tengo que ensayar con él?

—No, no, pero no lo pierdas de vista. Se muere por hacerlo bien.

—Desde luego. Pero no sabía que hubiera un cambio de dirección en el programa. Giles no me ha dicho nada. ¿Es que se marcha usted?

—No, ni me marchó ni estaba previsto, pero tiene tantas ganas de dirigir que ha conseguido que convenciera a Petri de que todo saldrá bien. Solo espero no haberme equivocado.

—¿No está seguro?

—En fin, es una situación delicada. Es que mi nombre atrae público, por eso, entre otras cosas, se han vendido tantas entradas por anticipado. El público sabe que dirijo bien y eso cuenta mucho, tratándose de una compañía sin artistas internacionales, a excepción de Render, que no es cantante. El caso es que no puedo decírselo así a Giles. Después de todo, el compositor es él y con lo extremadamente susceptible que está... La verdad es que dirigir no es lo suyo.

—Acompaña maravillosamente al piano.

—Eso es muy distinto, mi querida niña. Para dirigir ópera hay que ser un malabarista de primera, pero Giles no es malabarista, siquiera. Crea inquietud y fustiga a quien tiene alrededor. Irradia insatisfacción. Ya sabes lo sensibles que son

los cantantes al ambiente. Cualquier tensión puede echarlo todo a perder. De todos modos, ha insistido tanto que no me ha quedado más remedio que hablar con Petri, y tampoco ha sido fácil convencerlo a él; pero si me hubiera negado, Giles habría pensado que pretendo ponerme por encima de él.

—¡Qué horror! ¡Menudo lío!

—Bueno, no tanto, en realidad. ¡Si supieras las que llegan a armar las compañías de ópera cuando se empeñan...! De todos modos, la responsabilidad ante Petri sigue siendo mía. Lo pactado era que empuñara yo la batuta todas las noches.

—¿Piensa asistir a la representación de esta noche?

—Sí, es probable que me deje caer por allí.

Sir Benedict llegó antes de la obertura y se quedó en un palco, al fondo, creyendo que no lo vería nadie, pero todos los cantantes sabían perfectamente que estaba allí. Antes de que se alzara el telón, el *signor* Petri se dejó ver por los camerinos en toda su enorme y señorial envergadura, vestido de gala y, en un inglés esmerado, charló con unos y otros con la actitud de quien calla lo que piensa. En cuanto a Giles, antes de que sonara el timbre de la media para el comienzo de la función, fue a ver a todos los cantantes uno por uno y, tensa y abruptamente, les ordenó que no perdieran de vista la batuta, porque interpretaría ciertos pasajes de una manera distinta a la de Domdaniel.

Y, en efecto, así fue, si bien los primeros veinte minutos de *El asno de oro* fluyeron con la calidad de costumbre. Sin embargo, en el escenario se respiraba una tensión diferente, porque los cantantes estaban decididos a seguir lealmente al compositor, pero no podían apoyarse confiadamente en su dirección, como con el magistral Domdaniel. Giles marcaba el compás con claridad y, aunque su actitud era autoritaria y su rostro reflejaba a veces irritación (¿con quién?, ¿consigo, con la orquesta o con el cantante? ¿Cómo iba a adivinarlo un tenor que estaba completamente entregado al inmenso esfuerzo integrador de cantar lo mejor posible acompañándose del gesto adecuado?), ellos recurrían a su propia experiencia profesional y musical. Sin embargo, cuando llegó el primer interludio orquestal importante se hizo patente que algo fallaba, y mucho.

De las mil cuatrocientas personas que había en el teatro, tal vez ciento cincuenta supieran cuál era el problema; quinientas o seiscientas notarían que pasaba algo, pero no podrían identificarlo; los demás solo sabían que la música, tan melodiosa hasta ese momento, había dado un giro extraño, probablemente atribuible a una falta de familiaridad con su lenguaje. El caso es que una sección de la orquesta se cruzó con el resto durante varios compases, que una entrada enérgica se adelantó un tiempo y otra se atrasó, y que algunos sonidos que no se atenían a ninguna clase de lógica musical se afirmaban de repente con enorme fuerza y no cesaban hasta que, con un gesto furibundo y aniquilador de la mano izquierda, los suprimía el compositor.

Cuanto más avanzaba la representación, mayor era la angustia nerviosa de quienes estaban en el escenario y tanto más insondable el misterio para el público. En

general, los cantantes salieron bien del apuro, pues en sus fragmentos no sucedió ningún desastre insalvable, si bien algunas partes del acompañamiento eran nuevas para ellos, aunque les sonaban remotamente. Con todo, puesto que eran los principales protagonistas de las fuerzas musicales, lo pasaron mal y su sensibilidad profesional al ambiente les jugó una mala pasada. Los músicos de la orquesta manifestaron claramente lo que pensaban encogiéndose de hombros a la vista de los espectadores de los palcos y del anfiteatro. En realidad, el único desastre absoluto de la velada fue el *ballet* de Cupido y Psique: fueron ocho largos minutos en los que pareció que los ocho bailarines y bailarinas protagonistas no sabían lo que hacían. Incluso Lalage Render, admirada por su perfección clásica en todos los círculos de entendidos en *ballet*, parecía brincar caprichosamente por el escenario a contrapelo de la música.

Por lo visto, la raíz de la dificultad estribaba en los frecuentes cambios de compás, que era una de las características esenciales de la partitura de Giles y daba a su música la variedad y sutileza de matices que constituían su mayor belleza. La ópera no sonaba precisamente como la compañía la había aprendido.

Cuando por fin cayó el telón hubo aplausos. ¿Acaso no era *El asno de oro* el mayor éxito del festival de ese año? ¿Y no había entre el público muchas personas de buena voluntad que, convencidas de que iban a oír una obra maestra, estaban dispuestas a aceptarla humildemente como tal, oyeran lo que oyesen? Sin embargo, la ovación no fue como la de los días precedentes. Al ver que Giles no subía al escenario, Amyas Palfreyman fue en su busca para que saliera a saludar con el resto de la compañía, pero los aplausos no duraron lo suficiente. La compañía se dispersó hacia los camerinos sumamente alterada; había salido a saludar varias veces, pero no podía olvidar los silbidos y murmullos que se habían oído esporádicamente en el anfiteatro al final del *ballet*.

Monica entró en su camerino y se encontró con Giles, que estaba sentado en el sofá con una expresión furiosa, pero ella no se dejó engañar; lo vio sumido en una tristeza más honda que nunca y se compadeció de él. Se acercó rápidamente con intención de abrazarlo, pero él la apartó.

—En fin... menudo desastre —dijo él.

—Pero ¿qué ha pasado, Giles?

—Ha sido la maldita orquesta. No seguían ni la partitura ni el compás que marcaba yo. ¡Un caos absoluto! Se lo expliqué todo de arriba abajo antes del concierto y dijeron que lo entendían... al menos el primer violín... pero no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. ¡Con qué gusto me los habría cargado a todos!

—Pobre Giles.

—No me compadezcas. Te he visto encogerte de hombros y poner caras raras cada vez que fallaba algo, igual que Palfreyman y todos los demás.

—No es cierto. Lo que pasaba es...

—Sí que lo es. ¡Poníais unas caras de locos que...! ¿Te crees que no tengo ojos en

la cara? Os habéis cargado la obra con todas las de la ley. No te culpo a ti en especial. No eres más que una maldita novatilla de las colonias que no tiene ni idea de lo que es la profesionalidad, pero Palfreyman ha desafinado en los dos últimos actos y me miraba con unos ojos que se le salían de las órbitas. ¡Le habría tirado la batuta a la cabeza!

—Estoy segura de que solo intentaba seguirte, Giles. Francamente, lo intentábamos todos. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ya te lo he dicho. Quería que fuese mi ópera, no la de Brum Benny, y todos habéis reaccionado como si os pidiera una cosa imposible o una aberración. No me extrañaría que os hubierais confabulado.

—¡Ay, Giles!

—Sí, el gran *sir* Benedict os tiene hipnotizados. Los deseos del compositor os importan un comino, solo importa lo que diga él. Os ha comprado con su labia, con cenas y champán. Yo no soy más que un pelele.

—No, nada de eso...

—Negarlo no sirve de nada, ¿te crees que estoy ciego? ¿Qué te parece que he hecho desde que estoy aquí? ¡Luchar por mi música! Y por lo visto he perdido.

La conversación siguió por los mismos derroteros hasta que llamaron suavemente a la puerta y entró *sir* Benedict.

—Bueno, pues ha habido algunos problemillas —dijo sonriendo.

—De problemillas, nada. He hecho un gran descubrimiento. Ahora sé que en este teatro valen más tus ideas sobre mi obra que la obra misma.

—Pero, amigo mío, ¿por qué lo has hecho?

—¿Tan extraordinario es que quisiera tener la oportunidad de dirigir mi propia ópera?

—No. Ya sabes a lo que me refiero. ¿Por qué has querido cambiar la partitura en el último minuto?

—No la he cambiado, solo la he devuelto a su estado original. He oído tu versión con tus puentes, intachables y convencionales, con todo el montón de correcciones que has introducido, hasta convertirla en una obra del conservatorio de Leipzig, la que habrías compuesto tú si fueras capaz. ¡La he oído y parece un bollo de leche!

—Giles, Giles, en la partitura no hay nada de mi cosecha. Diste el visto bueno a todos los cambios y cortes. La mayoría de los retoques los escribiste personalmente. Por favor, seamos razonables...

—¡A punta de pistola los escribí! Yo no quería cambiar nada. Sabía perfectamente que la obra estaba terminada. ¡Tú quisiste retocarla!

—De acuerdo, dejemos esa cuestión de momento. La verdad es que si pretendes borrar de un plumazo hasta siete revisiones de una partitura, querido, es de esperar que surjan dificultades. El primer violín me ha dicho que el camerino del director estaba inundado de papeles despegados.

—¡Sabía que te iría con el cuento, como todos! ¿Y no te dijo también que

entendía los cambios?

—Me contó que discutió contigo y que al final te dijo que harían lo que pudieran. Piensa un poco, Giles. El primer violín no habla muy bien nuestra lengua y seguro que lo acoquinaste. Los músicos de la orquesta son de primera, pero no pueden hacer milagros. Tenías que haber previsto que surgirían dificultades cuando despegaste todas las correcciones, porque algunas no estaban pegadas, sino escritas a mano en las propias partituras. En fin, ahora ya está hecho. Lo mejor será que no hablemos más de ello. Tampoco es el fin del mundo.

Seguramente Giles habría replicado que sí lo era solo por llevar la contraria a Domdaniel, pero en ese momento entró el *signor* Petri, el director del teatro. Era un hombre inmenso, dignísimo, y en esos momentos adoptó un tono muy solemne.

—Señor Revelstoke, lo que ha hecho usted ha estado mal, muy mal —dijo.

—Yo no lo veo así. No tengo la culpa de que su orquesta no sepa leer una partitura.

—Señor Revelstoke, he hablado con Gnechi. Me ha enseñado las partituras de la orquesta y he visto lo incomprensibles que eran muchos fragmentos. En el *ballet* del tercer acto hay discrepancias de hasta seis compases de duración entre unas y otras. La *signora* Render está muy afectada, y no es de extrañar. El médico del teatro está en su camerino. La ha dejado usted en ridículo. No tenía que haber... ¿cómo se dice? No tenía que haber manipulado la partitura.

—No la he manipulado. La dejé tal como la había escrito y estaba clara como la luz del día.

—Para usted, tal vez, pero para nadie más.

—Maldita sea, Petri, han corregido mi partitura, la han retocado y la han dejado hecha una mierda, pero yo quería que la tocasen tal como la escribí. ¿Es que en este teatro el compositor no tiene ningún derecho?

—Los tiene todos, señor Revelstoke, y el máximo respeto. En La Fenice se han estrenado obras de Verdi, no lo olvide, y de muchos grandes compositores. Pero ni Verdi tenía derecho a insultar a mi público y a dejar a mis artistas en ridículo, como si fueran analfabetos. Eso es lo que ha hecho usted hoy. Y ahora escuche lo que tengo que decirle...

—Por todos los santos, Petri, ¡bájese del burro y deje de hablarme como un Mussolini de la música, gordo de...!

—Vamos, vamos, Giles —terció Domdaniel—, no montemos un escándalo.

—No, no, no, desde luego, no, no —dijo el *signor* Petri con la calma de una tormenta a punto de estallar.

Giles estalló en carcajadas.

—¡Lo que faltaba para completar la farsa! —exclamó—. No, no montemos un escándalo. El judío ni se inmuta y el macarroni es un monumento a la calma esculpido en piedra. Solo el inglés ha perdido la flema. ¿Y por qué no vamos a montar un escándalo? Dame una buena razón. Aquí el perjudicado soy yo y por

supuesto que quiero montar un escándalo, ¡y muy sonado!

El *signor* Petri levantó la mano como un cónsul romano.

—Olvida usted la presencia de la *signara* Cowl —dijo—. Y ahora présteme atención: no volverá usted a dirigir esta ópera en este teatro y quiero que mañana por la noche estén arreglados todos los pasajes orquestales de la ópera; de lo contrario, mis músicos se negarán a tocar. Tal vez no se haya dado cuenta, pero esta noche habría sido desastrosa si nuestra eficiente claqué no nos hubiera sacado del apuro. No tengo más que añadir. Dejo a su discreción las disculpas a la compañía, a Gneccchi en representación de toda la orquesta y a la *signora* Render, así como un generoso agradecimiento al jefe de la claqué. *Signora*. *Sir* Benedict.

Con una mezcla espléndida de cortesía y de desprecio por Giles, el *signor* Petri se marchó.

Giles volvió a reírse, un poco forzadamente, parecía, pero no paró hasta que *sir* Benedict le habló muy seriamente.

—Deja de hacer tonterías, pareces idiota. Afróntalo, Giles, has metido la pata hasta el fondo. Lo mejor es que sigas el consejo de Petri: date una vuelta por ahí y haz las paces con todos. Después olvidamos el desastre y mañana nos ponemos a limpiar los fragmentos. Nos llevará unas horas, pero si empezamos pronto nos dará tiempo de sobra.

—No pienso ser el chivo expiatorio de Petri ni el tuyo. Parece que todo el mundo cree haber salido perjudicado. ¿Y a ti qué mosca te ha picado? Porque aquí el que ha ganado algo eres tú. El gran *sir* Benny es tan sabio que rescata a toda la compañía de cualquier aprieto; a él no lo han pillado con las manos en las partituras. Ni siquiera necesita claqué. ¡Hurra por Benny!

—He quedado en mal lugar con Petri, porque insistí mucho para que te dejase dirigir y le di mi palabra de que saldría bien. Pero no importa. Tienes razón, aquí el único que tiene que salir bien librado eres tú y por eso lo mejor que puedes hacer es ponerte a recorrer los camerinos limando asperezas.

—¿Es una orden, *sir* Benedict? Porque, en ese caso, puedes disfrutar de una experiencia nueva, la de que no se te obedezca. No voy a disculparme ni a limar asperezas, ni siquiera con la *signora* Cowl, conque cámbiate cuando quieras, Monica, porque barrunto que el gran jefe te va a llevar a otra cenita encantadora en Danieli y os lo pasaréis en grande hablando de lo mal que me he portado.

—Vamos, Giles, no te desquites ahora con Monica.

—Ah, no, dejemos a Monica aparte, por supuesto. He escrito una ópera y tú le has dado los últimos retoques. He creado a una cantante y también vas a darle tú los últimos retoques. Ha sido mi amante casi dos años, pero a ti se te da mejor trabajar con material ajeno.

—Giles, no digas esas cosas —le rogó Monica.

—¿Por qué no? ¿Por qué estamos todos tan comedidos hoy? Vele con Brum Benny si eso es lo que quieres. Puede serte muy útil. Mucho más que yo.

—Te estás comportando como un necio poco razonable y dices cosas que no piensas —dijo Monica—. No voy a ir a ninguna parte con nadie. Estoy aquí por ti, pero no para animarte a hacer el ridículo. *Sir Benedict* tiene razón: no es el fin del mundo. Solo tienes que reconocer que has intentado hacer una cosa y ha salido mal; dentro de una semana lo habrá olvidado todo el mundo.

—Nadie va a echártelo en cara —dijo *sir Benedict*—, ni siquiera *Aspinwall*.

—¿Qué pinta *Aspinwall* aquí?

—Ha asistido a la representación de esta noche. No quería decírtelo. Sabía que se habían hecho correcciones, es decir, las importantes, no las trivialidades de las que has prescindido esta noche. Pues vino por eso, para oír la versión nueva de la obra. Es una lástima que lo haya hecho precisamente hoy. Pero he hablado con él y volverá al teatro mañana, es decir...

—¡Es decir, que podrá oír *El asno de oro* como tiene que ser, bajo la batuta del gran director y con todas sus ideas personales! ¡Lo que faltaba! ¡*Aspinwall* y tú besuqueándoos!

Y siguió insultando al crítico con una saña extraordinaria, incluso viniendo de él. Se le llenó la cara, pálida un rato antes, de manchas rojas y en algunos momentos parecía que fuera a ahogarse.

—Dios mío, esto es el colmo —dijo por fin—. ¡Qué gran noche la mía! Me quitas la ópera, me quitas a mi chica y encima te disculpas en mi nombre con la persona a la que más detesto y desprecio del mundo entero. Muy bien, ¡quédate con todo!

Se dirigió a la puerta, pero *Monica* le salió al paso.

—Espera un minuto —dijo—. Voy contigo.

—No quiero que vengas conmigo.

—Pero es que quiero estar contigo.

—Ah, ¿crees que te necesito? ¡Qué engreídas sois las mujeres! Cuando un hombre está furioso o pasa una mala racha, tiene que necesitar a una mujer a su lado. Olvídame. No hay quien te aguante desde que volviste de Canadá con cuatro cuartos en el bolso. ¿Te crees que no me he dado cuenta de que no has parado de hacerte la mártir a todas horas y de sacrificarte a diestro y siniestro pensando que a cambio ganarías la inmortalidad? ¿Y solo porque has sangrado a un fideicomiso canadiense de tres al cuarto, maldita zorra? ¡No has puesto ni un penique tuyo! ¿Y crees que porque has gastado el dinero en comprarte un buen papel en mi ópera me has comprado a mí para siempre? ¡Ah, *Monica*, de verdad! ¡Eres más imbécil de lo que pensaba! ¡Pues claro que te di el papel por el dinero! ¿Por qué, si no, eh? Por el talento que tienes no, te lo aseguro, ni por el *re* agudo que suena a chirrido de uña en una pizarra. ¡Fuera de mi vista! ¡Esa cara de sandía que tienes me da ganas de escupir! Te he convertido en una cantante pasable y te he instruido en los principios básicos de la otra cosa para la que sirves. ¡Y estoy de ti hasta la coronilla!

Y entonces se marchó.

A la mañana siguiente, a las nueve y media (una hora soleada y temprana si el día anterior se ha terminado la jornada laboral a medianoche), sir Benedict y Monica trabajaban con ahínco en el despacho de Petri reescribiendo los fragmentos orquestales según la última versión. Domdaniel dictaba, Monica transcribía (quienes han escrito música al dictado saben lo laborioso que es) y Gnechi pegaba los papelitos recién escritos en su lugar correspondiente. Terminaron la tarea a las cuatro y media y, por la noche, después de unos momentos de nerviosismo al principio, se llevó a cabo la mejor representación de la ópera habida hasta el momento. Monica no tuvo tiempo ni tranquilidad suficientes para pensar en la escena de la víspera hasta que llegó al hotel.

Giles había desaparecido. No había dejado ninguna dirección, pero se había marchado a primera hora de la mañana, seguramente a la estación, aunque no se sabía qué tren habría cogido, porque tanto podía ir hacia el sur desde Padua como volver a Inglaterra desde Milán. Sir Benedict se tomó la noticia con calma.

—Se le pasará el ataque como le vino —dijo.

—¿No cree que debería intentar buscarlo?

—Es mejor que no nos veamos hasta dentro de unas cuantas semanas. ¿Prefieres verlo enseguida por algo en particular?

—Sí. Me preocupa.

—¡Qué compasiva eres!

—No. Giles no quiso decir lo que me dijo. Ya sabe lo exagerado que es para todo.

—De manera que estás dispuesta a ir a buscarlo y dejar que te pisotee.

—No, no, pero quiero asegurarme de que se encuentra bien.

—En fin, nunca doy consejos en asuntos amorosos, pero yo también he estado enamorado y siempre es conveniente proteger el amor propio.

—Estoy segura de que tiene razón, sir Benedict.

Por supuesto, la tenía. Monica sabía que la barbaridad que le había dicho Giles (que había comprado su papel en la ópera) era solo fruto de la ira. De todos modos, si se quitaba la carga emocional a sus palabras, ¿no quedaba un poso de verdad? ¿Era eso lo que realmente pensaba Giles de ella? ¿De verdad la había soportado solo porque le había conseguido el dinero que necesitaba, poco, eso sí, desde el punto de vista de las cantidades necesarias para el montaje de una ópera, aunque fuera tan modesto como el de *El asno de oro*? No, eso era inconcebible. Si lo único que quería era dinero, no tenía necesidad de acostarse con ella y, aunque nunca le había dicho que la amaba, tampoco había negado nunca el placer que le procuraba su unión física. La relación había superado en mucho el aspecto meramente físico, ella lo sabía perfectamente. No solo no podía Giles ocultar que la necesitaba y que dependía de su

ternura y de su adoración incondicional (pues eso era lo que sentía, no lo podía negar), sino que la ojeriza de Persis lo corroboraba fehacientemente. Con todo, Monica carecía del desapego o la suficiente confianza en sí misma para dar credibilidad absoluta a sus ideas sobre el asunto. ¿Y quién los tenía, estando profundamente enamorado? El amor, que resiste un ataque mejor que el acero, puede derrumbarse como ceniza ante la mera sombra de otro ataque cualquiera. Giles le había tocado el punto débil: la idea que tenía de su valía como mujer, como amante. Estaba absolutamente convencida de que era como Fotis en la ópera: una torpe imitación de hechicera.

Reflexionó un día más sobre lo mismo, le dio vueltas y más vueltas hasta que por fin, disfrazando las dudas de amor propio, escribió una carta.

 Mi queridísimo Giles:

 He pensado mucho en lo que dijiste el jueves por la noche y estoy segura de que lo mejor es separarnos, dejar de vernos una temporada, por lo menos. Desde luego, no me tomé lo que dijiste al pie de la letra, porque sé lo enfadado y dolido que estabas. Sin embargo, me hiciste mucho daño. Y creo que supiste darme tan certeramente donde más me duele porque llevas un tiempo dando vueltas a esas cosas y, cuando te enfureciste, salieron a relucir.

 También creo que mis sentimientos por ti siempre han estado claros. Podría haberlo dicho con palabras, si lo hubieras querido, pero he intentado demostrártelo de otras formas. Una vez me dijiste que cuando te enamorasas de mí me lo dirías, pero como no me lo has dicho nunca, sé que no me quieres; además, lo del jueves por la noche, aunque le quite la ira que tenías, me indica que podrías despreciarme con mucha facilidad. Por lo tanto, no voy a ir más a clase contigo. Quizá, cuando pase un tiempo y no sienta por ti lo mismo que ahora, podamos volver a vernos con normalidad.

 Por favor, entiende lo que intento decir. Por ti lo sacrificaría todo, incluso mi amor propio y mis deseos de ser una gran cantante y todo eso, si tú me lo pidieras, pero sé que no me lo pedirás y no voy a seguir persiguiéndote. No puedo quedarme contigo y dejarme pisotear, por eso he decidido dejarte y arreglármelas sola como pueda. Te quiero y siempre te querré, pero mi amor no te interesa. Que Dios te bendiga, aunque sé cuánto desprecias a la gente que usa esa expresión. Pediré a Bun que recoja mis cosas de Tite Street.

MONICA

La carta no se parecía nada a las que le habría gustado escribir: una, espléndidamente altiva; otra, conmovedora y natural; otra, poética, digna de una antología de bellas cartas de amor... pero no tenía valor ni facilidad para los vuelos literarios. La mandó por correo al piso de Tite Street y cumplió con su compromiso

en Venecia en un estado de profunda aflicción. Ni la gran acogida que tuvo *El asno de oro* el día de la despedida, ni los elogios de todos los críticos, ni las flores que le mandaba un desconocido amante de la música ni la elocuente despedida del *signor Petri* lograron aliviar siquiera un poco el dolor que sentía por dentro. Cambió el plan de tomarse unas vacaciones en Italia y de hacer una visita a Amy Neilson y volvió a Londres tan rápidamente como pudo llevarla un avión.

Poco después de llegar al apartamento de Courtfield Gardens, se presentó la señora Merry.

—Le traigo unas cartas que han llegado en estos últimos dos o tres días —dijo.

Ninguna le pareció interesante. La primera tenía sello canadiense y el nombre y dirección de la destinataria estaban escritos con la esmerada caligrafía de George Medwall.

—No ha recibido recados —dijo la señora Merry—, pero ayer llamó por teléfono el señor Revelstoke para saber cuándo llegaría usted y, como ya había recibido yo el telegrama, le dije que volvía esta tarde.

Entonces, ¿tenía ganas de verla? Hasta ese momento, siempre había estado tan seguro de la entrega de Monica que nunca había mostrado el menor interés por sus idas y venidas. ¿Querría retirar las cosas tan crueles que le había dicho en Venecia? Sin embargo, no es posible desdecirse de la crueldad, aunque se puede perdonar; estaba dispuesta a hacerlo, pero también sabía que no olvidaría. Deshizo las maletas por ocuparse en algo que además le impidiera salir de casa. De todas maneras, no dejaba de pensar en Tite Street, pero no debía ir, lo había dicho tajantemente en la carta; había roto con él. Al parecer, Giles había recibido la carta y quería a Monica. ¿Por qué, si no, había llamado para preguntar por ella, si no lo hacía nunca? ¿Tanto creía conocerla para estar seguro de que caería rendida en sus brazos tan pronto como pisara Londres? Entonces, es que no la conocía en absoluto. Por muy desesperadamente que lo amase, tenía un poco de orgullo. Debía proteger su amor propio, como había dicho *sir* Benedict.

Pero ¿y si estaba solo y dolido? La representación desastrosa de *El asno de oro* lo había hundido hasta un punto que solo ella sabía. Por más que *sir* Benedict y Petri tuvieran la amabilidad de decir que no había sido tan mala, eso solo significaba que el público no lo había abucheado, o que lo había hecho una sola vez. Para Giles, todo lo que no alcanzara los altos niveles de exigencia que se imponía era un desastre. ¿Qué le había llamado Ripon medio en broma? ¿«Genio satánico»? Pues había acertado, porque era tan orgulloso como Lucifer, aunque no tan independiente; eso lo sabía ella mejor que nadie en el mundo. Aunque Giles no le dijera lo mucho que necesitaba su ternura y comprensión, ella lo sabía. Entonces, ¿sería capaz de contenerse? ¿No conocía ella esas cosas mucho mejor que él? ¿No estaba ya en las filas de eros? ¿No la consideraba Domdaniel una compañera artística? ¿No debía sobreponerse a su propio dolor? ¿No era una vergüenza dejar de ir a verlo y negarle el consuelo solo por venganza?

Sí, eso era vengarse, una pasión tortuosa e indigna que mancillaba su amor. Lo que se había propuesto era lo que más detestaba en la vida, y con razón. Era

provinciano y ordinario, probablemente colonial, saltertoniano, inconformista, típicamente norteamericano, burgués, vulgar y todas las cosas que, con impaciencia, le reprochaba Giles, porque quería que llegara a ser una verdadera artista, como él, que mirase el mundo con los ojos bien abiertos y de igual a igual.

Había llegado a Courtfield Gardens desde la terminal del aeropuerto poco después de las nueve. A las once y media subía las escaleras del piso de Tite Street.

En la casa reinaba una quietud de noche de domingo. Los globitos de luz de la señora Klein exageraban la penumbra de capilla de las escaleras, que recordaban al estilo gótico ruskiniano. En el segundo tramo, que conducía al último piso, el de Giles, estaba *Pyewacket*, el gato; maulló cuando Monica se agachó a acariciarlo y echó a correr escaleras arriba. La puerta estaba cerrada.

Se acordó del día en que, al volver de un viaje, se había encontrado a Giles en la cama con Persis, pero la puerta no estaba cerrada. ¿Se habría vuelto más precavido ahora? ¿Cambiaría eso la aplastante realidad de que lo amaba, de que no podía vivir sin él y por tanto tendría que soportarlo todo por él? Si estaba con Persis, tendría que aceptarlo y desvivirse por ella igual que por Giles. El amor la empujaba a la máxima abyección.

La puerta estaba cerrada. Ella tenía llave, la única que había, aparte de la de Giles; se la había dado él, pero no para que fuese al piso cuando quisiera, sino porque él la perdía a menudo y prefería que alguien tuviera otra, por si alguna vez se quedaba fuera sin poder entrar. Abrió la puerta, pero encontró un poco de resistencia: en el suelo había una manta que la frenaba.

Iba a llamar a Giles, pero olía mucho a gas, el nombre se le quedó atascado en la garganta y volvió a bajar las escaleras, ahogándose y tosiendo. *Pyewacket*, que entró corriendo nada más abrirse la puerta, salió disparado escaleras abajo bufando y gruñendo.

¿Debía pedir auxilio? No: tenía que entrar. Se cubrió la boca y la nariz con el pañuelo y cruzó el salón hasta las ventanas. Estaban cerradas, pero sin el pestillo, y las abrió con facilidad. ¿Pasaría algo si encendía la luz? No tenía ni idea de cómo reaccionaría el gas. ¿Ardería? ¿Explosionaría todo? ¿Dónde estaba Giles?

Tumbado en el suelo, en pijama y bata. En el cine había visto muchas veces que cuando alguien encontraba a una persona en esas condiciones, se acercaba enseguida, le tomaba el pulso, comprobaba si el corazón latía y le miraba la cara fijamente. Sin embargo, estaba tan asustada que se quedó inmóvil al lado de las ventanas, respirando, lo más lejos posible de Giles. Tardó un buen rato en armarse de valor para avanzar sigilosamente (¿por qué? ¿Temía despertarlo?) y mirarle la cara con atención a la escasa luz que entraba por las ventanas. Tenía la piel tan oscura que parecía negra. Estaba con la boca abierta, pero no respiraba. Lo mejor sería tomarle el pulso, pero no se atrevió a tocarlo. Estaba muerto y el cadáver le daba miedo.

Hasta ese instante no se le ocurrió cerrar el paso del gas, que salía silbando a medio metro, más o menos, de la cabeza de Giles. Lo hizo entonces, pero, como no se atrevía a alargar el brazo por encima del cadáver, se acercó a la llave dando un rodeo. Al agacharse junto a la estufa, vio que Giles tenía un trozo de papel en cada mano. En

uno de ellos reconoció su propia letra.

Lo primero que pensó no fue que se hubiera quitado la vida por ella, sino que la acusarían de eso mismo en cuanto vieran la carta.

El peligro disipó el pánico. O actuaba con prudencia o Dios sabría por lo que tendría que pasar. Se retiró de nuevo a la ventana y trazó un plan.

¡Gracias a Dios que llevaba puestos los guantes! No era muy aficionada a las novelas de detectives, pero sabía que gracias a las huellas dactilares se podían averiguar cosas espantosas como por arte de magia. Con suerte, nadie se enteraría de que había estado en el piso. Menos temerosa que antes (pero sin haber perdido del todo el miedo a que Giles se levantara y la flagelase con un sarcasmo de los suyos, como tantas otras veces cuando se despertaba y la encontraba contemplando su amado rostro), se acercó al cadáver y retiró delicadamente la carta de la mano derecha. No fue difícil. Cuando la tuvo a buen recaudo en el bolsillo del abrigo, echó una ojeada rápida por todo el piso. Como siempre, había unas cuantas prendas interiores de Persis secándose encima de la bañera. ¿Debía dejarlas allí? Sí. Que se las apañase Perse por su cuenta. A continuación volvió sigilosamente al salón y cerró las ventanas, como estaban antes.

¿Y el otro papel? A oscuras, no distinguía qué era exactamente, pero se trataba de un recorte grande de periódico. En fin, eso no la perjudicaría. Sin volver la vista atrás para mirar por última vez el rostro negro, abrió de nuevo la llave del gas, fue de puntillas a la puerta, la cerró, echó la llave y bajó las escaleras tan sigilosamente como pudo. No había podido colocar de nuevo la manta debajo de la puerta, pero eso no tenía solución. *Pyewacket* estaba en el portal y salió con ella a la calle. Los gritos de los niños del hospital de enfrente llegaban casi a la altura del Embankment. Eran las doce menos veinticinco.

No se quedó mucho tiempo en el dique. Subía la niebla del Támesis, hacía frío y no apetecía estar en el dique, aunque había algunas personas por allí: parejas que se abrazaban en medio de la humedad y se sobaban por debajo de los impermeables. Un hombre y una mujer de mediana edad hablaban apasionadamente en una lengua desconocida. Uno de los inasimilables vagabundos londinenses, de sucias barbas, hacía un crujido al andar a causa de los periódicos que llevaba embutidos debajo de los pantalones. Monica andaba lentamente, intentando pensar, aunque solo daba vueltas a lo mismo: «Giles ha muerto. Quería que pensaran que lo hizo por mí. Quería causarme problemas. Me amaba. No me amaba. Pretendía despreciarme. Lo ha hecho por desesperación. Lo ha hecho por venganza. Me odiaba». Pero eso no la llevaba a ninguna parte.

Un policía se cruzó dos veces con ella.

—¿Se encuentra bien, señorita? —dijo.

—Sí, sí, gracias.

—¿Espera a alguien?

—No.

—Bueno, si me permite un consejo, me parece que si ya ha visto todo lo que quería ver en esta parte del río es mejor que se vaya a casa. ¿Quiere que le pida un taxi?

—Gracias, muy amable.

¿Por qué un taxi? Iba bien vestida y llevaba guantes. Amy siempre decía que una auténtica señora nunca debía salir a la calle sin guantes. A veces, conocer las claves de la feminidad obraba milagros.

El juez de instrucción era un hombre afortunado que disfrutaba con su trabajo. Hizo al jurado una recapitulación profesional tan elegante y airosa que, sin ser inadecuada en nada, traslucía cierta satisfacción.

Dijo que, vistas las pruebas, esperaba que el jurado tuviera en cuenta sus dos o tres advertencias y no errase en sus conclusiones, pues se trataba de un caso de singular complejidad entre los de su clase. El señor Griffith Hopkin-Griffiths, de Neuadd Goch (Llanavon), había identificado el cadáver de su hijastro, Giles Adrian Revelstoke, y había declarado que la edad del joven era de treinta y cuatro años y que, a su entender, gozaba de buena salud. A las nueve y media de la mañana del 29 de septiembre, la señora Maria Augusta Klein, casera del difunto, y la señorita Monica Gall, alumna del finado, descubrieron el cadáver. Esta última, que actuaba de secretaria y amanuense del señor Revelstoke, había acudido a casa de este a trabajar en la revista *Lantern*, uno de cuyos editores era el señor Revelstoke, y había encontrado la puerta del piso cerrada con llave, circunstancia poco habitual. Llamó entonces a la señora Klein, quien le aseguró que el señor Revelstoke se encontraba en casa y la acompañó hasta la puerta del apartamento. Tras llamar infructuosamente varias veces con golpes fuertes, a instancias de la señora Klein, la señorita Gall abrió la puerta con la llave que, como miembro del equipo de *Lantern*, llevaba consigo. Hallaron muerto en el suelo al señor Revelstoke, con indicios de haber sufrido un ataque, y entonces avisaron a la policía.

La policía constató la presencia de un fuerte olor a gas en la habitación, que las ventanas estaban cerradas y que, al parecer, se había utilizado una manta para tapar la rendija de la puerta principal. No obstante, el médico forense declaró que la causa de la muerte no era el gas, sino la asfixia. Aunque la llave de paso estaba abierta cuando llegó la policía, no salía gas; se comprobó el contador (un modelo normal de los que funcionaban con chelines), pero no se pudo demostrar el momento en que había dejado de funcionar. Por lo tanto, parecía ser que el señor Revelstoke había perdido el conocimiento por inhalación de gas y, cuando el gas empezó a dispersarse, pues las ventanas no cerraban herméticamente, el señor Revelstoke habría recuperado parcialmente el conocimiento. A causa de las náuseas provocadas por el gas, regurgitaría una cantidad considerable de vómito, que se le quedaría en la boca y, puesto que solo estaba semiconsciente, no habría podido expulsarlo. El jadeo y los ronquidos característicos de ciertas fases del envenenamiento por gas habían sido la causa de que llegara a los pulmones materia semisólida suficiente para causar la muerte por asfixia. Según el forense, los sucesos habían tenido lugar seis o siete horas antes del descubrimiento del cadáver, es decir, entre las dos y las tres de la madrugada.

Seguramente el jurado deduciría que se trataba de un suicidio, pero debía tener en cuenta una serie de razones de peso que apuntaban en otra dirección. Según la declaración de la señorita Persis Kinwellmarshe (que acudió al tribunal en compañía de su padre, el contraalmirante *sir* Percy Kinwellmarshe, y de otro colaborador de *Lantern*), vio al difunto cuando este regresó de Venecia y lo encontró como de costumbre, en un estado de ánimo sardónico pero alegre. La señorita Kinwellmarshe improvisó una cena para los dos la noche del domingo, 28 de septiembre. El señor Revelstoke hizo comentarios divertidos y exagerados, según su estilo, de una crítica de su ópera *El asno de oro*, publicada por Stanhope Aspinwall en el *Sunday Argus*, cuyo recorte le había proporcionado la señorita Kinwellmarshe. Era el recorte de periódico hallado en la mano del difunto. A la señorita Kinwellmarshe se lo había entregado el señor Phaniel Tuke, coeditor de *Lantern*, quien creía que al señor Revelstoke le gustaría tenerlo. El difunto se burló de las pretensiones críticas del señor Aspinwall.

El señor Stanhope Aspinwall, respetado crítico musical, declaró que no había llegado a conocer al señor Revelstoke personalmente, aunque en cierta ocasión, en un concierto, lo había tenido justo detrás de su asiento; además había recibido dos cartas muy insultantes firmadas por él. A vista de lo cual no podía concluirse que existiera entre ellos verdadero motivo de enemistad. La crítica hallada en la mano del cadáver era de la versión revisada de la ópera del compositor, que el señor Aspinwall había visto dos veces en Venecia hacía menos de quince días. Dedicaba parte de la reseña a comparar las interpretaciones dirigidas respectivamente por el compositor y *sir* Benedict Domdaniel; afirmaba que el señor Revelstoke era absolutamente incompetente como director y que el ejercicio de esa faceta era el peor enemigo de sus dotes de compositor. La intención de la crítica era buena y cualquier lector sin prejuicios llegaría sin duda a esa misma conclusión.

Sin embargo, según la declaración de John Macarthur Eccles, el otro amigo que fue al piso el domingo por la noche, el señor Revelstoke era extremadamente susceptible a las críticas, aunque fingía que no lo afectaban. El jurado también debía tener en cuenta la declaración de *sir* Benedict Domdaniel, depositario de la obra musical y literaria del difunto, según la cual el señor Revelstoke estuvo sometido a una presión fuera de lo común durante la revisión de *El asno de oro* y por ese motivo su estado de ánimo alternaba exageradamente entre la melancolía y el entusiasmo desenfrenado; además, el señor Revelstoke se marchó inopinadamente de Venecia después de que *sir* Benedict y el director de La Fenice le dijeran que no podía volver a dirigir su ópera.

Por su parte, el señor Phaniel Tuke declaró que la revista *Lantern* sufría apuros económicos.

En la trayectoria de un joven con grandes dotes, la confluencia de todos esos factores con una predisposición al romanticismo se resumía en la sensación de que el mundo se burlaba de él y, en un momento de depresión, se había quitado la vida. Sin

embargo, por otra parte, también se demostró fehacientemente que Giles Revelstoke contaba con amigos fieles, que su última y más ambiciosa obra había tenido una acogida clamorosa en el continente y que el crítico musical más eminente de Gran Bretaña había dicho: «Por la serenidad y la sabiduría que la caracterizan, entronca con la gran familia de *La flauta mágica* de Mozart, la de las creaciones que coronan la música de belleza». Un director de renombre mundial, *sir* Benedict Domdaniel de nuevo, catalogaba a Giles Revelstoke como un compositor de talento incuestionable que acababa de dar el primer paso en su etapa de madurez artística. Por tanto, antes de mancillar el final de una vida como la de Giles Revelstoke con el oprobio de un veredicto de suicidio, el jurado debía reflexionar sobre la idea de que, si bien era posible y en verdad parecía probable que Giles Revelstoke hubiera intentado quitarse la vida, en realidad no había consumado el acto. El suministro de gas había fallado y, de no haberse dado la desafortunada circunstancia de la asfixia antes de volver completamente en sí, el señor Revelstoke no habría muerto. A tenor de los hechos, el juez recomendaba el veredicto de muerte accidental.

El jurado no tenía inclinaciones románticas. A excepción de dos o tres componentes, eran todos hombres ancianos y pobres que deambulaban por Horseferry Road con la esperanza de que los llamaran para formar parte de un jurado, y cobrar por ello unos chelines a modo de providencial incremento de su pensión. Después de dar unas caladas a la pipa en la sala de deliberaciones, volvieron ante el juez y le dieron el veredicto que había solicitado.

Y se dictó la sentencia. No todos los días contaba el juez con un público tan distinguido y, puesto que le gustaba rematar su cometido con un toque cultural siempre que podía, mientras el jurado deliberaba, se dedicó a rebuscar en las cenizas de los recuerdos hasta que dio con una brasa viva. De un artículo sobre Schubert, muy famoso en su época, sacó una llama bastante vistosa para ese momento.

—Con la muerte de Giles Adrian Revelstoke —dijo— la música pierde un gran tesoro y aún más valiosas esperanzas.

Tantos de los presentes rompieron a llorar que el juez, hombre bondadoso y amable, casi habría preferido callarse.

Lo idóneo sería que las cosas importantes sucedieran por la tarde, como culminación de la jornada, pero la vista se celebró por la mañana y, desde entonces hasta la hora de acostarse, para Monica todo transcurrió lenta, penosa y cada vez más apagadamente.

Almorzó con Stanhope Aspinwall, que fue a su encuentro cuando el tribunal levantó la sesión, le pidió por favor que lo acompañara y la condujo hasta las dependencias de señoras del distinguido club al que pertenecía. Era un hombre calvo, de poca estatura, adscrito al menguante ejército de los que usan quevedos. Hablaba con precisión y abrumado por la culpa, no podía ocultarlo.

—Si me hubiera imaginado por un solo instante —dijo mientras tomaban café— que mis comentarios sobre su decisión de dirigir, absolutamente justificados, insisto, iban a ponerle una idea tan atroz en la cabeza, por nada del mundo los habría publicado como los publiqué. Eran ásperos, reconozco que soy áspero. Me acosó con cartas (tan horrendas que por nada del mundo se las enseñaría a nadie, aunque las conservo) y, personalmente, solo sentía frialdad por él, aunque, desde luego, ni la menor hostilidad. En cambio, admiraba rendidamente su talento... bueno, seamos sinceros, su genio. Le digo esto porque el público la relaciona a usted íntimamente con su obra, y espero que más aún en el futuro. Por supuesto, es absurdo pensar que tenga yo algo que ver con esta tragedia, pero así es. No puedo evitarlo, por absurdo que sea. ¿Quién no se habría ofendido por esas cartas? Con franqueza, le digo que he aprendido una lección espantosa: la aspereza es el pecado íntimo del crítico.

Bien mirado, los periódicos de la tarde no tuvieron mucho que contar sobre la investigación. El peor comentario llevaba el siguiente titular:

EL NIDO DE AMOR DE LA HIJA

DE UN ALMIRANTE

«Mis bragas»: modelo exuberante

Otro sacaba a la luz que Giles iba a menudo a visitar a Odingsels a la prisión, donde cumplía condena, y hablaba con dureza de la podredumbre intelectual y de la revista *Lantern*. Sin embargo, muy pocos lectores conocían a Revelstoke y había asuntos más truculentos con los que entretenerse.

La señora Merry insistió en hablar con Monica largo y tendido, íntimamente, con una modalidad exagerada de su habitual cara de angustia distinguida, a la que Giles llamaba «rictus hemorroidal» y, mientras la mujer parloteaba, Monica oía continuamente esa expresión con la voz y el tono de Giles.

—Nunca olvidaré la noche en la que el señor Revelstoke y sir Benedict me

dedicaron una canción al piano —dijo la señora Merry—; un recuerdo tan preciado, y ahora, por desgracia, unido a una tristeza tan ingrata. Conquistaba a las personas con su amabilidad.

La señora Merry se explayó hablando una hora entera de sus recuerdos del pasado a la luz del presente.

A Monica no le quedó más remedio que invitar a Bun Eccles a comer algo en su apartamento. Se pegó a ella y solo hablaba de Giles. Había llevado una botella de *whisky* y se la bebió entera, menos una copita, y Monica tuvo que ponerse muy firme para que su invitado no se desmayara.

—Lo que me mata, Monny, es que fuese con el gas —así decía el estribillo de sus lamentos—. Pobre Giles, tuvo que ser con el gas, precisamente. Porque resulta que le había arreglado el contador, ¿sabes, Monny? Así los chelines se estiraban mucho más. Si no se lo hubiera apañado, no habría salido suficiente gas para nada, ¿sabes? A lo mejor, quién sabe, si hubiera... ¡Santo Dios, asfixiarse en su propio vómito! ¡Pobre hombre! Lo he matado yo, Monny. No, no; no se puede negar. Aunque sea inocente ante la ley, lo he matado yo y tendré que vivir con ese peso toda la vida. ¡A saber las consecuencias que tendrá a la larga! Para ti no es tan cruel, Monny... no, no, no quiero decir que no lo sientas tanto como los demás, y hasta mucho más que cualquiera. Pero no tienes nada que reprocharte. Lo tratabas maravillosamente, siempre. Sí, sí, eras la única. Perse se ha puesto a berrear como una vaquilla en el juicio porque su padre le ha pegado la gran bronca. Fue ella la que dio a Giles el recorte de Aspinwall. Desde luego, se lo podía haber ahorrado, pero ¿quién se imaginaba lo que iba a pasar? Ahora dice que ha matado al único hombre al que quería y que la quería a ella de verdad, pero para él era solo un pasatiempo, la conocía de sobra. Se acostaba con cualquiera y él lo sabía. Pero tú le has sido fiel, así que no tienes nada de qué arrepentirte. Y tú eres una roca, Monny, como Ned Kelly^[29], y saldrás adelante. Me gustaría creer que yo también. Tú le dabas la vida, Monny, y yo, con mi arreglito, afilé el cuchillo. ¿Cómo voy a levantarme por la mañana y hacer frente a eso todos los días de mi vida? ¡Pobre Giles! ¡No había un tipo como él!

Al final, logró deshacerse de Bun, pero en cuanto se hubo marchado lo echó de menos. ¿Qué iba a hacer ella ahora? Llevaba varios días sin leer la correspondencia y, para evitarse el horror de pensar, se dispuso a abrir las cartas.

Aparte de las facturas y circulares, solo había tres. Con extrema cortesía, los McCorkill le ofrecían refugio en Beaver Lodge, si lo deseaba, aunque si prefería estar sola, decía Meg McCorkill, lo entendería; hacía mucho tiempo que no se veían, pero, si los necesitaba, no tenía más que decirlo.

La segunda era de Humphrey Cobbler. ¿Se había tomado alguien la molestia de decirle que Veronica Bridgetower estaba embarazada? Se calculaba que alumbraría a finales de diciembre o principios de enero. Estaba seguro de que no se lo habrían comunicado y en realidad no era asunto suyo, pero le parecía una mezquindad que el

fideicomiso Bridgetower no considerase pertinente avisarla de que, dentro de pocos meses, podría dejar de ser la beneficiaria de ese dinero. ¿Y dónde podía encontrar partituras de las canciones de Giles Revelstoke? ¿Había alguna posibilidad de echar un vistazo a la de *El descubrimiento de la brujería*? Le había caído del cielo un contrato de la Canadian Broadcasting Corporation para participar en un programa especial y quería dejarlos con los ojos desorbitados, o los oídos o lo que se desorbitara cuando uno se llevaba una sorpresa musical. ¿Serviría de algo escribir directamente a Revelstoke? Le deseaba mucho éxito en Venecia y se despedía afectuosamente.

La tercera carta era la de George Medwall, había llegado ya cuando volvió de Venecia. Decía así:

Querida Monica:

No es fácil escribir esta carta, porque no estoy seguro de si lo nuestro fue en serio alguna vez. A pesar de todo, siempre tuve la idea de casarme contigo, y tal vez lo sospecharas por algo que dijese yo. El caso es que hace mucho tiempo que no hemos podido hablar tranquilamente, con lo de tu madre, la última vez que viniste, y lo ocupada que estabas con el concierto. Lo cierto es que, si alguna vez llegó a haber alguna clase de compromiso entre nosotros o una idea en firme, ahora te pido que me liberes porque, en ese caso, voy a pedírselo a otra chica, puesto que ahora estoy en condiciones de casarme. La conoces. Es Teresa Rook. Recordarás que era la secretaria del señor Holterman y una empleada excepcional. Ahora ya es evidente, pero hace tiempo que nuestros caminos se separaron, aunque no es motivo para dejar de ser amigos. No voy a decir nada a Tessie hasta que me contestes, y espero que lo hagas tan pronto como puedas.

Tu sincero amigo,

GEORGE MEDWALL

El primer sentimiento fue de sorpresa, no se esperaba que George hubiera llegado a pensar siquiera que se casaría con él. Inmediatamente se avergonzó de ser tan estúpida y se acordó de que en algún momento también ella tenía planes, difusos, pero reales, con respecto a George. Sin embargo, ahora le chocaba mucho aunque quisiera disimularlo. Durante el tiempo que duró su relación, ¿cuántas veces le había dicho George: «Aclárate, Monny. Tienes que saber lo que quieres o serás el felpudo de todo el mundo»? Eso era lo que intentaba desde entonces, aclararse.

Se acordaba de Tessie Rook, cómo no. Era perfecta para George. Juntos llegarían lejos y seguro que George acababa en la presidencia de AAC, encumbrado en la alianza de los mundos respectivos del pegamento y el papel de lija. Se puso inmediatamente a escribir una respuesta generosa y las lágrimas que no pudo

derramar en la vista brotaron entonces, disfrazadas de alegría por el bondadoso George y la dulce Tessie.

Sin embargo, tan pronto como la distracción tocó a su fin, no le quedó más remedio que enfrentarse a la realidad de que Giles Revelstoke no estaba muerto cuando le quitó la carta de la mano y que, por tanto, si hubiera pensado más en él y menos en sí misma, habría podido salvarlo. Lo había matado ella con su egoísmo y su mezquindad.

El juez se precipitó al adjudicar a Domdaniel el título de albacea de la obra literaria y musical de Giles Revelstoke, pero *sir* Benedict lo deseaba y, sin perder un minuto, demostró que estaba capacitado para serlo. Giles no había dejado testamento. Cuando Griffith Hopkin-Griffiths llegó al piso de Tite Street, horas después del hallazgo del cadáver, se encontró con que *sir* Benedict ya se había hecho cargo prácticamente de la situación; con gran tacto, se ocupó de que se empaquetaran las pertenencias de Giles y las enviaran a Gales, hecho lo cual no había más que un paso para asegurarse el permiso de conservar los manuscritos hasta que se decidiera su destino. Pocos días después, una importante editorial musical se interesó en adquirir al menos algunas partituras.

La época inmediatamente posterior a la muerte de Giles, parecía que *sir* Benedict utilizara a Monica sin la debida consideración por sus sentimientos. Insistió en que empaquetara la ropa y los libros del difunto e hiciera las gestiones necesarias para trasladarlos; además le encargó vender los muebles, que no valían gran cosa, a un comerciante de King's Road y organizar el desalojo de todo lo inservible, incluidos los ficheros y la parafernalia de *Lantern*. La señora Klein necesitaba disponer del piso y había que vaciarlo. Tuke y Tooley no tenían dónde depositar los restos del naufragio de la editorial y, desde luego, Raikes Brothers no quería ni oír hablar de ellos. Por tanto, como la joven no era capaz de tirarlos a la basura, los guardó en un almacén a su nombre.

Es decir, Monica se pasaba el día entrando y saliendo del piso, organizando la venta de objetos que tenían un gran valor sentimental para ella, incluida la cama en la que tantas veces se había acostado con él. Sin embargo, lo peor de todo fue confeccionar un catálogo aproximado de su producción musical, cosa que hizo siguiendo las instrucciones de Domdaniel. En silencio, pálida y adelgazada, hizo lo que se le ordenó.

Cuando la gran editorial Bachofen empezó a mostrar interés por las composiciones de Giles, la señora de Hopkin-Griffiths no vaciló un momento en dar plenos poderes a *sir* Benedict para que se encargara de las negociaciones. La prensa diaria apenas se hizo eco de la defunción de Giles, pero las publicaciones dominicales más importantes le dedicaron largos artículos y numerosas cartas y, al cabo de tres semanas, Inglaterra sabía que había perdido a un hombre importante. El primero que comprendió las ventajas de la situación fue Phaniel Tuke, quien rápidamente llegó a un acuerdo con una editorial para publicar una recopilación de artículos de Giles en *Lantern*, con un prefacio elogioso que escribiría él mismo. Para ello necesitaba los ficheros de la publicación y se irritó mucho con Monica al enterarse de que estaban en un almacén y, en consecuencia, la señorita Tooley se vio en la obligación de hacer

el trabajo sucio de su amo y señor en el Museo Británico.

Las editoriales musicales tuvieron la astuta idea de promover la obra de Giles con la celebración de un concierto conmemorativo; sería el banco de pruebas de la posible popularidad de sus composiciones. *Sir Benedict* se resistía a aceptar la oferta de compra de derechos de composiciones sueltas del difunto, pues tenía intención de venderles los derechos sobre el conjunto de la obra. Por su parte, las editoriales preferían esperar el momento oportuno. Entre tanto, no les importaba invertir un presupuesto modesto en comprobar el verdadero potencial de la música de Giles.

El anuncio del concierto, que se celebraría a finales de noviembre, despertó mayor interés que el que se imaginaban los editores en sus sueños más optimistas. Giles Revelstoke se puso de moda repentinamente en el mundillo musical, debido en gran medida al entusiasmo que desataron entre las medianías melómanas dos artículos conmemorativos que publicó consecutivamente Stanhope Aspinwall en el dominical *Argus*. No es que Aspinwall lo alabara sin restricciones, puesto que volvió a censurar los errores que había encontrado en la obra en vida del autor, pero elogió las virtudes con mucha mayor generosidad. El cambio de tono, articulado con toda sutileza, dio sus frutos.

—En serio, Monny, si eres artista, más vale que te mueras; es lo mejor para lograr que te hagan caso —dijo Bun Eccles. Tenía varios bosquejos de Giles y los derechos de reproducción se estaban vendiendo bien—. Estoy pensando en intentarlo yo también un día de estos. ¡Que piensen que su desdén me ha empujado al suicidio! El único inconveniente es que, muerto, no te llevas ni un chelín.

Sir Benedict se encargaba de la organización del concierto y la primera artista a la que contrató fue a Monica. Puesto que actuaba en representación de los editores, pudo ofrecerle los honorarios más elevados de su breve carrera.

—Pero ¿soy la persona idónea? —preguntó—. Mi nombre no atraerá público a la sala. ¿Por qué no Evelyn Burnaby?

—También ella va a participar —dijo Domdaniel—. Giles escribió para ti gran parte de las últimas y mejores obras: un gancho excelente, si se utiliza con mesura.

A Monica no le gustó el planteamiento y así lo manifestó.

—Cuando todo haya pasado, habrá tiempo de sobra para los sentimientos delicados —dijo Domdaniel—, pero ahora tenemos el deber de dar a la obra de Giles la mayor y mejor difusión posible. Te enseñó personalmente algunas canciones de las que vas a cantar, las creó sobre tu voz exactamente como quería que sonasen, conque deja de quejarte.

—Es detestable explotar de esa forma mi relación personal con él.

—Lo que se va a explotar es vuestra relación artística, si quieres llamarlo así. Muchos años después de Trafalgar, cuando *lady* Hamilton asistía a un concierto de Braham, con *The Death of Nelson* en el repertorio, en un momento revelador de la canción, ella se desmayaba aparatosamente y había que sacarla de la sala. No te pido nada de ese estilo, sino que des a conocer la auténtica voz de Giles Revelstoke,

porque eso es lo que eres, y que empieces a establecer una tradición incontestable en la interpretación de algunas de sus mejores obras. Deberías estar agradecida por poder hacerlo, maldita sea. Que fueras su amante es una trivialidad. Si es eso lo que te atormenta, por el amor de Dios, vuelve al centro parroquial del que hayas salido y dedícate a la enseñanza. Vamos, aclárate de una vez y no me hagas perder el tiempo.

Era la primera vez que Monica veía a *sir* Benedict de mal humor y no le costó mucho hacerle caso. Amy Neilson había acertado: como no tenía una gran personalidad, era mejor que siguiera el consejo de quienes sabían más que ella.

Aun así, la idea le parecía aborrecible y, cuando comunicó a *sir* Benedict su decisión, él la tuvo en cuenta y se ablandó un poco.

—Todo intérprete de cualquier arte, por consagrado o sensible que sea, tiene por necesidad una faceta exhibicionista —dijo— y si no, no vale nada. No es grave si se sabe dosificar a conveniencia. No le des más vueltas, te ayudaré a superarlo.

«No le des más vueltas». Pero no era darle vueltas, sino un miedo cervical que apenas podía contener. ¿Y si mientras catalogaba las obras de Giles se arrojaba al suelo aullando como una perra? ¿Y si cuando tuviera que regatear con un comerciante de objetos de segunda mano para vender la ropa blanca de Giles se echaba la colcha encima y huía dando voces por King's Road, como Hécuba viuda? ¿Y si al ver a un policía se ponía a gritar: «¡Lo maté yo!» y tendía las manos para que la esposara? Estaba despavorida.

Sabía muy bien que no se dejaría llevar. No es que fuera a hacer esas cosas, sino que a veces quería hacerlas. Le asombraba la capacidad que tenía de sufrir por dentro, de abandonarse a los excesos de dolor y pánico y, al mismo tiempo, ofrecer al mundo una imagen estoica. Soñó tres veces que Giles se le acercaba con los ojos en llamas y una mueca iracunda y deforme y que la amenazaba con un cuchillo ensangrentado. El sueño le infundía un terror paralizante, pero después, cuando se despertaba sudorosa, jadeando y estremecida hasta lo más profundo de su ser, la vida cobraba mayor sentido. El espejo le daba la insólita noticia de que esos sueños la favorecían. «Aclárate, Monny», decía George Medwall. Le parecía que nunca se había conocido menos que ahora, aunque tampoco había perdido nunca el dominio de sí.

Sin embargo, no conseguía ocultar por completo el agotamiento nervioso, del que Molloy se daba cuenta perfectamente, puesto que trabajaban juntos a diario para preparar el concierto, y no le pasaba una. Desde el episodio del baile Vic-Wells, la actitud del maestro era distinta; no se molestaba tanto en impresionarla, se cohibía más, pero al mismo tiempo resultaba más íntimo; le exigía como nunca y no la intimidaba tanto. Monica le perdió el miedo y se hicieron buenos amigos.

—Vas de cabeza al desastre —le dijo un día de octubre, después de una clase particularmente ardua—. Necesitas unas vacaciones más que el aire que respiras, pero descuida, que al concierto llegarás en perfectas condiciones, ¡te lo garantizo! Pero no me hago responsable de lo que te pase después. Sal de este infierno una buena temporada. ¿Por qué no te vas a Canadá? Luego vuelves como nueva y empiezas otra

vez. Estás al borde de un ataque de nervios y no vas a aguantarlo mucho tiempo. Siéntate, voy a pedir a Norah que nos traiga té.

Unos días después, fue *sir* Benedict quien habló de vacaciones.

—Pensaba ir a casa en Navidad —dijo Monica—. Unos amigos míos están pasando un mal momento y me gustaría acompañarlos.

Y, a continuación, para asombro de *sir* Benedict, le habló de Solly y Veronica y le contó la curiosa cláusula por la que se regía el fideicomiso Bridgetower.

—Conque ya ve —concluyó Monica—, si tienen un hijo, y se lo deseo de todo corazón, todo esto se acabará para mí. Mi buena suerte se ha basado en su desgracia y, desde que lo sé, tengo la sensación de ser la aventurera más implacable del mundo. De no haber sido por *El asno de oro*, no habría podido seguir adelante. Estoy satisfecha de haberlo hecho, pero ahora todo ha terminado y quiero sincerarme con ellos, si es posible.

De modo que, con permiso de *sir* Benedict y algunas gestiones de Boykin, al cabo de pocos días Monica estaba en Cockspur Street haciendo su reserva en un barco para la última semana de noviembre. Mientras rellenaba impresos, se fijó en un cartel que invitaba a todos los colonos a ir a Canadá inmediatamente. Un joven en mangas de camisa, bronceado y tan rebosante de salud y buena voluntad como una estufa al rojo vivo, sonreía espléndidamente en medio de un trigal. «Supongo que representa a mi país —pensó—, aunque nunca he visto a nadie así. Es extraño que lo vea tan joven y yo me siento tan mayor».

Antes de la semana del concierto, tenía un compromiso ineludible: presentarse en Neuadd Goch a informar a la madre de Giles de todas las gestiones que había hecho. Deseaba quitárselo de encima. Habría hecho cualquier cosa por no tener que ir, pero Domdaniel no podía encargarse y no había nadie más a quien recurrir. Por lo tanto, una semana de tiempo espantoso en la que no dejó de llover, se desplazó a Gales, al entorno que ya conocía, aunque, gracias a Dios, no la alojaron en el mismo dormitorio que la vez anterior.

La señora Hopkin-Griffiths tenía mejor disposición para los negocios de lo que Monica esperaba. Lo entendió todo, aceptó sin vergüenza las pocas libras que había sacado de la venta de los enseres de Giles y firmó los papeles que tenía que firmar. Ventilaron el asunto en una hora.

—Gracias, querida —dijo, después de aclararlo todo—. Estoy segura de que sabe cuánto le agradecemos todo esto Griff y yo. Ha tenido que ser muy desagradable organizar tantas cosas, venderlo todo y liquidar hasta el último cachivache. Yo no habría podido soportarlo y Griff detesta Londres. Tanto *sir* Benedict como usted han sido absolutamente maravillosos. Es curioso, no sé por qué, pero todo el mundo me hace favores. ¿A qué se deberá? Nos gustaría poder hacer algo por usted. Desde luego, ¡qué coincidencia tan inesperada y extraordinaria que fuera usted alumna de Giles! Como sabrá, nunca tuvo más alumnas y... ¡aparecer así de pronto, en Navidades...! Fue como si estuviera predestinado, aunque eso son tonterías, en

realidad, supongo.

—Vendrá a Londres para asistir al concierto, ¿verdad?

—Querida, ¿pensará que no tengo perdón si le digo que no? Sinceramente, no creo que pudiera soportarlo. No, me quedaré aquí. El entierro fue atroz. No sé cómo logré resistirlo.

—Desde luego, un concierto de música suya, en estas fechas, será muy conmovedor para quienes lo conocieron.

—¿Usted cree? Es posible. No sabría decirle. Verá, en realidad no sé nada de la música que componía mi hijo. No conozco esa faceta suya en absoluto. ¿De verdad es tan buena la ópera que escribió?

—Stanhope siempre la compara con *La flauta mágica*.

—¿De verdad? ¿Tan buena es? Griff y yo no la hemos visto, ya sabe. ¿Cree que volverán a representarla alguna vez? Cuando la hicieron en Londres, Griff estaba pachucho y no teníamos ánimos para viajar y cuando la llevaron a Venecia, acabábamos de volver de Baden, a donde vamos desde hace muchos años (le aseguro que no podría soportar el invierno sin esa estancia en Baden), y entre los gastos extraordinarios que nos habría ocasionado el viaje al continente, las fechas y todo lo demás, no pudimos, sencillamente. Desde luego, ahora me lo reprocho. Pero lo hecho, hecho está, ¿no? Por cierto, ¿le gustaría ver su tumba?

Monica se había hecho el propósito de no volver a Londres sin ver la tumba de Giles, pero no quería hacerlo en compañía de Dolly Hopkin-Griffiths. Sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar la invitación y se pusieron en camino.

En verano, el cementerio de Llanavon era muy agradable, pero en los primeros días de noviembre estaba húmedo y frío y los tejos, empapados, inspiraban más tristeza que nunca. El montículo bajo el que yacía Giles estaba cubierto de hierba, pero no habían colocado la lápida y la tierra, demasiado esponjada todavía, no se había puesto al nivel del terreno; de todos modos, lo amparaba la sombra, por así decir, de una gran cruz celta dedicada a la memoria de la familia Hopkin-Griffiths. Era una cruz de la primera época victoriana, fea pero fuerte, cuya vista animó a Monica. Parecía tan sólida que sin duda duraría eternamente. Se alegró de que Giles reposara entre caballeros galeses de rostro bermejo, en un cementerio situado en plena campiña; saber eso le apaciguó una sensación profunda que la atormentaba, la sensación de que Giles agonizaba en alguna parte, solo y confinado. Era un concepto pagano de la muerte, lo sabía, pero hasta ese momento no había podido deshacerse de él.

La señora Hopkin-Griffiths rezó una breve oración y lloró un poco, pero no podía estar callada mucho tiempo.

—Vengo todos los días —dijo—, si el tiempo no se pone feísimo de verdad. Por los remordimientos, supongo. Es que, verá, querida, me remuerde la espantosa sensación de haber defraudado a Giles. ¿Quizá porque me casé con Griff? Pero Griff siempre lo trató con tanta consideración como mi hijo le permitió y me parecía que

también yo tenía derecho a ser feliz, ¿comprende? Pero los niños juzgan con severidad. Yo lo quería muchísimo y estoy segura de que lo sabía, pero siempre he sido egoísta y tonta. No, no, querida, no me diga que no por pura amabilidad. No sé por qué, pero todo se torció. Me lo he preguntado muchas veces y Griff ha sido muy comprensivo conmigo, siempre me dice que no ha sido culpa mía. Pero da igual, una y otra vez me invade la sensación de que, si le hubiera hecho más caso, cuando fuera o en lo que fuese, ahora no estaría aquí. Griff no me permite que lo diga, pero se lo diré a usted, querida: a veces creo que lo maté yo.

Plenamente convencida como estaba de haberlo matado ella, Monica se esforzó por disipar el disgusto de la madre.

—Es usted muy amable, querida —dijo Dolly—; aunque en realidad hace muy poco que la conocemos, nos parece usted una amiga muy querida, a Griff y a mí. Tanto es así que... bueno, he dicho que nos gustaría hacer algo por usted y no sé por qué hay que guardarlo todo en secreto. Me refiero a los manuscritos musicales de Giles. ¿Le gustaría quedarse con alguno? En realidad nos ha dado la idea *sir* Benedict. Dijo que había uno dedicado a usted. Tal vez desee conservarlo. No sé si es un regalo como Dios manda o un papel sin importancia, pero seguro que Giles la apreciaba mucho. Me habría hecho feliz que la hubiese apreciado más aún, a usted o a una persona de su estilo. Teníamos las esperanzas depositadas en Ceinwen, pero hace unos meses se comprometió con un dentista de Rhyll. A Griff le gusta, porque es descendiente de Brochwell Yscythrog, aunque yo preferiría que fuese médico de verdad, y no dentista; pero así son las cosas, no se puede tener todo. Me habría hecho muy feliz que mi hijo hubiera sentado la cabeza con alguien que lo cuidara.

Esa noche, cuando se iban a acostar, Dolly volvió a sacar a colación el asunto del manuscrito de *Kubla Khan*.

—Voy a escribir a *sir* Benedict para decirle que se lo dé a usted. Por cierto, querida, tal vez le gustaría quedarse también con esto —dijo, y le puso un objeto en la mano.

Cuando Monica llegó a su dormitorio, miró lo que era con el temor de que en realidad no fuera lo que deseaba. No tenía nada que temer. Era el anillo de Giles.

A mediados del siglo XVIII, James Tassie hizo un gran número de bellas copias de joyas griegas, entre ellas, el anillo de Giles; consistía en una piedra verde con la figura de Orfeo tañendo la lira. Era un grabado del dios desnudo y podía servir para sellar con lacre. Giles lo llevaba siempre en el meñique de la mano izquierda, pero Monica se lo colocó en el anular.

Al día siguiente volvió a Londres y, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, no pudo arreglárselas para hacer otra visita al cementerio sin tener que decírselo a Dolly; no quería compañía. Sin embargo, el tren pasaba por delante de la iglesia y los tejos de alrededor y, cuando pasó, Monica estaba pegada a la ventanilla del vagón, con el anillo en los labios.

La noche del concierto conmemorativo, estaba más nerviosa que nunca. Había pasado el día pésimamente y Molloy, que llegó a los camerinos con mucha antelación, la encontró pálida y tensa.

—A ver, presta atención: ya es hora de que aprendas a comportarte correctamente en los conciertos, porque no voy a estar siempre a tu lado haciéndote de niñera —dijo—. ¡Por Dios, eres la viva imagen de una ahogada! Has hecho una cosa peor que llorar: contenerte. Ahora mismo vamos a trabajar un poco, señorita.

Entre órdenes y bromas, en solo diez minutos logró que Monica recobrase la calma.

—Ahora respira —dijo—. Ya has respirado mucho, pero no ha servido para nada, porque estabas hinchada de dolor, con el pecho contraído y la garganta cerrada, más hinchada que una rana. ¿Qué se te ha metido ahí dentro? ¿Giles?

Por supuesto, no le dio la razón y el maestro tardó unos minutos en convencerla, hasta que lo reconoció.

—En fin, ahora olvídate de él hasta que termines el trabajo de esta noche. Sí, he dicho que lo olvides. Todo esto es en honor suyo, lo sé tan bien como tú. Si quieres que se sienta orgulloso de ti, piensa en ti misma, no en él. Sí, sí, el primer deber del intérprete es para consigo mismo; si no lo cumple, tampoco cumple con el público. Mézetelo en la cabeza: cultiva el arte que hay en ti, no a ti conforme al arte, como dice el amigo ruso. Ese es el peligro; ¡cuántos cantantes se pasan la vida adorando al Número Uno, y no tienen rival, te lo aseguro! Cultivar el arte que llevas dentro es una cosa muy distinta.

—Deseo tanto hacerlo bien esta noche, por Giles, que me he dejado llevar. No he podido evitarlo. Sé que lo entiendes, Murtagh, y que solo finges estar enojado.

—Verás, pequeña, comprendo lo que quieres decir, no creas que no, pero voy a decirte una cosa de Giles: en las actuaciones en público, nunca pasó de aficionado. Como compositor, excelente, desde luego. Algunas obras tuyas pasarán a la historia, mira lo que te digo, pero ante el público, un simple aficionado, nada más, y no me refiero a la inexperiencia; quiero decir que se dejaba llevar por toda clase de ideas absurdas y no se concentraba en el trabajo como hay que hacerlo. ¿Un genio? Sí, pero de disciplina, ni idea. Tú ya eres profesional. Has alcanzando un nivel con el que él no podía ni soñar y te he enseñado cosas que él no sabía, conque aplícate: durante las próximas dos horas, lo único importante sois la música y tú.

Después de semejante sermón, la actitud de Monica fue absolutamente encomiable. Cantó *Kubla Khan*, interpretó la voz de soprano de *El descubrimiento de la brujería*, hizo con Amyas Palfreyman los dúos de las escenas de la poción y la metamorfosis de *El asno de oro* y, al final del concierto, cantó con Evelyn Burnaby y

Palfreyman el arreglo a tres voces del canto fúnebre de *Cymbeline*. Tan serena fue la calidad profesional de la concentración que le imbuyó Molloy, que no titubeó en ningún momento y, después del concierto, en la fiesta en casa de Domdaniel, mereció los elogios de todo el mundo, excepto de Molloy, aunque cuando cruzaron una mirada, el maestro le hizo un guiño tan aparatoso como un portazo; fue elogio suficiente para la alumna.

Cuando los últimos invitados estaban a punto de marcharse, Domdaniel pidió a Monica que se quedara un momento.

—Luego te llevo a casa —dijo—, pero antes quiero hablar contigo de un par de cosas. Te marchas mañana a Canadá, ¿verdad?

Fue algo más que un momento. Cuando se hubo despedido todo el mundo, excepto Monica, Domdaniel se quitó los botines y el chaqué y se tumbó en un sofá y Monica se puso a recoger vasos y platos para llevárselos a la cocina.

—Deja eso —dijo Domdaniel—. Fred se ocupará por la mañana.

—Voy a vaciar los ceniceros. Si los dejamos aquí, apestarán la habitación.

—Pues que apesten. Siéntate. ¿O prefieres tumbarte? Quítate los zapatos.

Monica se dio cuenta de lo cansada que estaba, así que se quitó los zapatos y, mientras cruzaba la habitación hacia el sofá de enfrente de Domdaniel, este se rio.

—Dance Micawber —dijo—. La primera vez que te vi te dije que te quitaras los zapatos y tocaste *Dance Micawber*.

Monica se ruborizó. No le gustaba que le recordaran lo simple que era al principio.

—Lo de esta noche ha sido una Dance Micawber de las buenas, sin duda —continuó Domdaniel—. Gracias a Dios, ya ha pasado todo. Hemos cumplido con nuestro deber, ¡qué alivio!

—¿Cree que ha quedado bien?

—Muy bien.

—¿Están satisfechos los de Bachofen? ¿Cree que ahora querrán publicar las obras?

—Sí. Hace ya un par de semanas que tomaron la decisión, al ver cómo se vendían las entradas para esta noche. Van a publicar la obra completa de Giles. Probablemente tarden año y medio o dos años, pero lo harán muy bien.

—La señora Hopkin-Griffiths estará encantada. ¿Los derechos de autor son para ella?

—¡Ah, desde luego! Dice que no sabe nada de contratos ni de música, pero es muy astuta. En fin, que tenga buena suerte.

—Supongo que los derechos producirán bastante, ¿verdad?

—No se puede saber. Hemos hecho todo lo que podíamos para que así sea: llenar el Wigmore Hall con un concierto de música contemporánea, escrita por un joven compositor fallecido recientemente en circunstancias que a algunos les parecen románticas. Eran solo seiscientas personas, pero importantes. Así evitamos que su

música se pierda en el olvido y haya que rescatarla con penas y trabajos.

—Pero, en cuanto a la música en sí... El señor Aspinwall ha dicho que *El asno de oro* es una gran ópera. ¿Opina usted lo mismo?

—Sospecho que Aspinwall tiene mala conciencia por lo de Giles. No me gusta hablar de grandeza, porque nunca he sabido con certeza en qué consiste. La música de Giles tiene personalidad, es melodiosa y la admiro mucho. ¿Es que no lo he demostrado?

—Sí. No quería parecer entrometida, pero es que el señor Aspinwall ha sido tan espléndido en los elogios... que le ha dedicado. Hasta ha llegado a decir que el libreto de *El asno de oro* es maravilloso, cuando siempre se había quejado de que Giles antepone el texto a la música. Sin embargo, ahora dice que es una obra filosófica.

—Sí, eso es muy gracioso, porque... nadie menos filosófico que Giles. Es extraordinario que haya personas con mucho más talento para crear que para vivir. La metamorfosis del hombre físico en hombre espiritual: un buen tema. Sin embargo, no logró en la vida lo que supo hacer musicalmente. En fin, el futuro de su obra está ahora en manos de Bachofen y los dioses. De momento, he cumplido mi parte y me alegro de que todo haya terminado.

—Lo ha hecho usted maravillosamente. Sé que Giles le estaría tremendamente agradecido.

—Pues sería la primera vez.

Monica no dijo nada.

—¿Te he escandalizado? *De mortuis nil nisi bonum*, ¿se dice así? Bueno, lo siento, no lo digo con rencor, pero conocía a Giles y sé que no destacaba por su gratitud.

—Yo también lo conocía.

—Sí. Tú lo amabas. Y esta noche estoy de un humor tan perverso que voy a hacerte esta pregunta: ¿alguna vez mostró comprensión o aprecio por tu amor?

Monica volvió a guardar silencio.

—Te entregaste a su música como una esclava. ¿Alguna vez te dijo algo al respecto? ¿Alguna vez te dio las gracias por cantar sus cosas como lo haces?

—¿Qué necesidad tenía? La afortunada fui yo, que me dio la oportunidad. Además, debo decir, *sir* Benedict, que no me han enseñado a esperar agradecimiento ni elogios por mi forma de cantar. Ni usted ni el señor Molloy me han dicho nunca que cante bien. Al menos, no directamente. En algunos momentos, una palabra amable me habría ayudado mucho, pero he aprendido a no esperarla. He dado por supuesto que así eran las cosas entre maestro y discípulo. La opinión que pueda haberme formado de mi voz o de mi estilo se la debo a los críticos, no a mis maestros. Y Giles hacía lo mismo que ustedes.

—¡Bobadas! Nosotros éramos exigentes, como debía ser, pero yo he visto a Giles tratarte como si fueras basura. Tal vez humillarte en público fuese su manera de

demostrar afecto. Quizá te guste que te traten a patadas, como a otras mujeres, pero nunca lo vi dirigirse a ti de otra manera.

«No tenía que haberle dicho esas cosas —pensó Monica—. No me extraña que se haya enfadado conmigo. ¿No me dijo un día que éramos compañeros musicales? ¿Cómo puedo ser tan olvidadiza, tan ingrata? ¡Y Murtagh ha sido tan bueno conmigo esta noche! ¿Es que ahora ningún elogio es suficiente para mí?».

Al parecer, también Domdaniel lamentó lo que había dicho, pues continuó con las siguientes palabras:

—No pienses que no apreciaba a Giles, porque lo apreciaba, incluso demasiado, he pensado muchas veces. Hice todo lo que pude para que saliera adelante. Nunca escatimé esfuerzos cuando veía una ocasión de promocionarlo o ayudarlo. Incluso te mandé a tomar clases con él cuando supe que su situación económica era desesperada. Y, para que lo sepas, de eso me he tenido que arrepentir muchas veces. Me equivoco a menudo con la gente, soy un perfecto imbécil. Pensé que una persona como tú lo humanizaría y por eso me puse a intrigar como un loco para que pasaras las Navidades con su familia, hace un par de años. Me entrometí en los asuntos de Giles y en los tuyos. Y no creas que no me doy cuenta de que el resultado fue desastroso.

Monica tomó la palabra.

—No, a mí no me lo parece. No hay para tanto.

—Pues sí, desastroso. Cometí una locura mayúscula. Quise moldear el destino de otra persona y ya ves cómo ha acabado. No creas que no sé que a Giles lo maté yo.

Sir Benedict esperaba que la última frase surtiera cierto efecto y estaba preparado para una reacción de incredulidad, para las lágrimas, la histeria o la ira, pero cuando Monica empezó a reírse a carcajadas, se irguió en el sofá y la miró sin dar crédito a lo que veía.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres un trago? ¿Un poco de agua? ¡Por el amor de Dios, deja de reírte! ¿Qué tienes?

—Es que es usted la cuarta persona que se empeña en decirme que mató a Giles Revelstoke.

Le dijo los nombres de Bun Eccles, Stanhope Aspinwall y la señora Hopkin-Griffiths.

—Menuda sarta de tonterías —dijo *sir* Benedict, furioso—. Medio Londres manipula el contador del gas. En cuanto al artículo de Aspinwall... se halaga a sí mismo; desde que no sé quién tuvo la feliz idea de decir que a John Keats lo mató una crítica áspera, cualquier pardillo de las letras reclama su momento de gloria. Respecto a la madre, sencillamente no me lo creo: el mundo está lleno de personas sanas que tienen una madre egoísta y tonta. Yo hablo de otra cosa muy distinta y muy grave. Giles tenía envidia de mí, de mi fama, a pesar de los veinte años de diferencia entre los dos. Una auténtica estupidez por su parte, porque él era compositor y yo no, y por eso lo apreciaba tanto; pero, claro, yo dirigía y se me veía más, y él también

quería dirigir, además de componer. Un empeño absurdo, pero lo obsesionaba. El suicidio... solo puedo entenderlo como una venganza contra mí. Lo maté cuando dejé tan claro en La Fenice (y, además, con el respaldo de Petri) que no servía para dirigir ni serviría nunca. Es horroroso: estaba tan furioso, tan ofendido por sus disparates, que quería aplastarlo de verdad, y lo disfruté como un perverso. Por supuesto que se suicidó, pero eso es lo de menos. Murió de mortificación y de ambición frustrada y supongo que el responsable soy yo. Moralmente, lo maté yo.

—¿Debía hablar Monica? Sí. Pasara lo que pasase, ¡sí!

—Quizá desde un punto de vista moral haya tenido usted algo que ver, pero si se analizan los hechos fríamente, lo maté yo: primero le partí el corazón y luego lo abandoné cuando agonizaba.

Entonces, le contó lo sucedido pormenorizadamente.

Sir Benedict se quedó callado un rato. A continuación se levantó y se preparó una generosa copa de *brandy* y soda. Volvió al sofá en mangas de camisa y calcetines y se inclinó hacia Monica.

—¿Estás convencida de que lo mataste?

—Sí.

—¿Y no puedes con el peso?

—Todas las mañanas me pregunto cómo voy a pasar el día sin contárselo a nadie. Y ahora ya lo he contado.

—Pues no lo repitas nunca más, ¿entiendes? No lo digo por decir. Probablemente, lo que hiciste no se consideraría asesinato, casi seguro que no, pero sí homicidio o negligencia con resultado de muerte o algo por el estilo, porque, al fin y al cabo, volviste a abrir la llave del gas. Eso no se puede cambiar. Y es de vital importancia que tengas las cosas claras sobre este asunto. Aunque te veas en la obligación de engañar a otras personas, no te engañes a ti misma bajo ningún concepto. Ahora, júrame que nunca se lo dirás a nadie. Ven aquí. Esto es muy serio.

—¿Qué tengo que decir?

—Oh, prescindamos de solemnidades operísticas. Te ordeno que jamás se lo cuentes a nadie. ¿Vas a obedecer?

—Sí. Lo prometo.

—De acuerdo. Yo te absuelvo. Y ahora, dejemos a un lado las tonterías legales y pensemos en lo que sucedió. Lo encontraste y creíste que estaba muerto.

—Sí, y en lo primero que pensé fue en salvar el pellejo.

—Porque tenía tu carta en la mano... tu carta en una mano y las duras palabras de Aspinwall sobre su forma de dirigir en la otra.

—Sí.

—Se dispuso a morir con esos dos papeles para que el mundo supiera por qué se quitaba la vida.

—Supongo.

—Sabía que volvías a Londres esa noche. ¿Crees que contaba con que irías al

piso?

—Es posible.

—Te conocía. Era mucho más listo que tú. Calculó las probabilidades de que fueras tú quien lo encontrara y acertó. Además, eras la única que tenía otra llave.

—Ya he pensado en todo eso.

—De acuerdo; entonces, ¿cómo podemos llamarlo, conmisericordia por sí mismo o canallada? O tal vez enloqueció.

—Teniendo en cuenta lo que hice, no soy quién para juzgarlo.

—A él, no, en eso tienes toda la razón, pero es absolutamente imprescindible que juzgues tu conducta. Supongamos que hubieran encontrado la carta. ¿Crees que alguien habría pensado de verdad que se suicidó por ti? A Aspinwall no se lo ha atribuido nadie, más que él mismo, lo cual le llevará a ser más prudente con los puntos y las íes de ahora en adelante, porque su crítica tenía diez renglones de reproches y casi una columna de elogios encendidos. Tu carta era de amor, ¿verdad?

—Ya le he dicho que rompí con él para siempre. Fue una carta cruel y... —
Monica no pudo continuar.

—¿La tienes todavía? ¿Me dejas leerla?

Siempre la llevaba. No podía romperla, pero tampoco se atrevía a dejarla en ningún sitio, por si la encontraba alguien. La sacó del bolso y se la dio.

Sir Benedict la leyó dos veces.

—¿A esto lo llamas tú romper para siempre? —dijo.

Monica, que se había puesto a llorar como no lo había hecho desde la muerte de Giles, no contestó. *Domdaniel* echó la carta al fuego y al cabo de un instante desapareció para siempre.

—Creo que me he convertido en cómplice —dijo *sir Benedict*.

Marearse en un barco nunca ha producido efectos tonificantes en el ánimo; sin embargo, cuando Monica cruzó el Atlántico para volver a Canadá, su estado de ánimo mejoraba en la misma medida en que empeoraba su malestar físico. No se lo explicaba ni era propio de ella intentarlo. La había aliviado mucho confesarse con Domdaniel. Necesitaba hablar con alguien de los remordimientos que tenía y la única persona posible, aparte del gran director, era Eccles, pero jamás se habría atrevido. No solo estaba convencido de que a Giles lo había matado él, por muy inintencionadamente que fuera, sino que le había dado por empinar el codo y no se le podía confiar ningún secreto. De todos modos, apreciaba su amistad. Le había regalado el mejor bosquejo de Giles, el que habían utilizado para la portada del programa del concierto conmemorativo. Tuke lo quería para su libro, pero Bun no quería dárselo a él por nada del mundo. Eso, sumado a la circunstancia de que se le hubiera encargado a Aspinwall, y no a él, la redacción de una breve semblanza de Giles, también para el programa, lo había irritado tanto que llegó a amenazar a Monica con denunciarla por apropiación indebida de los bienes muebles de *Lantern* (una caja de cartón con las fichas de los suscriptores, cinco ficheros desordenados de correspondencia manoseada, la tirada completa de un número de la revista y tres cajas grandes de cachivaches diversos). Sin embargo, la iniciativa no prosperó. A nadie le importaba ya la revista, excepto a Raikes Brothers, que se propuso cobrar la factura pendiente a la señora Hopkin-Griffiths. Todo eso había quedado atrás y, para su sorpresa y vergüenza, también Giles. Lamentaba su trágico fin, pero los remordimientos iban desapareciendo y ya no soñaba con él. El entumecimiento anímico disminuía también y, para su asombro, lo que quedó en su lugar era pesar y un sentimiento de pérdida, pero muy poco dolor. Desembarcó en Canadá con la sensación de haber enviudado, no de ser una asesina. Seguía convencida de que ella había matado a Giles con sus graves defectos de carácter. Pero sin saber muy bien cómo lo había aceptado. Hasta ese punto, al menos, veía las cosas con mayor claridad.

A principios de diciembre, Salterton estaba más gris que nunca y la casa, sin Ma, resultaba desoladora; no por lo que se dijera o se hiciera allí, sino porque estaba como desangelada. A eso se añadía la dificultad física de las camas. Había solo dos dormitorios, el de Pa y el de la tía Ellen. No quiso aceptar el sitio que le ofreció su tía en su cama; se había acostumbrado a dormir sola o con un hombre y ya no podía acostarse con una anciana que, por lo general, tenía dos estrepitosos ataques de tos todas las noches. De ocho y media de la mañana a cinco y media de la tarde, ni su padre ni la tía Ellen estaban en casa, ¿qué podía hacer ella entretanto? Fue a ver a Alice un par de veces, pero tampoco le sirvió de nada, porque, cuando estaba con su

hermana mayor, parecía que la despojase de Londres, de París, de la serenidad y de todo lo que había aprendido sobre sí misma con mucho esfuerzo, y se peleaban con tanto encono como cuando compartían un minúsculo dormitorio en casa de sus padres. ¿Con tanto encono? No, ahora era peor, porque las dos habían ganado personalidad. Alice se quejaba de que su hermana tuviera dinero, de que le hubiera «caído del cielo» sin más ni más, de que su ambición personal se estrellara despiadadamente contra la necesidad de adquirir una casa nueva y más grande, mientras que Monica no tenía ese conflicto vital, y de que ahora se comportaba con una altivez (¡ay, la sombra de Ma Gall!) que no le correspondía, puesto que nunca había sido superior ni poderosa y, por tanto, pecaba por «apegarse a esas cosas». Era inconcebible que lo que había aprendido e interiorizado fuera ahora más natural que las actitudes y costumbres que había aprendido en el seno de la familia. También ella intentaba huir de su familia, pero siempre arrastraba en un pie la bola y la cadena. La envidiaba porque se había liberado de esa servidumbre... y sin mucho esfuerzo, en su opinión. Con un par de visitas a Alice tuvo suficiente.

Bastó con cumplir la obligación de ir una sola tarde al cine en compañía de George Medwall, Teresa Rook y un tímido amigo de George para que se cerrase la puerta de una posible amistad. Tenía cariño a Kevin y a Alex, pero no podía pasar por alto el temor que les inspiraba ahora.

En resumen, tuvo que conformarse con dormir en el sofá del salón de casa de su padre sin disponer siquiera de un sitio propio en el que colocar la foto de Giles. Tenía que guardarla en la cartera de música y sacarla, como un avaro su tesoro, únicamente cuando se quedaba sola.

Era una tontería, y lo sabía, pero se descubrió pensando en la desconsideración en que incurrían sus conocidos por trabajar mientras ella estaba de vacaciones. Era una verdadera londinense, hasta el extremo de dar por sentado que, en ciudades más pequeñas, la gente no podía tener más ocupaciones que ella. «Qué tonta soy —pensó al advertir las ideas que le rondaban por la cabeza—. Necesito metamorfosearme, como Lucio en la ópera de Giles. Corro gran peligro de enamorarme del Número Uno».

No obstante, aunque su familia la recibió con frialdad, los Bridgetower, para su grata sorpresa, la esperaban con los brazos abiertos. Telefonó a Veronica para interesarse tímidamente por su salud y enseguida la invitaron a comer. Encontró un ambiente tan cordial, que se animó a decir a sus anfitriones lo mucho que deseaba que tuvieran un varón, y lo hizo con tanta sinceridad que Solly y Veronica la creyeron, a pesar de las contradictorias circunstancias.

—Eres muy amable —dijo Solly—. Desde luego, tenemos esperanzas. Ya sabes que las cosas no han sido fáciles, pero tampoco gira todo alrededor de eso. Si es chico, magnífico; en caso contrario, no será el fin del mundo. Creo que uno de los secretos de la vida consiste en no dar excesiva importancia a nada. Sé que suena horrible, pero es la única filosofía de mucha gente. El estoicismo mella el filo del

destino. Mi madre puso un empeño excesivo en cumplir su voluntad. Resultado: una artista notable da sus primeros pasos (bueno, eso es lo que dicen de ti, conque no lo niegues) y se estrena una ópera extraordinaria. Sinceramente, seguro que mi madre no previó ni deseó que fuera así. Solo quería imponernos el peso de su mano. En fin, no hablemos más del asunto o empezaré a decir cosas como «da que pensar, ¿verdad?».

No solo los Bridgetower la recibieron con los brazos abiertos, sino también los Cobbler y, aunque había pensado descansar una temporada, empezó a practicar un poco a diario con él para salir de la inhóspita cajita a la que llamaba su casa, en la que no había piano, pues la tía Ellen se había visto obligada a deshacerse del suyo porque en su nueva residencia no cabía.

Fue Cobbler quien convenció a Monica para que cantara el día del cuarto Sermón Conmemorativo Bridgetower.

—Anímate —le dijo—, cantaste en el funeral de la vieja y, desde entonces, te has convertido en la gran intérprete de las canciones de Revelstoke, entre otras cosas. Tal vez sea esta la última cabriola que tenga que hacer el deán, porque apuesto a que va a ser niño, y no estaría mal que, entre todos, la hiciéramos memorable. El coro cantará *Lo! Star-Led Chiefs*, máxima inspiradora del espíritu navideño, porque el deán quiere dedicar el sermón a los Magos de Oriente. Oye, ¿por qué no pones el broche de oro al asunto cantando *Los tres reyes* de los *Weihnachtslieder* de Cornelius? La subimos un par de tonos y les demostramos lo que sabes hacer. ¡Vamos, di que sí! Puede que este año se te acabe el chollo del fideicomiso Bridgetower. ¡Demuéstrales que no les guardas rencor!

Sin embargo, Monica no accedió hasta el día en que la llamó por teléfono el deán Knapp y le pidió que asistiera al oficio con tanta amabilidad que no pudo negarse sin parecer grosera. Todavía le tenía ojeriza por el reproche que le había hecho la tía Puss Pottinger cuando lo llamó «reverendo Knapp». En fin, ya era hora de superar una tontería tan grande.

¡Vaya si era hora! La mañana del seis de diciembre, día de San Nicolás y del Sermón Bridgetower, Monica fue a casa de Cobbler a ensayar; Humphrey y Molly estaban increíblemente eufóricos y triunfadores.

—¡Lo sabía! —gritó Cobbler poniéndose a bailar en medio de su caótico salón—. ¡Es niño!

—¿A qué te refieres?

—¡El pequeño Bridgetower! ¿Quién va a ser? Ha nacido sano y salvo, con todas las piezas atornilladas en su sitio y no le falta ni un dedito. Por tener, tiene hasta pelo, según dicen los enterados. Como ves, soy profeta; creo que voy a dedicarme profesionalmente. Iré a las bodas y entregaré a las felices parejas mi tarjeta: «Dentro de cinco meses, consulte a Cobbler; someta sus *sexpectativas* al criterio de la ciencia; confidencialidad absoluta garantizada». ¡Me voy a hacer de oro!

—Pero ¿no faltaba todavía un mes, por lo menos?

—Siéntate, tómate un café —dijo Molly Cobbler—. Y tú, Humphrey, cállate. No dices más que tonterías. En realidad, la cosa se puso muy fea. Resulta que Veronica ha tenido un embarazo estupendo, ¿sabes?, todo lo contrario que la primera vez, y no estaban nada preocupados, pero parece que anoche, a eso de las tres, Veronica se despertó y le pareció que la tormenta batía con fuerza en una ventana de otra habitación. Cállate, Humphrey, lo estoy contando yo y quiero hacerlo a mi manera. Los golpes venían del dormitorio de la señora Bridgetower, cosa extraña, porque esas ventanas no se abren nunca; lo mantienen exactamente como lo dejó la anciana y Puss Pottinger se ocupa de que así sea. El caso es que Veronica, adormilada como estaba, debió de confundirse (¡Humphrey, cállate!) y entró en la habitación. Solly se despertó al oír un grito horrible, vio que Veronica no estaba en la cama y se puso a buscarla, pero no se le ocurrió mirar en la habitación de su madre hasta después de haber visto las otras. Cuando por fin la encontró, la vio en el suelo en un estado lamentable, medio muerta de miedo, un poco ida y con contracciones fuertes. En fin, llamaron al médico y este la acostó precisamente en la cama de la anciana señora Bridgetower, en la que nació el joven Solomon a las cinco y media de la madrugada.

—¡Que se fastidie Ma Bridgetower! —exclamó Humphrey—. Se llevó al primero, pero esta vez no ha podido con Veronica. Mira, Molly, no hay quien me convenza de que la pobre no tuvo que forcejear con la vieja en plena noche, ¡conque cállate! Eso es amor, eso es entrega, por si no lo sabías —dijo, mirando a su mujer y moviendo la cabeza solemnemente como un negrito de juguete—. ¿Por qué no nos presentamos allí ahora mismo y nos echamos unos tragos a la salud del infante que pone fin al fideicomiso? Más vale que llevemos nosotros la bebida; los Bridgetower no siempre tienen con qué brindar. Pero llegan tiempos mejores, si puedo decirlo sin que a Monny le den escalofríos pecuniarios.

Y así, aproximadamente un cuarto de hora después, Monica se encontraba en lo que todavía debía llamarse la sala de estar de la señora Bridgetower (puesto que nunca llegó a perder ese carácter) brindando por el nieto de la difunta. A pesar de los esfuerzos de Cobbler, el ambiente era contenido y Monica sabía muy bien por qué: pese a su buena voluntad y a sus amables palabras, a los Bridgetower les parecía que la estaban despojando de un dinero con el que contaba durante un año más y no sabían hasta qué punto se lo reprocharía.

«En fin —pensó Monica—, depende de mí. Soy yo quien ha aprendido a comunicar emociones con naturalidad, buenos modales y control de artista. Si no quiero que esta reunión sea un triste témpano de hielo, me toca caldearla. Hay que madurar en algún momento, así que: allá voy».

—¿Podría ver a Veronica y al niño aunque solo sea un momento, por favor? —preguntó a Solly.

—Por mí, desde luego —respondió—. El médico se ha enfadado bastante; por lo visto, los nacimientos en casa son insalubres, ilegales, incómodos para la profesión o algo por el estilo. No para de decir que el niño es «prematuro», pero he logrado

convencerlo de que lo peor ha pasado ya y de que Veronica puede quedarse en casa. Vamos arriba.

El dormitorio de la señora Bridgetower no era bonito, pero sí tan comfortable que sofocaba un poco; además la anciana Ethel había encendido la chimenea innecesariamente, aunque el fuego alegraba el ambiente y daba una sensación de paritorio lujoso. Había ya unas flores de los Knapp y (detalle maravillosamente elocuente) otras de la señorita Puss. Veronica, reclinada contra un montón de almohadas, comía huevos con beicon.

—Sé que no es nada romántico estar todavía jadeando del parto y tener tanta hambre —dijo—, pero he dormido mucho y me comería un buey. Míralo. ¿No es una preciosidad?

La preciosidad yacía en una cesta de la ropa colocada junto a la cama en una mesita baja. A Monica, que nunca había visto un recién nacido, le pareció más bien repulsivo. Pero no había subido a decirle eso.

—Es adorable y le deseo una larga vida llena de felicidad —dijo inclinándose sobre la cesta al tiempo que aspiraba el *muhd* de un hada madrina.

«Al fin y al cabo —dijo de pronto una voz interior inquietantemente potente y conocida— das a este duendecillo más de un millón de dólares... aunque nunca fueran tuyos». Se sobresaltó un poco, porque era la voz de Giles Revelstoke. ¿Es que iba a tener otra más que, junto con la de Ma, le complicaría la vida y al mismo tiempo impediría que se dejara llevar por el romanticismo?

No se distrajo con esos pensamientos al apartarse de la cesta y acercarse a la cama a besar a Veronica con dulzura; pero Veronica estaba tomando su desayuno tardío y, como no se detuvo a tiempo, Monica besó una mejilla ondulante que no paraba de masticar. Se echaron las dos a reír, Veronica, porque era más feliz que nunca, y Monica, porque el crítico interior había ridiculizado su interpretación de *prima donna*. «Deja de hacerte la Ludwiga Kressel», dijo la voz de Giles. Mientras se reían, Solly y los Cobbler empezaron a reírse también, sin saber por qué, y el dormitorio de la señora Bridgetower se llenó de alegres carcajadas. Superada la timidez del primer momento, se dio cuenta de que nadie recelaba de ella.

—Tomemos otro trago —dijo Cobbler—. Tú también, Veronica; pero sin excedernos. El Sermón Conmemorativo es a las cuatro y media.

—Luego os quiero a todos aquí —dijo Solly—. Celebraremos una fiesta, pequeña pero selecta. Aunque... ¡demonios! Habrá que invitar al fideicomiso. En fin, será la última vez. Ronny, para ellos, té en las tazas Rockingham de la vieja Puss.

A las cuatro y veinticinco de esa tarde Monica estaba sentada en una sillita al lado del mueble del órgano de la catedral de St. Nicholas. Era una buena atalaya, porque, si se asomaba entre dos grandes columnas, veía toda la nave sin que nadie la viera a ella. Tenía una sensación de ridículo, vestida con una casaca morada y una gorguera, y con un velo en la cabeza que no le parecía nada favorecedor. Sin embargo, Cobbler quería que se pusiera esas cosas y ella no iba a quejarse, puesto que sabía que los anglicanos daban mucha importancia al atuendo litúrgico. No obstante, le habría gustado que el traje le sentara mejor y no oliera tanto a cantor del coro. No entraría en procesión con el coro, no se admitían mujeres, otro capricho anglicano, por lo visto. «Te van a oír clarísimamente, pero no deben verte», le dijo Cobbler, de modo que no le importó nada llegar a su sitio sin que nadie se diera cuenta.

Después apareció Cobbler.

—Vamos a echar un vistazo —dijo, asomándose entre las dos columnas por encima de los hombros de Monica—. ¡Buena parroquia! Hay casi cien personas; no está mal, para ser entre semana y laborable. El amigo Nicholas, obispo y confesor, estará satisfecho; en cambio, la difunta Louisa Hansen Bridgetower esperaba que acudiera mucha más gente a su sermón, pero es que no sabía lo que es la humildad. Veo a Solly... al viejo Snelgrove... y a la tía Puss: el fideicomiso Bridgetower al completo. ¿Sabes que la catedral recibirá muy pronto su parte del legado Bridgetower? ¿Me asignarán algo a mí para reconstruir el órgano? En fin, vamos allá.

Tocó una breve floritura y luego guardó silencio, mientras el coro, al que se oía en la distancia, comenzaba a entonar el himno de la procesión.

El deán hizo la lectura del día y Monica dejó de prestar atención desde el momento en que oyó las palabras: «y será tu voz como la de un fantasma». «Es lo que me pasa a mí —pensó—, aunque yo oigo dos que no son mías. A veces es la de Ma, por eso sé que no hablo sola, y hoy ha sido la de Giles, dos veces; lo he oído como si estuviera detrás de mí. De todos modos, no creo que haya perdido la cabeza y, desde luego, no soy espiritista. ¿Me durará toda la vida? ¿Iré oyendo más voces a medida que pase el tiempo? No me da miedo, ni mucho menos, pero es raro, desde luego. A lo mejor es mi manera de pensar, oyendo órdenes y consejos y hasta bromas en lo más hondo de mi ser, con la voz y la personalidad de un ser querido... y temido también, sí. Tengo que aclararme. Sí, antes de tomar cualquier decisión que deba tomar. Lo malo es que nunca me he aclarado mucho y me cuesta un horror tomar decisiones, sobre todo desde que me marché a estudiar fuera y me metí en aguas tan agitadas».

Mientras pensaba en esas cosas no oyó una palabra de la plegaria del deán, en la que rogaba a Dios que todos los presentes tomasen ejemplo de la bondad de San

Nicolás, obispo y confesor, y (extraordinaria yuxtaposición en la que se recreó el deán) de Louisa Hansen Bridgetower y de todos nuestros benefactores. Monica salió repentinamente del ensimismamiento en el momento en que Cobbler y el coro comenzaron la «máxima inspiradora de espíritu navideño», villancico con el que el doctor William Crotch de Oxford había dado cuerpo tan melodiosamente al fervor formal y a la piedad dieciochesca del obispo Reginald Heber:

*Lo! startled chiefs Assyrian odours bring
And bending Magi seek their infant King!*^[30]

El esplendor cubrió de gloria el frío y húmedo crepúsculo de diciembre y, mientras duró, la modesta catedral fue en verdad morada de un concepto restringido, mas no por ello innoble, de los muchos que de Dios existen.

También Solly dejó de oír la plegaria desde el momento en que se pronunció el nombre de su madre. Si alguna vez tuvo el atormentado espíritu de la difunta ocasión de hacer las paces, fue entonces, habiendo nacido ya el niño que lo libraría de las duras y humillantes condiciones del testamento. Sin embargo, ¿deseaba la paz el espíritu? ¿Por qué se había despertado Veronica tan de madrugada? ¿Contra qué se había debatido en el dormitorio de su madre, cuando la encontró inconsciente entre mesas y sillas derribadas? Ni estaba loco ni era fantasioso, pero no le cabía duda de quién o qué había intentado impedir que su hijo naciera vivo: también sabía que, fuera lo que fuese, por fin lo habían vencido.

Era tiempo de perdón. Contra la estricta prohibición de su fe, Solly rogó por el alma de su madre.

Concluido el himno, se atenuaron las luces; guiado un tanto al descuido por el sacristán, el deán subió al púlpito y, mirando a Oriente, dijo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí para celebrar la festividad de nuestro patrón, San Nicolás de Esmirna, pero sobre todo para cumplir la voluntad de nuestra última benefactora, Louisa Hansen Bridgetower, quien deseaba que durante un determinado período de tiempo se pronunciara en estas fechas una homilía sobre el tema de la educación.

Monica apenas era consciente de que no atendía. De pequeña no oía sermones en la iglesia y ahora que se había convertido en una mujer, no se había parado a pensar en su actitud porque, como muchas personas, creía que, en los sermones, bastaba con estar presente. Si el deán lo hubiera sabido, lo habría aceptado con tristeza, pero no se lo habría recriminado. Procuraba predicar lo mejor posible, pues no estaba de acuerdo con la opinión de muchos de sus compañeros de hábitos que aconsejaba abstenerse del conocimiento y la elocuencia por ser formas de complacencia en lo mundanal. Sin embargo, no había llegado a ser deán ignorando que muchos se ofendían si se les pedía que usaran la cabeza en la iglesia.

«¿Qué le digo? —pensaba Monica—. Sé que me dará todo el tiempo que necesite, pero no está bien hacérselo perder a él como si el asunto solo me incumbiera a mí». Se puso a repasar mentalmente la carta de Domdaniel; había llegado hacía tres días y la había leído tantas veces que se la sabía de memoria:

No sé cómo abordar este asunto poco a poco [así empezaba], por lo tanto, voy a decirlo inmediatamente, sin andarme con rodeos: ¿quieres casarte conmigo?

Estoy seguro de que lo primero que dirás es «no». Comprendo tus sentimientos por Giles y no soy tan estúpido como para pensar que alguna vez podría inspirarte, o a ti o a cualquier otra persona, un amor semejante. Desde luego, es un error escribirte en este estado, pero no he podido contenerme, porque me he enamorado de ti.

«No lo diría si no lo creyera de verdad —pensó Monica—. Siempre es estrictamente directo. Quienes le llaman Brum Benny solo ven sus modales formales y corteses, y los confunden con mero aparentar. Pero a mí no me ha dicho nunca ni una sola cosa que no pensara de verdad. Si dice que se ha enamorado de mí es que es cierto».

Mientras Monica reflexionaba sobre la insólita sensación de que la quisieran, el deán entraba en materia con el sermón:

—La educación es conocimiento y conocer significa aprehender, en el sentido antiguo de percibir con comprensión. No todos percibimos los sucesos de la experiencia del mismo modo. Puesto que nos acercamos a la época de la Santa Navidad, es justo que prestemos atención a la forma en que percibieron la natividad de Nuestro Señor los primeros en recibir la nueva. Se ha dado una gran importancia a la espléndida visión de los pastores, tal como la relata San Lucas; en cambio, que yo sepa, es poco lo que se ha dicho de la mediación del ángel anunciador y del ejército celestial que se empleó para que esos buenos hombres advirtieran el extraordinario acontecimiento. Solo se dejarían impresionar por una conmoción de la naturaleza, si no es irreverente denominarlo así, y el Evangelio nos dice que alabaron a Dios «por todo lo que habían visto y oído». En la actualidad, como entonces y como siempre, son muchos los que aprenden, los que aprehenden, solo según lo que oyen y ven, que a veces no es mucho, y desdichadamente, las manifestaciones extraordinarias de orden natural son tan escasas en la actualidad como hace dos mil años...

Sin embargo, a ninguna muchacha se le ocurre pensar en casarse con un hombre mucho mayor que ella, al que además respeta porque lo considera muy superior y que es una figura de renombre mundial en su disciplina artística. ¿Cómo lo decía él en la carta?:

Tengo edad para ser tu padre, pero créeme, todavía soy joven para enamorarme. Sin embargo, no voy a engañarte: a mi edad, el amor no es y nunca será el sentido único de la vida. Lo he vivido personalmente y lo he visto muchas veces en otras personas y sé que lo temo, aunque también me deleita y me inspira respeto. No puedo decir que seré joven por ti, porque sería una locura, pero te aseguro que daré lo mejor de mí. No te pido que me quieras como a un hombre joven, sino por lo que soy, si es que puedes.

Si me dices que es imposible, lo entenderé perfectamente, pero no creas que dejará de afectarme. Mentiría si dijera que mi amor por ti lo es todo en la vida, como declararía un joven con todo el derecho del mundo. A mi edad, lo normal es que el motor principal de la existencia sea el trabajo. Pero, si estuvieras conmigo, el trabajo sería más dulce. Sé que lo comprenderás porque también es el tuyo, y que no te pareceré frío ni pomposo. Eres guardiana de una importante tradición musical: sabes cómo quería Giles que se cantaran sus canciones. No pretendo entrometerme, pero creo que en ese aspecto podría ayudarte.

«¡También es el tuyo!». ¡Volvía a decir que eran compañeros musicales! De todos modos, tenía cincuenta y cuatro años, ¿o eran cincuenta y cinco? Y ahí estaba otra vez la voz de Giles, odiosamente subida de tono, como en el tren, cuando iban a Venecia:

Me fui con un viejo hasta la amanecida...

¡Giles! ¡Cómo se atrevía! Pero ¿qué diría la gente? Que había hecho lo imposible por llegar a ser la señora Domdaniel. ¿Qué le parecería a Alice? ¡Ay, Alice! ¡La familia siempre sabe dónde duele más! Pero a Giles... a Giles no podía dejarlo de lado, sobre todo después de haberle fallado tan desastrosamente.

Sin embargo, ¿no podía reconocer todavía que, cuando lo encontró aparentemente muerto en el suelo, a pesar del repelús que le daba el rostro ennegrecido, de la pérdida inconmensurable y de los reproches que se hacía a sí misma, había sentido — percibida un solo instante y enseguida rechazada como una blasfemia contra su amor — una punzada de alivio, de liberación? ¿No necesitaba aclarar las ideas? ¡No! Que hablaran los demás de claridad. Es una forma excesivamente dolorosa de cauterizar las propias heridas, sobre todo las más secretas. Tal vez pudiera expiar la culpa trabajando en la digna perpetuación de su obra. Y, después de la expiación, reconocería lo que había sentido en ese instante crudamente verdadero.

Mientras tanto, el deán continuaba con su sermón:

—Los pastores necesitaron un prodigio para creer, pero a los sabios les bastó con

una pequeña señal, una estrella nueva entre las huestes de la bóveda celeste. En pintura, y en especial en la de las tarjetas navideñas, que pronto nos inundarán, esa estrella suele representarse como una luz monstruosa que vería hasta un topo. Es para que los pastores que hay entre nosotros entiendan la leyenda de los Reyes sin sufrir la triste impresión de que no alcanzan a comprender la leyenda de los Magos de Oriente. Porque no olvidemos que es una leyenda. El Evangelio no cuenta gran cosa de esos hombres, pero según la leyenda eran tres, tenían un nombre melodioso y dice que eran reyes, y lo eran, en efecto, en el reino de la sabiduría, de la percepción, puesto que supieron descifrar un gran mensaje en un pequeño portento. No sabemos lo que perdemos al despreciar grandes leyendas, porque son voces enigmáticas que nos revelan grandes verdades soterradas en el espíritu del hombre. Melchor, Gaspar y Baltasar son aún modelo de los escasos en número, pero poderosos en todas las épocas que, estudiando con dedicación, se han preparado para conocer los grandes misterios en el momento de su maduración, cuando pueden ser aprehendidos por el hombre...

Desde luego, toda chica quiere enamorarse de un hombre que sea solo para ella, que nunca haya amado a otra o, por lo menos, no tan en serio, y que prometa sacrificarlo todo por su amor. Eso decían todas las revistas de las llamadas «vulgares», pero tenían razón, por eso se vendían por cientos de millares, y no por decenas, como *Lantern*. Pero incluso a los veinticuatro años, a veces se constataba que esos caballeros, cuando aparecían, iban perdiendo brillo hasta convertirse en tipos como Chuck Proby, que tal vez vivieran por amor, si se les concedían todo los beneficios de la duda, pero que nunca hablaban de ello y parecía que se lo tomaran como un forcejeo muy trabajoso. O en tipos muy reservados, como George Medwall, tan orgulloso de que Teresa no tuviera que seguir trabajando cuando se casara con él, pero que veía la vida como una suma constante de factores: ganar dinero, tener una mujer, comprar una casa, tener hijos, comprar una casa más grande, ganar más dinero... y todo por amor, aunque el mundo se perdiera sin remedio por el camino. Domdaniel no fingía:

Es probable que algún amigo te haya contado amablemente que me casé una vez. [No era así y la asombró]. Es cierto, me casé de joven y, si has tenido la curiosidad de buscarme en *Who's Who*, en «mat. dis.»^[31] habrás podido informarte de cómo terminó. Ella era cantante, igual que tú, aunque a la fría luz del recuerdo puedo decir que no tan buena; pero no funcionó. Ninguno tuvo toda la culpa. Ahora sé que el matrimonio entre artistas de cualquier clase necesita un poco más de entendimiento que el de las parejas que no tienen en todo momento un rival fascinante y tenaz que se propone seducir a ambos. Quería que lo supieras.

Me gustaría decir más cosas, pero ya he dicho lo más importante y sé que si te rogara, te suplicara y te prometiera cualquier cosa, tal vez te ablandase un

poco ese corazón tan tierno que tienes, pero no estaría bien en un caso como este. Daría pena si me pusiera en el papel de pretendiente llorón. Por lo tanto, solo te digo que te quiero. Si, aunque tengas dudas, estás dispuesta a pensar en la posibilidad de casarte conmigo, ¿me dirás algo?

BENEDICT DOMDANIEL

Se imponía la lógica. Si Giles no hubiera existido o si no lo hubiera conocido, ¿qué diría a esa proposición? Pero ¿de qué servía pensar eso? No podía hacer desaparecer a Giles solo por desearlo ni nunca se libraría de él. El suicidio la había marcado para siempre. Jugueteadando lentamente con el Orfeo verde en el dedo, se dejó llevar por recuerdos tiernos de Giles.

Después de hablar de los Magos a su gusto, el deán cambió de tema:

—El tercer personaje que percibió a Nuestro Señor a su buen entender es inusitadamente receptivo y, en uno de los pasajes más conmovedores de la infancia de Cristo, presenta otra clase de aprehensión, la más inusual de todas. Se trata de Simeón el Viejo, que conoció a Nuestro Señor intuitivamente, como diríamos en la actualidad, cuando, al octavo día, lo llevaron a circuncidar al templo. La gracia que ilumina a Simeón de manera singular no proviene de la imposición de unos ángeles anunciadores ni del conocimiento de los sabios, adquirido con constancia, sino de la disposición de quien está atento a las señales del Espíritu Santo. Todavía es para nosotros uno de los escasísimos seres que, más que hacer, se dejan hacer, más que vivir la vida, dejan que la vida pase a través de ellos, que son aparentemente pasivos, pero que están iluminados interiormente por la gracia viva, seres a cuya mediación debe el mundo mucho de lo más noble y valioso que le ha sido concedido... ¡Ah, Simeón, confiado y paciente, fuiste el primero en conocer por ti mismo la sagrada faz de Dios!

«Esto es un lío —pensó Monica— y no puedo desenmarañarlo. ¡Cuánto me gustaría saber lo que tengo que hacer! O al menos qué es lo que quiero. Me gustaría borrar el horror que cometí con Giles. Quiero seguir con la vida que, de una manera u otra, me ha encontrado y me ha reconocido. Y deseo muchísimo ser feliz. ¡Oh, Dios, que no me hunda el peso del desánimo y la pesadumbre que arrastra a tantos, por más que luchen por mantenerse a flote! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!».

—¡Psss! Está acabando. Te toca —dijo Cobbler.

Monica cantó con toda la atención puesta en lo que hacía. Cantó bien y contenta, sin sombra de tribulación, equilibrando la delicada meditación vocal por encima del coro de *Three Kings from Persian Lands*. Cuando terminó, descubrió que se había aclarado del todo y que sabía lo que tenía que hacer.

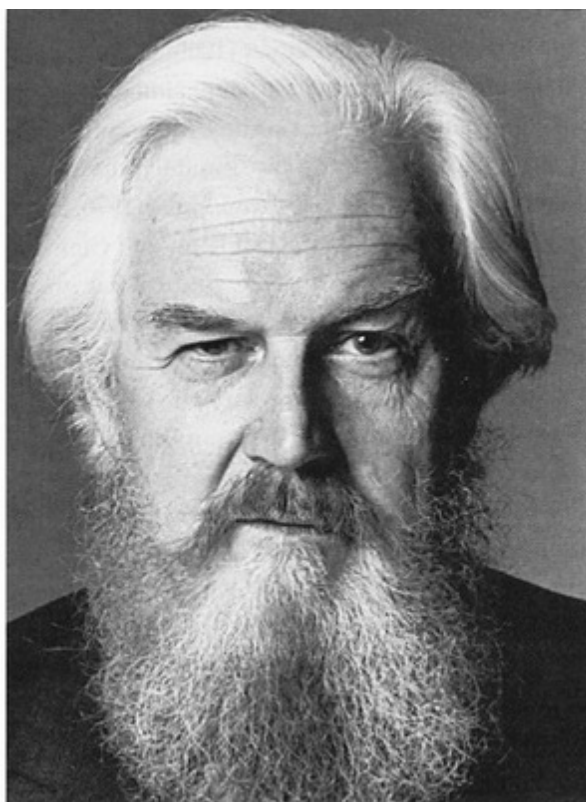
Después de la bendición, se oyó el rumor de la congregación, que estaba de rodillas y se puso de pie.

—Espérame en la sacristía —dijo Cobbler—, volvemos a casa de los Bridgetower

para la fiesta, pero ahora no puedo resistirme a hacer esto. Estate atenta, a ver si alguno de los fideicomisarios lo pilla.

Y de improviso empezó a tocar triunfalmente en el gran órgano *For unto us a child is born, Unto us a son is given*^[32].

Pero Monica no lo esperó. Antes de la fiesta tenía que ir a la oficina de telégrafos a mandar la respuesta a Benedict.



ROBERTSON DAVIES (1913-1995) murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro que él mismo produjo fueron muy aclamadas. A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la *Trilogía Salterton*: *A merced de la tempestad* (1951), *Levadura de malicia* (1954) y *Una mezcla de flaquezas* (1958); la *Trilogía Deptford*: *El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975); la *Trilogía de Cornish*: *Ángeles rebeldes* (1981), *Lo que arraiga en el hueso* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988); y la inacabada *Trilogía de Toronto*. En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación.

Además de novelas, Davies es autor de una treintena de libros entre cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos.

NOTAS

[1] «Amar a alguien más cada día; / ayudar a un niño perdido a encontrar el camino; / reflexionar sobre una idea noble y rezar; / y sonreír al caer la noche: / esa es mi tarea». <<

[2] «Seguir la verdad como los ciegos suspiran por la luz». <<

[3] Dulce canción infantil con música de Teresa del Riego. <<

[4] «Borrachos todos al caer la noche; / los pajaritos, contentos, la duermen; / las criaturas de Dios sedientas están / y beben sin pa-a-arar». <<

[5] *It was Christmas Day in the Workhouse*, poema de George R. Sims (1847-1922).

<<

[6] Aunque sonría, muerto el perro, se acabó la rabia. <<

[7] *El Edén tuvo que ser como el huerto de abuelita o Los diez deditos de las manos y los diez deditos de los pies, así era el rosario de mi madre. <<*

[8] Nombre que daban a Gran Bretaña los soldados británicos destacados fuera de su país. <<

[9] La traducción de estos versos y de los cuatro fragmentos siguientes de *Como gustéis* es de Ángel Luis Pujante (Austral, 1991). <<

[10] Influyente actor y dramaturgo inglés del siglo XVIII. <<

[11] Famoso novelista y dramaturgo inglés del siglo XVIII. <<

[12] Se refiere a la tremenda ola de frío que sufrió Europa en 1708-1709. Entre otros desastres, el Támesis se heló por completo. <<

[13] Familiarmente, canadiense, sobre todo de la parte francófona. <<

[14] Casa del Castor. <<

[15] Brummagem: nombre que se da a Birmingham (Inglaterra) en la propia ciudad. También designa a una persona u objeto ostentoso, pero sin valor. <<

[16] «Hoja muerta y árbol marchito, / líneas blancas en un mar plumizo, / cubren las sombras tu ser y el mío; / las golondrinas preparan el viaje / revolotean por el ventoso aire. / Adiós, estío, / adiós». <<

[17] «¡Silencio, una voz lejana! / “Oye y aprende”, parece decir, / “Siempre mañana será como hoy. / La cuerda, hilachas; la jarra, seca; / ha de romperse el eslabón, ha de morir la candela. / Adiós, esperanza, / adiós”». <<

[18] «¿A qué esperamos? / ¡Ay, corazón mío! / ¡Bésame en la frente! / ¡Y parte otra vez corazón mío! / ¿A qué esperamos tú y yo? / Mirada suplicante, grito ahogado. / Adiós para siempre. / ¡Adiós!». <<

[19] John Milton, *Comus*. <<

[20] Un vals muy sencillo, compuesto en 1877 por la británica Euphemia Allen. <<

[21] Fragmento de *The Masque of Queens*: «He recogido pelos de lobo, / espuma de perro rabioso y orejas de víbora; / extracto de ojos de muerto / y todo desde que salió el lucero vespertino». <<

[22] Fragmento de *The Masque of Queens*: «Un asesino encadenado allá arriba estaba ahorcado, / el sol y el viento le secaron las venas; / le arranqué un tendón con los dientes; le corté el cabello, / le quite los harapos, que ondeaban al aire». <<

[23] Instrumento antiguo, parecido a la flauta dulce, pero con boquilla de caña, precursor del clarinete. <<

[24] *Gall*: en inglés, vesícula biliar. <<

[25] Calle londinense que representaba la prensa en general, pues en ella se encontraban numerosas redacciones de periódicos. <<

[26] «Aunque el agua abandone el mar / y aumente el caudal del río, / huya al manantial burbujeante / o se deslice por valles fértiles. / Aunque en busca del reposo perdido / campe libre por la tierra / siempre murmura al fluir, / pues anhela volver a su país natal». <<

[27] *The Beloved Vagabond*, título de una novela de William John Locke, con una versión teatral y adaptaciones cinematográficas. <<

[28] *Le di pasteles y le di cerveza.* <<

[29] Famoso bandolero australiano y héroe popular. <<

[30] «¡Mirad! Guiados por una estrella, unos caudillos asirios traen perfumes / y unos Magos se postran buscando al niño rey». <<

[31] Disolución del matrimonio. <<

[32] *El Mesías*, Händel: «Pues nos ha enviado a un niño, un niño nos ha enviado». <<